



AMURAO

Las princesas no lloran

FRAN BARRERO

AMURAO
Las princesas no lloran

—

FRAN BARRERO

Primera edición: Julio de 2019

© Fran Barrero

AVISO LEGAL: Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diseño y fotografía de la portada: Fran Barrero

Modelo: Diana Torres; **Maquillaje:** Elena García

Correcciones: Ramón Portalés

Depósito Legal: M-21.991-2016

ISBN:

Biografía

Nacido en Huelva (España) en 1976, Fran Barrero es un autor independiente que inicia su carrera literaria en 2008 con su primer libro didáctico sobre fotografía. Tras doce manuales publicados sobre esa especialidad, emprende el desafío de probar suerte en la narrativa de ficción con su primera novela *Alfil*, primera entrega de la *Trilogía de Alfil*. En la actualidad ha publicado también:

Alfil Blanco y Alfil Rojo

Anatomía de un suicidio

Bloody Mary y Bloody Mary 2

Wanda y el robo del cristal

El otro lado del retrato

El corazón del último ángel

Herencia de Cenizas

Lluvia de Otoño

Amurao: El purgatorio de los niños perdidos

Amurao: Monstruos en la oscuridad

Amurao: La soberbia de los nonatos

www.franbarrero.es

facebook: [turincondelecturablog](#)

twitter: [VenusFranB](#)

instagram: [franbarrero_escritor](#)

Para Eva Tintero

PRÓLOGO

Si hubiese despertado dentro del maletero del coche, habría sabido a qué atenerse; no era tan estúpida. En cambio, estar cómodamente sentada en el asiento del acompañante, recibiendo cálidos susurros al oído mientras dejaban atrás la ciudad, hacía que albergase la esperanza de estar equivocada, de que todo aquello no fuese más que un juego. «A los clientes les gusta jugar, algunos desean sentirse poderosos ante nosotras de vez en cuando», pensaba María.

La oscuridad lo invadió todo cuando dejaron atrás la entrada a la refinería. Para entonces, los haces de luz de los faros intentaban con dificultad seguir el rastro de la carretera; y, mientras tanto, a María y a su cliente solo les quedó jugar a adivinar el semblante que cada uno portaba. Ella sabía que ese era un juego que iba a perder de una forma tan rápida como la carretera había dado paso, de improviso, a un sendero de tierra que conducía a la playa.

Una luna tímida se ocultaba tras los matorrales esa noche de enero. La chica podía observar el mar a unos doscientos metros más allá del coche. Abrió la puerta y sintió la brisa helada, a la vez que el sonido de las olas rompiendo contra la orilla llegaba tan nítido como lo habían hecho el frío y la humedad. Al bajarse y pisar la arena con los zapatos de tacón, se sorprendió ante el castañeteo que emitían sus dientes temblorosos, mientras se frotaba el pecho en un fuerte abrazo por recuperar el calor que se escapaba de su cuerpo a la vez que lo hacían las esperanzas de salir con vida del lugar. La presión de los fuertes brazos del chico alrededor de su cintura era más que eficaz, ayudándola a caminar con paso firme sobre la duna sin siquiera sentir la arena helada en la que se hundían sus tacones.

María había permanecido tan asustada durante el viaje que no sabría decir dónde se encontraba, había muchas playas en la provincia y eran casi todas iguales; además, esa noche oscura no se adivinaba más que arena y agua. ¿Hacía donde la llevaba aquel enfermo? Tal vez hubiese alguna posibilidad de salir con vida si la zona contaba con casas habitadas. Si alguien pudiera verla u oír sus gritos... Claro que no se arriesgaría a gritar para evitar un castigo fatal o acelerar el que ya tuviese pensado para ella. Dudaba que quisiera violarla, ya que podría hacer lo que deseara con ella a cambio de unos pocos euros, ese era su oficio. Solo quedaba una opción, y no era tan estúpida como para no comprenderla: quería matarla.

¿Cuánto habían andado? ¿Dónde quedaba el coche? ¿Por qué caminar tanto? ¿Seguía hablando su captor? Sus susurros melosos y cautivadores parecían haber cesado justo en el momento en que se bajaron del coche, ya demasiado tarde y lejos del mundo como para pedir ayuda. Ese intento bastante convincente de casanova se había convertido en un despiadado verdugo que, a base de malos modos, empujaba su maltrecho y cansado cuerpo a través de un mar de arena e incertidumbre hacia un destino nada esperanzador.

—¿Por qué? ¿Por qué haces esto?

—He dicho que te calles. ¡Camina!

—Estoy cansada y me he pinchado los pies, no puedo dar un paso más.

—¡Vamos, joder! —Apretó su brazo lo suficiente como para hacerla chillar y ella aceleró el paso. El miedo y el dolor dieron paso a un llanto desesperado. Él la observaba como hipnotizado, aquello parecía excitarlo.

Una extraña forma apareció lentamente entre los matorrales, se trataba de un enorme edificio de hormigón que se alzaba ante ellos tras las dunas y la baja vegetación; era grande y tenía algunas ventanas iluminadas, pero aún estaba demasiado lejos y el sonido del mar reduciría las opciones de que pudieran oírla si comenzaba a correr y gritar. ¿Cómo de rápido actuaría su secuestrador? ¿Le daría tiempo a llegar corriendo al edificio antes que él? ¿Recibiría ayuda a tiempo de los que habitasen la casa? Veía difícil apostar por ello cuando era su vida lo que ponía en juego.

¿Allí se terminaría todo para ella? Tantos sueños, tantas esperanzas de salir del agujero y volver a encarrilar su vida, de buscar un futuro mejor, incluso formar una familia...

Entonces comprendió que había abandonado, que no daba un céntimo por sus posibilidades de salir con vida de esa situación. Que ya estaba cansada de tanto luchar contra un destino que se había buscado ella sola. El asesino había vencido antes incluso de asestarle el golpe final, había doblegado sus ansias de supervivencia con unos trucos de mago barato: miradas dulces, susurros cálidos y luego toda la agresividad que necesitó para controlar su cuerpo, y con ello su voluntad, por entre las dunas en mitad de la noche.

Pero, ¿qué se había creído? ¿Dónde estaba realmente su poder? No podría doblegarla... No se dejaría intimidar por unos minutos de susurros y gritos, por unos golpes y caricias, por señalarle el camino que dictaban sus deseos. Se acabó eso de agachar la cabeza ante todos, se acabó eso de sentirse como si una no valiese una mierda, se acabó eso de claudicar ante quien se erigía en dueño y señor de la vida y destino de los demás. Se acabó...

Se acabó.

María pensó en la hija que siempre quiso tener, la habría llamado Valeria,

tendría una sonrisa despreocupada y unos ojos tan inquisitivos y brillantes como los de ella. Habría sido una buena madre, se habría preocupado por ella, por su cuidado, educación y protección, hasta ver que se convertía en una mujer de provecho... lo que no había sabido lograr para sí... Debía sacar fuerzas de donde fuese para lograr escapar, para tener ese futuro idílico.

Además del sonido del mar, se oían sus pasos al caminar con tanta intensidad como si fuese una prensa que estuviera a punto de triturarla, unas fauces decididas a acabar con todas sus esperanzas de un solo mordisco. El siseo de la arena, unido al silbido de la brisa al pasar entre las ramas de los matorrales, casi lograban hacerle creer que podría tener una oportunidad; pero a su lado oía un jadeo que no podría ser humano, un aliento demoníaco anunciando que le daría caza antes de que ella gritase pidiendo ayuda.

Su captor dio un traspies y aflojó la presión sobre su brazo, momento que aprovechó para correr con todas sus fuerzas, con energías que no nacían de sus músculos cansados, sino del miedo por abandonarse antes de gastar el último aliento, del pavor que nacía ante la idea de no estar haciendo todo lo posible. Valeria, solo había ese nombre en su mente. Valeria. Saldría de allí, saldría de esa vida de mierda y tendría la hija con la que tanto tiempo llevaba soñando.

Valeria...

Sintió la completa rendición de su cuerpo ante la llegada del depredador y supo que todo había acabado. Quedaban más de quinientos metros para llegar a su destino, donde aún no se veían más señales de vida que algunas luces en determinadas ventanas; demasiado tarde. Él había sido mucho más rápido de lo esperado y la derribó con violencia.

La boca se le llenó de fría arena al tratar de respirar con la cara presionada contra el suelo. Tenía los ojos cerrados para soportar mejor el dolor, pero eso no evitaba que sintiese sus manos apretándole la cabeza mientras el mar embravecido castigaba la costa a su izquierda.

No trató de defenderse ni de suplicar por su vida, era tarde ya para ella, más aún cuando había desobedecido al hombre que susurraba. Y eso lo comprendió del todo cuando se acabaron los susurros y llegó el dolor que había tratado de evitar, del que había huido, el dolor extremo de quien espera sea rápido el tránsito hacia otra dimensión, otro estado. En vano.

María afrontó su muerte tras pelear todo lo que sus fuerzas se lo permitieron, y la sonrisa de una pequeña niña en su imaginación fue lo último que pudo ver al fondo de los horrores que soportó hasta perder la consciencia.

Valeria.

Capítulo 1

2008

—¿Qué espera obtener de nosotros?

—Bueno, no sabría qué decirle. Supongo que un salario digno, acorde al horario y el trabajo, y un trato respetuoso.

—Ya, claro. —Parecía contener una sonrisa burlona—. Eso es lo mínimo que pide todo el mundo. Pensaba que quizás usted podría ahondar más y darme una idea de sus metas en la vida.

Al otro lado de la única ventana del diminuto despacho se apreciaba un cielo ceniciento. El día no era mucho mejor que los anteriores, tampoco lo sería la noche. Ana Díaz se conformaba con que no lloviese, soportar la lluvia era de las peores cosas en su trabajo actual. Ni siquiera el frío o los imbéciles que se acercaban a su *oficina* algunas noches para insultarla podían horadar sus esperanzas de una vida mejor tanto como lo hacía un buen aguacero del que no podría, al igual que sus colegas de profesión, guarecerse.

—Pensé que, tratándose de un trabajo de baja cualificación, no tendría más que limpiar, fregar... ya sabe, a cambio del salario que pone en el anuncio. — Ana trataba de ser cordial, evitando fijarse en la forma en que la miraba el entrevistador.

Antonio Cañete, como rezaba en la deslucida placa sobre su mesa, vestía un traje de saldo que le quedaba bastante pequeño y adornado con dos manchas de grasa en las solapas, lucía barba de dos días, ojos vidriosos y facciones laxas producidas por la ingesta masiva de alcohol, a pesar de no ser aún las diez de la mañana. En ese momento la observaba como si fuese un pastelito jugoso. Ana estaba más que acostumbrada a ese gesto; a ese tipo de hombres; a esa sensación de generar deseo; rápido, fácil y barato; que era como el sexo que solía venir después. Siempre que ella aceptase, claro.

—Creo que no hablamos el mismo idioma. Verás... —Antonio buscó entre los papeles que tenía desordenados sobre la mesa— Ana, te llamas Ana Díaz, ¿verdad?

—Sí, igual que hace unos minutos.

—Bien. Pareces una chica lista —le dijo a su escote—. ¿Qué crees que puede la empresa... qué puedo hacer yo por mejorar tu situación? Y, claro está,

¿qué estás dispuesta a hacer tú para pagar tan generosa ayuda?

La baba le asomaba por la comisura de los labios. Ana apartó la mirada para disimular el asco y vio el reloj de la pared de la derecha, era blanco, redondo y con números romanos, pero el cuatro estaba marcado como IIII en lugar de IV, seguro que comprado en un bazar de chinos, un detalle más que representativo de lo que encontraría en la empresa. En ese momento marcaba las nueve y cuarenta y dos de la mañana; estaba atrasado. La luz de uno de los neones del techo parpadeaba pidiendo que la cambiasen de una vez. La silla de plástico sobre la que se sentaba era dura e incómoda. El sueño... el sueño era lo peor. Había madrugado para encontrarse con la misma mierda de cada entrevista. O quizás había batido su récord, aquella entrevista superaba con creces a todas las anteriores.

—Sí, soy una chica lista —dijo tras lanzar un hondo suspiro—. Lo suficiente como para comprender que quieres un polvo ahora, otro cuando firmemos mi contrato, si es que me eliges a mí entre la cantidad de gilipollas que hayan pasado tu prueba. Luego me quedará un sueldo miserable por fregar y limpiar empresas y portales durante diez horas y seis días a la semana, pero con la suerte de poder follar contigo de forma periódica; eso sin duda será un plus, al menos desde tu punto de vista, ¿verdad?

El baboso grasiento la observaba atónito.

—¿Es ahora cuando tengo que arrodillarme para aliviar la presión de tu pantalón? —añadió—. Es lo que llevas pensando desde que he entrado, ¿verdad? ¿Te gustan las niñas ingenuas que agradecen tus atenciones con un trabajito rápido?

La boca del patético entrevistador se había abierto tanto que dejaba ver las caries y un repugnante sarro amarillento.

—Pues vamos a hacerlo rápido, como una extracción de muelas. Verás, figura, una cosa es que yo quiera cambiar de vida, que desee salir de la calle, y otra muy distinta que esté dispuesta a trabajar en un sitio mucho peor por menos dinero y soportando la misma mierda. Así que tendrás que pagar treinta por la mamada y sesenta por el completo. ¿Estamos?

—Estooo... No sabía que...

—Cierra la boca, harías vomitar a una cabra con ese olor que desprende. Y no te hagas ilusiones, era una forma de hablar, imbécil. Ni pagándome follaría contigo.

Ana ya se había levantado de la silla y casi terminaba de colocarse el abrigo. Salió de la empresa de limpieza sin despedirse y con una sensación nefasta sobre su futuro. Claro que no sería peor que el de las pobres chicas que observó en la sala de espera y entre las jóvenes administrativas que trabajaban en el despacho

contiguo y la recepción a las órdenes de semejante energúmeno.

Se sentó en el banco de la parada del autobús, estaba vacío, así que el anterior debía de haber pasado hacía poco tiempo y le quedaría más de un cuarto de hora de espera para el siguiente. Serían tres paradas, un transbordo, dos paradas más y llegaría a su casa. Podría comer algo ligero al llegar y luego dormir hasta las siete de la tarde, justo para ducharse, maquillarse y elegir la ropa que llevaría esa noche.

Un coche pasó muy cerca y pisó un charco, por suerte el agua no llegó a salpicarla, pero hizo que dudase si era mejor esperar algo más lejos de la calzada.

Hacía frío, sin embargo, esa era una sensación que ella no acuciaba. Tras más de dos años trabajando de noche en la calle, la humedad y el frío del invierno en Huelva se habían convertido en azotes de la vida que ya no dolían, al menos no tanto como lo hacían la indiferencia de la sociedad, el trato de los clientes, las peleas con las compañeras, las náuseas de algunos servicios, el maltrato de los proxenetas de la zona o la mirada indulgente de quienes creían que te salvarían la vida por darte unas monedas o tratar de conseguirte lo que ellos consideraban un trabajo digno.

Su vecina Mercedes le había pasado una semana antes el teléfono de una empresa que buscaba a menudo limpiadoras para portales y oficinas de la ciudad. Lo había hecho con la mejor intención del mundo, a Ana no le cabía duda, eso podía verlo en su cara de lástima cuando se la cruzaba algunas mañanas al regresar de una noche dura en el paseo de La Marisma. Mercedes había oído la oferta de una posibilidad de triunfo, de éxito, de salida para una pobre chica pecadora y sumida en la mala suerte. Pero Mercedes no contempló la posibilidad de que aquello no fuese más que una cortina de humo, una trampa, como había miles, para hundir aún más en el fango de la desesperación a las pobres ingenuas que mordían el anzuelo.

Ana observó sus zapatos, impecables para la entrevista, los había limpiado ella misma esa noche, privándose de dormir. Era la octava vez ese mes, quizá la novena, que trataba de buscar una salida a la calle, una vía nueva que la condujese hacia un destino diferente al que la esperaba si seguía vendiendo su cuerpo cada noche entre las farolas de aquella oscura avenida. ¿Podría dejar aquel mundo atrás? Lo haría siempre que la nueva alternativa fuese más atractiva o beneficiosa para ella que su actual empleo. Y ese baboso repugnante que la había entrevistado, con sus claras intenciones, no suponía ningún paso adelante en su situación.

Ya había media docena de personas bajo la marquesina cuando el autobús apareció, cada uno dedicado a sus asuntos: escuchar música con auriculares,

mirar el móvil, leer un libro o charlar de cualquier banalidad con un conocido. Así era el día a día para Ana, siendo invisible para todos, salvo para quienes la observaban porque ansiaban poseerla unos minutos a cambio de unos euros, de palabras amables o de promesas vacías.

2019

15 de enero

Miguel Hernández nunca había trabajado en un barco de pesca como los que veía a diario entrando y saliendo del puerto, pero apostaba a que los lobos de mar que faenaban en ellos, desde la madrugada hasta bien entrado el amanecer, sufrían un azote similar al que ahora él sentía sobre sus castigados huesos. Hacerse mayor era más duro de lo que había pensado, aunque el sosiego llegó a la vez a su vida para compensarlo; disfrutar tanto de sus paseos y del espectáculo que tenía ante sí era algo con lo que no contaba antes de jubilarse, aunque bien recibido. La playa se veía tan desierta y extensa como cada mañana, pero el tinte azulado del invierno le confería en esa ocasión una atmósfera particular que la hacía diferente a las anteriores.

—¿Quién sabe? Hoy quizá sea un día especial —se dijo al contemplar el maravilloso cielo que se extendía infinito ante él.

Una hora antes había despertado en la casa que compró ocho años atrás con sus ahorros y un pequeño crédito, ahora ya solventado. Su esposa roncaba al otro lado de la cama cuando él salía a hurtadillas del dormitorio. Un café solo y un grueso abrigo eran suficientes, además de la compañía de Roco, su perro fiel, para afrontar otra jornada de ejercicio matinal.

El perro, un extraño cruce entre braco y galgo, se lo había regalado un vecino dos años atrás. No deseaba tener que mantener a un chucho, más aún cuando nunca había sido amante de los perros, pero acabó claudicando al pensar que el cachorro no viviría mucho en el pequeño jardín de la casa y sin tenerlo atado. La vida le dio toda una lección tras comprobar que el flacucho y nervioso perro se estaba convirtiendo con el paso de los meses en el más fiel amigo que jamás había tenido. Casi lo adoraba más que a sus dos hijos, que solo aparecían en verano para tener “hotel” gratis cerca de la playa y para endosarles a los nietos mientras ellos disfrutaban de los restaurantes de la zona.

A Miguel ya solo le quedaban sus momentos de paz, además del ejercicio que se obligaba, con gusto, a hacer cada mañana sin importar si era verano o invierno, si hacía frío polar o un calor infernal.

Roco no parecía acusar el frío, ni siquiera al correr descalzo por la orilla y la arena húmeda. Miguel le lanzaba un palo lo más lejos que podía y el perro

regresaba con él en la boca para seguir el interminable juego. Tras una veintena de veces, el perro decidió centrarse en olisquear aquí y allá o caminar al mismo ritmo que su amo. Aquellos paseos le daban la vida, necesitaba correr y desfogar el exceso de energía con el que despertaba cada día. Por ese motivo, Roco no podía sentirse más feliz por la suerte de tener un amo que disfrutaba caminando durante horas.

El intenso olor del agua salada alteraba su olfato, pero no lo suficiente como para evitar que encontrase valiosos tesoros. A veces tenía que escarbar en la arena, pero merecía la pena si sacaba algún juguete viejo, restos de comida o un palo del tamaño adecuado para jugar con su amo. Este lo llamaba cuando se separaba demasiado de él, solía quitarle su tesoro algunas veces y otras le regañaba por habérselo comido, pero no le importaba, era el mejor momento del día con diferencia.

Los acantilados llegaron al cabo de una hora, luego la escalinata de madera que trepa hacia el Parador Nacional, hacía un buen rato que no se cruzaba con nadie y el sonido de las suaves olas era casi tan placentero como observar la paleta de colores entre azul y magenta que había adoptado el cielo. Miguel ya había empezado a sudar bajo el abrigo, pero aún quedaba un largo trecho.

La torre —o sus restos— se mostraba entera gracias a la marea baja. Observó su reloj de pulsera con una sonrisa, no había batido su marca por menos de un minuto. Otro día lo conseguiría. Ahora quedaba la vuelta, esperaba que no empezase a llover, no llevaba el paraguas consigo y los resfriados eran más molestos ahora que unos años atrás. Horacio, un vecino de su calle, murió al complicársele una gripe el invierno anterior, claro que tenía ochenta años. A él le quedaba mucho para alcanzar ese número de velas en la tarta.

Roco aprovechó para olisquear y correr por la zona mientras él descansaba cinco minutos sentado sobre una piedra. «Este perro es incorregible», pensó Miguel. Se había alejado unos cincuenta metros y podía verlo entre las dunas y los matorrales, a veces escarbaba y otras levantaba la pata para tratar de marcar con una orina que ya no salía; la había gastado toda durante el camino de ida, pero eso no evitaba que su instinto le hiciese seguir tratando de delimitar su territorio.

Miguel tenía que regresar, lo sentía por el perro, pero ambos podrían disfrutar también del paseo de vuelta. No quería llegar muy tarde al supermercado o estaría demasiado lleno. Su mujer le había hecho una lista en un pedazo de papel y no recordaba dónde la había metido. Apareció por fin en el bolsillo de atrás del pantalón.

Llegó el momento de arruinar la diversión de Roco, ya volvería a jugar entre las dunas el día siguiente.

—¡Roco! ¡Ven aquí! —Silbó con fuerza y continuó llamándolo—. ¡Vamos, no tenemos todo el día! ¡No querrás que me marche sin ti! ¡Vamos al Super a comprar tus galletas!

El perro, que durante todo ese tiempo había estado escarbando, regresó corriendo junto a su amo.

—Pero ¿qué es eso que traes en la boca?

—¿Qué espera obtener de nosotros?

—¿Cómo dice?

—Sabemos lo que queremos de sus servicios, es evidente tras sus reportajes sobre el asesino en serie de la Navidad, ese que la prensa llamó *el Destripador*, pero no sé que quiere usted a cambio.

—Bueno, no me gusta andarme por las ramas, tampoco querría ponerme en plan Jerry McGuire y gritar el *show me the money*, pero es evidente que quiero dinero, además de independencia y potestad para elegir los casos y cubrirlos como me apetezca.

El productor no pudo contener una leve sonrisa.

—Entenderá, señorita Vidal, que esto no es un blog, que aquí hay normas y dependemos de ellas para evitar multas millonarias, principalmente de la Policía y de los afectados por los sucesos, que acabarían con los reporteros y los redactores entre rejas, además de una más que segura bancarrota de la empresa y todos los que estamos en este edificio en el paro. Los directivos tenemos la obligación de velar por el buen funcionamiento de la cadena, y eso pasa por tener autocontrol y también autocensura, aunque usted no lo comprenda aún.

—Entiendo lo que quiere decir; es lógico, yo solo pretendo que no me den órdenes en cuanto a mi trabajo, como estoy acostumbrada, ni me encarguen noticias que sean sugeridas desde arriba.

—¿Desde arriba? ¿Se refiere a nosotros?

—No sea ingenuo, no le pega. Todos los canales de televisión, así como los diarios importantes de prensa escrita u *online* del país, están supeditados a las órdenes de un partido político que maneja los hilos en su beneficio.

—Señorita Vidal, no debería usted ver tantas películas.

—Señor Martínez, no debería usted montarse una de tan bajo presupuesto.

El productor de la cadena la observó atónito, no esperaba esa respuesta, como tampoco pensó que tendría ante él a alguien tan difícil de tratar, a pesar de su corta edad. Estaba acostumbrado a que incluso a las mayores estrellas de la cadena les temblase la voz al conversar a solas con él en su despacho. Claro que debió intuirlo al comprobar que aparecía con su extraño y habitual aspecto, que

ya había visto en los vídeos emitidos en su blog, donde tenía millones de visitas al día. Se había afeitado la mitad derecha de su negra cabellera y la otra mitad reposaba sobre su hombro izquierdo, llevaba los ojos y labios maquillados de negro, estos últimos perforados por multitud de piercings, al igual que sus orejas y la ceja derecha; lucía un vestido confeccionado con ropa militar de camuflaje gris, medias rotas y botas con tachuelas. Sofía Vidal impresionaba en vivo, tanto por su aspecto como por su forma de comunicarse: directa y sin miedo al rechazo; como si le importase muy poco firmar aquel succulento contrato que tenían en mitad de la mesa.

—Las premisas de este canal no se diferencian de las del resto de grandes emisoras nacionales.

—No creas, tengo varias ofertas interesantes, y si no son superadas, la entrevista contigo habrá terminado. —La chica sonrió por primera vez, solo un esbozo en sus labios, pero suficiente para molestar ante lo que el productor consideró una falta de educación. No, por supuesto que no estaba acostumbrado a ese trato.

—Bueno, no sé qué decir.

—En ese caso —Sofía se levantó y le tendió su mano derecha—, la entrevista ha finalizado.

—Espera, espera, no vayas tan rápido. Dame unos minutos. Tenemos que pensar en...

—En la pérdida de audiencia.

—¿Cómo has dicho?

—Digo que debéis pensar en la pérdida alarmante de vuestra audiencia, que cae en picado desde hace más de cinco meses. Ya casi nadie ve vuestros informativos y eso es malo para un canal nacional. En momentos así es cuando hay que apostar más duro y buscar un cambio en las tendencias.

—¿Y tú lograrías eso?

—Yo soy lo que necesitáis, yo os garantizo un periodismo que no se conoce en este país. Ya habéis visto el reportaje del *Destripador*.

—Sí, allanamientos de morada y pinchazos ilegales del canal de la policía. Si te respaldamos, seremos los que cargaremos con esas denuncias y tendremos a la policía y a la opinión pública encima, todos los canales de la competencia nos rondarán como moscas sobre la mierda.

—¡Fantástico! Eso supondrá publicidad extra. Ellos nos harán el trabajo y nos regalarán a sus telespectadores. Y por la policía no te preocupes, para eso tenéis una legión de abogados a sueldo, para que trabajen.

—No sé...

—Me habéis llamado, así que conocéis mi forma de trabajar y os parece

aceptable. Eso quiere decir que lo único que hay que perfilar es el tema económico, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas —dijo algo azorado—. El problema es que tus pretensiones son muy elevadas, no imaginaba que pedirías un sueldo tan alto.

—Es la cuarta parte de lo que me da el blog, y no nos engañemos, vosotros lo recuperaréis con creces en la publicidad. Además, tenéis en la actualidad a cuatro o cinco presentadores con sueldos que superan ampliamente esas cifras.

El productor sudaba como un cerdo grasiento, y eso que el aire acondicionado estaba tan fuerte que Sofía llegó a estornudar en varias ocasiones. A través de la ventana se observaba un día gris sobre Madrid, aunque no parecía que fuese a llover. Tras un apretón de manos, quedaron para estudiar el contrato y, en caso de estar todo en regla, firmar por un programa de doce meses. Sofía se marchó con la sensación de que todo había salido a pedir de boca. Una vez fuera del edificio, se limpió el sudor de la mano en el vestido y llamó a un taxi que pasaba por la calle.

No regresaría a Huelva hasta dos días después, así que tenía tiempo de sobra para dar una vuelta, comprar algo de ropa en tiendas que no encontraría en su ciudad y luego salir a tomar algo por la noche.

Arrancó la página, hizo una bola con ella y la arrojó a la papelera. Básicamente, eso era todo lo que había hecho Laura Moreno durante la mañana, al igual que los días anteriores. La papelera estaba casi llena de papel arrugado y al cuaderno ya no le quedaría más de una decena de páginas. ¿Por qué era tan difícil plasmar sobre el papel aquello que tenía tan cristalino en su mente? Ya casi no recordaba las asignaturas de la carrera de periodismo. Había estado tantos años trabajando como reportera, improvisando preguntas, que no encontraba la forma de redactar de la forma adecuada los hechos que quería contar, salvo con preguntas que hacerse a sí misma, y eso no quedaba bien en una novela. Qué fácil parecía todo cuando se propuso escribir un libro con su experiencia traumática, qué fácil lo veían también Marcos, su pareja; el editor, que ya le había dado un suculento anticipo, amén de un plazo de entrega al que no llegaría ni por asomo; o su hermana Mariola, que quería ser la primera en tener un ejemplar dedicado.

Parecía que toda España quisiera saber con pelos y señales los sucesos que la volvieron a colocar en el candelerero, aunque ella sufría pesadillas cada noche con el olor de las velas, con los cantos religiosos, con bisturís entrando en su piel...

Fue a la cocina a por otra taza de café, que bebió mientras observaba por la ventana a una pareja de chicas corriendo por el parque que ahora sustituía al

antiguo estadio de fútbol de la ciudad, ella debería salir también, pero aún no se había recuperado del constipado y no se arriesgaba a empeorar. Una lástima, porque el ejercicio físico siempre lograba que se concentrase, las preguntas de las mejores entrevistas en su trabajo se le habían ocurrido mientras corría o entrenaba en el gimnasio. Se llevó la taza al escritorio que había improvisado sobre la mesa del salón, puso música jazz y probó a comenzar de nuevo.

La penumbra y el silencio llegaron de súbito al entrar en el garaje. Un largo día de trabajo había finalizado, por suerte, ya que llevaba una semana cargada de estrés y ansiedad tras conocer la noticia de mi embarazo. Ahora podría relajarme en un baño caliente y esperar a Marcos...

«¿Esperarle? ¿Por qué tendría que esperarle? ¡Por Dios, qué cosa más absurda. No quiero dar imagen de esposa tradicional, ni siquiera estamos casados. ¿Por qué no se me ocurre un comienzo decente, con impacto y cargado de metáforas y analogías de esas que se quedan en el paladar de los lectores?».

Arrancó la página, hizo una bola y la arrojó a la papelera, pero falló y acabó rodando por el suelo.

«Debería usar el ordenador, así no gastaría tanto papel. Qué estúpida manía la de seguir los consejos de mi antiguo profesor de literatura narrativa, aquello lo decía cuando los ordenadores tenían pantallas pequeñas y con poca nitidez, o que se colgaban casi a diario, pudiendo perder lo escrito y no guardado; con los avances de la actualidad y teniendo uno con una fabulosa pantalla retina, es absurdo no aprovecharlo».

El teléfono móvil sonó cuando comenzaba a plantearse la idea de cambiar el pijama por un chándal y salir a dar una vuelta a la calle. No se hubiera molestado en contestar si no fuese porque se trataba de Marcos.

—Precisamente estaba pensando en ti —dijo a modo de saludo tras descolgar.

—Espero no haberme olvidado otra vez de echar la ropa sucia al cesto de la lavadora. No vayas a castigarme con dormir en el sofá.

—Ja, ja, ja, qué tonto. Solo trato de comenzar la novela, pero no hay forma de lograr un párrafo decente.

—¿Comenzar? Pensaba que ya irías por la mitad.

—Te estás ganando lo de dormir en el sofá tú solito.

—Lo siento, no imaginaba que estabas tan agobiada.

—Pues ya ves que sí.

—¿No puedes empezar por el principio? Yo lo contaría tal cual sucedió.

—Claro, eso suena genial. El problema radica en que escribir un libro es

diferente a hablar en una conversación, el lenguaje debe de adaptarse a la situación, al tipo de suceso; y debo empezar con una página que enganche a los lectores. No sé si comenzar con el momento del garaje o con el del piso del asesino, a modo de prólogo, y luego regresar en el capítulo uno al momento de inicio como si se tratase de un *flashback*. Tengo un millón de dudas y todo lo que escribo me parece una mierda.

—Bueno, la inspiración ya llegará cuando hayas ordenado bien las ideas en la cabeza.

—Eso suena genial, pero no me ayuda, tengo fecha límite de entrega.

—Tu editor sabe que será un superventas, así que te dará algo más de margen.

—No te creas. Los sucesos, por muy importantes que sean, se olvidan en pocos meses, y el libro acabará con una acogida muy inferior a lo previsto. Piensa que la gente ya conoce casi todo lo ocurrido al detalle gracias al blog de esa chica, Sofía Vidal. Si en los próximos días no consigo concentrarme y arrancar la historia, tendré que abandonar y devolver el anticipo. Por cierto, no pasa nada si no puedes venir a almorzar.

—¿Cómo sabes que...?

—Siempre llamas por la mañana cuando ha surgido un imprevisto y no puedes venir a casa a comer.

—Un tipo que paseaba con su perro ha descubierto esta mañana un cuerpo enterrado en una playa entre Mazagón y Matalascañas. Ahora mismo voy con David en el coche hacia allí, y no sé cuándo podré regresar.

—Qué envidia de trabajo tienes...

—Laura, no me asustes.

Un camión cisterna de la empresa Cepsa les impedía el paso, no llevaban las luces ni la sirena puestas, ya que no había emergencia alguna, así que esperaron a que el camión se desviase a la derecha para entrar en la refinería. El inspector David Sobrá aceleró para recuperar algo de tiempo, ya habían recorrido la mitad del camino.

A pesar del sol temprano que asomaba entre nubes grisáceas, esa mañana hacía frío y la densa humedad aumentaría aún más en el ambiente a medida que se acercasen a la playa. Los pinos que flanqueaban la carretera estaban casi regenerados del todo tras el gran incendio ocurrido tres veranos atrás.

—¿Cómo lleva el libro Laura? —preguntó David, que aún portaba la sonrisa de orgullo por su ascenso tras el último y difícil caso.

—No preguntes. Está muy agobiada, no se le ocurre la forma de afrontarlo,

ni siquiera de comenzarlo —respondió el inspector Marcos Navarro.

—Pues yo lo haría por el principio.

—Mejor no le digas eso cuando la veas.

—¿Por?

—Nada, cosas de escritores.

—Cambiano de tema, ¿sabes que tuve una novia que veraneaba en Mazagón?

—Lo raro sería que no la hubieras tenido. Por cierto, ¿cómo te va con Sandra?

—Es verdad, no te he contado nada. Ya sabes que ayer quedamos en el centro para tomar un café y contarnos cómo nos iba tras la ruptura. Pero ya nos conoces, luego fuimos a tomar unas copas y bailar un rato. Una cosa llevó a la otra y acabamos en mi casa.

—Ya imaginaba que sucedería. Conociéndoos y sabiendo que habíais quedado para charlar, no hubiera apostado por otra cosa. Claro que, ¿estás seguro de que esto es lo que te conviene? ¿Lo que os conviene a los dos?

—¿Por qué lo dices?

—Rara vez se arregla tras el paso del tiempo lo que no funcionó en un primer momento. No quiero meterme donde no me llaman, pero deberías ser cauto, ya lo pasaste muy mal el mes pasado y no quisiera verte otra vez derrumbado.

—Creo que ya estamos llegando al desvío del camping

David no quería seguir hablando del tema y Marcos no iba a insistir, aquella era la clave de su relación laboral. Durante las largas jornadas de trabajo mantenían la distancia justa, ninguno traspasaba la barrera invisible que habían creado para no agobiarse y protegerse de sus problemas personales, y que de ese modo no interfiriesen en su trabajo de investigación.

Una docena de personas trabajaba ya en la zona cuando ellos aparcaron tras el coche de Maite Redondo, la forense. El paisaje tan agreste, los técnicos de la división científica embutidos en sus trajes blancos y caminando con dificultad sobre las dunas, las cintas azules para mantener el perímetro libre de pisadas inoportunas... David no pudo evitar comparar lo que veía con una película de ciencia ficción que representase un paisaje lunar o de Marte.

Los inspectores se colocaron guantes de látex y fundas en los zapatos antes de pasar a la escena, desconocían si los de la científica habían fotografiado ya todas las huellas. Marcos trató de dejar la mente en blanco, de no pensar nada y concentrarse al cien por cien en analizar visualmente todo lo que aparecía en la escena del crimen, el cadáver y su entorno más cercano. Para él, tras sus años de experiencia, el cadáver era en un asesinato como la locomotora en un tren, lo

primero que observas; y, si tienes una buena percepción y análisis, comienzas a ver los vagones que van enganchados detrás: pistas, indicios, testigos... y por fin aparece el último de todos: el asesino. Comparado con una cadena, el cadáver sería el último eslabón, y el primero sería el motivo que propiciase el crimen, el instante en que una fuerte discusión o el deseo de cobrar una herencia produce en la mente del criminal la idea de llevar a cabo su plan.

El cuerpo de la chica estaba tan pálido que se hubiese fusionado con la blanca arena de no ser por los tremendos moretones que lucía en hombros, tórax y abdomen, además de la cara destrozada a golpes, literalmente, casi no se apreciaban facciones humanas. Aún se le apreciaba un ojo abierto, el otro había desaparecido. La palabra ensañamiento se sentía como un eufemismo en la mente del inspector.

—¿Qué tienes para mí? —preguntó Marcos a la forense. Era el saludo habitual entre ellos.

—Tenemos su bolso con la documentación: mujer blanca, veintidós años, María Moreno Llanes. Parece haber muerto por los numerosos golpes en cabeza, tórax y abdomen. Presenta síntomas claros de haber sido violada, con bastante ensañamiento, por cierto.

—Tanto el cuerpo como el bolso estaban semienterrados —interrumpió uno de los agentes—. Un tipo paseaba con su perro y el chucho ha desenterrado el bolso, luego ha guiado al amo hasta el cadáver y este nos ha llamado.

—La arena está húmeda tras las últimas lluvias, espero que se hayan podido encontrar algunas huellas —murmuró Marcos mirando el suelo.

—Parece que sí, tenemos varios tipos de pisadas muy diferenciadas: de los pies descalzos de ella, de zapatos de tacón antes de perderlos caminando a trompicones, del testigo y las que serán con total seguridad del asesino.

—El autor la llevó a empujones, eso hizo que perdiese los zapatos —apuntó el agente de la científica—. También puede ser que estuviera ebria.

Marcos asintió.

—Maite, me gustaría tener el informe preliminar cuanto antes.

—¿Quieres venir a la autopsia?

—Si no la haces durante la madrugada, sí que querría asistir.

Mientras David se quedó hablando con los de la científica y con el primer agente que acudió a la llamada, Marcos se dirigió al coche patrulla en el que aún permanecía el testigo.

Miguel Hernández aparentaba algo menos de setenta años, calvo, enjuto y acariciaba la cabeza de su perro, de raza difícil de definir para el inspector, mientras observaba el trabajo de los agentes y forenses a través de la ventanilla con gesto apesadumbrado. Marcos entró por la otra puerta y se sentó a su lado en

el asiento trasero del coche. El perro olisqueó su mano antes de dejarse acariciar por un extraño. El inspector sabía el efecto positivo de dejar pasar unos segundos antes de comenzar a hablar, solía relajar a los testigos que se encontraban alterados por haber visto un cadáver o un asesinato. Le dio la sensación de que Miguel lo estaba.

—Buenos días, ¿qué tal se encuentra? —preguntó en un tono bajo y pausado.

—Bueno, he tenido días mejores.

—Ya lo supongo, habrá sido un golpe duro encontrarse con el cuerpo.

—Es una chiquilla, no tendrá mucha más edad que mis dos nietos. —Miguel tenía la mirada perdida al otro lado de la ventanilla, a Marcos le costaría sacarle la información que necesitaba.

—Me han dicho que ha rechazado hablar con el psicólogo. Le aseguro que se sentirá mucho mejor tras una hora de charla.

—No servirá de nada, uno ha visto de todo y ya no se escandaliza fácilmente. No se crea que estoy tan afectado, los que hemos nacido durante la posguerra...

—Está bien, porque necesito hacerle una serie de preguntas.

—Adelante, así podré regresar a casa para la hora del almuerzo.

—Podemos empezar por ahí, ¿dónde vive?

—En Mazagón, apunte mi dirección y mi teléfono, aunque ya se los he dado a un agente hace una hora.

—Entonces obviaremos esas preguntas personales. ¿Suele alejarse tanto para pasear al perro?

—Camino todos los días, salvo cuando llueve o tengo cita con el médico, y siempre voy desde mi casa hasta la Torre del Loro.

—Vaya, es una buena caminata.

—Cuando uno se jubila, ocupar el tiempo con actividades que sean beneficiosas es lo mejor. ¿No cree?

Marcos contestó con una sonrisa. Miguel le recordó a sus padres, que ahora tendrían casi su misma edad si no hubiesen fallecido en un accidente de tráfico seis años atrás. Quizá, si siguieran vivos, también hubiesen comprado una casita en la playa para dar paseos tras jubilarse.

—¿Recuerda a las personas con las que se ha cruzado durante el paseo?

—Puedo haber visto docenas de vecinos en la zona del pueblo, pero tras unos dos kilómetros ya no me he cruzado con nadie.

—¿No ha visto a nadie por esta zona? Quizás en el sendero de acceso a la playa desde la carretera, tal vez algún coche aparcado.

—No, no he visto nada, me habría fijado. Aquí solo hay arena y matorrales, cualquier cosa destaca desde muchos metros, incluso una lata de refresco que algún idiota deja tirada.

—¿Ha tocado el bolso o el cuerpo?

Miguel se giró para mirar a Marcos con un claro gesto de incomodidad.

—Pues claro que no, no soy estúpido.

—Entienda que debo preguntarlo. En varias ocasiones hemos invertido días en buscar en la base de datos a sospechosos a través de huellas encontradas en la escena de un crimen, y ha resultado que se trataba del testigo que había tocado donde no debía. En fin, solo le diré que la víctima se llamaba María Moreno Llanes, ¿le suena ese nombre?

—No, no reconozco ese nombre, quizá con una foto, tal vez fuese del pueblo y la haya visto alguna vez.

Marcos bajó la ventanilla y llamó a uno de los agentes de la científica. Este trajo una bolsa de plástico al cabo de dos minutos, se la dio al inspector, que sacó con cuidado del interior una cartera y de ella el DNI de la víctima.

—No, no me suena su cara —respondía Miguel—, claro que las chicas de ahora se parecen todas.

El perro había apoyado la mandíbula sobre la rodilla izquierda de Marcos y parecía estar quedándose dormido bajo las caricias que recibía en la cabeza.

—Tienes un buen olfato, chico —le dijo Marcos. El perro movió la cola contento al comprender que hablaba con él.

—Suele desenterrar todo tipo de cosas, generalmente basura, a veces la encuentra a un metro de profundidad. Qué rabia que nunca haya encontrado dinero o una joya, prefiere cosas que tengan un olor nauseabundo. Bueno... lo siento, no quería decir...

—No se preocupe, sé que no se refería a la chica. En fin, es todo por ahora. Quisiera pedirle que no abandone su domicilio en las próximas semanas por si llamamos o le hacemos una visita para hacerle más preguntas. También quiero darle mi tarjeta, llame a cualquier hora del día si recuerda algo que ahora se le haya podido pasar.

Miguel miraba a Marcos como un padre mira a un hijo que hace un comentario sin sentido. Ya no quedaba nada de aquel anciano frágil que parecía impresionado por el momento. Al inspector no le había funcionado muy bien su instinto.

—De acuerdo, gracias, le llamaré si recuerdo algo más —respondió sin mucha convicción.

David apareció ante él cuando se bajaba del coche. Maite hablaba a su grabadora unos metros más allá y casi todos los agentes de la científica habían terminado con su tarea, ya que no quedaba casi ninguno en la zona acordonada. El juez de instrucción procedió al levantamiento del cadáver y media docena de policías de uniforme se diseminaron en todas direcciones para buscar cualquier

rastros o pistas en los alrededores. Marcos sintió una corriente de aire helado apoderándose de la zona hasta provocarle un escalofrío. La vida de una chica joven, casi una niña, había terminado de la forma más dura y cruel imaginable y todo lo que quedaba horas después era un deambular de agentes de policía que solo estarían pensando en regresar a casa o meterse en el coche con la calefacción. Ni una palabra de duelo o recuerdo por su memoria.

Pero en algún lugar habría unos padres destrozados, además de los sueños de futuro rotos para la pobre chica.

—Podemos marcharnos —dijo David—, cualquier nuevo dato nos llegará por correo electrónico.

—Sí, mejor regresemos a la comisaría —musitó Marcos al salir de sus pensamientos.

El mar seguía gris, se oía una gaviota graznar en la distancia. ¿Quién podría haber realizado semejante atrocidad?

Se lo había recomendado todo el mundo, pero Cristina no hizo el menor caso. Tenía la casa llena de fotos de Fran, hecho que le hacía llorar a cada momento; imágenes con la niña, ellos juntos cuando se conocieron, los tres tras el nacimiento de la pequeña, incluso la foto de su graduación. ¡Qué bien le sentaba el uniforme de gala! Aquello no era sano, y lo sabía. Aunque tal vez fuese necesario para su fase de aceptación, necesitaba sacar todo lo que llevaba dentro antes de empezar su recuperación, antes de comenzar de cero. Debía destruirse del todo antes de recomponerse con los pedazos y convertirse en una nueva versión de sí misma. Un ave fénix resurgiendo de las cenizas. Eso decía el psicólogo, quizá tuviese razón. Quizá.

A Fran Pedraza, compañero del cuerpo, además de sentimental, lo habían matado en una misión un mes atrás. Ahora le tocaba a ella cuidar y criar a su hija en solitario. Pronto tendría que incorporarse al trabajo y no imaginaba cómo iba a separarse de su pequeña, su motor para seguir con vida, para no perder la cordura. Tendría la ayuda incondicional de sus padres y de los abuelos paternos de la niña, pero ese no era el problema; no le entraba en la cabeza la idea de estar en la comisaría sin ver a Fran aparecer con su cara sonriente, bromeando con el resto de compañeros, acercándose para susurrarle alguna bobada al oído, preguntando a todas horas cuándo iban a almorzar...

A Cristina le gustaría —necesitaba— ayudar a Marcos en sus investigaciones. El inspector había cambiado su vida tras aparecer un año atrás y monopolizar los grandes casos, en los que la había incluido como colaboradora, y hacerle ver que la investigación policial era su vida. Claro que ahora sabía que

no podría brindarle mucho apoyo tal como tenía la cabeza tras los recientes sucesos. Era mejor esperar unas semanas más, permanecer enclaustrada y vaciarse de miseria para resurgir de sus cenizas. Cada vez le sonaba más forzada y peliculera esa expresión.

Cada mañana se levantaba para dar el pecho al bebé y desayunar, luego limpiaba la casa, o ponía la lavadora, hacía la comida... Ocupaba el tiempo como fuese hasta la hora del almuerzo. Dormía una hora con la niña entre los brazos en el sofá, le daba otra toma de leche y se marchaba al gimnasio, su único momento de liberación. Allí permanecía durante hora y media soltando endorfinas con las pesas y un poco de artes marciales. Regresaba a casa, donde sus padres y suegros habían cuidado del bebé, y preparaba la cena. Esa era su rutina cada día de la semana. Sin lunes ni domingos, todos los días iguales. Las noches eran mucho peores.

Cada mañana, tras dormir dos o tres horas como mucho, se mentalizaba sobre la necesidad de regresar al mundo real, pero cada noche se pedía a sí misma un día más de margen.

Acababan de poner otra carpeta sobre la mesa de Nuria Carvalho, el montón que formaban ya superaba la altura del monitor del ordenador, y eso que era de veintisiete pulgadas, el más grande para la investigadora más hábil. Ella suspiró con resignación. ¿A qué caso debía dar prioridad? ¿Tendría que dejar lo investigado para concentrarse en otros asuntos nuevos? El comisario no había hecho ninguna anotación sobre las carpetas, ni un mísero *post-it* con indicaciones, así que no tenía ni idea de cuál investigar. Desde que Cristina estaba de baja, no tenía con quién quejarse por el exceso de trabajo, acentuado por los permisos de vacaciones que casi todos los agentes se habían pedido tras el último caso, que los tuvo sin días libres durante las Navidades.

Tomó el bollo de chocolate y se comió la mitad de un solo mordisco, luego bebió un trago de su taza de café; dio una palmada a su cintura y sonrió. ¡A la mierda la dieta! Iván la quería tal como era. Se acabó el pasar hambre o sentirse como una foca por no lograr perder peso. Ya iba siendo hora de tener una pareja que la tuviese en un altar. A Iván no le molestaba nada de lo que ella hacía o decía, tampoco insinuaba que tendría que perder algo de peso, como sí lo hacía su anterior pareja: Inma. Estar con otra chica le hizo suponer que no sufriría por complejos, que entre mujeres eso está más que superado y se apoyarían en todo, pero se dio de cabeza contra la cruda realidad. Inma era celosa, como casi todas las personas infieles y autoritarias, así que la sumió en una espiral de menosprecio. Dejarla fue lo mejor que había hecho en su vida, aun reconociendo

que lo pasó mal durante los dos meses posteriores. Y volver al mercado fue más que complicado; salir de fiesta dos o tres veces por semana, arreglarse, perder peso, comprar ropa nueva, maquillarse más que nunca... No, no fue una tarea sencilla. Iván apareció una noche, dos semanas atrás, y cambió todos sus esquemas. Se sentía sobre una nube, se sorprendía a sí misma sonriendo como una idiota cada dos por tres, teniendo la necesidad de contarle a todos sus conocidos la buena nueva. Iván la llenaba en todos los sentidos.

—¡Joder, Nuria! ¿En qué coño estás pensando?

—Perdón, Paco. No te oía.

El comisario la miraba con impaciencia desde el otro lado del escritorio.

—Baja de las nubes y ven, que tenemos algo importante. ¿Te ha llegado la carpeta con el material? —le espetó Paco Hernández con su malhumor habitual.

—¿Cómo? Ah, sí, hace unos minutos me ha puesto Irene esta carpeta sobre la mesa.

—Pues cógela, mueve el culo y ven a la cocina, allí haremos una reunión en dos minutos.

Marcos Navarro, David Sobrá e Irene Macías, la recepcionista, ya estaban en la cocina cuando ella entró. Casi no le dio tiempo a saludar y preguntar de qué iba la reunión, ya que Paco entró tras ella y puso orden para no invertir más tiempo del necesario.

—Tenemos al cuarenta por ciento de los agentes de vacaciones, así que el trabajo se acumula y quiero tener este caso de homicidio resuelto esta misma semana, ¿entendido?

Paco se echó a un lado y Marcos tomó la palabra, como era habitual, y expuso los datos de que disponían hasta ese momento. No había gran cosa, solo lo recabado tras ver la escena del crimen, tomar los datos personales de la víctima, constatar las opiniones de la forense y los inspectores de la científica sobre el terreno y la entrevista con el testigo.

—¿Y cómo sabemos que no lo hizo el viejo? —se preguntaba el comisario—. Un tipo que se desplaza tantos kilómetros para pasear un perro en pleno invierno siempre es sospechoso. ¿Cuánto hay desde el pueblo hasta el lugar del crimen? ¿Seis o siete kilómetros? Doce o catorce al ser ida y vuelta. Son muchos para recorrerlos a diario.

—Aunque se veía en buena forma —respondía Marcos—, a mí también me pareció excesivo, y no me cuadró su actitud tan relajada y fría. Quisiera investigar más a ese tal Miguel Hernández. ¿Irene? —La recepcionista, que solía ayudar en tareas de búsqueda de información, asintió a la petición del inspector

—. De todos modos, yo no lo llamaría sospechoso aún, ya que había huellas de tres zapatos y las suyas distaban mucho en grabado y tamaño a las del que consideramos presunto asesino. Además, la fuerza y la violencia empleadas, el peso del autor, según la profundidad de las huellas, no se corresponden con las de Hernández. Nos enfrentamos a un tipo grande y fuerte, quizá no tanto como David, pero se aleja del físico de un anciano delgado y de metro sesenta y cinco.

—Juro que yo no lo hice —dijo David con las manos en alto y mueca de sonrisa—, estoy dispuesto a pasar la prueba del polígrafo, Paco.

—Vete a la mierda, Sobrá.

—Venga, chicos, un poco de seriedad —puso orden Marcos—. Quiero tener la dirección de la chica; los nombres, direcciones y datos de contacto de sus familiares, amigos, novio, lo que sea; y lo quiero para dentro de media hora, que es lo que tardaré en almorzar.

Nuria se dio por aludida, sabía que esa era su tarea. Por suerte, no tenía hambre tras terminarse el bollo de chocolate y podría esperar esa media hora antes de ir a comer.

A punto estuvo de resbalarse y caer al salir corriendo de la ducha. Esa insistencia al tocar el timbre solo podía significar que María había regresado, y otra vez había perdido la llave; o que se trataba de Nacho, el casero. Ese hijo de puta se cobraba en especie el alquiler cuando les faltaba una parte del mismo, pero ese mes habían pagado rigurosamente; más le valía no subir el precio o le mandarían a la mierda, aquel cuchitril no valía ni la mitad de lo que pagaban por él.

El reloj de su teléfono móvil marcaba las seis menos cinco de la tarde. Aún tenía que comer algo, maquillarse, secarse el pelo, peinarse y vestirse. Esa noche llegaría tarde al trabajo. ¡Joder!

Se cubrió con una toalla y corrió hacia la puerta. Observó por la mirilla a dos desconocidos y preguntó quiénes eran. «Policía, ¿es usted Inés García?», respondieron a la vez que mostraban sus identificaciones. Ella dudó unos segundos y luego abrió para invitarles a pasar y pedirles que la esperasen mientras se vestía. Estaba asustada, nunca había ido la policía a su casa, y menos vestidos de paisano; no se trataba de dos simples agentes como los que la molestaban o detenían en la calle algunas noches. Había pasado algo malo, seguramente relacionado con la desaparición de María.

—Voy a tomarme un café, ¿queréis uno? —preguntó con una sonrisa forzada. Era más que visible el temblor de sus manos al sostener la cafetera.

—No gracias, no vamos a molestarla más de unos minutos, solo queremos

hacerle unas preguntas.

—Es por María, ¿verdad?

—Me temo que sí.

Inés se derrumbó. El vaso con el café se le escurrió de las manos, rompiéndose contra el suelo de la zona que se presumía la cocina, y comenzó a llorar de un modo desconsolado. David permanecía en silencio, se había sentado en una silla al lado de la única ventana que había en el piso, daba a un patio interior muy oscuro, con tendederos entre paredes que necesitaban con urgencia una mano de pintura. Marcos esperó unos segundos antes de tratar de calmarla, estudiando durante ese breve espacio de tiempo las reacciones de la chica. La ayudó a recoger los trozos de cristal, ella limpió la leche con una fregona que tenía apoyada en un rincón de la propia cocina y, antes de terminar de hacerlo, sorprendió a los inspectores al ser ella la que iniciaba las preguntas.

—¿Qué le ha pasado? —Aún le duraba el hipo por la impresión.

—La hemos encontrado muerta.

—Joder, joder, joder... ¡joder! No se lo merecía, no puede ser. ¡Qué asco de mundo!

—Por favor, siéntese, necesita calmarse. Creo que le vendría mejor una tila en estos momentos. Dígame si tiene esa u otra infusión y yo mismo se la prepararé.

Ella no parecía escuchar, le temblaba el labio y las manos, la mirada recorría la estancia sin parar en ningún punto concreto.

—¿Cómo ha ocurrido? No, mejor no me lo digas, no quiero saberlo. —Hizo un aspaviento algo teatral con las manos y se dejó caer sobre una pequeña silla, luego trató de limpiar sus lágrimas con la manga del pijama. Marcos seguía de pie, no había silla para él.

—Necesitamos que se calme, estamos tratando de encontrar al que lo hizo y para eso necesitamos su ayuda.

—¿Es usted compañera de trabajo de María? —preguntó David.

—Sí, soy puta, ¿es lo que quieres saber?

—A mí no me importa su profesión, solo detener al que le ha hecho daño a su compañera. Para eso necesito hacerle una serie de preguntas.

—Pues pregunta lo que quieras, pero date prisa, dentro de unos minutos debería salir para buscarme la vida, como cada noche.

—Bien, no serán más de unos minutos.

Marcos volvió a tomar la batuta en la entrevista y le preguntó por su relación con la víctima, ella respondió que no eran amigas íntimas pero que se tenían aprecio. Trabajaban en la misma calle cada noche y compartían piso desde hacía casi un año. No tenían chulo ni se drogaban. No conocía novio o amigos de

María, tampoco a nadie que la hubiese amenazado. Los únicos altercados que había tenido en los últimos meses habían sido provocados por clientes borrachos, nada que justificase un asesinato. Inés les invitó a buscar a la familia de la chica si querían conocer sus costumbres u otros datos, pero Marcos le dijo que no tenía familia conocida, en la base de datos solo aparecían dos detenciones por prostitución y algunos trabajos anteriores, esa dirección física y poco más.

—Vaya, eso explica que nunca hablase de sí misma ni de su familia. No tenía ni idea, pensaba que era reservada en ese aspecto.

—Bueno, si aún no llevaban ni un año compartiendo el piso, es algo normal. Pero, si no le importa, seguiré con más preguntas: ¿vio con quién se iba anoche?

—Anoche tuvimos mucho trabajo. Después del mes de diciembre pasado por agua, enero está logrando que nos recuperemos; se ve que los hombres estáis muy faltos de un buen meneo, que salís a por todas cuando habéis estado unas semanas de ayuno.

Ni Marcos ni David hicieron caso a la broma de la chica.

—¿Eso es un no?

—Sí, quiero decir que no. Ayer, cuando regresé de un servicio, ella ya no estaba. Y no la vi aparecer más en toda la noche. Pensé que la encontraría al regresar a casa, pero no fue así. A veces tenemos un buen cliente, porque es generoso o porque nos pide algo que se sale de lo normal, el caso es que nos suelen dar una buena propina y nos volvemos a casa a descansar en lugar de seguir trabajando con este frío.

Su semblante abatido, tras pronunciar esas palabras, parecía sincero, así lo pensó Marcos.

—¿Siempre hacía la calle?

—Hay que hacer la calle cuando no hay plaza en el club.

—¿Club? —El inspector lo apuntaba todo en su pequeña libreta.

—Tres noches a la semana, más o menos, trabajamos de diez de la noche a seis de la mañana en el *Lady's*, en la carretera que va a San Juan del Puerto, frente al supermercado y el taller de...

—Sí, sabemos donde está. Quiero decir que el cartel se ve desde kilómetros.

—Tranquilo, no me suenan vuestras caras, tampoco dais el perfil de los que pasan por allí o por la avenida del paseo Marítimo; ya sabéis, de los que necesitan pagar por follar.

—Por favor, nos contaba su rutina. ¿Es la misma que la de María?

—La misma, ambas solemos... solíamos ir martes, jueves y sábados al club. Si no ganábamos lo suficiente para pagar el piso y los gastos, salíamos una o dos noches a la calle. Allí se cobra menos, se trabaja con frío y algo de miedo por la falta de seguridad, pero es necesario para seguir adelante.

—Bien, entonces me queda claro que anoche fueron a la calle las dos. Si usted no vio con quién se marchaba María, ¿podría decirnos los nombres de sus compañeras? Me refiero a las que trabajan cerca y pudieran haber visto algo.

Inés dudaba, no se sentía cómoda ayudando a la policía, menos aún dando nombres de otras compañeras sin haberles consultado primero.

—No vamos a detener a ninguna chica —añadió Marcos, intuyendo lo que pasaba por la cabeza de Inés en ese momento—, solo a hablar con ellas sobre lo que vieron. Si es que quiere que atrapemos al que le ha hecho...

—Sí, está bien, está bien. Les daré un par de nombres, pero no quiero que digan que yo se los di. Por favor. Ni que han hablado conmigo.

—Le doy mi palabra.

Con los dos nombres apuntados y otras preguntas resueltas, los inspectores se marcharon de su casa. Su casa... cuya mensualidad no sabía cómo podría pagar a partir de entonces. Necesitaría una compañera que se hiciese cargo del cincuenta por ciento del alquiler y los gastos, era una tarea difícil la de conseguir responsabilidad en el sector.

Inés sintió el piso muy vacío, frío y silencioso cuando se quedó a solas. Había constatado que María ya no regresaría y esa sensación era nueva. Se vistió y maquilló a toda prisa para marcharse al trabajo. Ese día con más miedo que nunca ante lo que pudiera ocurrirle, a pesar de que tocaba hacerlo en el club y allí tenían seguridad. La cara dulce y sonriente de María no se le quitaba de la cabeza.

Aún no se habían abierto las puertas al público, pero había mucha actividad en el interior del club Lady's. Enseñaron la placa a un portero de más de dos metros y doscientos kilos que guardaba la entrada vestido con un esmoquin a medida. Este les dijo dónde encontrar al encargado y les abrió con su llave la puerta.

El local tendría unos mil metros cuadrados, una simple nave industrial pintada por dentro de negro y decorada, casi exclusivamente, por muebles y sofás de color rojo, aunque vieron algunas plantas en los rincones, seguro que artificiales, ya que no se apreciaban ventanas por las que entrase la luz del sol. Más de cien estufas halógenas caldeaban toda la estancia desde una altura de unos dos metros y medio. No era un sitio para pasar frío, todo lo contrario. El encargado estaba al fondo de la barra, como había prometido el portero, pero Marcos frenó a David unos metros antes de llegar, quería estudiar la reacción del tipo desde la distancia, ver si se ponía nervioso ante su presencia. Era más que obvio que se trataba de policías, no habrían podido entrar de otro modo.

—La chica no tenía pareja ni familiares, solo este trabajo y la compañera de piso que hemos conocido hace unos minutos. Tenemos que ser cautos si queremos averiguar algo sobre ella.

—Nació en Badajoz, ¿tienes pensado ir allí para indagar algo sobre su pasado? —preguntó David.

—No creo que sea necesario. En la base de datos reza como huérfana desde los once, sin hermanos y criada por el estado a falta de poder ubicarla con una familia de acogida. No quiero conocer su pasado, solo el presente que pudiera haber originado su asesinato.

—Yo creo que fue un zumbado, un cliente que tuvo la idea de dar un paso más en su juego enfermo.

—Yo también, pero ya sabes que tenemos que investigar todo el entorno de la víctima. ¿Te has dado cuenta?

—El tipo está nervioso, no nos quita ojo y ha preguntado por nosotros al camarero.

—Tienes mejor vista y oído que yo.

—Te recuerdo que he trabajado y regenté una discoteca durante años. Uno aprende incluso a leer los labios.

—Pues vamos a por él.

Luis Mejía llevaba una americana negra sobre camisa blanca y vaquero azul con botas de cuero marrón. Una mezcla algo hortera a los ojos del inspector Navarro, pero perfecta y casi discreta para un proxeneta, que era lo que Marcos veía tras la imagen legal del impecable empresario. El tipo tendría unos cuarenta años bien llevados, cabello espeso negro, mentón recio y unos cien kilos de músculo trabajado en gimnasio. Daba el perfil del criminal que buscaban, pero sería absurdo sospechar de él antes de haberse entrevistado.

Tras identificarse, los inspectores lo siguieron a su oficina, que se encontraba al final de un interminable pasillo oscuro y estrecho, lleno de las puertas que, sin lugar a dudas, ocuparían las chicas en su trabajo diario. O nocturno, en este caso. La oficina era un cubículo sin ventanas, con una mesa, un sillón y dos grandes archivadores en la pared de la izquierda. David y Marcos permanecieron de pie mientras Luis se sentó en su sillón.

—Pues ustedes dirán, espero que comprendan que tengo prisa, abrimos en unos minutos.

Sonreía, pero a los policías no les hizo ni pizca de gracia, no les caía bien el personaje y mucho menos su actitud soberbia.

—Bueno, no creo que tenga hoy la celebración del Baile de la Rosa —dijo David, que tomó las riendas de la conversación—. No diferirá su trabajo mucho de un día para otro. Así que podrá dedicarnos unos minutos. Mucho mejor que

responder en comisaría durante varias horas, ¿no?

Luis mascó esa posibilidad con amargor en el paladar y su rostro lo reflejaba, para regocijo de los inspectores.

—Bien, vayamos al grano. ¿Qué pasa? ¿Queréis algún tipo de comisión? ¿Ofrecéis protección? ¿De qué va esto? Joder, decid algo.

—¿Acaso es la primera vez que tienes a la policía en tu local?

—En mi despacho sí, en la sala o en las habitaciones de las chicas... ahí es más frecuente encontrarlos.

—Bien, dejaremos eso al margen, por ahora. No queremos más de ti que información sobre una de las chicas que trabaja aquí de forma periódica. María Moreno, veintidós años, rubia, metro setenta, ojos color miel. —Marcos se alegró de dejar hablar a su compañero, se mostraba como pez en el agua en un despacho que no sería muy diferente al que tendría como propietario de su antigua discoteca.

—Sí, sé de quién me hablas. Delgada y guapa, culo bonito pero tetas pequeñas. Viene tres días a la semana, como el resto. Las chicas van cambiando para que el cliente tenga variedad.

—¿Tienes algún tipo de ficha o informe de cada chica que trabaja aquí? ¿Sabes si María se ha visto mezclada en algún asunto feo o ha sido amenazada o golpeada por algún cliente?

—Tengo ficha, ahora os la enseño. ¿Asunto feo? Aquí no se propasa nadie, al menos más de una vez. Si algún cliente hace daño a una chica, se pasa de listo o se pone agresivo... No sé si habéis visto a mis chicos de seguridad; digamos que el tratamiento contra la estupidez es tan contundente que no lo olvidan el resto de sus vidas.

—Entonces, me asegura que María no tuvo ningún problema en los últimos meses con clientes.

—Eso es mejor que lo hablen con los porteros o los camareros. Yo les daré la ficha.

—¿Qué relación mantenía con ella?

—¿Cómo dice? ¿Está metiéndome en el asunto sin siquiera haberme dicho por qué están aquí? ¿Qué pasa con esa chica? ¿Ha denunciado el local o a mí?

—No creo que pudiera hacerlo —irrumpió Marcos en la conversación—. En estos momentos está en el depósito de cadáveres, a la espera de la autopsia.

Luis Mejía cambió su semblante y se recostó en el sillón. Los inspectores consideraron que la noticia lo había cogido por sorpresa, no podría ser tan buen actor como para fingir ese efecto. Incluso se veía lívido y con la mirada perdida en algún punto sobre la mesa.

—Aún esperamos esa ficha.

Tardó unos segundos en reaccionar, luego se comportó mucho más amigable, se mostraba confuso ante la idea de que una de sus chicas hubiera sido asesinada. Su imagen despreocupada y altiva había desaparecido para dar lugar a una personalidad más cercana y participativa, incluso parecía haberse encogido físicamente.

Marcos le dio su tarjeta y los inspectores salieron para entrevistar a los camareros, a los porteros y a algunas de las chicas, que ya estaban preparadas para el momento en que el negocio abriese las puertas al público.

No sacaron mucha más información de ellos, no se trataba de un negocio en el que hubiese una hermandad entre los empleados; allí todos iban a cumplir con su trabajo y regresar a casa lo antes posible. No era como pertenecer a la plantilla de Google, que pudieras mencionar como anécdota en cada reunión social y presumir de sueldo y otras condiciones. Los porteros hablaron de clientes borrachos, pero nunca se habían metido con ella; los camareros mencionaron que algunas chicas estaban alcoholizadas y otras consumían cocaína o cristal, pero María no era una de ellas; las prostitutas, por su parte, no recordaban casos de abuso o peleas, ni que María les hubiera dicho que tuviese un acosador o problemas con nadie.

Al salir del local, el aire de la noche llegó tan fresco y revitalizante como si hubiesen permanecido en una cueva durante años. Marcos y David respiraron hondo durante unos minutos antes de entrar en el coche y regresar a la comisaría.

—No entiendo cómo hay gente que viene aquí a pasar la noche —dijo David una vez dentro del vehículo.

—Piensa que nosotros hemos venido a trabajar, otros vienen por lo que consideran una necesidad. Quizá estos locales estén estudiados para ellos, tal vez sea su paraíso soñado. Aunque a nosotros nos haya robado una parte del alma.

Diego Murillo se levantó del sofá en el salón de su casa para ir a la cocina, allí escanció generosamente una copa de vino tinto y regresó para seguir leyendo el libro que lo tenía atrapado: *Marina*, de Carlos Ruiz Zafón; le habían dicho que era algo juvenil y fantasioso, pero le estaba pareciendo una maravilla, nostálgico y misterioso, además de un regreso a recuerdos de su adolescencia ya casi olvidados. Había decidido tomarse la tarde libre y descansar en casa. Tampoco había gran cosa que hacer en el ayuntamiento, y le quedaban solo cuatro meses para terminar su mandato como alcalde de la ciudad, puesto al que no pensaba presentarse de nuevo, así que no le importaba lo que pensase o dijese de él el candidato que ocupaba la primera posición en las encuestas para relevarle en el cargo, Joaquín de los Santos, en los medios locales de comunicación.

La prensa y la televisión lo atacaban con más fiereza desde la Navidad, especialmente los medios que estaban financiados por el magnate de la construcción Ignacio de los Santos, padre del que sería el próximo alcalde con total seguridad. Lo culpaban constantemente de llevar una nefasta gestión: la nueva estación de trenes, el cambio de nombre del palacio de deportes, la poca presión a la policía en el caso de un asesino en serie que acabó con los ánimos de los ciudadanos. Nada de aquello era culpa suya, pero en política no importa si dices o no la verdad, solo que la gente te crea.

¿Y qué más da? Que digan lo que quieran, que piensen lo que les dé la gana. Pronto estaría retirado. Con el paso de unos meses, quizás años, lo vería todo como una mala decisión más en su vida. Un recuerdo lejano que le serviría para contar anécdotas y ser consciente de que no siempre se gana con las apuestas.

Soñaba con un barco de recreo discreto amarrado en el puerto de alguna playa cercana, poder perderse navegando por la costa, pescar de vez en cuando, jugar a las cartas con amigos, sentarse con un buen libro en la proa y tomar una copa de vino al atardecer; en definitiva, disfrutar de una jubilación más que merecida. Lo que debía haber hecho hace tres años y medio, en lugar de conceder el capricho a su mujer y presentarse a las elecciones. A buena hora le hizo caso.

No lograba concentrarse en la lectura. El libro era fantástico pero su mente seguía inmersa en la información que le llegó por correo electrónico desde la fiscalía. Un asesinato tan salvaje de una chica, a tan pocas semanas de lo sucedido en Navidad, reavivaba las llamas y conseguiría que la opinión pública y la ciudadanía se le echasen encima de nuevo. Lo que le faltaba.

Aunque había tratado de calmar a la prensa y enviado un comunicado a través de la página web del Ayuntamiento, sabía que pronto le estallarían en la cara.

Joder, le llamarían *el alcalde de los asesinatos*.

Se bebió la copa de un sorbo y dejó de mala gana el libro sobre el sofá. Era imposible tener un día tranquilo. Ni uno solo, ni tan siquiera un día había tenido para relajarse y desconectar tras volver del despacho. ¡Qué ganas tenía de dejarlo todo atrás!

El paseo Marítimo, también llamado de Las Marismas, estaba atestado a esa hora de la noche, a pesar del frío y de la humedad que llegaban de la ría, justo al otro lado de la carretera. Los que habitaban por la zona incluso podían oler que había marea alta. La zona se construyó años atrás para que pasearan familias y jugasen niños ante una idílica vista de postal, claro que es difícil saber

lo que ocurrirá en el futuro... Lo cierto es que no era muy recomendable pasar de noche por allí entre la fauna que se podía observar: prostitutas, proxenetas y clientes en su hábitat natural. Si había que temer a un depredador durante las noches, se encontraría en aquel paseo.

Docenas de chicas, unas jóvenes y otras no tanto, se repartían por parejas bajo la tenue luz de las farolas, su escueta ropa dejaba claro cuál era el género a vender, además de provocar escalofríos. Una hilera de coches circulaba despacio en cada sentido, muy despacio; los clientes necesitaban estudiar el género antes de decidirse por adquirir uno u otro. En este caso en concreto, alquilarlo al precio pactado durante una media hora.

El denso olor que reinaba en el ambiente se componía de una mezcla entre perfumes baratos, tubos de escape y salitre. Era el hedor que desprenden los sueños rotos, las ansias de supervivencia, el deseo sexual más desesperado y primitivo, y las decepciones teñidas de nuevas oportunidades.

En uno de esos coches Marcos y David observaban a su alrededor tratando de no llamar la atención. Llevaban el vehículo personal de David y se preguntaban desde hacía unos minutos cómo demonios encontrarían a las dos prostitutas que buscaban si solo tenían sus nombres, ni siquiera una mísera descripción física, claro que allí todas parecían iguales. Dudaban de que pudiesen preguntar como si se tratara del patio de un colegio. Las mujeres que allí trabajaban se harían las sordas o huirían en cuanto oliesen sus placas.

—¡Joder, debimos venir con la compañera de piso de la víctima! —protestó David. Marcos no hizo comentario alguno, se limitaba a observar.

—Vamos a preguntar a esa.

—¿Por qué? ¿La conoces?

—No, pero por algún sitio debemos comenzar.

La chica llevaba un largo abrigo abierto para que se le pudiera ver el cuerpo y la lencería de encaje negro que no cubría casi nada de su huesuda anatomía. Se acercó contoneando la cadera y mostrando su mejor y más ensayada mirada. Mascaba chicle, estaba mal maquillada y trataba de sonreír a quienes consideraba dos posibles clientes.

—¿Queréis que os quite el frío? Sois guapos, os haré un dos por uno.

—Quizás en otro momento. Buscamos a Candy y a Belén. ¿Sabes dónde podemos encontrarlas?

—Esas dos son muy feas, y yo puedo daros lo que necesitáis a un precio mejor. Venga, os hago una oferta, por veinte euros puedo...

—Te doy veinte solo por decirme quiénes son Candy y Belén.

—¿Veinte solo por deciros eso? ¿No seréis polis?

—¿Tenemos pinta de policías? Solo queremos pasar un buen rato y nos las

han recomendado. —David miraba a Marcos tratando de no mostrar asombro por su control de la situación—. Otro día vendremos a por ti y te pagaremos bien.

—Joder, está bien. Son esas dos de allí, la del abrigo rojo y la de al lado, la que grita como una verdulera. No sé qué cojones sabrán hacer que no sepa yo, pero son más feas que pegarle a un padre. Vosotros sabréis.

—Toma —le tendió un billete—. Gracias.

Solo treinta metros los separaban de las dos chicas, David condujo sin prisas. Una vez a su lado, ellas dijeron un precio por un servicio completo y ellos aceptaron. Marcos seguía tomando la iniciativa y David, que confiaba plenamente en él, le seguía el juego. Las chicas subieron al asiento trasero del coche y juntos se marcharon de la zona, aunque no muy lejos; aparcaron en la plaza de la Merced y se dirigieron hacia a un local de copas llamado Lancelot, decorado en su interior como un castillo medieval.

—¿Queréis unas copas? —preguntó Marcos, David seguía sin comprender lo que pretendía, pero nunca llevaría la contraria al que había sido su superior hasta hace una semana y que había demostrado ser el mejor policía que había conocido.

—¡Vaya, qué suerte hemos tenido! Dos chicos guapos y encima nos llevan de fiesta. Yo quiero una ginebra con limón —dijo la que respondía al nombre de Belén.

Las caras de ambas cambiaron cuando ellos se identificaron como policías y más aún al preguntarles por una compañera. David pensó que todo aquello no habría servido para nada y que se marcharían en el acto, pero se equivocaba.

—No vamos a deteneros, a ficharos ni nada por el estilo, solo tratamos de descubrir y arrestar al que asesinó ayer a vuestra compañera. No sé si erais amigas, tampoco os pido que lo hagáis por ella, sino por vosotras, porque no os pase lo mismo, para que detengamos al tipo que podría elegir a una de vosotras mañana mismo. Hacedlo por la familia de María, ellos quieren que se haga justicia. —Marcos sabía que María no tenía familia, pero esas dos chicas no, ya que no se lo había contado ni a su propia compañera de piso.

—No sé, ni siquiera deberíamos dejarnos ver al lado de policías; eso es muy malo para el oficio. —Belén había adoptado todo el protagonismo. Candy callaba, se veía algo asustada y miraba en todas direcciones.

—Por eso os hemos traído aquí, lejos de la calle y de ojos y oídos curiosos.

—Pero es que nosotras no vimos nada.

—¿Estabais allí cuando ella se marchó con algún cliente?

—Bueno, sí, supongo que sí. Recuerdo que, tras hablar unos minutos con un amigo y cliente fijo, volví la vista a la calle y ella había desaparecido, pero no

recuerdo haber visto el momento en que se marchó, lo haría mientras yo estaba a lo mío.

—Entiendo. ¿Tampoco tú?

Candy se puso muy nerviosa, miraba a Belén tratando de buscar apoyo y se frotaba una mano con la otra. Los inspectores no tuvieron dudas.

—No se trata de delatar a una compañera, ni de poner al descubierto a un cliente. Hablamos de un asesino que ha matado a golpes a una chica de veintidós años.

—Bueno, es que yo no vi más que el coche. —Su voz era tan dulce y aniñada que tomó por sorpresa a los policías—. María habló durante unos segundos a través de la ventanilla, luego se montó y se marcharon.

—¿Recuerdas la matrícula? ¿Marca y modelo de coche?

—No, solo pensé en aquel momento que había tenido mucha suerte.

—¿Suerte? ¿Por qué?

—Era un coche negro, deportivo, de esos con dos plazas, no recuerdo la marca, pero era muy bonito. Los clientes que vienen a la calle no suelen llevar coches caros.

—Los clientes con pasta contratan *escorts* para que vayan a sus casas o a hoteles —interrumpió Belén.

—Si te muestro unas fotografías de coches, ¿podrías identificarlo?

—No lo sé, tal vez.

Había prometido a Marcos que lo llamaría para que estuviese presente durante la autopsia, pero su reloj marcaba la una y media de la madrugada y era demasiado tarde para llamarle al teléfono móvil. Su compañero, Ramón, se había despedido de ella a las doce en punto, desde entonces se encontraba sola en lo que ella llamaba «su oficina». Maite Redondo podría haber hecho una incursión en el armario del despacho de su compañero y prepararse un delicioso capuchino cremoso en la cafetera que celosamente guardaba allí, solo un mísero candado la separaba de una experiencia maravillosa, no tardaría más de tres segundos en abrirlo con un clip o una horquilla, pero se conformó con el brebaje de la máquina de la sala de espera. Trató de liberarse de la tentación, pero no lo logró y se fumó un cigarrillo en la puerta que daba al aparcamiento.

Sobre la mesa esperaba su paciente. Ya había apartado la tela sobre el cadáver de María Moreno, que se mostraba blanco como el mármol, excepto en las zonas que había recibido los golpes, y no eran pocas. Aquello le llevaría unas dos horas, y eso gracias a estar sola. Cuando realizaba la autopsia en presencia de policías, fiscal o juez de instrucción, a veces todos juntos a su alrededor y

haciendo preguntas, el tiempo podía multiplicarse por dos. Por eso solía hacerlas a esas horas, ninguno de ellos madrugaría para ir a molestarla.

Se ajustó los guantes de látex, apuró el café y encendió la grabadora que colgaba desde la lámpara principal, quedando a la altura de su cabeza. Extrajo sangre, orina de la vejiga, líquido gástrico del estómago y bilis del hígado para su análisis. Como siempre, tomaría dos muestras de cada por si hubiera un peritaje de comprobación posterior ordenado por un juez.

Acercó la cara a la grabadora.

—Antes de abrir el cuerpo y proseguir con el análisis, hago un recuento de los golpes y contusiones que presenta a simple vista. Uno en el muslo derecho, dos en el brazo derecho, tres en el brazo izquierdo; hematoma severo en cuello, posible causa de estrangulamiento, quizá fallido; nueve golpes en la espalda, seis en tórax y abdomen; innumerables contusiones por todo el cráneo. La boca presenta la pérdida de seis piezas dentales, tiene las dos mandíbulas rotas, además de la nariz y, a falta de un examen en profundidad, parece tener rotos el frontal, el maxilar derecho y el parietal también derecho. Esos últimos golpes en el cráneo podrían haberle provocado la muerte. Un examen más a fondo del cerebro revelará con exactitud ese dato. La vagina y el ano presentan fuertes desgarros, lo que me lleva a asegurar que fue penetrada usando una gran violencia.

Acercó la mesa del instrumental y tomó el bisturí para describir una gran Y sobre tórax y abdomen. Extrajo el corazón y los pulmones para enviarlos al instituto de anatomopatología. Todos los órganos serían diseccionados y analizados por un especialista, incluso el propio cerebro, que sacaría a continuación cortando el cráneo con una sierra circular. Fue entonces cuando comprobó que esas fracturas en la cabeza, incompatibles con la vida, eran las causantes de la muerte.

Acercó la cara a la grabadora:

—María Moreno Llanes, veintidós años. Fallecida, a la espera de resultados de los análisis de fluidos y órganos, como consecuencia de los múltiples golpes recibidos, especialmente en la cabeza y que le han fracturado el cráneo. Día dieciséis de enero de dos mil diecinueve, a las dos horas y catorce minutos de la mañana. Fin del examen pericial preliminar.

Una vez certificado el motivo de la muerte, usó luz ultravioleta para buscar restos biológicos, fluidos y huellas. El resultado fue negativo. Por último, usó luminol, un producto químico que permite descubrir un rastro biológico que no se aprecie a simple vista. Nada, ni siquiera en el útero.

Colocó una gran lupa con luz auxiliar sobre el cuerpo y fue observándolo detenidamente. A su lado había docenas de botes y sobres esterilizados para

recoger cualquier rastro. Tomó arena de los pies, también de las uñas de las manos, que observó a conciencia por si hubiese arañado a su agresor, colocó pelos de la chica en un bote y buscó otros más cortos y de diferente color que pudieran ser del asesino, también guardó todas las fibras textiles que encontró adheridas al cuerpo.

Tardó una hora en examinar toda la piel, luego cosió la abertura del tórax y abdomen y terminó tapando de nuevo con la sábana el cuerpo.

A falta de los análisis de sus colegas y de los de la científica, no había visto nada que justificase despertar al inspector Navarro. Suspiró pensando que aún le quedaba mucho papeleo. Si se daba prisa, quizá pudiera dormir unas cuatro horas en el sofá de su despacho. A primera hora enviaría el informe y las muestras.

Se quitó los guantes y los arrojó a la papelera.

Capítulo 2

2008

El despertador era el electrodoméstico, o aparato electrónico, como sea que lo catalogasen, más odioso de la existencia humana. ¿Quién coño habría inventado semejante maquinaria de tortura?

Ana Díaz apagó el suyo de un manotazo cuando llevaba más de tres minutos taladrándole la cabeza, incluso su compañera de piso había golpeado varias veces la pared como protesta. Ambas trabajaban en el mismo lugar y con el mismo horario, así que no debía quejarse tanto, ya que tenía servicio gratuito de despertador personalizado, como en los hoteles. Ana notó el cansancio al levantarse de la cama, no había dormido lo suficiente y eso le pasaría factura durante la noche. Tocó madera antes de comenzar a vestirse y decidió comer sano y abundantemente para evitar un resfriado.

—¿Qué tal la entrevista de ayer? —preguntó Verónica, aún con legañas en sus ojos, unos minutos después, cuando tomaban un café con galletas en la cocina. Aún no eran las ocho de la tarde.

—Fue esta mañana.

—Bueno, eso da igual, mañana, tarde, ayer... ¿Qué tal fue?

—Una mierda —respondió Ana de mala gana tras dar un sorbo a su vaso.

—¿Tan mal me ha salido el café?

—Es soluble, sale como cada mañana. Me refería a la entrevista. Deberían encerrar a todos los babosos que se aprovechan de su puesto para acosar y joder a las pobres incautas o a quienes necesitamos un puto trabajo. Limpiadora por setecientos cincuenta al mes, diez horas o más al día y de lunes a sábado. ¿Te lo puedes creer? Encima había que *llevarse bien* con el jefe, qué asco de mundo... ¡Qué asco de vida! Por cierto, ¿no hay naranjas para hacer un zumo?

—No, creo que no. —Verónica la observaba sin mostrar demasiado interés, como cada día desde que compartían piso. No eran amigas pero se soportaban las pocas horas que pasaban allí. Era beneficioso para ambas el pagar el alquiler y gastos a medias; ninguna se drogaba, bebía ni tenía un chulo, así que perfecto. También necesitaban conversar con alguien antes de ir cada una a su rincón de miseria, a su metro cuadrado de esperanza. Cada una había heredado el lugar de una fallecida por la droga o las palizas de su chulo, quizá de un cliente exótico,

de esos que buscan “algo más”. Tampoco solían indagar mucho cuando alguna compañera desaparecía de repente, no había muchas preguntas que hacer en el oficio, no era conveniente ser escrupulosa ni tratar de dárselas de listilla. Salvo si eras una rusa o ucraniana, esas se montaban unas películas en la cabeza... Eran más supersticiosas que las viejas de los pueblos que Ana había conocido cuando visitaba a su abuela en su niñez; claro que las de la Europa del Este tenían su zona asignada y nadie osaría invadirla, así como aquellas no pondrían un pie en la de las sudamericanas, la de las africanas o donde trabajaba Ana, la mejor iluminada: la de las nacidas en la ciudad, el grupo más numeroso de todos.

—Ya tendrás más suerte la próxima vez —añadió Verónica sin mirarla a los ojos, sin interés, sin darle más importancia que la de que se acabasen las naranjas, la leche o el arroz en la despensa.

Ana se quedó sola en el piso cuando su compañera se marchó para tratar de cubrir su parte de los gastos del mes. Verónica era el apodo por el que ella la conocía, al igual que sus clientes, y nunca quiso preguntar o profundizar más en la vida de quien, al igual que ella, no deseaba hablar de su pasado. Fuese idílico, rara vez lo era, o una pesadilla, cuando una había caído en esa espiral autodestructiva que es la calle, prefería no mirar nunca hacia atrás. ¿De qué serviría?

Verónica pagaba las facturas, suficiente.

El piso no parecía mucho mejor ni más grande por estar observándolo a solas. Hacía frío por la ausencia de calefacción central y de estufas, no llegaba el dinero como para malgastarlo en lujos; mejor ahorrar para cuando llegasen las vacas flacas, que en ese oficio llegan tarde o temprano. Tampoco ellas estaban durante la noche y gran parte del día, así que sería absurdo invertir en climatizarlo.

El temporal que había castigado la ciudad durante el mes de diciembre había supuesto su mayor crisis económica, casi no había tenido clientes y eso había provocado que tuviera que tirar de los pocos ahorros que tenía. Así no lograría nunca abandonar la calle. Necesitaba un empleo decente antes de acabar dentro de una bolsa de plástico negra. Sabía que ganaría menos dinero, pero sería suficiente para sobrevivir y mucho más seguro; claro que no dejaría la prostitución por limpiar portales y, como agradecimiento, chupársela tres veces por semana a unapestoso como el que le hizo la entrevista.

En fin, no ganaría nada lamentándose por su suerte. Miró por la ventana, el cielo se mostraba despejado, quizá fuese una buena noche.

El reloj de su móvil marcaba las dos y once minutos de la madrugada, había

hecho un servicio rápido a un chico joven al comienzo de la noche y luego un completo a un taxista que era cliente habitual suyo. Este último le había traído un bocadillo, siempre tenía ese tipo de detalles: además de pagar, le dejaba un regalo; a veces una barra de labios, otras un perfume, la mayoría de las veces era comida. El tipo se llamaba Manuel, era soltero y tenía cuarenta y siete años; le había pedido matrimonio en dos ocasiones y ella le respondió que si había una tercera, tendría que buscar otra chica que lo saciase. En lo último que pensaba Ana era en buscar una salida a la calle a través de un pobre diablo del que jamás estaría enamorada. Sentía lástima por Manuel, y una relación no funciona si ese es el único sentimiento que alberga uno de los dos.

Hizo una bola con el papel de aluminio, tras terminarse el bocadillo, y la tiró a la papelera. Se acercaba despacio un coche negro y tuvo que tragar rápido el trozo que aún masticaba, casi se ahogó. No había tiempo para pintarse los labios, eso no importaba, quizá ni siquiera parase ante ella.

—Disculpa, quizá me equivoque, pero... ¿trabajas aquí?

Era un chico joven y guapo, bien vestido, llevaba un coche precioso y se comportaba con buenos modales. No tendría mucho más de veinte años y su sonrisa era cautivadora. Más que hablar susurraba, y eso la obligó a meter medio cuerpo a través de la ventanilla abierta del acompañante. ¿Por qué necesitaba pagar por sexo? Cualquier chica de la ciudad se volvería loca ante un chico como él.

Ana dio su precio, casi de forma robótica de tanto que había repetido esas palabras en los dos años que llevaba haciendo la calle, él asintió y se marcharon de la zona cuando ella entró en el coche.

2019

16 de enero

Había despertado solo en la cama, la primera vez en muchos días, quizás incluso semanas. El despertador había cumplido su función a las siete y media, eso lo había comprobado, pero Laura no estaba a su lado. Entraba algo de luz a través de la ventana, que siempre permanecía con la persiana subida porque a ambos les gustaba que el alba los visitase en la habitación cada mañana.

Marcos Navarro fue al baño a aliviar la vejiga y luego se dirigió a la cocina. Allí estaba ella, trajinando entre cacerolas y sumida en el humo de varias comidas que cocinaba a la vez. Tenía su largo cabello castaño recogido en un moño informal, y se veía grasiento; todavía llevaba puesto el pijama y parecía estar haciendo algo a contra reloj.

—¿Se puede saber qué pasa?

—¡Joder, qué susto me has dado! —Casi se le cayó una sartén de entre las manos.

—¿Yo a ti? ¿Qué estás haciendo? ¿Viene alguien a almorzar hoy? ¿Por qué cocinas si aún no son las ocho de la mañana? Pero ¿qué digo? Si tú no cocinas nunca.

—¿Qué estás insinuando?

—Vaya, te veo irritada. ¿Has tenido una mala noche? ¿Por qué no me lo cuentas?

—No hagas eso conmigo, por favor; nada de psicología policial.

—Ni siquiera estoy despierto del todo, no sé ni lo que digo. Tampoco podría asegurar que esto no fuese un extraño sueño. Solo quiero saber qué te pasa.

—¿Tiene que pasarme algo? ¿No puedo levantarme con ganas de cocinar?

—Bueno... entenderás que es raro. Siempre has dicho que odias cocinar, hacerlo a estas horas lo hace aún más extraño. Si ha ocurrido algo, me gustaría saberlo.

—No estoy de humor, solo es eso.

—¿El libro?

—¿El libro? ¡Sí, se trata del puto libro! —Laura tiró con fuerza la cuchara de madera que tenía en la mano al fregadero—. Todo el mundo preguntando por él, por cómo lo llevo, cuánto tiempo me falta para terminarlo, si voy a omitir algo o

contar toda la verdad. Mil preguntas que no consiguen más que agobiarme con la presión. Pues no he escrito nada, absolutamente nada, ni una puta página todavía.

—Pues no lo hagas, devuelve el anticipo y pides disculpas a la editorial. Quizás el día de mañana, cuando la presión pase, quieras hacerlo por ti misma.

—¿No lo comprendes? Es el momento perfecto, ahora es cuando más ventas y beneficios tendría. La gente quiere conocer mi punto de vista sobre el caso. Además, dispongo del tiempo necesario; dentro de unos meses, cuando nazca el bebé, tendré que ocupar el día entre su cuidado y el programa, porque debo regresar al trabajo. Ni por asomo me quedo en casa haciendo de esposa tradicional. Ya sabes lo que significa para mí ese trabajo.

—Lo sé, te conozco lo suficiente como para saber que estas semanas que llevas de baja has estado acumulando mucha tensión por no cubrir los reportajes diarios. Jamás esperaría de ti que te quedases en casa. Esa no sería la Laura de la que me enamoré.

Marcos la tomó por la cintura y le dio un beso en la frente. Ella suspiró hondo y se dejó abrazar con fuerza.

—¿No hueles a quemado? —preguntó él.

—Ya lo sé, necesito una ducha.

—No me refiero a eso. Se está quemando la comida

—¡Joder, joder!

Apartó la cacerola del fuego, pero ya era demasiado tarde. El hedor de la pasta con tomate quemada hizo que pusieran a toda potencia la campana extractora y abriesen la ventana. Laura comenzó a llorar.

—No pasa nada, es solo comida, se puede hacer de nuevo. Me quedaré contigo unos minutos y te ayudo a limpiar y cocinar antes de ir a la comisaría.

—No es por la comida, no me importa que se queme. De todas formas, tú estás con un caso importante y no vendrás a almorzar conmigo.

—¿Es eso? ¿Quieres que pase más tiempo en casa? Puedo hacerlo, puedo investigar desde aquí.

—No... no sé... ¿No lo ves? Ni siquiera sé lo que quiero.

—El médico te dijo que los cambios de humor podrían llegar a medida que el embarazo avanzase, que trataras de no estresarte.

—Eso es más fácil decirlo que hacerlo.

—Ya, lo comprendo.

—Creo que iré a correr, eso me ayudará a relajarme.

—Me parece bien. Recuerda ir abrigada.

—¡Joder, Marcos!

—Vale, vale, no digo nada.

Todos los policías de la sala común observaban cómo Iene reía a carcajadas. David Sobrá acababa de contarle un chiste, aprovechando que pasaba por allí de camino a la cocina, justo cuando Marcos entraba en la comisaría.

—¿Se te han pegado las sábanas? —preguntó David.

—No he llegado tan tarde. ¿No?

—Solo te vacilaba. ¿Una mala noche?

—Un mal despertar. Mejor dejamos el tema. ¿Tenemos algo nuevo por parte de la forense?

—He encendido el ordenador hace cinco minutos, aún despertaban los programas y el correo cuando he venido a por unos bollos y un café.

—Vale. ¿Te importa traer otro café para mí? Voy a hacer una llamada.

—Aún es pronto para que los de la científica o Maite hayan encontrado algo sobre el cuerpo o la zona.

—No se trata de eso.

Marcos entró en el despacho que compartía con David, se quitó el abrigo y la bufanda, encendió el ordenador y, mientras este arrancaba, llamó por teléfono a su compañera Nuria Carvallo para pedirle algo muy concreto. David entró dos minutos después con un enorme bollo en la boca y un vaso de café en cada mano.

El día se mostraba soleado, pero la humedad de la marisma llegaba densa al ambiente. Marcos giró las persianas venecianas para evitar destellos del sol en la pantalla del ordenador y bebió de su vaso de café.

—Te noto distante —murmuró David.

—Nada, estoy con mil cosas en la cabeza. El caso de la prostituta, el embarazo de Laura y la programación de las vacaciones de primavera.

—¿Está teniendo problemas Laura con el embarazo?

—No, solo ha sido un cambio de humor esta mañana, nada grave. Es por el libro, como siempre.

—Entonces no es nada grave, todo eso pasará. Tanto el libro como el embarazo. En la vida todo pasa, todo queda atrás.

—¿Cómo dices? ¿De qué hablas? Jamás te había visto tan filosófico. ¿Se puede saber que ha pasado por tu vida? Por las mañanas sueles concentrarte básicamente en contar chistes o enviar fotos guarras por correo electrónico.

—Uno se hace mayor, ¿sabes? Quizá sea hora de sentar la cabeza.

La carcajada de Marcos se oyó desde el otro lado de los tabiques de cristal que separaban el despacho con la sala común del resto de policías. Algunos de ellos se giraron para observarles. Entre todos surgió la figura de Nuria, que hizo

un ademán con el brazo y Marcos comprendió lo que quería decir. Aunque era imposible que hubiese tardado tan poco.

—Espera, David, tengo que mirar un correo.

Había unas sesenta o setenta fotografías de coches deportivos de color negro adjuntadas al correo electrónico que acababa de recibir de su compañera. ¿Cómo lo había hecho?

Su teléfono fijo sonó en ese momento.

—¿Qué haríais sin mí en esta comisaría?

—Es imposible que hayas encontrado todo esto en cinco minutos.

—Bueno, una tiene sus recursos.

—Déjate de historias, ¿cómo lo has hecho?

—En realidad ha sido Vanesa.

—¿Vanesa? ¿Tenemos una compañera con ese nombre?

—Sí y no. Vanesa es el perfil falso que tengo en tres docenas de foros y páginas masculinas de lo más variado. Con su foto sugerente de avatar logra lo que se propone en cuestión de segundos.

—Disculpa, pero no me estoy enterando de nada. —Marcos la observaba desde la distancia y a través del cristal. Ella sonreía mientras miraba su monitor.

—He entrado en Forocoches.com y he pedido que me muestren los deportivos biplaza negros más bonitos del mercado de los últimos años. Esas fotos que te he enviado son las que han llegado en cinco minutos tras la petición.

—No dejas de sorprenderme.

—Gracias, siempre es un placer ayudar.

—Aunque no creo que pueda guardarte el secreto. Si le digo a David que tienes una foto en internet en plan sugerente...

—¡Marcos! La foto no es mía, es sacada de internet.

—Bueno, la imaginación de David le hará creer lo que a él le apetezca. Ya lo conoces.

—No esperes más ayuda ni favores a partir de hoy.

—Era una broma, seré una tumba.

Marcos colgó antes de que ella respondiese. Desde la distancia, Nuria dibujó una línea en su cuello con el dedo índice. Al inspector le quedó claro el mensaje.

—¿Con quién hablabas de mí? —preguntó David.

—Nada, Irene me dijo que te vio paseando con Sandra el otro día por el centro.

—¿En serio? ¿Qué día?

—No hay tiempo para eso, tenemos las fotos de los coches, voy a descargarlas en el iPad y salimos hacia la dirección que nos dio Candy ayer.

—Con el trabajo que tienen esas chicas, no creo que le haga mucha gracia

que la despertemos a estas horas.

No había logrado pegar ojo en toda la noche, cada vez que trataba de descansar, aparecían en su mente el mentón afilado y la sonrisa de seguridad del conductor del coche. Inconfundibles. No se trataba de una intuición, de creer en algo, sino de la absoluta certeza de saber quién conducía el coche. La calle durante la noche es un lugar concurrido, pero distante y esquivo en cuanto a miradas, nadie pretende fijarse en los demás, menos aún en los clientes que llegan para desfogarse a escondidas de esposas, vecinos y compañeros de trabajo. Ella misma había desarrollado esa habilidad de mirarlo todo pero sin ver nada en concreto, sin asimilar rasgo alguno y, mucho menos, memorizarlo. Hasta la noche anterior. La cara del cliente de María estaba grabada en su mente. ¿Cuánto valdría esa información? Siempre había oído que la información era poder, lo más valioso del mundo, pero esa frase le parecía tan absurda como las del refranero popular o las citas célebres que leía en los sobres de azúcar de la cafetería en la que solía desayunar a la vuelta del trabajo.

María José miró a su alrededor. Su piso estaba hecho un desastre, las paredes manchadas de moho, ni una sola ventana, suelos de plástico con cucarachas, electrodomésticos de hace treinta y cinco años, gritos y lamentos atravesando las paredes día y noche. Aquella pocilga de veinte metros cuadrados, por la que pagaba doscientos cincuenta euros al mes, no era el lugar adecuado ni para una oveja, menos aún para un ser humano. Iba siendo hora de tener un golpe de suerte, solo tenía que planificarlo bien y jugar sus cartas. Belén estuvo haciéndole preguntas durante horas cuando dejaron a los policías la noche anterior, pero ella no era tan estúpida como para compartir la información con ella, y menos aún el premio final...

Sin la peluca rubia, que le había costado el sueldo de un mes, sin maquillaje ni su ropa de batalla, era solo eso: María José. No quedaba rastro de Candy, apodo que eligió como homenaje a los dibujos animados favoritos de su infancia. Qué lejos quedaban aquellos momentos de felicidad frente al televisor en casa de sus padres. No, no iba a pensar en sus padres ahora, para ellos había muerto, no tenían hija, y así debía seguir.

En ese momento llamaron a la puerta, ¿qué hora era? Quizá las diez, los policías dijeron que la visitarían a esa hora. ¿Qué les diría? No podía delatar al asesino. Lo sentía por María, pero convertirse en testigo era arriesgar su vida y no le proporcionaría ningún beneficio. No, de eso nada. Lo tenía todo estudiado, improvisaría la forma de quitarse a los policías de encima y luego haría una visita a su futuro mecenas.

Firmaría el contrato con la cadena en dos horas, eso le daba algo de margen para dar un último paseo por Madrid y hacer unas compras antes de regresar a casa; en el supuesto de que todo estuviese correcto y redactado en dicho contrato, obviamente.

Sofía Vidal se maravillaba con la cantidad de tiendas de ropa y complementos de su estilo que encontraba por las callejuelas del centro, esa sí que era una ciudad cosmopolita, abierta y tolerante, donde prácticamente nadie se giraba para mirarla por la calle, donde había quienes tenían un aspecto mucho más llamativo que ella. Se había cruzado minutos antes con una octogenaria con el pelo verde y zapatos de plataforma. En Madrid no la tomaban por un bicho raro, por una inadaptada o problemática; allí era una más, y le gustaba. Sería fantástico instalarse por la zona de Malasaña, quizá Chueca, donde había visto unas buhardillas preciosas. En la capital tendría crímenes escabrosos que cubrir cada semana y disfrutaría mimetizándose con las luces y sombras de la noche.

Había comprado una cazadora de cuero y una auténtica casaca militar del ejército ruso de la Segunda Guerra Mundial, además de botas nuevas y un vestido de encajes en una tienda gótica para alguna ocasión especial; muchos pares de medias de rejilla que ya estaban rotos, no tendría que romperlas ella; y aprovechó para adquirir nuevos pendientes y anillos, cambiar dos de sus *piercings* y se hizo un tatuaje nuevo en el tobillo. El viaje estaba siendo muy fructífero.

Se imaginó el aspecto que tendría al cargar con tantas bolsas por la calle y omitió la carcajada al definirse a sí misma como una *pretty woman* con aspecto de cuervo moribundo. ¿Dónde iba a dejar todas aquellas bolsas mientras estaba en las oficinas de la cadena firmando el contrato? Necesitaría un taxista que la esperase durante la hora y media, quizás algo más, que durase su reunión. Eso ya lo solucionaría más tarde, ahora tenía algo de hambre. Un restaurante de bocadillos en la plaza del Callao sirvió para calmar su estómago. Era la única cliente que se encontraba en la calle, hacía demasiado frío, pero ella estaba acostumbrada a fumar mientras comía y por eso eligió la terraza. Pidió otra cerveza y se quedó unos minutos más tras terminar de almorzar, le apetecía saborear esos momentos que definían el punto de inflexión en su vida y su trabajo. De esa forma los recordaría mejor con el paso de los años.

—Señorita Vidal, ya puede pasar.

Bajo ningún concepto podría acostumbrarse a que la llamaran señorita, y el

tono tan robotizado, a la vez que dulzón, de la secretaria la hizo sentirse como una niña pija y gilipollas. No le gustaba ese trato.

Tras la puerta aguardaban el productor de la cadena y dos tipos estirados con traje a medida, tenían su oficio escrito en la frente: abogados. Aquello no le daba miedo a pesar de su juventud o inexperiencia, en ese momento solo pensaba en que el taxista no se largase con sus bolsas de ropa, las botas y la casaca rusa le gustaban mucho como para perderlas.

Se sentó en silencio, sin saludar ni dar la mano a los tres hombres que esperaban de pie al otro lado de la larga mesa de madera. Ni siquiera les miró a la cara.

—¿Ya tenéis el contrato redactado? —se limitó a preguntar.

Uno de los abogados le acercó una copia. Tenía tres páginas redactadas con letra pequeña. ¡Joder! No esperaba tanto texto para revisar. Estuvo durante más de una hora leyendo detenidamente y haciendo algunas anotaciones con un bolígrafo, no podía tomarse aquello a la ligera, era el momento más importante de su vida. Sus acompañantes suspiraban con impaciencia cada pocos minutos, ella hizo oídos sordos, que se jodieran, no haber metido tanta verborrea leguleya y tantas premisas para salvarse el culo en caso de demandas civiles y penales.

—Está casi correcto —dijo tras terminar.

—¿Casi? —preguntó el productor.

—Me dejáis con el culo al aire si recibo denuncias por mis procedimientos.

—Entenderás que no podemos hacernos responsables de tus actos.

—Si mis actos hacen ganar millones a la cadena, creo que estaría bien que los abogados de la misma me echasen una mano, ¿no?

—Bueno, eso es cuestión de discutirlo.

—Pensé que ya lo habíamos hecho ayer.

—Los productores...

—Tú.

—Bueno, yo soy productor, pero ejerzo de directivo del canal, tengo responsabilidades y no puedo saltármelas.

—Pues no hay trato. No voy a ganar menos, trabajar más y estar desprotegida por el canal. De ese modo no me sería rentable trabajar para vosotros. Buscaos la vida para encontrar a alguien lo suficientemente gilipollas como para jugarse el cuello de esta forma.

—¡Espera, espera! —gritó cuando vio que Sofía se había levantado y se marchaba.

—Mi tiempo es muy valioso, no quiero pensar que lo he perdido con vosotros.

—Te ruego que me des unos minutos, ¿puedes esperar fuera? Por favor. —Le

costó un esfuerzo considerable pronunciar esas palabras, tanto pedir algo por favor como rogar, seguro que no lo hacía a menudo. Sofía les dio diez minutos.

El sol parecía emitir más luz y calor que cuando llegó, el aire era más fresco y limpio, el taxi seguía a las puertas del edificio, ¿se podía esperar algo más? Había logrado su objetivo. Regresaría a Huelva para hacer la maleta, despedirse de sus padres y volver para instalarse en un apartamento céntrico. Contrataría a una empresa de mudanzas para trasladar su ropa, el equipo electrónico y su motocicleta a Madrid. ¡Cómo echaba de menos su moto! Contaría los días que restasen para poder disfrutar de un paseo por las calles empedradas del centro.

El taxi salió de Chamartín y puso rumbo al hotel que llevaba ocupando toda la semana, allí cogería su maleta y partiría hacia la estación de Atocha para tomar el tren de las cinco directo a Huelva. Aprovecharía el tiempo de espera para gestionar el blog y comprobar si habían llegado los pedidos de equipos electrónicos que compró días antes a una página americana. Si funcionaban tan bien como prometía la empresa vendedora, proporcionarían un considerable salto de nivel a sus investigaciones. Pensaba cargar el coste de los mismos a la cadena en cuanto le activasen la línea de crédito para gastos imprevistos y compra de material.

Mientras el taxi atravesaba calles abarrotadas de coches y transeúntes, recordó que llevaba toda esa semana desconectada de las noticias. Quizás hubiese ocurrido algo escabroso, algo que ella pudiese explotar para iniciar su nueva etapa con el mismo éxito que terminó la anterior. Más de seiscientos kilómetros la separaban de su máximo rival, de su referente, de la única periodista que podía eclipsarla, de quien había rechazado su colaboración para escribir un libro sobre los sucesos acaecidos en Navidad. Ahora se había fijado una nueva meta, más ambiciosa, y no pensaba conformarse con la medalla de plata.

La medalla de plata no era una opción para él, llevaba toda la vida triunfando en todo lo que se había propuesto, a veces por la influencia e intervención de su padre. No iba a negar la evidencia, tener una familia poderosa que te apoya es un extra muy valioso. Pero la gran mayoría de los triunfos eran cosa suya. Talento, esfuerzo y algo de suerte, ese era el cóctel perfecto para el triunfo. Unos añadían constancia y perseverancia a la ecuación... ¡Chorradas! Esperar para triunfar era un absurdo, lo opuesto a la fórmula del éxito. Un líder nato, alguien destinado a ser leyenda y con un legado tras su recorrido por la vida, debía lograr sus metas en tiempo récord.

Joaquín de los Santos sería el próximo alcalde de la ciudad, sin lugar a

dudas; un paso necesario para luego ser presidente de la Junta de Andalucía, y de ahí a la presidencia del Gobierno solo había otro simple escalón más. Una meta inalcanzable para la mayoría, pero no para él. Así lo había educado su padre, a su imagen y semejanza en todas las facetas, buscando los objetivos más altos. Su padre se había hecho a sí mismo, levantando con sus propias manos y el sudor de su frente la que ahora era la mayor constructora de la región. Los acuerdos políticos habían sido su mayor trampolín para conseguir jugosos contratos, así que decidió meter a la familia en política, allí estaba el dinero, el poder, el culmen de su obra. «¿Para qué negociar con un político cabrón y oportunista un contrato millonario, teniendo que cederle una parte importante de las ganancias, si puedes hacer que el político sea de la familia? Así el beneficio queda íntegro en casa», solía decir en las ocasiones en que cenaban juntos.

Una maquilladora joven y muy guapa había ultimado su aspecto, quitando brillos y acentuando con sombra de ojos su mirada antes de ponerse ante la cámara que le conectaría con su público, con sus futuros ciudadanos, quienes dependerían de él en unos años como él ahora dependía de sus votos. El partido, según le decían su padre y el gabinete de *marketing* que guiaba su camino, tenía grandes esperanzas en lograr que Andalucía comprendiese que llevaba décadas equivocada; los resultados y actuaciones del partido rival le daban la razón, y luego el partido lo conduciría a cotas más altas, inimaginables para él cuando siendo un adolescente se afilió por petición de su padre, más que por voluntad propia.

Su padre siempre había sido y siempre sería su mayor referencia. Se miró en el espejo y apreció que su madre solo aportaba físico, la belleza de ella hacía mejorar considerablemente el aspecto de la nueva generación, un extra muy valorado. El intelecto, la forma de pensar, las metas por conseguir... Ahí quedaba clara la huella de su padre y mentor, fusionada como el metal incandescente a su ADN. Ya había visto cómo trataba su padre a sus enemigos empresariales, y a otros adversarios a los que vencer para seguir creciendo. De hecho, llevaba mucho tiempo copiando su camino sin que este lo supiera.

Un ayudante de producción entró en el dormitorio, sin pedir permiso, y le informó de que quedaban cinco minutos para la emisión en directo de su discurso. Joaquín manoseaba el trasero de la chica en ese momento, pero no dejó de hacerlo ni se inmutó por la interrupción.

—Luego seguimos con esto —le dijo a la vez que guiñaba un ojo, la maquilladora esbozó una tímida sonrisa en su cara ruborizada. Joaquín estaba listo para su baño de masas y de gloria.

—Buenos días, queridos vecinos de esta preciosa ciudad de Huelva. Fijaos qué maravilloso sol ha venido a saludarnos. —Mientras miraba de forma

seductora a la cámara, hacía un ademán hacia el ventanal de su derecha, por el que se tamizaba la luz a través de livianos visillos, tras ellos se apreciaba una idílica vista de la marisma y la capital al fondo—. Hoy es un día especial, pues arranca oficialmente la campaña para la alcaldía. Hoy comenzamos a luchar por una Huelva diferente, ¡una Huelva mejor! Y es el momento de estar juntos, unidos por una causa común, la de tratar de evolucionar y acercarnos en términos de empleo, economía, sanidad e infraestructuras, entre otros, a las grandes ciudades de este país. Y es que Huelva es cuna del descubrimiento de América, decana de deportes tan importantes como el fútbol y el tenis, tenemos las mejores playas de Europa, el parque de Doñana, la romería de El Rocío, ¿tengo que seguir enumerando aquello que nos hace mejores? ¿Hablamos de gastronomía? ¿Horas de sol al año? Somos un paraíso, un paraíso por descubrir. Llevamos siglos con oro puro bajo los pies, pero no hemos sabido ofrecerlo, venderlo, mostrarlo al mundo para que se maravillen.

Joaquín se relamía tras la primera parte de su discurso, la que hacía sentir a los televidentes, a sus futuros votantes, que estaban infravalorados. Ahora llegaría la segunda parte, la de señalar el motivo o, mejor dicho, a los culpables de esa infravaloración.

—¿Por qué? Os preguntaréis desde casa. ¿Por qué una de las ciudades más antiguas de toda Europa Occidental está por descubrir para el resto del mundo? No busquéis las razones fuera, ya que las encontraréis mucho más cerca de lo que estáis imaginando. Llevamos casi cuatro décadas de gobierno nefasto, de observar el enriquecimiento personal de los políticos, que solo quieren vivir de las rentas, enchufar amigos y familiares, hacerse poderosos, intocables... ¡Ya basta! ¿Se puede decir más alto? ¡¡YA BASTA!! Hay que sacar a esos vividores de los sillones a los que se aferran. Hay que buscar el cambio en un partido y una persona, aquí la tenéis ante vosotros, que luche por los ciudadanos, por su calidad de vida, por su futuro, por el de sus hijos y nietos, por conseguir que Huelva vuelva a ser una grande, y no solo en España... ¡En todo el mundo!

Su padre sonreía desde el fondo de la sala, casi parecía a punto de llorar. El discurso había costado una fortuna, menudo empleo tenía ese escritor contratado a menudo por el partido y que un ministro le recomendó, pero valía cada euro que había pagado por él. Tenía la alcaldía al alcance de las manos, trituraría a todos sus rivales.

Era temprano, pero aun así abrieron una botella de champán y brindaron cuando los de la cadena se habían marchado. Allí estaba su director de campaña con sus dos manos derechas, sus padres y él. La mansión familiar estaba engalanada como si se tratase de una boda real, había mucho que celebrar, aunque aún no se hubiese conseguido la meta final. Quedaban cuatro meses para

lograr el primero de los objetivos.

Tras las risas, anécdotas como mencionar el nerviosismo y titubeos durante la grabación, que no se apreciaban prácticamente, su madre se acercó para darle un beso en la mejilla y luego volvió a marcharse para organizar el resto de eventos que la casa acogería a lo largo del día. Su equipo de *marketing* tenía prisa por estudiar el impacto de la retransmisión y su audiencia, así que dejaron solo a Joaquín con su padre.

—¿En serio te ha gustado? —preguntó el candidato tras escanciar más champán en su copa.

—Pues claro que sí, me he sentido muy orgulloso al verte hablar con esa seguridad.

—Te lo debo todo a ti. Tú me pusiste esos profesores desde hace años, me enseñaste a hablar, a meterme a la gente en el bolsillo.

—Y ya lo haces, por eso llegarás donde te propongas. Y la política es el camino adecuado para conseguir poder y lograr alcanzar las metas más altas. Va siendo hora de que se limpie este país de toda la miseria que sobra, de tanto inmigrante, tanto vago, tanto comunista de mierda y tanto separatista. España fue una gran nación y volverá a serlo, el pueblo reconocerá a su libertador en ti.

—Debiste intentarlo tú, padre.

—No, yo no tenía la formación adecuada; además, el pueblo, la mayoría de borregos que lo forma, estaba aún asustado por una transición que prometía grandes logros y mejoras, pero que solo ha traído recelo, desapego, pobreza y la apertura de fronteras para que entre todo tipo de basura humana.

—El pueblo está más asustado que nunca, será fácil llevarlo por la senda adecuada.

—Más fácil de lo que imaginas, los ciudadanos te elegirán y te seguirán como hicieron en 1933 con el más grande e inteligente político y estratega de la historia. Y se acabará esta podrida era de opiniones libres y de soberanía por parte de un pueblo no capacitado para ejercerla.

Nuria Carvalho buscaría en la base de datos de tráfico a los propietarios de un Mercedes SLK negro, aunque también localizaría a los que lo tuviesen de otro color, quizás azul marino o gris oscuro; después de todo, de noche es fácil confundirse. La testigo había señalado ese coche con claridad de entre todos los que le mostró Marcos. Tal vez, con un poco de suerte, arrestaran al asesino en cuestión de horas.

Marcos había hecho una excepción yendo a almorzar con Laura a casa, ella ya se encontraba mucho mejor; correr durante una hora le había hecho soltar

parte del estrés que acumulaba y llegó a sonreír cuando almorzaban viendo las noticias en la televisión.

—¿Te gusta ese tipo como político? —preguntó ella.

—No me gusta ningún político.

—Bueno, pero siempre hay algunos que nos parecen más afines que otros.

—La afinidad no gobierna un país, y además es fácil fingirla. Creo que la gente debería leer más los programas electorales y dejar de votar al fulano que mejor les cae. Un tipo simpático y cercano, o que lo aparente ante las cámaras, no te garantiza que lleve una ciudad o un país con mejor mano que otro menos atractivo a simple vista.

—Te entiendo.

—Además —añadía Marcos—, ese tipo hace como el resto de políticos basura de este país, se dedica a destrozarse la imagen de la oposición, a criticar sus actuaciones en lugar de decir lo que haría él si tuviera la oportunidad. Esos parásitos ya no buscan soluciones para mejorar la calidad de vida de un país, solo la forma más rápida de ocupar el sillón que les dé poder y dinero. «Voy a haceros más ricos, más felices...», prometen lo que las ovejas del rebaño desean oír, sueños y esperanzas que se esfumarán a la mañana siguiente del recuento de votos. No hay fundamento lógico en ninguna de sus promesas vacías, como aquel personaje que prometía una renta mínima para todos los españoles, cuando no había dinero siquiera para pagar las pensiones o la paga extra de Navidad de los funcionarios. En fin, gentuza que solo desea poder, dinero y no dar un palo al agua.

—Vaya, esa actitud apolítica tuya va a peor con los años.

—Progresa en la misma medida que lo hace la calaña de los políticos. Fíjate que Diego Murillo me parece un buen alcalde; en el poco tiempo que ha tenido para gobernar la ciudad ha hecho cosas muy positivas y no ha entrado en el juego de la oposición.

—Sí, parece un buen tipo, es la sensación que me dio cuando lo conocí el mes pasado. Pero cambiemos de tema, mis padres también elevan el tono y acaban enfadados con el mundo cuando hablan de política. Apaga el televisor y dime cómo llevas el caso.

Marcos quedó mudo y petrificado, con el tenedor a mitad de camino de su boca abierta.

—¡Madre mía! Qué cara has puesto, ja, ja, ja. Tranquilo, que ni por todo el oro del mundo, ni por el caso más mediático de la historia, volvería a meter las narices en tu trabajo.

—Supongo que no desearás más cicatrices de recuerdo.

Laura sintió un escalofrío al recordar los momentos vividos en los últimos

años, cuando había husmeado más allá de donde debía, y acabó por sufrir en su propia piel las consecuencias de no saber mantenerse al margen. A veces sentía picor en las cicatrices de su estómago.

—¿Qué te pasa? —añadía Marcos—. Te has evadido por completo.

—No te lo vas a creer, pero acabo de tener una revelación. Ya sé por dónde empezar el libro. Lo haré por el final, describiendo en un prólogo lo que sentí y lo que me rodeaba cuando pensaba que todo había terminado para mí, luego pasaré al principio, a modo de recuerdo, para mostrar toda la historia de forma lineal. ¿Qué te parece?

—Suenas interesante. Supongo que ya no quieres oír los detalles del caso que llevo entre manos.

—No, comamos en silencio o tendré que ir corriendo a apuntar las cosas que me están llegando y que olvidaré si me distraes.

Marcos sonrió, Laura había vuelto. Y se alegraba de que estuviera entusiasmada en la escritura del libro en lugar de la búsqueda de asesinos.

Irene parecía divertirse en la recepción de la comisaría, estaba al teléfono y reía a carcajadas cuando Marcos pasó ante ella. «Paco quiere hablar contigo», le dijo durante el instante en que tapó el auricular con la palma de la mano. Y Marcos llamó a la puerta del comisario.

—¿Querías verme?

—Sí, quiero que me pongas al día de la investigación de la prostituta. Tengo que presentar informe a la fiscalía y no sé si hemos avanzado algo.

—Eso espero yo también. Tenemos un Mercedes SLK negro, o muy oscuro, y Nuria me pasará un listado de propietarios.

—Solo el modelo y color es algo escaso.

—Lo sería si hablásemos de un utilitario, pero ese modelo no debe de abundar mucho en la ciudad. No tenemos testigos ni huellas dactilares u otras pruebas e indicios sobre los que trabajar, así que lo del coche es lo único que podemos hacer por ahora.

—Bien, no te interrumpo, pero envíame un informe antes de una hora.

Nuria le hizo una señal con la mano desde su mesa en cuanto lo vio aparecer por la sala, así que él se desvió para acercarse a ella. La chica estaba muy maquillada y no se desprendía la sonrisa de la cara.

—Tengo el listado —dijo.

—Si lo tienes impreso, me lo llevo para revisarlo. Por cierto —le dijo cuando ya se marchaba—, me alegra verte así, estás... radiante.

—Gracias, es que he quedado con mi chico para tomar algo cuando termine

aquí.

—Pues pásalo bien. Y gracias por darte prisa con esto.

—Es mi trabajo —dijo, acompañando las palabras de un espontáneo guiño de ojos que la hizo enrojecerse de vergüenza. Marcos sonrió por compromiso y se marchó.

«Idiota, idiota, idiota —pensó ella—. ¿Cómo has podido mirarlo de esa forma y guiñarle el ojo? ¡Por Dios! ¡Le has guiñado un ojo! ¡Qué vergüenza! Además, a ti te gusta Iván, es Iván el que te saca la sonrisa ahora. Olvida a Marcos, es terreno prohibido. Corre y llama a Cristina para que te aconseje».

Nuria hizo una mueca de desagrado y trató de concentrarse en el monitor del ordenador. No volvería la mirada hacia el despacho de Marcos en lo que restaba de tarde. Bueno, eso dependía de lo que dijera su compañera y amiga Cristina.

El inspector ya se había sentado en su escritorio y consultaba el informe, redactado con un nivel de detalle que no esperaba; veía ante sí a los propietarios de Mercedes SLK de la provincia, además de nombres y apellidos aparecían profesiones, direcciones de sus propiedades, color y matrícula de cada coche, así como su año de compra. Pensó que Nuria merecía con creces el ascenso a suboficial que había recibido ese mismo mes.

—¿Tienes algo? —preguntó David desde su escritorio.

—Prisa, tengo mucha prisa. Quiero hacer una criba entre estos veintiséis sospechosos.

—¿Puedo ayudarte?

—Gracias, pero prefiero que te acerques a entrevistar al testigo. ¿Te dará tiempo esta misma tarde? No esperes a la noche, algunos ancianos se acuestan temprano.

—Claro, ahora mismo me pongo.

David tomó su abrigo y partió hacia el pueblo de Mazagón. Marcos comenzó a eliminar aquellos propietarios de la lista que tenían un coche de color claro, pero al cabo de unos minutos comprendió que era un grave error. Que un propietario comprase un coche de un determinado color no implicaba que pudiera haberlo pintado posteriormente. Así que decidió enviar varias patrullas de agentes a comprobar el estado actual de cada uno de esos coches. Quizás alguno hubiera sido vendido y aún no se habían cambiado los datos del propietario en el ordenador de tráfico.

Mientras observaba la lista, un detalle apareció ante él como una potente luz en mitad de una noche oscura. No podía creer lo que tenía ante sus ojos. Ya era tarde para interceptar a David antes de que saliese hacia el pueblo e irse con él, así que se dirigió corriendo hacia su propio coche.

«Mierda, el informe de Paco... Me va a matar por no habérselo redactado.

Tendré que llamar a Irene mientras conduzco y darle los datos para que ella lo redacte e imprima».

El sol que había obsequiado con luz y calor aquella mañana de enero se acababa de ocultar tras un cielo plomizo que presagiaba tormenta durante la noche. El clima resultaba una metáfora para María José, un indicio o aviso sobre las consecuencias de sus actos. Todo lo que la rodeaba parecía mandarle un mensaje claro, aunque ella no haría caso a semejante tontería. No había sido supersticiosa antes y no lo sería ahora.

Caminaba por su calle, Macías Belmonte, hacia la cercana cafetería en la que había quedado con el que resolvería todos sus problemas financieros. Un lugar céntrico y muy concurrido como la plaza de La Merced era lo idóneo para estar segura ante un asesino. Había estado todo el día pensando en la forma de abordar la conversación, en las palabras que debía usar, en no propasarse con sus pretensiones económicas y en dar tiempo al tipo para que se pensase lo que era más beneficioso para él: perder algo de dinero al mes o ir a la cárcel durante veinte años. Pero, tras caminar los primeros cinco minutos, ya no recordaba nada de eso. Justo en el peor momento, ¡joder!, cuando debía exponerlo.

Malditos nervios, debió meterse un chute para sentirse más calmada. Decidió ir sobria y sin colocar para no hacer o decir una tontería. Igual que había elegido su ropa más discreta para no llamar la atención de los demás clientes de la cafetería, tenía que ser invisible o todo se iría al traste.

Hacía frío y se cansaba al caminar cuesta arriba, pero ya se le pasaría con una copa entre las manos y sentada al calor del local. Necesitaba esa copa. Entonces pensó en una frase que solía mencionar su madre a menudo: «todos tenemos caminos en nuestra vida que nos llevan hacia arriba o hacia abajo, depende de saber tomar unos y rechazar otros que triunfemos o vivamos en la miseria». María José había tomado demasiadas decisiones erróneas a lo largo de su corta vida, ya iba siendo hora de tomar una acertada y cambiar las tornas.

—Esto es buena señal. Aunque cansa, caminar cuesta arriba me da buenas vibraciones —se dijo.

El local era pequeño, así que los ocho o nueve clientes, más el camarero tras la barra, casi lo hacían parecer lleno. En la mesa del fondo, como habían acordado, la esperaba su futuro mecenas, enfundado en una gabardina y bajo una gorra que no lograban más que llamar la atención sobre él, justo lo contrario a lo que habría pretendido al elegir ese atuendo.

—Llegas puntual, gracias —dijo tras levantarse y mientras ella tomaba asiento frente a él y de espaldas a la barra.

—Tengo que trabajar esta noche, así que no puedo quedarme mucho tiempo.

El camarero apareció y ella pidió una ginebra con Coca-Cola. Su acompañante agachó la cabeza para ocultar su rostro bajo la visera de la gorra. Hablaron de trivialidades, que olvidaban a la vez que salía de sus bocas, durante los dos minutos que esperaron a que el camarero regresase con la copa. Luego fueron al grano.

—Espero que nadie más viese la carta que metí en el buzón de tu casa.

—No, nadie más la ha visto, estaba a mi nombre y la quemé tras leerla.

—Bien, pues ya sabes de qué va esto. Te vi recoger a María hace dos noches. La policía me ha pedido que identifique el coche, pero les he dado una información errónea, he dicho que era un Mercedes SLK. Te guardaré el secreto a cambio de una cuota mensual bastante fácil de conseguir para ti.

—¿Qué es para ti «bastante fácil»? ¿Y qué garantías tengo de que no subirá esa cuota o que se lo cuentes a otras personas?

—Serán dos mil al mes y te doy mi palabra de honor. Seré una chantajista y cómplice si te denuncio, no soy estúpida, solo quiero salir de la calle, vivir de un modo decente y sin preocupaciones. Comprar un piso pequeño y pasar desapercibida. Tú querrás hacer lo mismo, me refiero a pasar desapercibido, no sé si me entiendes.

—Sí, sin duda. Aunque no sé cómo...

—No me hagas reír. Con tu trabajo, será más que fácil desviar esa pequeña cantidad. Claro que tienes tiempo para pensártelo.

—No es necesario, me parece un acuerdo muy beneficioso para ambos —susurraba con una voz que estaba volviéndola loca, además de la mirada seductora y sus modales refinados—. Me gustaría brindar por el acuerdo.

Pidió otra ronda de bebidas al camarero.

—Pero no debería estar tanto tiempo aquí, esta noche tengo que...

—No volverás a trabajar nunca más, te lo prometo. Disfruta del momento y aprovecha el tiempo a partir de ahora mismo.

María José estaba en una nube, jamás volvería a ser Candy, tendría la vida resuelta y no sufriría de nuevo, jamás, las náuseas de tener a otro baboso y perdedor cliente jadeando sobre ella con un aliento de alcohol y el tufo del sudor de sus axilas. Aquello era un sueño hecho realidad. Brindó con su copa y la apuró de un trago mientras el camarero preparaba la segunda ronda. Tras pedir su mecenas la tercera, ella fue al baño. Regresó con una sonrisa de embriaguez dibujada en su cara, seguía hipnotizada por los susurros cada vez más melosos que el tipo le dedicaba. Hacía siglos que no sentía el cosquilleo en el estómago mientras flirteaba con un guapo pretendiente.

Estar en un sitio concurrido; que fuese él quien estaba oculto tras la

gabardina y la gorra, como temeroso mientras ella salía triunfal de la reunión, mejor incluso de lo que había planificado; saber que tenía su futuro garantizado; todo unido a su forma elegante de tratarla, la sumieron en un estado de relajación máximo. Su copa bailaba en la mano al ritmo de las carcajadas mientras ambos contaban anécdotas varias y se dedicaban miradas cómplices.

La casa de Miguel Hernández era un modesto pero bonito chalé adosado en la zona norte de Mazagón, bastante alejado de la playa, pero también del ambiente ruidoso que esta generaba cada verano. Además, para un apasionado de los paseos largos, era perfecto. El inspector David Sobrá aparcó frente a la fachada, se bajó y, antes de pulsar el timbre, pudo observar cómo una vecina de otra vivienda cercana se asustaba y entraba a toda prisa en su casa. Era un efecto que solía provocar a menudo. Con más de metro noventa de estatura y ciento veinte kilos de músculo, acompañado de su cabeza afeitada y barba negra, se había ganado el apodo de Oso entre sus compañeros de la comisaría, los del gimnasio y sus propios amigos; aunque luego fuese el más amigable y divertido de todos.

Del otro lado del telefonillo se oyó una débil voz masculina, él se identificó como policía y la pequeña puerta del perímetro se abrió; segundos más tarde lo hizo la de la vivienda y allí pudo ver en chandal a Miguel Hernández, que lo observaba con intriga.

—No esperaba la visita.

—Pensé en llamar antes de venir, pero supuse que lo encontraría en casa o dando un paseo por la playa.

—¿Cómo estaba tan seguro de eso?

—Porque mi padre tiene su edad y suele ser fiel a sus costumbres ahora que está también jubilado.

David había dejado el chaquetón en la entrada y le aceptaba en ese momento un café a su anfitrión. Pasaron a una sala de estar muy luminosa aunque pequeña y recargada de muebles oscuros. Las paredes estaban llenas de fotos de niños, las más borrosas y en blanco y negro debían ser de sus hijos, y las nuevas a color de los nietos. La esposa de Miguel, que se presentó como Marisa, se ajustó la bata y trajo una caja de galletas, luego se sentó a ver la televisión como si su marido y el policía no estuviesen allí.

—Bueno, pues ya me dirás en qué puedo servirte.

—Le he traído... ¿Le importa que le tutee?

—En absoluto.

—Bien, pues te decía que he traído tres fotografías recientes de la chica, por

si la hubieses visto por el pueblo o la playa en alguna ocasión.

Miguel tomó las fotografías y las observó detenidamente. Parecía no tener ningún problema de vista, ya que no usaba gafas ni David apreció marcas en su nariz, como las muy pronunciadas que tenía su propio padre. También estudió los posibles gestos del testigo, quería saber si mentía. Aunque en ese aspecto era mucho más fiable la intuición de Marcos.

—No, no recuerdo haberla visto, aunque eso no quiere decir que no haya estado por la zona, incluso puede haberse cruzado conmigo varias veces, pero no me suena especialmente su cara, no me habré fijado en ella. ¿Me comprendes?

—Sí, claro. ¿Podemos probar con tu mujer?

Miguel hizo un gesto con la mano para que probase a enseñar las fotos a Marisa. Esta se hizo de rogar, parecía algo sorda. Tomó las fotos y emitió un gesto entre el asco y la pena, luego solo dijo:

—Solo era una niña, ¡qué barbaridad! ¿Cómo es posible que alguien...? En fin —suspiró tan profundamente que sobresaltó al inspector—, no la conozco, no me suena su cara.

David asintió con la cabeza y le dio las gracias, la mujer regresó al programa de televisión.

—Por cierto, ¿qué coche tienes? —David había visto en la base de datos de tráfico que conducía un Nissan Patrol desde hacía treinta y cinco años, pero quería asegurarse.

—Tengo un Patrol, un todoterreno de verdad, de los de antes, cuando llevaban ruedas de tacos y motores atmosféricos con reductora. Un uve seis nada menos, no la mierda de cuatro cilindros con turbo que le meten a esos horribles todocaminos que ves por la ciudad, cada niño lleva uno.

—Un Patrol uve seis, eso son palabras mayores, menudo ronroneo produce ese motor.

—Ni te lo imaginas —dijo con una sonrisa jovial—, y no sabes cómo es capaz de subir por una pared de rocas. Quizá no sea tan lujoso como los actuales, ni cómodo o rápido, pero uno ya no tiene prisa por ir a ningún sitio, al contrario, trata de disfrutar del trayecto lo máximo posible.

—¿Y no tienes más que ese vehículo?

—No, señor. ¿Para qué tener dos? Ya serían muchos gastos.

—Claro, es lógico. Por cierto, ¿siempre vas al mismo sitio a pasear? ¿Nunca sigues otro camino?

—En dirección contraria, por la playa, solo hay fábricas, y el trayecto no tiene más de kilómetro y medio. Y si marchó por la zona de las dunas y pinares, no se ve el mar y puede morder al perro alguna víbora. Toda la zona está plagada pero el ayuntamiento no hace nada a pesar de las peticiones de los vecinos cada

año.

—Entiendo. Pues eso es todo, me alegro de haber charlado contigo. Tienes una casa muy bonita, y el mar cerca para poder pasear es todo un lujo. ¿Has dado un paseo hoy?

—Como cada mañana. Y hoy ha hecho un sol magnífico. Le pedí a mi señora, aquí presente, que me acompañase, pero dice que son demasiados kilómetros para sus rodillas.

—Es que parece que te vayas a preparar para una maratón, menuda barbaridad de kilómetros hay de aquí a la torre.

—Según mi reloj, que hace más cosas que la vieja caja de herramientas de mi difunto padre, hay ocho coma dos kilómetros, así que hago —pensó un segundo— dieciséis coma cuatro.

—¡Madre mía! Estás hecho todo un atleta.

—Bueno, es que me levanto muy temprano y algo tengo que hacer hasta la hora de almorzar. Prefiero caminar por la playa que perder el tiempo jugando al dominó y bebiendo cerveza en el bar de la plaza.

—Tienes toda la razón —respondió David con una sonrisa. Se levantó y se despidió de sus anfitriones. Aún le quedaban dos horas de sol y quería aprovecharlas enseñando las fotos de María Moreno en cafeterías y otros comercios del pueblo.

Marcos estuvo tentado de entrar en el pueblo y buscar a David, pero era mejor dejarle adelantar trabajo mientras él se dedicaba a interrogar al primer sospechoso, que encontraría unos minutos más allá, justo al lado de donde apareció el cuerpo de la víctima.

El camino que llevaba a la playa estaba menos embarrado que la vez anterior, pero seguía siendo complicado de recorrer con un turismo como el suyo, así que condujo muy despacio hasta llegar al desvío del cuartel de la Guardia Civil. Allí el camino mejoraba y pudo llegar a la verja del perímetro. Enseñó su placa y también su DNI al joven de la garita de la entrada, asegurándole que venía a ver al teniente Fernando Rojo por una investigación policial.

Tuvo todo el tacto del mundo al elegir las palabras, así como las tendría luego en su interrogatorio, más bien entrevista, con el susodicho, ya que no quería crear un conflicto entre departamentos de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado. Recibieron desde la Guardia Civil una ayuda impagable en casos anteriores y no era momento de tirarlo todo por la borda al no tener el tacto que requería lo que iba a hacer a continuación.

El recinto parecía abandonado y la poca luz de la tarde acentuaba ese efecto.

Circuló despacio siguiendo la dirección que el chico de la entrada le había indicado, solo veía barracones que ya veinte años atrás necesitaban una mano de pintura, la maleza invadía lo que parecía haber sido una pista de fútbol de cemento, además de aparcamientos, pequeños edificios diseminados por la zona e incluso la propia carretera que conducía al edificio principal, de unos sesenta metros de largo y diez de ancho, el único lugar donde podría encontrarse presencia humana allí.

Aparcó frente a la puerta y accedió al edificio, donde preguntó por el teniente a la primera persona que se encontró, este le indicó el número del despacho en el que trabajaba su oficial al mando y la forma de llegar hasta él. No había mucho más lustre en el interior del que había visto fuera, ¿cómo había dejado la Comandancia de la Guardia Civil que aquel lugar se echase a perder de tal forma? Incluso percibía un intenso olor a moho y humedad por los pasillos verdesos e iluminados por tubos de neón que parpadeaban aquí y allá.

Llamó a la puerta con dos golpes y abrió sin esperar respuesta, al otro lado había un hombre de complexión atlética y extremadamente bronceado, con una calva incipiente y semblante malhumorado.

—Me han dicho que un inspector de la Policía Nacional ha preguntado por mí. Recuerdo haberte visto en la televisión —fue el saludo que brindó a Navarro.

—Querría hacerte unas preguntas, siento no haber llamado primero. Estamos algo apurados de tiempo.

—Lo sé, por el caso de la chica que se encontró ayer en la playa, a unos metros de aquí.

—Exacto.

—Debería ser asunto nuestro, las competencias quedan al descubierto cuando los intereses políticos entran en la ecuación. Es lo que tiene esta época de cambios políticos, de extrema izquierda en el poder, que todo acabará yéndose a la mierda.

Marcos no esperaba, ni mucho menos, esa actitud tan recelosa.

—Yo solo cumplo órdenes, se me asigna un caso y trato de resolverlo lo mejor que puedo.

—Claro, claro, y ¿en qué puedo ayudarte, inspector? —preguntó el teniente con un claro tono de sorna que Marcos prefirió eludir.

—Quisiera saber si aún conservas el Mercedes SLK negro que aparece en los registros de tráfico a tu nombre.

—¿Mi coche? ¿Qué tiene que ver mi coche en la investigación?

—Intuyo que sigue siendo tuyo. —A la mierda la mano izquierda, él se lo había buscado—. La siguiente pregunta es, ¿Dónde estabas la noche del lunes entre la una y las tres de la madrugada?

La cara del teniente Fernando Rojo cambió del enfado a la incredulidad.

—¿Esto es una broma de mal gusto? Para incriminarme hay que seguir un procedimiento que...

—Que se llevará a cabo hoy mismo si esta simple entrevista formal no termina con la colaboración que el inspector al mando de la investigación, ese soy yo, espera obtener.

—No me parece que...

—A mí tampoco me parecen adecuadas tus formas de hablarme ni recibirme mientras hago mi trabajo, pero ya ves que me limito a cumplir mis órdenes.

—Presentaré una instancia a...

—A quien desees, pero responde a mi pregunta o desde mi comisaría se pedirá la actuación de la policía judicial, y ya sabes lo que eso significará para ti.

—Mi coche está ahí fuera, en el aparcamiento —dijo de mala gana a la vez que le tiraba las llaves—, puedes ir a verlo si quieres. Y la noche del lunes tuve descanso, pero no fui a ningún sitio, me quedé en mi habitación toda la noche.

—¿Tienes algún testigo que lo ratifique?

—¡Joder! Lo que me faltaba por oír. ¿Estoy acusado de algo?

—Aún no, pero quiero saber si alguien puede confirmar tu coartada.

—No, no estuve con nadie.

—Bien, entonces te informo de que no podrás tocar tu coche hasta que los compañeros de la científica terminen con él.

—¿Pero qué coño está pasando?

—Una testigo, la última que vio a la víctima con vida, asegura que esta se montó alrededor de la una de la madrugada en un Mercedes SLK negro. Es mucha casualidad que haya aparecido muerta a menos de doscientos metros de este cuartel.

—Eso es circunstancial, no me convierte en sospechoso.

—No, pero sí lo ha hecho tu actitud. Esperaba más cooperación de un compañero.

Marcos, sin hacer caso a los balbuceos del teniente, salió del despacho y llamó al comisario. Paco, aún a regañadientes, le prometió que conseguiría la firma del fiscal para la inspección a fondo del coche del sospechoso, así que el inspector tendría que esperar en la zona custodiándolo hasta la llegada del equipo de la Policía Científica.

Los golpes que daba al tratar de salir del maletero eran cada vez más fuertes, la chica ya había despertado del todo y estaría más que enfurecida. Aquello le venía bien a su captor, ya que ese esfuerzo solo lograría cansarla y así

sería más dócil luego.

Subió el volumen de la música hasta hacer desaparecer otros sonidos en el interior del coche, incluso aceleró cuando vio un pequeño badén en la carretera, el golpe que se daría María José en el maletero le enseñaría a estarse quieta. Miró el reloj del salpicadero, la una y siete minutos de la madrugada, ¿era la hora real? ¿Había cambiado la hora en octubre? Hacía siglos que no cogía ese vehículo y no estaba del todo seguro, bastante fue que lograra hacerlo arrancar esa tarde para ir a la cita con la puta chantajista. No podría volver a coger el coche habitual que usaba para sus *juegos*, tal vez nunca más. A saber cuántas personas más podrían haberlo visto.

«Maldita sea, ¿cómo me han reconocido cuando fui a por la chica anterior? Ese coche tiene las lunas completamente oscurecidas, incluso las delanteras y el parabrisas frontal, nada se ve desde el exterior, absolutamente nada. Aunque... joder, debió ser cuando la puta se encendió el cigarrillo, sí, esa llama iluminaría el interior del coche y mostraría nuestras siluetas claramente. ¡Qué torpe fui! No debí dejar que fumase. A estas alturas ya debería haberme especializado y hacerlo sin fallo alguno».

El coche con el que se cruzó en ese momento le resultó familiar. No, no era el coche, sino el conductor que sus faros iluminaron durante un instante. Era ese inspector famoso por resolver casos de homicidios y por la novia reportera metomentodo que tenía. ¿Vendría desde la playa de la Torre del Loro? ¿Cómo coño se llamaba aquella zona? ¿playa del Oro, del Loro, de la Torre del Loro? Cada onubense la llamaba como le apetecía. ¿Y qué importaba eso? Había bebido dos copas de vino para brindar con la puta, para que no sospechase, y no estaba acostumbrado al alcohol. No se sentía mareado pero sí con la cabeza algo nublada en algunos instantes.

Ya se despejaría cuando, en unos minutos, estuviese divirtiéndose con la chantajista de mierda. Iba a hacer que se arrepintiese rápido de la idea de extorsionarle, si no lo estaba ya. Comenzó a frenar, sonriendo al pensar en la cara que pondría ella mientras la molía a golpes. ¿Quería cobrar un sueldo vitalicio? Pues no iba a ser eso precisamente lo que recibiría de él...

Tomó el desvío del camping despacio, frenó, apagó las luces y espero hasta que la vista se acomodó a la luz de la luna antes de volver a acelerar. El cuartel de la Guardia Civil se mostraba más iluminado que nunca, eso le hizo aminorar la marcha durante unos segundos.

«¿Por qué hay tanta luz? ¿Qué pasa? Quizá estén aún investigando por la zona y se trate de focos de la científica. No, eso es imposible, no pueden estar durante dos días para buscar huellas y otros restos. La luz debe venir del interior del cuartel, quizás estén de fiesta».

Decidió acercarse unos metros más, despacio y temeroso de ser interceptado por una patrulla de la Policía o la Guardia Civil. En un carril de tierra tan estrecho como aquel no podría dar la vuelta y escapar con rapidez. Y con los golpes que daba la zorra del maletero, le arruinaría la vida en el caso de que alguien se acercara lo suficiente como para oírlos. Había apagado la radio pero oía una extraña mezcla entre los latidos de su corazón, su respiración acelerada y los golpes y gritos de la chica a su espalda.

Todo se sumía en una suave penumbra a su alrededor, la luz de la luna y los focos del cuartel iluminaban en exceso el escenario que pensaba usar para su nuevo y prematuro juego. Solía necesitar calmar tensiones una vez al año, a veces cada dos, pero ahora se había visto obligado a acelerar el proceso y sin controlar todos los aspectos al detalle. Más bien se trataba de un inconveniente que deseaba solucionar de la forma que mejor conocía. El caso es que allí estaba y pronto habría aliviado esa inquietud que lo mortificaba.

Pasó al lado del cuartel despacio, nadie se percató de su coche con los faros apagados. Continuó hasta llegar casi a la playa y se detuvo. Bajó del coche y abrió el maletero. La chica lo observaba con ojos de locura y desesperación, conocía su destino, ella lo había elegido con sus decisiones. Otra vez se había decidido por el camino cuesta abajo, más rápido y cómodo, pero que implicaba poder tropezar. Y vaya si había tropezado.

—Vamos a dar un paseo.

Ella trató de gritar, él la amordazó con rapidez.

La sacó del maletero como si se tratase de un saco de basura, sin contemplaciones, y luego la arrojó contra el suelo. Ella gimió de dolor al recibir el impacto. Trató de ponerse en pie, pero no lo logró, él la ayudó agarrándola por el cuello y los brazos amarrados a la espalda.

—Venga, putita, no me lo pongas difícil o te dolerá mucho más.

El susurro ya no pareció tan amigable ni seductor para María José, que obedeció entre lágrimas de desesperación. Había oído a los policías hablar de la paliza recibida por María, a sus compañeras conjeturar con torturas de lo más variadas. Aquel sería su castigo por no haber ayudado a la policía. Quizá tuviese que vivir de la prostitución durante unos años más, pero habría sido más sensato colaborar con la policía y olvidarse de la extorsión que la había conducido a aquel lugar.

El tipo tiraba con fuerza de ella, ya había perdido los zapatos de tacón y tenía frío. Las dunas parecían querer engullirla, eso sin contar lo fría que estaba la arena. Secos matorrales se extendían hasta el infinito, la torre derruida en la playa se dejaba ver desde el mismo punto que llegaba el arrullo del mar. El efecto de la ginebra había desaparecido para dar paso a un miedo atroz que

atenazaba sus sentidos. Caminó durante unos cinco minutos, hasta que él la empujó y cayó al suelo. Se giró para mirarlo a los ojos, ojos de loco bajo la luz de la luna, a juego con la sonrisa sádica que aparecía en sus labios.

No cabía duda, otra elección nefasta en su vida.

La última.

Capítulo 3

2008

No sabía su nombre, pero eso era algo habitual. No tanto el trato que le dispensaba: amable, atento, casi servicial a la vez que se preocupaba por ella preguntándole si se sentía bien; incluso subió la calefacción. «No tendré la suerte de que este cliente me pida en matrimonio, como el taxista —pensó Ana Díaz decepcionada—. Dentro de una hora volveré a ver este bonito coche convertido en calabaza».

El cliente seguía hablando entre susurros, aunque ella no los definiría como tal, era más bien un tono de voz muy bajo, el que usa alguien tan seguro de sí mismo que sabe que todos callarán para prestar la máxima atención a cada una de sus palabras. Llevaba un traje negro hecho a medida y un precioso reloj Bulgari en la muñeca. Usaba guantes de cuero muy finos para conducir. Ana no podía dejar de observarlo a la vez que le respondía a las preguntas que le hacía sobre su vida.

—Por cierto, ¿adónde me llevas? —preguntó cuando vio que salían de la ciudad por el puente de la Punta del Sebo, que conducía a los pueblos de la costa este.

—Es una sorpresa, te gustará. ¿Cuánto tiempo me has dicho que llevas en el oficio? Debe de ser muy duro, sobre todo cuando el clima es tan desapacible como estos días.

—El frío del invierno, y también la lluvia, claro, son muy difíciles de soportar, pero la necesidad... Ya sabes. Aunque, si te soy sincera, lo que peor se lleva es el trato que dan algunos clientes, no solo cuando hablan, también por las cosas que te piden o intentan hacer cuando están en plena faena. Bueno, también el miedo y no saber qué puede ocurrirte.

—Incertidumbre.

—¿Cómo?

—La incertidumbre, el miedo a lo que pueda pasar.

—Claro, eso quería decir. No conocía esa palabra.

Ana estuvo tentada de preguntarle por los motivos que lo llevaban a contratar los servicios de una profesional, incluso podría haber recurrido a una escort, que es mucho más discreta, él podía permitírselo. También pensó que el chico podría

haber elegido un club, pero quizá fuese conocido, tal vez futbolista, torero o vete a saber. La chica supuso que quería la máxima discreción.

Pasaron entre las enormes fábricas y refinerías del polígono químico de la ciudad. Ana pensó en su padre, muerto de cáncer, al igual que muchos compañeros, por dedicar su vida a una empresa que pagó una indemnización de mierda a su madre, y que esta no llegó siquiera a disfrutar del dinero porque acabó muerta tras un coma etílico tres semanas después. Pensar en su vida anterior la entristecía, así que se alegró cuando dejaron atrás las luces de los edificios y contenedores, también de las llamaradas de las refinerías, y se sumieron en la oscuridad de la noche que conducía al pueblo de Mazagón. ¿Tendría una casa en ese pueblo? ¿Quizás en Matalascañas? Seguro que era dueño de un chalé precioso con vistas al mar. Tenía pensado pedirle permiso para darse una ducha antes de pasar a la cama, ojalá él se apuntara y comenzasen el juego bajo el agua, eso le encantaba y el chico parecía tener un físico de infarto. Quizás abriese una botella de champán...

«Menuda película te estás montando, guapa. Este tío no es Richard Gere ni tú Pretty Woman. Te follará y luego te dejará donde te encontró, con unos billetes de más en el bolso y reza para que no le gusten los juegos raros o quiera hacerte daño».

—Esto... ¿Qué tienes pensado hacer? ¿Te gustan los juegos raros o eres tradicional?

—Muy tradicional, lo pasaremos bien, ya lo verás.

Eso la tranquilizó, aunque no sabía por qué tendría que creer en su palabra cuando no lo conocía de nada. ¿Qué le impedía mentir? Por si acaso, pensó en la posibilidad de atacarlo; estaría preparada para lo que llegase. Y bajo ningún concepto dejaría que la atase o esposara, lo mejor sería que ella llevase el control de la situación.

Pasaron de largo ante las dos entradas del pueblo de Mazagón. Entonces debían dirigirse a Matalascañas. Ahora comprendía que él preguntase el precio por toda la noche. Esperaba que luego la llevase de vuelta a la capital, un taxi a esas horas de la noche y en un trayecto tan largo le costaría un pico, y no pensaba quedarse a dormir en un parque hasta el amanecer y regresar en autobús.

—¿Vives en Matalascañas?

—Un poco antes de llegar. En una casa en primera línea de playa, te gustará.

¿Qué tenía su voz que conseguía desarmarla? Rara vez apartaba la vista de la carretera, pero cuando lo hacía, su mirada lograba derretirla. Jamás había tenido un cliente con ese aspecto y modales; todos eran pobres diablos que no tenían más forma de aliviar su deseo que pagando, algún que otro niño malcriado que quería probar la experiencia, pandillas dispuestas a todo durante una despedida

de soltero... Pero nunca un tipo rico, educado y guapo. Verónica no iba a creérselo cuando se lo contase al día siguiente. Su compañera de piso llevaba algo más de tiempo en la calle y ya había perdido la esperanza de encontrar una salida; Ana, en cambio, no dejaba de luchar por esa oportunidad que la librara de un mundo tan duro y despiadado.

El coche comenzó a frenar en mitad de una recta, allí no había ningún pueblo. Giró y tomó un saliente a la derecha, donde se observaba un enorme cartel: *Camping Doñana*.

—¿Vamos al *camping*?

—Algo más allá.

Ana conocía la zona, había veraneado en Mazagón durante su infancia. Aquel desvío llevaba al *camping*, al cuartel de la Guardia Civil y a la playa. No le constaba que hubiera casas por el lugar. ¿Sería su cliente un guardiacivil? ¿Podría meter a una prostituta en el cuartel sin problemas? ¿Sería dicho cuartel una forma, bromeando, de decir que vivía en una casa en primera línea de playa, como había prometido? Esa zona era protegida y no se podía edificar nada, menos aún viviendas.

Sus cinco sentidos se pusieron alerta.

2019

21 de enero

El lunes llegó como una pesada losa sobre el inspector Marcos Navarro. El, por suerte ya pasado, fin de semana se había convertido en una pesadilla. Laura desapareció entre libros de consulta en la biblioteca, lanzada con la novela que empezaba a brotar de su mente; David se marchó a un hotel del Algarve Portugués con Sandra, su exnovia, con la que se estaba dando una segunda oportunidad; Nuria con ese nuevo novio, Iván, del que casi nadie había oído hablar aún; Paco, el comisario, no estaba nunca disponible los fines de semana, ventajas del cargo. Así que había tenido que pasar el tiempo investigando solo a los propietarios de Mercedes SLK y cotejando la información que le habían enviado los de la científica y la forense sobre los análisis definitivos.

El asesino tenía un pie de la talla cuarenta y tres y pesaría unos ochenta kilos. No podría tratarse del teniente de la guardia Civil al que había acosado, con reprimenda posterior de sus superiores, porque el pie no coincidía y su coche estaba limpio. Claro que eso último era una forma de hablar, el coche de Fernando Rojo estaba lleno de arena de playa, polvo y suciedad hasta niveles asombrosos. Se trataba del primer modelo que la marca sacó al mercado y que el teniente compró de tercera mano dos años atrás a buen precio. Eso sí, en su interior no había una sola célula, pelo, escama de piel, fibra de ropa, gota de sangre... que lo vinculase con la víctima.

Marcos tuvo que redactar una carta de disculpa para el teniente, otra para la Comandancia y una tercera para el Ministerio del Interior. No había nada más complicado, engorroso y frustrante que sucumbir a la burocracia, especialmente cuando exigía que unos miembros de un cuerpo hincaran la rodilla ante otros. Aquello solo creaba un precipicio insalvable entre quienes debían ser compañeros, además de frenar investigaciones que tenían prioridad por su gravedad.

¿Quién había torturado, violado y golpeado hasta la muerte a María Moreno? ¿Qué propósito tenía aquel horrendo crimen? ¿Un lunático, un violador, una ceremonia ritual? Esa semana debía ser clave para avanzar en el caso, todo el departamento estaba volcado en su resolución y no sería difícil de lograr cuando habían descifrado enigmas mucho más complejos en el pasado.

Bajó la tapa del ordenador portátil tras comprobar que no tenía ningún correo nuevo. Laura aún dormía en el dormitorio y él aprovechó para darse una ducha, afeitarse y preparar algo para desayunar. Esas tareas cotidianas le ayudaban a pensar, claro que no había mucho que razonar con respecto al caso que creyó listo para resolver en dos días, pero que ya llevaba casi una semana entre sus manos sin más sospechosos que los poseedores de Mercedes SLK negros u oscuros, y el primero de ellos, el más evidente ante su intuición infalible, había resultado un fiasco.

En el teléfono había un resquicio de luz ante la investigación: la respuesta de su mensaje a su antiguo compañero en la comisaría Central-1 de Sevilla. El capitán Pablo Aguilar seguía con su velero amarrado en el puerto deportivo que se ubicaba a poco más de quinientos metros de la comisaría de Huelva en la que trabajaba Marcos. Hasta allí se dirigió en coche tras comer unas tostadas y beber un zumo de naranja, dejando el desayuno preparado para Laura.

Un cielo cargado de nubes prendidas quedó a su espalda mientras se dirigía al puerto, que aún se sumía en la oscuridad de una noche perezosa. Las gaviotas formaban una algarabía cada vez más intensa a medida que se acercaba al lugar en el que docenas de pequeños barcos pesqueros arribaban desde el océano, remontando la ría, para descargar el producto de una noche de faena.

El velero de Pablo se encontraba amarrado en el mismo lugar que un mes antes, cuando fue a pedirle consejo para otro caso. El sevillano estaba sentado en la cubierta, admirando tranquilamente el amanecer. Marcos se acercó sin que él lo percibiese hasta llegar a escasos metros.

—¿Es sano que te tenga tanta envidia en estos momentos?

Pablo no movió un músculo. Marcos subió al barco y se sentó a su lado.

—¿Has desayunado? —preguntó por fin el capitán.

—Sí, pero te acompañaré si quieres ir a una cafetería.

—Estoy harto de cafeterías cuando tengo que trabajar, así que, si no te importa, tomaremos ese café aquí.

Marcos se mareó la última vez que estuvo en la cabina del velero, pero no iba a contrariar a su amigo.

—¿Con qué estás ahora?

—Ya me conoces, soy tan interesado que solo vengo a verte cuando necesito consultarte dudas.

—A los dos nos obsesiona nuestro trabajo y también nos implicamos demasiado, casi de forma enfermiza, en los casos más escabrosos. Así que no te preocupes, será un placer hablar de tus dudas. Mejor que hacerlo sobre el tiempo o sobre fútbol, ¿no te parece?

Marcos respondió con una sonrisa.

—Hace un par de días apareció una chica muerta en la playa, entre Mazagón y el Parador de Turismo.

—¿Cerca de la Torre del Loro?

—Justo en las dunas frente a la Torre.

—Vaya, hay que tener valor, allí mismo hay un cuartel de la Guardia Civil.

—Ya, mejor no menciones ese tema.

Pablo, que en ese momento ponía una taza de café ante Marcos, frunció el ceño, pero no preguntó más.

—La chica era una prostituta de veintidós años —proseguía Marcos—, trabajaba en la calle y también en un club.

—Parece un caso sencillo.

—Ahí está el problema.

—Que no lo es.

—Exacto. No hay huellas dactilares en el cuerpo y ropa de la víctima, ni testigos que les viesan allí ni donde contrató los servicios de la chica. Las marcas de neumáticos del camino no son concluyentes porque por allí pasan muchos coches. Tan solo tenemos una testigo que ha visto el coche, supuestamente.

—Espero que no sea un coche convencional.

—No lo es, por eso estudiaré con mi equipo las coartadas de todos los propietarios.

—Claro que pudo usar el coche un amigo, hijo, sobrino, pareja, etc...

—Complicado, sí.

—Yo no me centraría en las coartadas. Las dejaría para el final.

—¿Cómo dices? —Marcos estaba sorprendido.

—Yo llevaría a los de la científica a tomar muestras de los bajos de los coches. Aunque sus dueños los hayan lavado a conciencia, pocos se meten bajo el vehículo a limpiarlo meticulosamente, así que podría haber arena de playa que se corresponda con las muestras que se hayan tomado en el camino que lleva a la Torre del Loro.

—¡Maldita sea! No había caído en ello.

—Tranquilo, por eso dos mentes funcionan mejor que una. Cuéntame cómo murió.

—De un modo muy cruel, la violaron por la vagina y el ano mientras la golpeaban sin piedad. La forense estima que las fracturas en el craneo fueron la causa de la muerte, pero debió de pasarlo muy mal durante la violación y tortura, ya que tenía uñas arrancadas contra las piedras y la arena por el esfuerzo al tratar de zafarse y salir huyendo.

—Vaya, no parece un ajuste de cuentas. Las prostitutas a veces mueren a manos de sus proxenetas cuando no consiguen el dinero que ellos les exigen,

cuando no devuelven algún préstamo, cuando intentan fugarse o irse con otro chulo.

—Esta no tenía protector, pero seguiré indagando por si alguno la estuviese amenazando para obligarla a entrar en sus dominios.

—Parece más bien la obra de un perturbado. Un chulo solo la hubiese matado, y casi seguro que con un cuchillo, luego la hubiera hecho desaparecer.

—Esta estaba enterrada, fue un perro que pasaba por allí con su amo el que descubrió el cuerpo tras escarbar en la arena.

—Entiendo... Pues no sé qué más decirte. ¿Cómo puedo ayudarte?

—Ya lo has hecho, y no imaginas cómo. Siempre es un placer hablar contigo.

—A ver cuándo nos vamos a navegar una tarde. ¿Te gusta pescar?

—No mucho, la verdad. Y pescar me recuerda a mi comisario, mejor damos una simple vuelta, siempre he querido dar un paseo por los canales de la marisma o visitar la isla frente a El Rompido.

—Eso está hecho.

—Te llamaré. Es una promesa.

El viento helado de la mañana, denso al ir cargado con la humedad del puerto, le sentó de maravilla. No solo para recuperar la estabilidad de su estómago, odiaba el mareo que le producía el barco, ahora sabía qué pasos daría en la investigación. Pablo era un genio, pocos policías quedaban como él.

En diez minutos llegaría en la comisaría para convocar una reunión de todo el departamento.

Nuria Carvalho había llegado con una sonrisa de oreja a oreja a la comisaría. Irene le dedicó su clásico «cuenta, cuenta, ¿qué hiciste anoche? No te dejes ningún detalle» y la suboficial había tenido que sucumbir ante la norma no escrita de que la recepcionista debía ser la fiel guardiana de todos y cada uno de los cotilleos y secretos de los que allí trabajaban.

David Sobrá observó a las dos mujeres sonriendo con confidencialidad desde la distancia, pero él no sonreía. Él sabía algo importante que ellas desconocían.

David, a través de los cristales de su despacho, vio cómo Nuria se dirigía a su mesa, encendía el ordenador y consultaba su teléfono móvil mientras el sistema arrancaba. El inspector apuró su café a la vez que decidía si debía hablar con ella directamente o esperar a algún momento distendido, como el de coincidir durante el almuerzo. No, aquello no era posible, ya que habría muchos más compañeros alrededor, mejor llamarla y pedirle que fuera al despacho, aprovecharía que Marcos aún no había llegado y estarían a solas.

Tras llamarla por el teléfono interno, sintió que le temblaban las piernas.

Algo así no sería fácil de revelar, mucho menos cuando estaba recién levantado y aún no sentía el cerebro al cien por cien. ¿Cómo reaccionaría la chica ante una noticia de carácter personal, sentimental, tan importante? ¿Le dejaría con la palabra en la boca? ¿Rechazaría todo lo que él dijese? ¿Lo asimilaría como la persona inteligente que era? Bueno, en lo relativo a los sentimientos, la inteligencia pierde muchos puntos, eso lo sabía David por propia experiencia.

Se le paró el corazón cuando ella entró en el despacho.

—¿Y bien?

—Ah, perdón. Siéntate, por favor.

—Vaya, va para largo, ¿es algo nuevo que habéis descubierto sobre el asesinato de la prostituta?

—No, es algo distinto, más personal.

—¿Más personal?

Marcos entró por la puerta en ese mismo momento y David quedó mudo. Nuria saludó y lanzó una sonrisa al recién llegado, luego se giró y esperó a lo que su compañero estaba a punto de contarle.

—Bueno, mejor lo dejamos para otro momento.

—No entiendo, pensaba que era algo urgente —dijo Nuria algo desconcertada y mientras se levantaba de la silla para marcharse.

Salió del despacho y regresó a su puesto de trabajo. Durante la mañana descubrió a David mirándola de soslayo en varias ocasiones desde su mesa, eso la desconcertaba. Solía atrapar a algún compañero de vez en cuando observándola, especialmente en verano y cuando llevaba un par de botones de la camisa desabrochados para soportar el calor, pero jamás lo hubiera esperado de David; precisamente ahora que ambos tenían pareja...

—No tiene sentido, deben de ser figuraciones tuyas. David ha vuelto con Sandra y nunca ha mostrado interés, que yo sepa, por ti o cualquier otra chica de la comisaría más allá de lo profesional —susurró Irene cuando ella fue a pedirle opinión y consejo.

—Ya me parecía raro, pero lo de esta mañana y las miradas luego... No sé qué pensar.

—Lo único cierto es que, si David quiere contarte algo, lo hará tarde o temprano y saldrás de dudas.

—Eso está claro.

—¿Cómo lleváis el caso de homicidios? —cambió de tema la recepcionista.

—Yo solo les ayudo con búsqueda de información, el peso de la investigación lo llevan Marcos y David. Lo único que sé, es que esta mañana se ha movilizado a toda la Policía Científica para inspeccionar los bajos de los coches del listado; si encuentran alguno o varios con arena de playa de la zona,

pedirán una orden al fiscal para poder registrar y analizar el interior de los coches.

—¿Es necesario tanta burocracia?

—El fiscal se ha negado a conceder una orden generalizada, ya viste cómo se puso la Comandancia de la Guardia Civil cuando se sospechó del teniente del cuartel vecino a la zona del crimen. Paco está también enfadado, se está comiendo las reprimendas que caen desde arriba.

—Paco siempre está de malhumor, así que tampoco se nota cuándo le tocan las narices y cuándo no.

—Eso por descontado.

El olor que desprendían las innumerables velas colocadas por todo el pasillo, mezclado con el hedor particular del lugar cerrado y sucio, se volvía denso y amargo al paladar; una señal indiscutible de que estaba avanzando en lugar de dar media vuelta y huir, que era lo que gritaba mi sensatez desde algún recóndito lugar del cerebro. Algo me empujaba, una fuerza que escapaba a mi control. Caminé despacio, temerosa ante lo desconocido, y llegué a una puerta entreabierta desde la que llegaban lamentos y gemidos suaves, estos tornaron rápidamente en gritos desgarradores que me perseguirían durante semanas, mucho más allá del extraño sueño que sufría.

*Al otro lado de la puerta había una mujer joven tumbada sobre una cama, su piel blanca relucía ante los destellos de las velas, temblando al ritmo del tintineo de las llamas; permanecía atada de pies y manos a los extremos de la misma. Y un demonio desnudo comenzó a torturarla de un modo tan cruel que solo pude preguntarme qué le habría hecho el mundo, especialmente las mujeres, para que se cobrase semejante **venganza**[N. del A.: Laura escribe sobre un sueño que tuvo mientras cubría los asesinatos que tienen lugar en *Amurao: La soberbia de los nonatos*.].*

La novela avanzaba y eso calmó los nervios de Laura, se sentía entusiasmada y escribía sin parar más de ocho horas diarias. Hizo la planificación en función de los tiempos, como sabía que se esquematizaba una historia que empieza con un suceso posterior al inicio, y luego debe volver atrás para mostrar a los lectores toda la línea temporal hasta el desenlace. Aquella forma de presentar su narración le daría dolores de cabeza en las sucesivas fases de reescritura y búsqueda de fallos en el ritmo, pero era más atractiva y le daría carnaza a los lectores más morbosos desde la primera página.

No había vuelto a sentir náuseas desde que comenzó a escribir, tampoco mareos ni había sufrido de brotes de nerviosismo o cambios de humor. Quizá las embarazadas no los sintiesen por el embarazo en sí, sino por todas las dudas que aparecían en su mente ante la nueva situación que se abría en su futuro y que no paraban de atormentarlas por no tener nada mejor en lo que pensar. En ese momento se sentía a gusto, iba por el tercer capítulo ya y pensaba hacer un descanso al cabo de una hora para preparar el almuerzo, llamaría a Marcos para preguntarle si la acompañaría y luego dormiría una siesta en el sofá.

Su vida era aburrida, lo reconocía, pero era la que le apetecía tener en esos momentos. Un año atrás se habría tirado de los pelos al pensar en estar todo el día reposando y gestando un bebé en su vientre, sin embargo, ahora necesitaba esos momentos a solas, el relax, el silencio, tener tiempo incluso para aburrirse. Dentro de unos meses tendría la agenda ocupada entre el cuidado del bebé y la vuelta al trabajo de reportera, entonces se acabaría la paz y el silencio.

Sí, era maravilloso estar tranquila en casa.

«¿Por dónde iba? Ah, sí, por el sueño. ¿Cómo justificaré que vi lo que sucedía en otro lugar de la ciudad sin que piensen que estoy loca o que me lo estoy inventando? Tendré que mentir con respecto a los detalles, dar datos erróneos para evitar que la novela salga del planteamiento realista y se meta peligrosamente en la ficción o fantasía. La propia editorial no me lo permitirá. Es curioso cómo yo misma he decidido no pensar más en ello, cuando soy la primera que debería tratar de buscar una justificación a esa extraña conexión psíquica o extrasensorial que tuve. ¿Regresará? ¿Volveré a tener esos extraños sueños? Espero que no».

Se levantó y fue a la cocina, allí abrió la puerta de la nevera, observó el interior durante un largo minuto, y la cerró sin sacar nada. Era la tercera vez que lo hacía esa mañana. Regresó al salón, desde las ventanas se apreciaba un día soleado pero muy frío; por la calle caminaban numerosos ciudadanos con abrigos, bufandas y gorros; algún valiente que había decidido salir a correr; en el parque había perros jugando ante sus pacientes dueños; y los coches ocupaban los cuatro carriles de la avenida Federico Molina. Había un atasco monumental, era la hora del reparto y muchos camiones estaban en doble fila interrumpiendo el tráfico. Una suerte que los cristales fuesen gruesos y no le llegara el estruendo de los pitidos e insultos.

Suspiró hondo y regresó al libro.

El negocio iba de mal en peor, con un invierno tan frío y la crisis de las narices, cada vez recaudaba menos dinero de las chicas. Al menos, le había ido

bien tras la noticia de la muerte de María. Esa puta inconsciente no pagaba por su protección, ¿qué se había creído?, este es un oficio duro y se necesita tener un protector. Ahora contaba con una docena más de putas en su agenda, pero recaudaba tan poco con cada una que estaba planteándose vender uno de sus coches. Ya no podía mantener su tren de vida como antes.

«Y decían que la crisis no afecta al vicio, ni al juego ni al sexo. ¡Por los cojones! Menuda Navidad de mierda pasé por culpa del temporal, y ahora la mitad de las putas no quieren trabajar algunas noches por el asesinato de María. A perro flaco...».

Extendió su mano, cargada por igual de tatuajes hechos en prisión y enormes anillos de oro, y tomó el café que uno de sus hombres de confianza le había puesto sobre la mesa. Estaba muy caliente y amargo, como a él le gustaba. Dio un largo sorbo y carraspeó para aclararse la garganta, era el gesto característico que expresaba su preocupación.

Se encontraba en la terraza de su vivienda, años atrás la había cerrado con cristaleras que ahora se mostraban empañadas. Un calefactor hacía más llevadera esa mañana gris y fría. Le gustaba desayunar allí, incluso en invierno, y ver su patio, donde tenía su coche favorito: un Maserati negro que compró a un futbolista, además de sus dos caballos y la legión de empleados que trabajaba para él, casi todos de su familia.

Al otro lado del muro que rodeaba la extensa propiedad se extendía un entramado de viviendas semiderruidas y un enjambre interminable de chabolas. Él nació allí, y en ningún momento había pensado en salir de la zona, su territorio. Allí mandaba él. Aunque no fue así en sus comienzos, cuando no tenía ni zapatos y salía con diez años a buscarse la vida, generalmente para robar a algún vecino lo que pudiera para comer. Con trece entraba en locales y viviendas del barrio cercano y con quince se hizo con su primer arma, que no disparaba pero asustaba lo suficiente como para atracar a quienes se encontraba por el centro de la ciudad en plena noche. Años difíciles, pero entonces se forjó su carácter, su fama por la zona, el miedo de los demás ante su presencia. Un robo que salió mal dio con sus huesos en la cárcel, donde aprendió que el negocio más seguro es el de no hacer nada y cobrar por el trabajo de los demás. Ahora tenía medio centenar de prostitutas pagándole la mitad de lo que sacaban a cambio de su protección; de protegerlas de él mismo, claro. Y la droga, porque a la droga no se le puede dar la espalda si uno quiere obtener un mínimo de beneficios, la movía una legión de críos de entre diez y trece años. Por ese motivo era considerado el patrón de la zona, por dar empleo a las nuevas generaciones, tanto niños como niñas.

Los perros de la entrada comenzaron a ladrar, aquel era el mejor detector de

policías que pudiera tener en la casa, y su etnia los usaba sabiamente desde cientos de generaciones. Unos minutos más tarde, uno de sus empleados le informaba de la visita. Hipólito Vargas, Poli para amigos y conocidos, llevaba varios días esperando ese momento.

Se presentaron como los inspectores Marcos Navarro y David Sobrá. Al flaco lo conocía de la tele, al Oso lo conocía toda la ciudad. Parecían llegar en son de paz pero, cuando se trataba de maderos, no se podía bajar la guardia, mucho menos cuando estaban en la casa de uno.

—No haces bien tu trabajo, primo, cualquiera de la zona al que le preguntes, o a las putas de la calle, te dirá que María no pagaba por mi protección. Así le ha ido a la gilipollas.

A Marcos le daba náuseas el lugar, y no por la suciedad u olores, ya que Hipólito Vargas había conseguido, con tanto dinero como mal gusto, tener una casa que el resto de vecinos de la zona no podría soñar. Era su actitud chulesca, el derroche de lujo, pagado de forma ilegal y con el sufrimiento de muchas familias, y la docena de guardaespaldas que en ese momento los rodeaba de forma desafiante. Marcos se sentó sin que le dieran permiso, David prefirió quedarse de pie a su espalda.

—¿Quién asegura que no la hayas matado para que el resto de prostitutas te paguen ahora por miedo a correr el mismo destino?

—¡Qué fino hablas, primo! Casi no te entiendo.

—¿Quieres que me acerque un poco más? —Marcos notó un atisbo de miedo en la mirada del gitano, sabía de dónde procedía y lo usaría en su contra si fuese necesario—. No nos hagas perder el tiempo.

—Yo no sé nada. Esa fulana era de la guapas, ya me comprendes ¿verdad? De esas que trabajan también en uno de los *clubes* elegantes de la carretera de San Juan. Tienen clientes de dinero y no se meten *caballo* ni coca, así que no conseguí que...

—Que te pagase lo tuyo —lo interrumpió—. ¿Por eso le diste una lección y se te fue de las manos?

—Yo no he hecho nada.

—Claro, eso lo sé. Tú envías a los perros, a estos de aquí, para hacer el trabajo sucio. Igual que tienes niños vendiendo polvo y pastillas por las calles.

—No puedes acusarme de nada sin pruebas, primo.

—No soy tu primo. Para ti, inspector. ¿Entendido?

—Mira, fulano, no me gusta que lleguen a mi casa a tocarme los huevos, y menos aún sin pruebas de nada. —Sus hombres de confianza dieron un paso de forma amenazante.

Marcos sacó su arma y le apuntó a la frente. A Hipólito comenzó a temblarle

el labio inferior, sus hombres retrocedieron entre murmullos y David Sobrá trató por todos los medios de aguantar el tipo ante lo que estaba viendo, y que no podía creer.

—¿Vas a seguir jugando conmigo? ¿Crees que tienes cartas para ganar esta partida? Puedo meterte una bala en la cabeza y no me pasaría nada. Mi compañero me cubriría ante el comisario y tus compadres, aquí presentes, desaparecerían de la ciudad para no acabar como tú, ¿o piensas que la vida real es como una película americana, con protección de testigos y esas chorradas? O puedo hacer algo aún peor. —En un gesto brusco, que tomó por sorpresa a todos, guardó su arma y se inclinó hacia el gitano—. Puedo meter un kilo de coca en tu coche mientras lo inspeccionamos y hacer que cumplas quince años por tráfico y reiteración de delito. ¿Recuerdas lo bien que lo pasaste en prisión? ¿Te trataron bien los agentes y los demás presos? Allí no podrás conducir tu Maserati ni ver una tele de sesenta pulgadas, pero dormirás calentito cada noche, como lo hiciste entonces.

Hipólito sudaba a pesar del frío. Marcos había comprobado que la presencia de un policía le daba pánico. Aquello era común entre delincuentes que se las daban de tipos duros cuando estaban rodeados de sus protectores, o cuando daban una paliza a una indefensa prostituta, pero la presencia de un agente del orden les recordaba su paso prematuro por la cárcel, donde a los niños que van de narcos importantes los ponen en su sitio de la forma más cruel y directa posible.

—Dile a estos gilipollas que se larguen mientras hablamos. ¡Ya! —ordenó Marcos.

Poli titubeó, pero por fin pudo reaccionar y dirigirse a sus empleados.

—Venga, fuera todo el mundo. ¡Coño, ¿qué he dicho?! ¡A tomar por culo, ¿no tenéis nada que hacer?!

David los observaba marcharse a regañadientes y suspiró despacio. En menudo lío se habrían metido si Marcos no hubiese acertado al tirarse el farol.

—Bien, ¿me dirás ahora lo que quiero oír?

—Pero ya te he dicho que no sé nada. No sé quién ha matado a la puta, joder.

—¿Me estás diciendo que alguien entra en tu territorio y hace lo que quiere sin que tú ni siquiera te enteres? ¿Eso es lo que quieres que se sepa? ¿Qué harán las demás cuando comprendan que no les das ninguna protección?

—Venga, no me jodas, primo... perdón, inspector. No quiero problemas, ni con la pasma ni con las putas.

—Bien, entonces te doy un día, solo uno, para que me digas lo que se cuece por la zona, alguien tuvo que ver algo y yo quiero saberlo. No te registraré la casa porque sé que eres demasiado listo como para tener mierda escondida aquí,

pero esa chabola del tejado verde que se ve allí enfrente tiene mala pinta. ¿Me comprendes?

—Está bien, está bien. Haré que todos los que trabajan para mí busquen durante el día y la noche cualquier información que te sirva; pero que te quede clara una cosa, no mataría, ni siquiera dar una paliza, a una puta que no trabajase para mí, no soy estúpido.

—Claro que no, se te ve muy listo. Por eso vas a darme algo interesante — zanjó Marcos la conversación. Dejó una tarjeta sobre la mesa y se marchó con David a su espalda.

Los inspectores se montaron en el coche y salieron de la zona de Santa Lucía mientras Poli aún sentía escalofríos en su espalda. Observó la tarjeta con deseos de romperla en mil pedazos, pero acabó por guardarla en el bolsillo de su camisa.

Antes la muerte que volver a prisión.

David se puso al volante y Marcos encendió la radio para que la música jazz inundase el espacio. Los dos respiraron hondo cuando dejaron atrás las casitas bajas y chabolas que se extendían entre la barriada de La Navidad y la marisma de la ría de Huelva.

—Estás completamente loco. Jamás hubiera imaginado que harías algo así.

—Pues me alegro de que fingieses tan bien, si me llegas a delatar, a saber cómo hubiéramos salido de esa casa. Yo apuesto a que metidos en un maletero y enterrados en alguna zona de la marisma.

—Si Poli tiene cámaras de vigilancia en su casa, y lo ha grabado todo, perderíamos la placa en cuanto nos denunciase.

—¿Cámaras de vigilancia? ¿Estás de broma? ¿Para grabar sus propios negocios sucios? Y lo de denunciarnos es gracioso, no es un mafioso de las películas, solo un gitano que trapichea con drogas y prostitución. ¿Te lo imaginas entrando en la comisaría y preguntando a Irene por el departamento de asuntos internos?

—Claro que no, pero... apuntarle a la cara con el arma... Casi me he meado encima.

—Tenía el seguro puesto. Además, no podemos permitir que alguien que se salta la ley, que extorsiona mujeres, las droga y pega, que usa niños para vender su heroína y cocaína, tenga esa actitud hacia nosotros. Ni yo mismo me reconozco ante lo que acabo de hacer, pero no podemos permitir que la ley nos ate las manos ante ellos en lugar de protegernos.

—Te entiendo, pero avisa la próxima vez. —David aún se mostraba nervioso

mientras conducía hacia la vivienda de la testigo que había identificado el modelo y color del coche.

Llegaron en menos de diez minutos y aparcaron en doble fila, no iban a tardar demasiado. Llamaron al telefonillo durante varios minutos y nadie contestó, así que aprovecharon que salía un vecino para entrar en el edificio y subir a la tercera planta. Allí tampoco abría la puerta. La chica no estaba en casa. La única forma de localizarla era esperar a la noche e ir a su encuentro en la calle.

David y Marcos partieron hacia la comisaría.

Tras el almuerzo, en la cocina se reunieron David, Nuria, Irene, Paco y dos agentes que coordinaban el trabajo de la Policía Científica. Cuando Marcos apareció ante ellos, el silencio dio paso a sus explicaciones sobre el caso.

—Tenemos a una chica muerta y ni una sola pista fiable. Hemos recibido los informes de la científica y no han encontrado arena de la zona en la que se encontró el cadáver en ningún Mercedes SLK de la provincia. Solo en el del teniente de la Guardia Civil, y es obvio porque trabaja justo al lado.

—¿No había restos de ADN de la chica en el interior de ese coche? —preguntó Paco.

—Nada, había suciedad de meses por todo el coche, en el maletero, asientos, salpicadero y exterior, pero ni un pelo o escama de piel de la chica. Según el informe, es imposible que ella hubiera estado en el interior un día antes. No se pueden limpiar pruebas y células microscópicas y dejar el resto de suciedad.

—Entiendo. ¿Y si el asesino vino desde Portugal? Tal vez por eso no encontramos el coche —añadió Paco.

—En ese caso, una matrícula diferente hubiese llamado la atención de la testigo —respondió David.

—No, espera. Quizás el homicida viva en alguno de los pueblos del Algarve —meditó Marcos en voz alta—. Existe la posibilidad de que venga a cometer sus fechorías, solo son treinta y cinco minutos desde la frontera. Si su coche tiene matrícula española, puede pasar desapercibido. Me gustaría hacer un último intento por localizar el vehículo. ¿Cuánto tardaríamos en tener un listado de coches de todo el sur de Portugal que tengan matrícula española?

—Una hora, como mucho —aseguró Nuria.

—¿Harás un último intento? ¿No crees que la testigo se equivocó con el modelo de coche? —preguntó el comisario.

—Es lo más probable. Hace dos horas que David y yo hemos ido a casa de la testigo para que observase de nuevo los modelos de coches, por si se equivocó al

reconocerlo la primera vez. Pero no la hemos localizado, insistiremos aunque tengamos que ir a buscarla esta noche a la calle en la que trabaja.

—¿Aún no barajamos sospechosos? —preguntó de nuevo Paco.

—El proxeneta de la zona, Poli, no parece el máximo candidato.

—Pero tiene coches de lujo.

—Ya, pero no necesita hacerlo en plena noche, ante otras prostitutas y clientes, podría haberla matado en cualquier otro momento. Además, no gana mucho con su muerte.

—Las demás prostitutas le pagarían por su protección.

—O dejarían de pagarle por no saber cuidar de ellas.

—Está bien, entonces ¿dónde podemos buscar?

—Dame tres días más —pidió Marcos al comisario— y te daré algo nuevo. Mientras tanto tendrás que fiarte de mi instinto. Creo que se cuece aquí algo que va más allá de un ajuste de cuentas, una venganza o un tema de proxenetismo.

—¿En qué piensas?

—Aún no lo sé con exactitud, solo tengo un presentimiento. Todo ha sido ejecutado demasiado bien como para tratarse de algo impulsivo y realizado por un pobre diablo que tuvo una mala noche.

—Confío en ti. Te daré esos tres días, pero ninguno más, no paralizaré a mi mejor división para encontrar algo que podría ser un crimen convencional por drogas o ajuste de cuentas.

Paco se marchó sin esperar réplica. Los policías que trabajaban a las órdenes de Marcos comprendieron que se iniciaba una cuenta atrás frenética. Aún no tenían una sola pista, pero debían encontrarla en las próximas horas por el bien del caso.

—¿Puedo hablar contigo a solas? —David había tomado del brazo a Nuria y esta se mostraba casi paralizada, con las mejillas ruborizadas hasta parecer que iban a explotar.

—Cla... claro.

Esperaron a que todos se marchasen de la cocina y David se acercó mucho a ella, tanto como para hacerla temblar.

—Verás, se trata de algo muy personal y delicado.

—Ya me lo imagino. Lo supuse esta mañana, por eso siento decirte que no puede ser.

—¿Cómo?

—Tú tienes pareja y yo también, de eso se trata, de que no les hagamos daño con...

—¿Qué dices? Yo quería hablarte de Iván.

—¿Iván? ¿Mi novio?

—Claro, ¿quién si no?

—Esto... No entiendo qué tiene que ver Iván con nosotros.

—Con nosotros no, contigo. Resulta que ayer por la noche lo vi en el *Lancelot*.

—¿Estuviste con él de fiesta? ¡Qué extraño! Él me dijo que iría a casa de sus padres a cenar y luego regresaría a dormir.

—Pues no estuvo precisamente con sus padres.

—¿Qué quieres decir?

—Que no creo que su madre fuese una pelirroja de veinte años con minifalda que le estaba metiendo la lengua hasta la garganta.

Nuria cambió el semblante hasta volverse demacrados los rasgos alegres y sonrosados que usualmente mostraba. Sus ojos se entornaron y un temblor apareció en sus labios.

—No me puedo creer que...

—Lo sé, yo también estaba alucinando anoche cuando vi que...

—Eres un miserable.

—¿Perdón?

—Ya no sabes qué hacer por meterte en las faldas de la primera chica que se te antoja, incluso decir esas barbaridades de su pareja para, con un poco de suerte, conseguir que ellas se acuesten contigo como venganza.

—¿Pero qué dices? ¿Estás mal de la cabeza?

—No, eres tú el que no comprende que la confianza entre dos personas va mucho más allá, hasta el extremo de hacer oídos sordos a quienes quieren destruir su relación.

—Joder, Nuria, yo solo quería decirte que tu novio te la estaba pegando anoche con otra en un bar. No sabes cuánto me ha costado contarte esto, pero no imaginaba la película que te ibas a montar.

—Claro, una labor de buen samaritano.

—No te confundas, yo no quiero nada contigo. Eres una chica guapa e inteligente, pero yo estoy fenomenal con mi negra. No quiero que haya malos entendidos.

—Claro, solo querías ayudarme. Pues, ¿sabes qué? No trates de hacerlo nunca más. Nadie te lo ha pedido.

Nuria se marchó de la cocina y dejó a David con la boca abierta. De todas las situaciones que hubiera imaginado el inspector tras contarle el secreto que lo abrasaba en el interior, aquella era la única que no esperaba recibir.

Diecisiete comunidades autónomas, cincuenta provincias, más de un

centenar de grandes ciudades se podían encontrar en España... y el primer destino de Sofía Vidal era el mismo que acababa de dejar atrás. Los productores de la cadena le habían asignado un caso que la llevaba de nuevo a su Huelva natal. Visto por el lado bueno, allí tenía alojamiento, contactos, su moto y conocía la ciudad al detalle.

El brutal crimen de una prostituta, aunque ya llevaba algo de tiempo siendo investigado por las autoridades y cubierto por los medios locales, sería la prueba de fuego ante sus nuevos patrones. Debía demostrar a la cadena que era capaz de generar audiencia, carnaza, morbo y dinero. Ese era su empleo, así lo había prometido a cambio de una suculenta remuneración, y ahora tenía la oportunidad de lograrlo en el entorno que mejor conocía.

El cielo se mostraba igual de pesado y triste que en Madrid, pero el aire que respiraba era mucho más denso cuando se bajó del tren a las diez de la noche en la nueva estación, que se ubicaba en el mismo sitio que la antigua. Así solía funcionar todo en Huelva, ¿para qué innovar? Allí entró en un taxi que la llevaría a la casa de sus padres. Por el camino observó cada detalle desde el otro lado de la ventanilla, como si se encontrase en una nueva ciudad, una desconocida y muy diferente a la que había dejado atrás solo seis días antes. Ya percibía una barrera entre su ciudad natal y ella, especialmente tras creer que viviría en Madrid, tras ver todo lo que la cosmopolita capital del país podía ofrecerle. Un grupo de chicos bajaba por la calle Puerto, ella no los conocía, pero sabía que iban a tomar unas cervezas al parque Zafra. Una pareja cruzaba un paso de peatones con un bebé en un carrito, iban a la plaza de Las Monjas para dar un paseo o sentarse en un bar con terraza. Una chica de unos treinta años iba arreglada y miraba la hora, llegaba tarde a su cita, seguramente en Pablo Rada. Era tan fácil prever todo lo que ocurría a su alrededor en Huelva...

Ella necesitaba la vorágine de Madrid, la diversidad cultural y étnica que había observado en esos seis días, deseaba vivir en un lugar tan imprevisible, donde cada ciudadano parece rodearse de un escudo que impide ver sus intenciones, deseos, miedos... Donde ella tendría que esforzarse de verdad por sobrevivir y luego triunfar. Huelva se había quedado pequeña, pero el destino la había llevado de vuelta.

«Si esto es una prueba, la pasaré con matrícula de honor».

Su madre la recibió en la puerta de casa como si llevara años sin verla, luego la ayudó a meter las maletas, la que se llevó a Madrid y otra nueva que había comprado en la misma estación de tren para traer las compras que hizo allí.

—Te prepararé de cena lo que quieras, cariño —dijo la mujer mientras trataba de besuquearla. Sofía intentó resistirse, pero en el fondo le gustaba recibir ese cariño.

Se dio una ducha, la necesitaba. Ya con el albornoz puesto, y sin intenciones de deshacer las maletas hasta que le apeteciese, unos días o semanas más tarde, se sentó ante el portátil y trató de seguir recabando toda la información posible sobre el caso que debía cubrir. Ya había empezado a investigar durante el trayecto en tren. Para más tarde puso a cargar las baterías de su cámara de video, el micrófono inalámbrico y otros artefactos electrónicos que necesitaría. El receptor de la emisora de policía le informaba de cada aviso, aunque por el momento eran todos por altercados o delitos menores.

La zona del Pico del Loro, o Torre del Loro, como se llamase, era fácil de localizar; iría allí al amanecer, cuando tuviese algo de información y una luz bonita para grabar, sería su primera avanzada de la investigación. Para ello, esa misma noche debía salir y conseguir testimonios, datos fiables y carnaza que dieran morbo a la historia. No sería difícil en una ciudad tan dada a fisgonear y elaborar mil conjeturas ante cada acontecimiento. Empezaría por la calle en la que trabajaba la prostituta; por unos doscientos euros tendría a cuatro o cinco compañeras dando testimonios succulentos sobre detalles de su vida, con unos pocos euros más lograría que las chicas con peor aspecto de la zona diesen algo de pena con sus bocas desdentadas y demás síntomas de las drogas y palizas recibidas. Tal vez los productores quisieran luego no incluirlas en la emisión, pero no estaba de más tener todo tipo de material, por si acaso.

Su madre llamó a la puerta de la habitación que usaba como despacho y centro de trabajo, pero no abrió, se limitó a decirle que su vecino del quinto, Edu, estaba esperándola.

—Dile que pase.

Edu era un vecino adolescente que ya la había ayudado en una ocasión anterior. Su trabajo escuchando la emisora de la policía mientras ella estaba fuera, y transmitiéndole por teléfono móvil la información relativa al caso que seguía, fue vital para anticiparse al resto de reporteros. Los cincuenta euros que le daría por noche estaban dentro de la cartera de gastos que corría a cuenta de la cadena, como el dinero para sobornos o entrevistas. Un dinero bien invertido.

—¿Qué pasa, tía? ¿Ya estás de vuelta? Pensé que te quedarías en Madrid. ¡Coño! ¿Estás desnuda?

—Relaja las hormonas, figura, que no voy a quitarme el albornoz.

—Oye, ¿eres bollera? Porque podríamos follar si te apetece.

—¿Otra vez sales con eso? Tendré que buscar a otro que me haga las guardias del turno de noche.

—No jodas, solo era una broma. Ya sabes que me viene bien el dinero.

—Pues límitate a hacer tu trabajo. Y que no vuelva a ver que mis bragas están removidas en el cajón de mi dormitorio. Las pajas te las haces en casa con

internet, como todo el mundo. ¿Entendido?

—Vale, vale. Ya me dirás lo que tengo que hacer.

—Estarás aquí hasta las cuatro de la madrugada, me mandarás mensajes con cada noticia que circule por la emisora respecto al caso 3342. No te quedes ahí mirándome las piernas, apúntalo.

—Tres, tres, cuatro, dos. No se me olvidará.

—Más te vale.

—¿Qué harás tú?

—Mi trabajo, chaval. Ahora quédate aquí mientras voy a mi cuarto a cambiarme.

Sofía se enfundó en un mono de cuero negro que le mantendría el calor del cuerpo a baja temperatura, incluso aunque lloviese. Ya iba siendo hora de protegerse mientras iba en la moto. La moto... Se moría de ganas de dar una vuelta por la noche con ella, es lo que más había echado de menos en su viaje a Madrid. Debía controlar la presión de las ruedas y llenar el depósito en la gasolinera del centro comercial de la calle de al lado antes de ir a su destino.

Metió la hoja de una navaja en un pequeño bolsillo del tobillo derecho, el móvil en otro bolsillo, este con cremallera y a la altura del pecho. A la espalda llevaría la mochila con el equipo de grabación y algunos artilugios que le serían útiles para su propósito.

«Espero no encontrarme con Navarro. Me cae bien, pero después del encontronazo con Laura por culpa del libro que está escribiendo, no creo que esté muy participativo. Debo buscarme la vida, conseguir mis objetivos por mí misma, nada de maderos».

—Cariño, ¿no vas a cenar? —Su madre había aparecido tras la puerta de la cocina cuando ella se marchaba de casa.

—Tal vez lo haga en algún restaurante más tarde.

—A saber lo que te ponen de comer en esos sitios.

—Mamá, no empieces, por favor.

Se puso la mochila a la espalda, tomó las llaves y el casco de la moto y salió por la puerta.

Las ruedas de prensa siempre le habían provocado urticaria. Tener que enfrentarse a los buitres de los periódicos y noticiarios de televisión, con sus preguntas impertinentes, era algo para lo que no estaba preparado, por muchas décadas que llevase en la policía. Paco Hernández regresaba en ese momento de dar la última, de tan solo diez minutos, sobre los avances en el caso de la prostituta.

El asunto se estaba alargando demasiado. Un tema tan sencillo de asesinato, casi seguro que por ajuste de cuentas, no podía tardar tanto en resolverse. Sus muchachos se estaban durmiendo y eso provocaría que le cayese al departamento otro aluvión de críticas por no hacer su trabajo, por no atender a las minorías más desfavorecidas. Ya imaginaba los noticieros de la noche y los matinales del día siguiente: «A la policía le importa un bledo la muerte de una pobre desgraciada. Si en lugar de una prostituta, se tratase de la hija de un gran empresario, ya habría resuelto el caso hace días».

Cómo odiaba a la prensa y su habilidad para fabricar mierda en lugar de informar.

El único alivio que percibía esos días que llevaban con el caso era la ausencia de la bloguera de aspecto raro, y que solía acceder a información clasificada como si las leyes fueran para los demás, pero no le afectasen a ella. Esa tal Sofía Vidal era un peligro para el sistema; con un poco de suerte, se habría retirado a vivir de los beneficios de su última tropelía. Esperaba no verla nunca más. Qué fácil hubiera sido frenarla de forma definitiva si Navarro no hubiera...

—Paco, tenemos novedades. —Irene lo sacó de sus pensamientos antes de poder llegar a su despacho.

—¿Qué ha pasado?

—La chica que vio a María Moreno subir al coche del posible asesino, ha desaparecido.

—¿La que dijo lo del Mercedes SLK? Joder, joder, joder. Ya me lo temía.

—¿Cómo dices?

—Nada. Que salgan a buscarla a la calle, los clubs y demás sitios donde trabaje o tenga amigos. Es prioritario que la encuentren.

Paco entró en su despacho escupiendo rayos. Aquel caso de homicidio no estaba evolucionando como esperaba. Generalmente, cuando una prostituta aparecía apaleada o muerta, se solucionaba buscando a su chulo o al cliente que se hubiera pasado de la raya. A esa chica, en cambio, la había matado alguien de forma premeditada, un asesino que se había cuidado de llevársela casi sin ser visto, que había usado guantes, preservativo y resto de precauciones, y que ahora estaba atando los pocos cabos sueltos tras sus pasos. Si la testigo aparecía también muerta, es que el asesino era metódico y complicaría mucho su detención.

Tras unas navidades trágicas, en las que tuvo que arrimar el hombro y hacer trabajo de campo junto a sus agentes e inspectores, sentía que debía volver a la acción para evitar que el caso se estirase más de lo debido o acabase por no resolverse nunca. No le apetecía en absoluto, se sentía oxidado... No, la palabra

exacta era desubicado. Las calles habían cambiado mucho en los últimos quince años, demasiado, tanto las personas como el entorno que las rodeaba, así como también los procedimientos a seguir, y volvía a tener sensaciones parecidas a las que ya casi había olvidado. La incertidumbre, las dudas y los nervios que sufrió en sus dos primeros años como policía, más de treinta y cinco años atrás, habían regresado, pero su mente no estaba ahora tan ágil como para adaptarse a ellas; su cuerpo aún menos.

Llamó a Nuria Carvallo a través de la línea interna, esta apareció un minuto después por su despacho.

—Coge tus cosas, nos vamos de patrulla.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó ella con el rostro desencajado por la sorpresa.

—Pues claro, ya va siendo hora de verte trabajar sobre el terreno. Has dicho que ahora no estás investigando nada en el ordenador, ¿verdad?

—Eso es. No encontré coches en el sur de Portugal con las características que busca Navarro.

—Pues date prisa. Te veo en el aparcamiento en diez minutos.

Nuria se marchó corriendo para apagar el ordenador y tomar su abrigo. Paco observó su entusiasmo y se preguntó con pesar dónde había dejado el suyo propio. Quizá cuando aún podía atarse los cordones de los zapatos sin perder el resuello. Marcos Navarro había asegurado en varias ocasiones que Nuria era un diamante por descubrir, iba siendo hora de demostrarlo sobre el terreno y no escondida tras un ordenador. Lo más lógico, a priori, hubiera sido patrullar las calles e investigar con un oficial o subinspector experimentado y puesto al día, pero se sentiría más cómodo en su tarea de volver a sentir la magia de la investigación directa con alguien que la descubriese por primera vez.

—Te toca conducir —le dijo a la chica cuando iban hacia el coche que le habían asignado.

—Sí, mi comisario. ¿Hacia dónde vamos?

—A la calle donde fue vista la víctima por última vez, y llámame Paco o la tarde se hará demasiado larga. —Se montaron en el vehículo y salieron del aparcamiento—. Por cierto, ya que nos quedan unos minutos para llegar, ¿quieres que te cuente cómo fue mi primer día de patrulla? Ni te imaginarías lo que me pasó.

—¿Por qué no? Espero que no sea algo muy bestia. No sé qué esperarme de ti.

—Nada, cosas de la vieja escuela. En aquel entonces no había tanto trabajo de ordenador, lo usábamos para relación de huellas y poco más, con monitores pequeños que se veían como el culo. Recuerdo que tardaban días en encontrar la

correlación de una huella; te hablo por supuesto de sospechosos fichados. No, no tomes ese desvío, vamos mejor hacia La Merced, por allí habrá menos tráfico. ¿Por dónde iba? Ah, sí. Nos dieron un aviso para desalojar a unos ocupas de un piso, llegamos cuatro patrullas y el juez de instrucción. Tirar la puerta abajo fue sencillo, sacar de forma pacífica a los ocho personajes que nos encontramos allí... Eso se complicó más.

—Ya imagino.

—Entonces no teníamos bombonas portátiles de gas, ni pistolas eléctricas, ni siquiera guantes anticortes para cachear y registrar a los detenidos. Aquello era una puta jungla. El piso estaba hasta arriba de basura, habían hecho una barricada con trozos de muebles y nos disparaban bolas de metal con tirachinas, nos tiraban piedras que habían recolectado de la calle. Imagina, en el pasillo solo podíamos entrar de uno en uno y no podíamos usar el arma reglamentaria contra ellos, solo el escudo. Tardamos quince minutos en llegar a ellos y romper la barricada.

—Madre mía, parece que me cuentes una batalla medieval.

—Peor, fue mucho peor. Sacaron cuchillos y palos y aquello se convirtió en un infierno de golpes y gritos. Era mi primera incursión, tenía veintidós añitos y estaba cagado de miedo.

—Lógico, como le pasaría a cualquiera. ¿Pongo la sirena y nos saltamos el semáforo?

—Déjalo, no hay prisa y ya casi estamos.

—Me contabas lo de los cuchillos y palos.

—Es cierto. Pues conseguimos reducirlos al final, costó sangre, sudor y lágrimas, pero lo logramos. Un compañero tuvo que ser atendido por un golpe en la cabeza y yo por un mordisco en el brazo.

—¿Te mordieron?

—A la altura de la muñeca izquierda, puto desgraciado... Me mordió con fuerza y yo no tuve otra reacción que darle con el puño en la cabeza como si fuese un martillazo. Lo hice como un gesto instintivo, con toda la rabia del mundo, y el tipo se desplomó inconsciente. Pensé en ese momento que lo había matado. Estuve dos semanas sin dormir a la espera de los resultados de análisis de VIH y Hepatitis.

—Algo así no se olvida.

—Ya te digo que no. Cuando el sanitario limpiaba la herida, encontró tres dientes podridos dentro de mi brazo. Le vomité encima cuando me los mostró.

—¡Ja, ja, ja!

—¿Te ríes? A mí no me hizo ni puta gracia. Al sanitario tampoco.

La luz de la tarde desapareció de repente tras una densa capa de oscuras nubes, esa amenaza de lluvia provocó una estampida en las calles, y los que salían de sus trabajos se apresuraron para llegar a casa, igual que los pocos que quedaban paseando por el centro. Y la ciudad fue quedando desierta.

El reloj marcaba las once de la noche cuando Marcos y David regresaban del club Lady's, donde no sabían nada de esa tal Candy, ni por su nombre original, María José. Al parecer, nunca había trabajado con ellos y así se reflejaba en sus archivos. Luís Mejía estaba colaborando con la Policía en todo lo que estaba en su mano; obvio, cuando se regenta ese tipo de negocios, no interesa tener a las autoridades en contra. La amiga de la chica, Belén, les había dado un número de teléfono falso y tampoco la habían podido localizar. En la base de datos de la central no aparecía fichada, así que tendrían que localizar a las dos chicas a la vieja usanza, buscándolas por la calle y preguntando a compañeras de trabajo.

Con la esperanza de que la prematura oscuridad de la tarde hubiese provocado el adelanto de la jornada laboral de algunas prostitutas, se encaminaron al paso Marítimo, no sin antes pasar por una hamburguesería en la que David hizo acopio de víveres para aguantar las siguientes horas.

—No entiendo cómo no te da un ataque al corazón con toda la basura que comes. —Marcos casi no podía respirar dentro del coche, con el asiento trasero lleno de hamburguesas con queso y patatas fritas.

—El secreto está en hacer mucho deporte, dos horitas en el gimnasio y otra más por la noche antes de dormir. Ya me entiendes, ¿no?

—David, a ti se te entiende desde el primer minuto.

—Ja, ja, ja. ¡Venga, hombre, alegra esa cara! La vida son dos días y hay que pasarlos de la mejor forma posible. Comer lo que a uno le gusta, tener el empleo de sus sueños, vivir en una ciudad tan bonita como esta, con estas playas... y follar como un león cada noche. ¿Me pegan un tiro mañana? Pues muero feliz. Prefiero eso a vivir cien años de privaciones, complejos, prohibiciones morales y demás jaulas en las que la gente se mete por propia voluntad.

—Es imposible rebatirte nada. Se te recrimina comer basura y te pones a filosofar sobre el sentido de la vida.

—Así soy yo, el filósofo cachondo. Siempre dispuesto a cuestionar los pilares sobre los que se sustenta la existencia de los demás, y... ¿por qué no? También listo para darle un buen meneo a mi negra.

—Deja a Sandra y a la filosofía a un lado y centrémonos en el caso. La desaparición de María José me huele muy mal. Si no la encontramos esta noche, el caso podría complicarse hasta no ser resuelto.

—Hacemos lo que podemos.

—Ya lo sé, pero es que nunca he tenido un caso que se archivase como no resuelto y me niego a resignarme con este. No pienso vivir sabiendo que a una chica de veintidós años la han violado de esa forma, golpeándola luego hasta matarla, y que el asesino quede suelto.

—No crees que sea un crimen convencional, entonces, ¿qué crees que hay detrás de su muerte?

—No creo nada, solo investigo, hago preguntas, busco... y otro, el juez, se encargará de opinar.

—No me vengas con respuestas absurdas de películas de cine negro. Dame tu opinión, joder.

—Yo creo que hay dinero tras este crimen.

—¿Dinero? Esa chica no parecía ganar mucho.

—Me refiero al dinero que hay tras el asesino. Un tipo listo y con medios. Generalmente, y eso ya lo sabes, se hace difícil o imposible encontrar a un homicida cuando nada le une a su víctima, peor aún si viven en localidades muy apartadas. Si no encontramos una relación, ni un móvil, nada que justifique la muerte, es tarea de la científica o que tengamos suerte con la investigación. La científica no ha encontrado nada, así que solo nos queda trabajar sobre el terreno.

—Me da la sensación de que hoy no vendrá ese golpe de suerte.

—¿Por qué dices eso?

—Hace frío y parece que vaya a llover. Habrá pocas chicas haciendo la calle esta noche, y la mayoría no querrá hablar con la policía para decir dónde está Candy, o María José, como la quieras llamar.

—Eso lo dice todo, o casi todo.

—¿Cómo?

—Si se ha escondido, es que teme por su vida. Si no se ha escondido, es que está muerta.

David no dijo nada a continuación, en parte porque no podría objetar ese razonamiento, y también porque acababan de llegar a la avenida en la que una docena de prostitutas ya se encontraba acicalándose, tomando un aperitivo antes de comenzar la jornada o dialogando entre ellas.

Quizá porque aún faltaban muchas por llegar, puede que por superstición o tal vez por respeto a María Moreno, la farola bajo la que solía trabajar estaba vacía. Tampoco había nadie al otro lado de la carretera, en el lugar donde David y Marcos habían contactado varias noches antes con Belén y Candy. Se acercaron a la chica que trabajaba más cerca y le preguntaron por ellas, respondió no saber dónde estaban ni conocer la residencia de Belén o el número de su teléfono móvil.

—No estamos buscando a Belén y a Candy para detenerlas, se lo aseguro, solo nos preocupamos porque han desaparecido y podrían estar en grave peligro.

El mutismo de las compañeras, lógico por otro lado, no ayudaba en absoluto. ¿Dónde podrían haberse metido las dos chicas? Marcos esperaba que no fuera demasiado tarde para ellas.

—¡No puede ser! —dijo David.

Marcos se giró intrigado.

—¿Las has visto?

—No, pero he visto algo que no te vas a creer.

Marcos no tuvo que preguntar. La pareja que deambulaba por la calle destacaba en la distancia como dos congoleños por Suecia. David contuvo la risa cuando se dirigieron hacia ellos.

—¿Os habéis perdido? —preguntó Marcos con un leve tono jocoso ante las miradas de circunstancia de Paco y Nuria.

—¿Es eso una broma, Navarro?

—Lo siento, Paco, pero no me puedo creer que estéis paseando por esta calle de esta forma.

—¿Qué hemos hecho mal? —inquirió Nuria.

—Si ya nosotros llamamos la atención, como si tuviéramos escrita la palabra policía en la cara, imagina lo que pensarán al ver a un comisario con una corbata de Pocoyo acompañado de una suboficial de uniforme.

—Bueno, es que no estaba planeado que viniéramos aquí, tampoco daba tiempo a cambiarnos de ropa...

—¿Cambiaros de ropa? —David parecía haber saltado como por un resorte—. Tengo una idea cojonuda.

Nuria estuvo a punto de golpearlo, Paco y Marcos tuvieron que sujetarla mientras las personas a su alrededor se apartaban, algunos para marcharse de la zona al ver tanta presencia policial. Las prostitutas estaban muy enfurecidas por arruinarles la noche.

—No te basta con lo de esta tarde, encima te pones en plan machista.

—¡Joder con el machismo! Ahora todas las ideas se interpretan así por parte de las mujeres —objetó David.

—Nadie va a disfrazarse de prostituta —zanjó Paco—. Aunque, si fuese necesario y consiguiéramos con ello la información que necesitamos tan urgentemente...

—Paco, me da igual que seas mi comisario, te calzo una hostia como se te ocurra insinuarlo siquiera.

—No será necesario —murmuró Marcos—, y dejad de discutir, estamos llamando la atención de toda la calle. Menuda investigación estamos haciendo...

—¿Qué has pensado? —preguntó el comisario en nombre de los tres compañeros.

—Pienso que las dos prostitutas no están por miedo o porque han sido capturadas o asesinadas para eliminar testigos. No podremos dar con ellas de forma rápida ni fácil en esta calle o su casa, pero sí podríamos buscar en la playa.

—No fastidies, ¿estás pensando en lo mismo que yo? —añadió David.

—Paco, necesito que pidas un dispositivo de búsqueda con perros, sistemas de detección de huesos, todo lo que tengamos. Vamos a la playa del Pico del Loro.

Dos docenas de potentes focos alumbraban la zona en la que había aparecido el cuerpo de María Moreno seis días antes. Bajo la intensa luz, que llegaba incluso hasta la orilla y la torre derruida que daba nombre al lugar, trabajaban a toda prisa los perros especializados en descubrir personas bajo los escombros de terremotos, además de cadáveres enterrados. Parecía que fuese a llover de un momento a otro y el rastro se volvería más difícil de localizar para los canes.

Marcos, David, Nuria y Paco esperaban noticias desde el interior de uno de los coches que bloqueaban el camino hacia la playa. Tan seguro estaba Marcos de su macabra hipótesis, que habían llamado a Maite Redondo, la forense, para que estuviese alerta y llegara así lo antes posible al lugar en caso de acertar.

—¿En el mismo sitio? Mira que la playa tiene kilómetros, una de las más largas de Europa, como para elegir otro lugar en el que deshacerse de los cuerpos.

—En el mismo sitio, Paco. Si las personas solemos estar arraigadas a las costumbres, mucho más lo estará quien se vea forzado a obrar con urgencia. Si se ha visto obligado a eliminar a una o dos testigos, lo habrá hecho de forma premeditada, sin poder estudiar la forma de deshacerse de los cuerpos en el lugar más idóneo, así que habrá optado por repetir lo que le funcionó hace unos días.

—Espero que te equivoques, lo espero de verdad, porque no sé cómo vamos a localizar al asesino si las únicas probables testigos han caído también.

—Quizás haya cometido errores ahora —añadió Nuria—. Si ha tenido que pensar rápido, trabajar a contra reloj, puede haber dejado pistas, restos, ADN, testigos. Tal vez está nervioso y se ha dejado ver.

—Esperemos que no —murmuró Marcos. Todos lo observaron.

—¿Cómo dices?

—Espero que no, que no haya matado a nadie y yo esté equivocado.

Menos de diez minutos después, uno de los perros dio la alerta y los técnicos de la científica procedieron a retirar la arena con cuidado. Bajo un metro de profundidad apareció el cuerpo sin vida de María José, alias Candy.

—La noche será muy larga —dijo Paco al ser informado de la noticia—. Muy larga... Avisad a Maite y al juez de instrucción. Yo tengo que hacer una llamada al fiscal.

Capítulo 4

2008

El asiento del coche era tan cómodo que, junto a la calefacción y la suave música que salía por los altavoces, habrían logrado que Ana Díaz se relajase en cualquier otra ocasión. Pero no en esa. Al otro lado de las ventanillas solo se divisaban los tres metros de camino de arena que iluminaban los faros, ya habían desaparecido incluso las huidizas siluetas de los árboles en el cielo.

Esperaba que él no notase sus nervios, ni que había cerrado la mano derecha para poder darle un puñetazo con todas sus fuerzas en la cara en cuanto tuviese la oportunidad. No pensaba terminar violada y muerta en mitad de la nada, pudriéndose hasta que algún pobre diablo descubriese su cuerpo mientras paseaba por la zona o buscaba un rincón donde pasar un día de playa con su familia. El tipo pesaría veinticinco kilos más que ella, quizás incluso sabía pelear, pero Ana lucharía por su vida, y eso le daría las fuerzas necesarias para cogerlo por sorpresa y salir corriendo. Mejor pasar frío durante las horas que restaban hasta el amanecer, oculta tras una oscura duna o matorral, que sucumbir a lo que aquel pervertido o asesino tuviese pensado hacer con ella.

—¿Tu casa está cerca? —preguntó con la voz más dulce y confiada que pudo fingir.

—Sí, casi hemos llegado.

Había sido casi imperceptible, pero el tono con que había contestado era algo diferente. Ana supo que se acercaba a su destino y él ya no se esforzaría tanto en su papel de seductor. Pronto detendría el coche y... ¿Lograría escapar?

La luna llena dibujaba en la distancia las silueta de los matorrales sobre el terreno arenoso, debían de estar ya cerca de la playa. Con tanta luz le sería difícil escabullirse entre las dunas. Muy despacio y usando solo los pies, se quitó los zapatos de tacón, luego apoyó el codo derecho en la protuberancia de la puerta; su mano, en la oscuridad del interior del coche, accionó lentamente el tirador, pero la puerta no se abrió. Circulaban a menos de veinte kilómetros por hora por el camino embarrado y, aprovechando que no tenía puesto el cinturón de seguridad, ella podría abrir la puerta y saltar antes de que él se diese cuenta. Correría con todas sus fuerzas y tendría un par de minutos de ventaja mientras él aún frenaba el coche, salía y lo rodeaba para perseguirla. ¿Estaría armado? ¿Le

dispararía por la espalda cuando ella ya saborease la seguridad de sentirse a salvo?

Pero esa opción de bajarse mientras el coche seguía en marcha, tras intentarlo varias veces, estaba descartada; la puerta no se podía abrir desde dentro. Estaba atrapada y a merced de lo que pensara hacer con ella.

Y no tuvo más tiempo para pensar, el coche frenó y a Ana le dio un vuelco el corazón. ¿Sería capaz de golpearlo? ¿Serviría de algo?

—¿Por qué frenas? No se ve ninguna casa por aquí.

—Parece que ha llovido por la zona y no podemos pasar sobre ese charco. ¿No te importa caminar unos metros? Mi casa está justo allí al fondo, la verás en cuanto salgas del coche.

Ana accionó el tirador de nuevo, pero seguía bloqueado.

—Está algo estropeado, tengo que abrirte yo desde fuera.

No tuvo tiempo de decir nada, él ya se había bajado y daba la vuelta por detrás del coche. Podría haber tratado de salir por la otra puerta, pero el coche era un deportivo pequeño y pasar al asiento del conductor le llevaría un tiempo muy valioso, además, esa puerta también estaba cerrada y quizá también bloqueada tras salir él.

Si minutos antes había tratado de salir del coche con todas sus energías, ahora no deseaba hacerlo por nada del mundo. Solo estaría segura donde él no estuviese.

«Mierda, se ha llevado las llaves, podría haber encendido el motor y tratar de salir marcha atrás ahora que él está fuera».

Un terrible frío la invadió en cuanto se abrió la puerta y vio que le tendía una mano. Una invitación al horror, ¿tal vez a la muerte?

—¿Te has quitado los zapatos? Te vas a ensuciar si caminas descalza. Póntelos de nuevo y te ayudare a caminar sobre la arena.

Las palabras seguían siendo amables, pero el tono se había enfriado por completo, el susurro adorable de antes era ahora un desgarró helado al salir de su garganta. Ana estaba aterrada, temblando y con mil dudas asaltando su mente; no se atrevía a hablar o preguntar nada, solo esperar a tener la oportunidad de escapar en cuanto el tipo se descuidase.

—¿Tienes frío? Estás temblando.

—Un poco.

—Pronto entrarás en calor.

Esas palabras provocaron un escalofrío en la espalda de Ana, que trataba de mantener el equilibrio con los tacones al caminar sobre piedras y barro que no veía bien en la penumbra que ofrecía la luz de la Luna. A ambos lados del camino no había más que secos matorrales, ni una sola casa cercana en la que

pedir ayuda. De todas formas, ¿quién la ayudaría? El mundo real no es como las películas. Cuando un cliente la había golpeado en mitad de la calle, ni sus compañeras ni otros clientes que caminaban por la zona habían intervenido para ayudarla. Es lo primero que se aprende en la calle: sálvese quien pueda.

Las olas rompían con fuerza en la orilla, el sonido llegaba tan claro como si estuviese allí. Atronador y despiadado. Un anuncio de lo que sucedería en pocos minutos. Al caminar, los zapatos de ambos emitían un ruido desagradable sobre el barro, pero nada podía eclipsar sus pensamientos derrotistas. El tipo la tenía agarrada por la cintura con fuerza, la excusa de ayudarla para no caer era perfecta para controlarla y evitar que saliese a correr.

«No es idiota, sabe que te has dado cuenta de la situación, sabe que estás esperando tu momento y él tendrá preparada la forma de ganar en este juego. Quizá lo haya hecho más veces antes. ¿Es este mi final? ¿Aquí se acabó todo para mí? No, por favor, tengo que pelear, tengo que salir de aquí como sea. ¡Espera! ¿Qué es aquello de allí?».

2019

22 de enero

El olor de la muerte invadía el lugar como si ninguno de los presentes, ya habituados a convivir con ella, la hubiese conocido antes. El salitre del mar quedaba eclipsado por el dulzón regusto que dejaba en la garganta el hedor de los cuerpos en descomposición que reposaban fuera de sus tumbas y a la espera de ser inspeccionados antes de pasar a las bolsas para cadáveres del depósito.

La noche se había hecho eterna para todos, por no poder volver a casa con sus parejas o familias, por la lluvia que cayó incesante desde las dos hasta las cinco de la madrugada, por saber que la testigo había corrido la misma suerte que la víctima, por sentirse atados de brazos, por el cansancio acumulado. La noche se convirtió en uno de esos momentos en los que cualquier policía se plantea lo acertado de su decisión al elegir oficio. ¿Quién querría vivir así, sin vida personal, familiar y siendo testigo de lo peor que puede llegar a hacer un ser humano por ver saciados sus instintos más primitivos?

Maite Redondo terminó su examen preliminar a la una, el juez de instrucción levantó el cadáver y este fue retirado media hora más tarde, los de la científica terminaron a las dos, pero nadie se movió del lugar hasta tener peinada la zona en un radio de un kilómetro. Lo peor estaba aún por llegar. Una segunda corazonada de Marcos Navarro trajo tantas consecuencias que hizo temer al comisario una revolución en la ciudad en cuanto la prensa se enterase del hallazgo.

Mucho antes del alba, siglos desde el punto de vista de los protagonistas:

—La chica parece haber muerto tras golpes similares a los recibidos por la anterior, María Moreno. Tendría que estudiarlo más detenidamente en mi “oficina”, pero estoy casi segura —constató Maite.

—¿También ha sido violada? —preguntó Marcos.

—No, ha sido todo mucho más rápido. Aseguraría, aunque es una opinión personal, que el homicida tenía prisa e intentó terminar lo antes posible con ella.

—Gracias, dame más detalles en cuanto la hayas examinado a conciencia. Céntrate en huellas, pelos y restos de ADN de cualquier tipo.

—Le daré máxima prioridad, como siempre.

Paco tuvo una revelación en ese mismo instante. Observando como un colegial el trabajo del inspector Navarro, comprendió sin lugar a dudas lo que significa un cambio de ciclo. Vio al líder del grupo tomar el control sin que nadie osara discutir su mando, ni siquiera él mismo. Un viejo lobo debía saber cuándo había llegado la hora de su retirada, de partir para dejar a la nueva sangre tomar el control. Solo le quedaba una cosa por hacer: tratar de ser útil en lo que fuese necesario.

—Es el mismo asesino —aseguró Navarro.

—Y está matando prostitutas —añadió David.

—No se trata de eso, quizá no todas sean prostitutas.

—¿Cómo dices?

—No podemos aseverar nada porque este crimen es excepcional para él, ha tenido que atar un cabo suelto, eliminar una testigo que podría descubrirle. Tal vez no se trate de prostitutas, sino de mujeres por las que se siente atraído sexualmente.

—¿En qué te basas para sacar esa conjetura? —preguntó Paco.

—No la ha violado.

—Tal vez tenía prisa.

—No es así como funciona la mente de un criminal como este. Violarla le hubiera llevados unos minutos más, solo eso, y desde aquí se puede controlar el sendero, se pueden ver los faros de los coches que se acerquen desde mucho antes de que lleguen. Podía haber abusado de ella si hubiese querido, pero no lo hizo. Candy... María José no provocaba su deseo sexual como sí lo hacía María Moreno, por eso no la violó, solo eliminó una testigo.

—¿Y Belén?

—Debemos seguir buscando, hay que rastrear toda la zona.

—¿Crees que ella está muerta y enterrada cerca?

Marcos no respondió, su presentimiento era tan agorero que prefirió no revelarlo a sus compañeros y amigos: él creía que había muchas más además de María y Candy, muchas más...

—Pero, ¿cómo sabía que Candy era una testigo?

—Ante cualquier duda, la respuesta más simple suele ser la acertada. Sabía que ella lo había visto, que era una testigo, porque trató de chantajearlo. ¿Se os ocurre otra respuesta mejor?

Todos observaron a Marcos en silencio.

—Entonces, uno de los propietarios de Mercedes SLK la ha matado —añadía David en un murmullo.

—Nada de Mercedes. Si ella quería sacar dinero al asesino a cambio de su

silencio, lo más probable es que nos diera un modelo de coche falso para encubrirle y así desviar las sospechas, evitando que fuese detenido y se esfumasen sus opciones de sacar tajada. Volvemos a estar a ciegas, sin testigos y sin pruebas ni indicios a los que atenernos.

Marcos acababa de contemplar las primeras luces del alba cuando su reloj marcaba las seis menos doce minutos de la mañana. Maite no pudo marcharse al hospital ni el resto de los allí presentes a su casa. El cuerpo de Candy solo fue el primero de los nueve que hasta ese momento habían desenterrado de la zona. Una autentica legión de policías de la división científica tomaban muestras de cada cadáver y todo cuanto estuviese a su alrededor. La urgencia y gravedad del caso se habían multiplicado hasta niveles impensables. Los cuatro policías nacionales tomaban apuntes de cada dato que la forense y los de la científica descubrían sobre el terreno, aun no estando oficialmente estudiado.

Marcos no fue a su casa, envió un mensaje de móvil a Laura para explicar que tenía complicaciones y rezó para que ella no se enfadase por su abandono durante tantas horas. El inspector se sentía mal por no pasar más de unas horas a la semana junto a ella cuando tenía casos importantes, eso debía cambiar. ¿Sería capaz de obrar de diferente manera cuando su hijo o hija naciese? ¿Podría ser un buen padre con esa actitud que dejaba al trabajo monopolizar su vida? Quizás ese dolor que sentía en el pecho, asfixiándole, era la respuesta que su organismo daba a sus dudas.

Antes de partir hacia la comisaría junto a David, se giró para observar una vez más el macabro espectáculo, uno más en su carrera, que jamás podría olvidar. Iluminada por un amanecer cálido, la playa virgen e idílica que se extendía ante él, casi un paraíso soñado, se había convertido en improvisado cementerio para un lunático homicida. Nada menos que diez cuerpos, por ahora, estaban siendo analizados y luego transportados al Instituto Anatómico Forense de la capital para poder medir las dimensiones del horror al que se enfrentaban. Maite había asegurado, por el estado de descomposición de los cadáveres, que algunos de ellos llevaban enterrados unos cuarenta años.

¿Cómo era posible? ¿Desde cuándo llevaba matando el asesino? ¿Qué edad tendría en la actualidad? ¿Por qué no tenían constancia de esas desapariciones? ¿Cuántos cuerpos encontrarían finalmente en la playa? El caso había dado un vuelco... un salto triple mortal, hasta convertirse en una auténtica pesadilla.

Paco y Nuria se habían marchado dos horas antes. La suboficial quería descansar tres horas y regresar fresca a la comisaría para comenzar a cotejar casos de desapariciones de las últimas cuatro décadas con el ADN de los cuerpos

encontrados; el comisario debía informar al alcalde y al fiscal y convocar una rueda de prensa urgente. Por segundo mes consecutivo, muchos policías de permiso verían arruinadas sus vacaciones por causas de fuerza mayor.

Amaneció justo frente a ella y el sol entró de repente por el objetivo de la cámara en un ángulo que destrozaba el contraste de la imagen. No había forma de lograr un plano decente desde su posición, y la moto estaba demasiado lejos para correr hacia ella, buscar un nuevo lugar desde el otro extremo del dispositivo policial y seguir grabando. Tendría que conformarse con lo que había conseguido durante la noche y lo que grabaría luego a lo largo del día, hasta que las fuerzas la vencieran.

La noche había sido más que fructífera para Sofía Vidal. Casi se sentía entumecida por las semanas de inactividad, pero comprendió que se equivocaba, estaba más en forma que nunca y con unas ganas terribles de demostrar su valía, de volver a competir contra su máximo rival, Laura Moreno, en un nuevo asalto en el combate por el título de mejor periodista del país.

Con Laura embarazada y escribiendo un libro, fuera de la pelea, todo parecía un camino de rosas conduciendo al trono de la máxima excelencia; pero no debía confiarse, sabía que la reportera de Canal Sur se guardaba un as en la manga: nada menos que esa novela en la que explicaría los detalles del macabro caso en que estuvo metida hasta el fondo. ¡Joder, qué suerte! Sofía hubiese matado por haber vivido aquella experiencia, traumática hasta la locura para otros, pero trampolín para cualquier periodista ávido de éxito.

Lo dicho, no se podía grabar una mierda desde allí; y faltaban dos horas, como mínimo, para que el sol subiese lo suficiente para salir del encuadre. Recogió su equipo y gateó para no ser vista hasta donde tenía aparcada su moto, montó en ella, maldiciendo a la vez que rezando para que no se descubriese ningún cuerpo más durante su cambio de perspectiva. Entró por el sendero que usaban los policías, además de los guardiaciviles del cuartel de la zona, y seguro que también el asesino, hasta que se sintió demasiado cerca como para poder ser descubierta y posiblemente arrestada. Desde ahí trató de circular por las dunas, pero su moto no tenía la potencia ni la altura suficiente como para lograrlo y cayó sobre unos matorrales cuando solo había avanzado unos treinta metros.

«Mierda, espero que no se haya roto la maneta del embrague ni el equipo que llevo en la mochila».

Se levantó a duras penas, tras salir de debajo de la moto, y comprobó que no se había roto ningún hueso ni había daños técnicos que lamentar. Ahora le tocaba hacer el resto del camino andando con cuidado de no ser descubierta. El trayecto

le sirvió para hacer balance de lo ocurrido durante la jornada.

«Comienza siempre por el principio». Esa regla del periodismo de investigación, y se aventuraría a decir que de la vida en general, marcaba uno de sus mandamientos. ¿Dónde había comenzado todo? En la calle en que ejercía la prostitución María Moreno, justo donde desapareció. Era aún pronto y tuvo que esperar hasta que hubiese algo más de público. Divisó a dos parejas de maderos, incluido el propio Marcos, que le caía bien pero no era el momento de acercarse para socializar. Menuda corbata llevaba el comisario... Preguntó por aquí y por allá hasta dar con una amiga de María que, a cambio de cincuenta euros, le detalló hasta los empastes que la fallecida se había hecho, pero eso no era relevante. Luego habló con otras chicas, estas le recomendaron hablar con Poli, el proxeneta que mandaba en la prostitución y droga de la zona, que era lo mismo que decir que controlaba la ciudad.

La casa del tal Poli era como un castillo que dominase, en plena Edad Media, todo su territorio, lo que incluía la marisma de la ciudad. Allí desaparecía mucha gente cada año por motivos menos indiscretos que el suyo. Dos tipos enormes y armados la llevaron escoltada hasta una terraza acristalada, donde le señalaron una silla. Ella se sentó a pesar de apetecerle mucho desafiarles y mostrarse reacia a su dominación machista, pero no era el momento, había que centrarse en el trabajo. Frente a ella, al otro lado de una mesa blanca de forja algo oxidada, sobre la que descansaba una botella de *whisky* y un vaso, estaba sentado un gitano de unos treinta y cinco años, delgado y bien vestido, que observaba la línea ya casi extinta del horizonte como si la viese por primera vez. O como si le hubieran privado de verla durante años y ahora se estuviese resarcido.

—¿Qué quieres saber de mí? —preguntó el gitano tras unos interminables segundos, en un hilo de voz y bajo la penumbra de la terraza.

—Pues me vendría bien, por ahora, una copa de eso que tomas —dijo ella sin saber muy bien de dónde habían surgido sus palabras.

—Trae otro vaso —ordenó el tal Poli a uno de los matones que lo rodeaban en ese momento.

A su alrededor todo se movió deprisa para cumplir el deseo del jefe, un vaso apareció y fue llenado con dos piezas de hielo y dos dedos del licor.

—¿Qué sabes de María Moreno? —preguntó Sofía en cuanto vio la posibilidad.

—Haces las mismas preguntas que la policía.

Eso hirió la autoestima de Sofía, pero no movió un músculo al oírlo. Estaba adiestrada y preparada para todo tipo de situaciones.

—Quizá porque son las preguntas adecuadas.

Poli la miró por primera vez, la periodista era más joven de lo que había

calculado. Pensó que habría una chica bonita bajo tanta pintura y sin el metal por la cara, seguro que sacaba una buena pasta por ella si hiciera la noche bajo su protección. Gajes del oficio...

—¿Vas a responder o solo a mirarme?

—No conozco a la chica. Ha muerto y punto. No tengo nada que ver con el asunto. Eso es todo.

—Que no tengas nada que ver con su muerte no quiere decir que no sepas nada, que no hayas oído nada. Me extrañaría que un tipo que controla la ciudad al detalle no se entere de lo que ocurre en ella, sobre todo cuando muere una puta. Las putas y las drogas son tu territorio, ¿no? Eso me han dicho.

—¿Qué coño saco yo de contarte lo que sepa sobre la muerte de la puta?

—Al grano, es lo que esperaba de ti. O casi, ya que no me dices nada de lo que quiero saber. ¿Qué puteros son agresivos con las chicas? ¿De quién sospechas? ¿Qué te han dicho las que están bajo tu protección?

—Sigues haciendo preguntas, pero no ofreces nada a cambio.

—Ayudarías a que se descubriese al asesino. Eso es bueno para el negocio, es protección para tus chicas.

—No digas tonterías. Y salir en tu blog no es suficiente, quiero dinero por mi información.

—Ahora ya no trabajo para el blog, hago un programa nuevo para un canal nacional.

—Me importa un huevo.

—Está bien, tengo algo de presupuesto para entrevistas. ¿Cuánto habías pensado?

—Diez mil.

—Ha sido un placer conocerte. —Sofía se levantó sin apurar su vaso—. Ya me avisas si tus pretensiones se vuelven más realistas.

—Espera, espera. No pretendas que me vuelva un buen samaritano, de esos que hacen obras benéficas, así de repente y sin pretenderlo. Quiero que sepas que quiero que se atrape al cabrón que ha matado a la chica. No me gusta que un puto payo meta el hocico en mi comedero.

—¿Un payo? ¿Cómo sabes que no ha sido un gitano?

—Ningún hermano toca las lentejas de otro, es una ley sagrada que se respeta desde hace milenios. Un gitano puede levantar la mano a una mujer cuando esta le falta al respeto, pero matar es otra cosa; y a una puta que trabaja para un conocido... no, eso no pasa en mi ciudad.

—No voy a dudar de ti, pero si no sabes quién ha sido, no deberías hablar tan a la ligera.

—Te lo voy a pasar por alto porque eres una niña —dijo Poli señalándola

con el dedo índice—, pero no vuelvas a discutir una verdad universal. Ya son muchos años, desde casi mis abuelos, que desaparecen putas y nunca más se sabe de ellas. Los gitanos aquí, tanto en la capital como en el resto de la provincia y Portugal, somos familias que nos conocemos y no sacamos los pies de donde debemos, ¿estamos? Si esa puta ha muerto, igual que las demás, ha sido porque un payo loco las ha matado.

—Y ese payo... ¿sabes quién podría ser?

—Sigues haciendo muchas preguntas.

Los esbirros de Poli la observaban con peor cara que el propio proxeneta, al que le hubiera gustado partir la cara por explotar a mujeres, pero no estaba en condiciones de mostrarse violenta; es más, comenzaba a sentir un pánico que no esperaba de una simple entrevista. No veía a los finos productores y directivos de la cadena de Fuencarral, en Madrid, allí a su lado para solventar la situación.

—No tengo dinero suficiente para pagarte, pero puedo ayudarte si apoyo a la policía en su investigación y quito de las calles a un asesino de prostitutas. *Tus mujeres* estarán más seguras trabajando.

—Eso puedo hacerlo dándoles la información a los maderos.

Sofía comenzó a sentirse más acorralada que nunca. No había pensado en esa situación cuando soñaba con el éxito de su trabajo, a pesar de que vivía un momento que resultaba infinitamente seguro al lado de los sufridos por Laura Moreno en situaciones anteriores. Y ese repentino pensamiento hizo que se creciera.

—No me toques lo huevos, Poli, he venido a verte para que colaboremos. Ya sabes que tengo mano con la policía y que puedo echarte un cable cuando tengas un problema, pero siempre que tú te hayas portado bien conmigo.

—Ja, ja, ja, ¿con la policía? ¿Qué cojones podrías hacer tú si la policía viene a por mí?

La mente de Sofía trabajaba al doscientos por cien, no veía el momento de salir de una vez de esa casa en la que olía a madera antigua, sudor y orina de los perros que no paraban de ladrar en el puto patio frente a ella.

—Marcos Navarro.

¿De dónde habían surgido aquellas dos palabras? No importaba, pero parecían haber surtido efecto. Tanto Poli como sus esbirros se habían alterado lo suficiente como para que ella lo percibiese.

—Marcos es amigo mío y colaboramos juntos en muchos casos —se atrevió a decir—. Fue él quien me mandó para recabar información.

—¿De qué hablas? El inspector y yo quedamos en que le diría algo mañana —respondió Poli, visiblemente asustado—. Ahora no sé más que él mismo. No he logrado ningún avance por el momento.

Esa información valía mucho más de lo que el proxeneta había aventurado. Sofía Vidal acababa de obtener datos privilegiados con respecto al caso, ahora sabía que la policía contaba con el chulo de las putas para averiguar cualquier nuevo testimonio. Era más que un avance. Y aún más... Poli temía a Marcos, ¿por qué?

Sofía podría volver para preguntar a las putas que recientemente hubiesen aparecido por la avenida, pero sabía que no obtendría resultados diferentes a los anteriores, así que partió hacia el club en el que había trabajado María Moreno. No llegó siquiera a la puerta, una llamada de Edu hizo que se apartase al arcén para atenderla cuando aún atravesaba la ciudad. Todas las unidades disponibles, además de la forense, los de la científica y el juez de instrucción de guardia esa noche, estaban convocados para una “fiesta sorpresa” en el mismo lugar en el que se había encontrado el cuerpo de la prostituta.

La noche había sido mucho más fructífera de lo que había imaginado cuando salió de casa sin tener ni idea de cómo ponerse las pilas con un caso que ya llevaba días avanzado.

El nuevo lugar que eligió Sofía para las grabaciones era perfecto, tenía una posición elevada y el sol a su espalda. Dos docenas de policías de la científica estaban ante ella, bien iluminados y raudos en la tarea de encontrar más cuerpos, aunque los nueve sacados anteriormente bastaban a Sofía para saber que había logrado su objetivo. Su canal daría la noticia antes de que los reporteros y cámaras de otros canales siquiera hubiesen salido de sus casas.

—Joder, chicos, qué fácil me lo estáis poniendo.

No había oído el tono del mensaje de Marcos, pero pudo leerlo a las ocho de la mañana, justo tras despertarse con la decepción de encontrarse sola en la cama. Parecía que el caso que llevaba entre manos era más importante aún de lo que el inspector había insinuado las pocas veces que habían hablado del mismo. A Laura se lo decía el sexto sentido que había desarrollado en el año que llevaban viviendo juntos.

Se levantó con pereza, siendo consciente de que cada día era mayor el pesar por una barriga que, ciertamente, no crecía tanto como para suponer semejante lastre.

—¿Estás hecha de plomo? Contesta perezosa. Las dos sabemos que eres una chica. Seguro que te has puesto de parte de tu padre y por eso me mortificas. ¿No sabes que el vínculo perfecto lo tienes conmigo? ¿Acaso no seré yo tu confidente y con quien te vayas de compras en cuanto puedas caminar? Cuéntame lo que te aflige y podré ayudarte.

Laura se dio una ducha y luego preparó un desayuno para dos personas que devoró en un santiamén.

Su agenda personal lo decía bien claro: debía correr durante una hora esa mañana, pero se olvidó de esa entrada y pasó directamente a la de continuar con su novela. Iba muy avanzada y eso le daría margen para realizar correcciones y una reescritura completa antes de enviar a la editorial. Estaba tan sumergida en la redacción del que sería su legado al mundo que, más allá de sentir la ausencia de Marcos, le preocupaba la acogida que tendrían sus palabras por parte de David o Cristina; que, siendo protagonistas del caso, no guardarían un buen recuerdo de lo sufrido durante el mismo, ya que este había cambiado sus vidas por completo.

David Sobrá era un toro, un superviviente de la vida que él mismo había decidido llevar, así que no objetaría nada, o casi nada, a sus palabras y la visión del mundo que decidiese adoptar en la novela. Luego estaba Cristina, una chica que le caía fenomenal, una policía que haría historia en el Cuerpo con su talento y esfuerzo, pero que había sido damnificada más que nadie durante el caso que ocupaba su historia. ¿Cómo plantear esos hechos, sucedidos prácticamente ante ella misma, sin destrozar el alma de quien ya lo había perdido todo?

Las nuevas palabras del manuscrito brotaron con el mismo respeto que miedo sentía ante la aceptación de una sola lectora. ¿Miedo? Sí, era verdadero pánico lo que sufría. De repente, los recuerdos de sus reportajes anteriores llegaron nítidos hasta su mente. Deseaba más que nunca hacer uno de ellos, aunque tuviese que soportar a su operador de cámara, Javi, tratando de acostarse con ella de forma patética. Necesitaba sentirse con la mente ocupada, improvisando ante el entrevistado de turno, que solía tratar, casi siempre, de lograr promoción para su negocio local durante los pocos minutos que la cadena destinaba al espacio.

Esa mañana las palabras salían con cuentagotas, y constantemente volvía a reescribir una y otra vez lo que no acababa de convencerla. Los capítulos y escenas más escabrosos se escapaban de su control sin que pudiera evitarlo. Por cierto, ¿qué pensaría Marcos de su visión del caso? ¿Compartiría con ella su perspectiva de los hechos? Laura tenía miedo al rechazo, a perder en un instante toda la felicidad que había logrado en el último año.

Guardó lo que había escrito en el ordenador y tomó el teléfono móvil para hacer una llamada importante.

—¿Qué pasa, loca? —fue el saludo de Mariola, su hermana pequeña, desde el otro lado del terminal.

—¿Loca? No debí decirte lo de mis visiones.

—Venga, no seas neurótica, no se lo he contado a nadie, ni siquiera a mamá.

Ya sabes que te guardaré el secreto de por vida.

—Eso no me tranquiliza si me contestas al teléfono llamándome loca.

—No fastidies, era una broma, no te pongas así.

—Te necesitaba, y ahora no sé si he hecho bien en llamarte.

—No me hagas sentir mal, que no sabía de qué humor iba a encontrarte.

—Ya, ya sé que no tienes culpa de nada. Es mi cabeza la que no sabe qué esperar de cada llamada o consulta.

—¿Has tenido otro sueño extraño? ¿Como los de nuestra tía abuela?

Laura ya había confesado un mes atrás a su hermana el sueño que tuvo, en el que vio cómo un asesino mataba cruelmente a una chica. Marcos había corroborado que cada detalle de dicho sueño era real, que había sucedido tal como ella lo había visto, o soñado. Laura se asustó, a pesar de que una tía abuela suya había presumido de poseer ese don décadas atrás.

—No, prefiero no hablar de sueños macabros ni de la tía Martina, solo quería saber cómo estaban mi hermanita pequeña y mi sobrino.

—Estamos bien, como siempre, pero me da la sensación, por tu tono de voz, que te pasa algo, que necesitas algo más. ¿Estás con la novela?

—¿Ves? Tú también tienes algo de bruja, aunque te asuste reconocerlo. Estoy con capítulos de los complicados, de los que tengo que describir cómo otros han sentido daño o pérdidas irreparables, pero considero que no puedo llegar a su dolor de la forma adecuada, de la más respetuosa, para hablar de él.

—Comunícate con ellos, para eso está el teléfono.

—No es algo tan sencillo. Llegar al alma, al dolor de cada persona, no es tan fácil como usar el móvil.

—No me has entendido. Usa el teléfono para acercarte a ellos, a esas personas, y luego, cuando estés en su entorno, trabaja la forma de llegar hasta sus almas sin hacerles daño por tus palabras. Gánate su confianza despacio, con respeto y haciéndoles ver que quieres mostrar sus sentimientos como homenaje a sus acciones y decisiones, una visión valiente de cara a su futuro más que un simple testimonio de su doloroso pasado.

—Eso no será fácil, voy a destrozar familias con la novela. Mis palabras, quiera yo o no, removerán los cimientos de quienes creen que ya están a salvo de una infernal historia que ojalá pudieran olvidar, dejarla atrás, pero que volverá a sus pesadillas si no uso las palabras adecuadas.

—Ante algo así no puedo serte de mucha ayuda, solo recomendarte que mantengas la cautela y cuides cada palabra que uses. Aunque eso no es ningún consejo porque ya lo estarás haciendo. Doy por sentado que me escribirás o llamarás cuando tengas una duda y así te sentirás mejor antes de meter la pata. ¿No?

—Eso trataré de hacer.

—Bien, porque no creo que cometas una tontería al redactar la novela, ya que se puede revisar por parte de muchas personas. Podemos leerla Marcos y yo, además de quien tú desees, antes de que se publique.

—Claro, ya contaba con eso. Gracias por escucharme, necesitaba oír tu voz.

—Por nada, para eso estamos.

Cuando dejó el teléfono sobre la mesa, la luz que entraba por las ventanas parecía haberse intensificado, la cabeza ya no le dolía tanto y decidió aprovechar para dar un paseo que despejase sus sentidos del todo. Aunque ya tenía decidido que sería Cristina la primera en leer el borrador, y eliminaría todo cuanto ella le pidiese sin discutirlo.

Dar una cabezada en el sofá de la oficina no le había sentado tan bien a Marcos como pensó al tomar esa decisión. Tres horas de descanso sirvieron para que su cuerpo se recuperase, pero la mente había decidido mortificarle con otra pesadilla. Bajó a los vestuarios y se dio una ducha rápida.

Mientras dejaba que el agua caliente aliviase sus ánimos y recargase casi al cien por cien su energía —el resto lo conseguiría el desayuno—, Marcos pensó que hacía meses que no sufría una pesadilla. Al menos esta no había sido tan intensa como las que sufrió cuando mataron a su compañero de patrulla en la última misión que tuvo en Sevilla, lo que propició que pidiese un traslado a la comisaría de Huelva y tratase de empezar de cero. En este sueño iba encabezando un desfile de la Policía, sus compañeros le seguían, todos vestidos con el uniforme de gala. Él se sentía especialmente orgulloso, miraba de vez en cuando, disimuladamente, hacia su pecho, allí se apreciaba una enorme medalla al mérito, otra más en su gloriosa carrera. Y, aunque Marcos sabía que esas distinciones solo servían para que sus superiores sacaran pecho y tuvieran una justificación para pedir más presupuesto al Ministerio el año siguiente, todo era felicidad y dicha en ese momento. Un precioso día de primavera en el que miles de habitantes poblaban las calles como si de un importante desfile se tratase, y vitoreando su nombre. La felicidad duró poco, una tormenta apareció cargada de frío, oscuridad y un fuerte vendaval. Hojas de periódicos y bolsas de plástico volaban a gran velocidad a su alrededor, además de incómoda arena que se metía en los ojos. El público comenzó a abandonar a toda prisa el lugar. Lo que iba a hacer él hasta que vio a Laura al fondo de la calle, llevaba un bebé en brazos y se mostraba asustada. Él trató de correr para ayudarla, pero las piernas le pesaban. No, era el asfalto que parecía derretirse bajo sus pies. Entonces, al bajar la mirada, comprobó que la calzada se había convertido en un denso río de

medallas al mérito. En su pecho ya no había una, sino tres, las que había ganado a lo largo de su carrera, con la salvedad de que ahora pesaban como el plomo. Trató de avanzar y llegar hasta su familia, Laura se veía en apuros, pero estaba demasiado lejos y él cada vez caminaba más despacio. El cansancio podía con él, en su pecho había ahora diez medallas y el peso lo había hundido en el suelo hasta casi la cintura. Sus compañeros ya no estaban a su lado para ayudarle, los espectadores habían desaparecido todos de la calle salvo él y Laura con el bebé. Se hundía cada vez más y, cuando solo quedaba su cabeza y ya se había rendido, gritó el nombre de la chica con todas sus fuerzas.

Y despertó.

Debería visitar a la psicóloga de la comisaría, pero lo veía absurdo ya que conocía a la perfección el significado del sueño. Anteponía su trabajo, especialmente en los casos más difíciles, a todo lo demás en su vida, incluso lo que más valor tenía: su familia. En el sueño se sumergía en un río de éxito, se dejaba llevar por él, y eso le impedía ayudar a Laura y a su hijo, no estando cuando ellos lo necesitaban.

Mientras se servía un café y dos bollos en la cocina de la comisaría, se prometió a sí mismo que trazaría un horario semanal en el que se esforzaría por multiplicar el tiempo que pasaba junto a Laura. Almorzaría con ella tres días por semana, siempre cenarían juntos, los fines de semana serían sagrados y viajarían un mínimo de dos veces al año fuera de la provincia para desconectar.

La soledad era la gran plaga que asolaba a los policías, lo podía ver en los más veteranos de la comisaría; todos o casi todos estaban divorciados, y el resto no llevaba mejor vida, ya que mantenían con sus esposas e hijos una relación cargada de desapego y hartazgo.

Cuando regresó al despacho, vio a David roncando en el sofá, ahora era su turno de descansar un poco y lo cierto es que resultaba cómico su aspecto, en posición fetal para poder encajar su enorme cuerpo sobre un diminuto sofá de dos plazas. Marcos trataría de avanzar en la investigación, se colocó auriculares para no despertar a su compañero y eligió un disco de Coleman Hawkins. Contaba en ese momento con una decena de policías indagando en las desapariciones de mujeres de las últimas cuatro décadas, adelantando trabajo para estar preparados cuando el laboratorio forense identificase los cuerpos; de ese modo tendrían los expedientes de las denuncias de desaparición para emparejar con los cadáveres. También había metido prisa a los de la científica para que buscasen huellas, pelos, fibras, lo que sea que el asesino o los asesinos de aquellas mujeres hubiesen dejado en los cuerpos o por la zona.

Durante su breve sueño se habían producido varios acontecimientos; por un lado la rueda de prensa del comisario, por otro, ya se conocía el número total de

cuerpos encontrados en la playa: quince, contando el de María Moreno una semana antes. El revuelo formado entre los periodistas era tal, que no se descartaban los disturbios y manifestaciones entre la población, como en casos graves anteriores. La Policía volvería a estar en el punto de mira de todos, de nuevo sería acusada o responsabilizada por los crímenes, por no defender a los ciudadanos inocentes o por no encontrar al asesino en el acto. Su trabajo implicaba estar sometido a mucha presión, recibir palos de todo tipo durante casi todo el tiempo, para compensar con una palmada en el hombro al año. Ese era el camino que había elegido vivir.

—¿Tienes algo más? —Nuria asomaba la cabeza por la puerta del despacho.

—Perdona, aún estoy asimilando... No importa. ¿Qué tienes tú? ¿Has encontrado algo nuevo?

—En la zona del Andévalo hay dos chicas que desaparecieron en los últimos cuarenta y cinco años y que cumplen con el perfil: las dos tenían menos de treinta años y vivían en aquel entonces en la capital.

—Bien, supongo que encontraremos varias docenas en toda la provincia, será un punto de partida importante para emparejar con los cuerpos encontrados. Debemos conseguir los historiales médicos y rasgos físicos de cada una. Si terminaste con esa zona, ponte con algún compañero que necesite ayuda.

—Por eso estoy aquí. Todos los demás han dormido esta noche, tú no, y tienes un aspecto horrible. Puedo usar el ordenador de David y echarle una mano.

—Te lo agradecería, los auriculares de David están en el cajón de arriba de su escritorio.

—¿Auriculares? —En ese momento David resopló con tanta intensidad que Nuria dio un respingo.

—¡Dios mío, suena como una morsa moribunda!

Ambos rieron mientras ella tomaba asiento y se colocaba los auriculares. Marcos aprovechó que la suboficial aún no había elegido la música a escuchar para hacerle una consulta personal. Le costaba hacer ese tipo de incursiones donde nadie lo había invitado, pero los roces entre sus policías era un molesto escollo durante las investigaciones y él, como oficial al mando, debía velar por el buen clima dentro del grupo.

—He notado... No sé si me estoy metiendo donde no me llaman, pero últimamente parece haber tensión entre David y tú. No te pido que me lo cuentes, es cosa vuestra, pero confío en que no afectará a la investigación ni al trabajo en equipo.

—Descuida, no lo hará.

Nuria no dijo más, se limitó a sonreír de forma forzada y mover el ratón para

que desapareciese el salvapantallas.

—Por cierto, no abras ninguna carpeta de las que David tiene por el escritorio, las que nombra como «personal» o «para enviar a colegas», si no quieres tener un trauma.

—¿Por qué lo dices? ¡Ostia! ¿Pero qué es esto? ¿Eso es una tía haciéndoselo con un caballo?

—Te lo advertí.

Juan Antonio Millán, fiscal al mando del caso, caminaba hacia la cafetería en la que había quedado con un amigo de esos a los que prefería citar lejos del trabajo, lejos de miradas suspicaces. La propia cafetería era uno de los negocios de su amigo Ignacio, que ya lo estaría esperando en su habitual reservado. Empezaba a llover en ese momento, la gente a su alrededor abría paraguas o apresuraba el paso, Juan Antonio estaba demasiado preocupado como para pensar en la lluvia que mojaba su ropa.

Solo lo había visto dos veces antes, pero reconocía al camarero que lo acompañó hasta el fondo del local con mucha cortesía tras ayudarle a quitarse la gabardina. La cafetería estaba llena, aunque nadie parecía fijarse en su presencia mientras la cruzaba. Cuando llegaron a la pequeña estancia, al final del estrecho pasillo tras la barra, su acompañante corrió la gruesa cortina que daba más intimidad a la zona.

—¿Qué desea tomar? —preguntó el camarero antes de marcharse.

—Tómame un McCallan de cincuenta años, invita la casa —dijo Ignacio con su típica voz socarrona.

Ignacio le dio la mano con temor, sabía que tanta generosidad al ofrecerle un *whisky* de 2.500 euros la botella no presagiaba nada bueno. Era momento de devolver favores, y los que Ignacio le había hecho en el pasado no eran pequeños precisamente.

—No pongas esa cara, hombre, que no voy a sacarte una muela.

—Según cómo se mire, tal vez sea mejor la muela a lo que vayas a pedirme.

—No te me pongas ahora en ese plan, ¡me cago en Dios!, que bien que venías a pedirme financiación y ayuda para tu cargo hace dos años. Entonces no tenías esos humos de imbécil crecido con los que has entrado. —Ignacio había cambiado el tono y volumen de la voz tanto como su anterior gesto divertido y bonachón. Juan Antonio trató de tragar saliva, agachó la cabeza y buscó algo que mirar en la pequeña mesa de madera oscura que los separaba.

—No quería decir que no fuera a devolverte tu ayuda, es solo que... Olvídalo, hoy no ha sido un buen día.

Ambos callaron cuando entró el camarero con dos vasos, una cubitera de plata llena de bolas de hielo y una botella sin estrenar del valioso licor. Ignacio hizo un ademán para indicar que él mismo serviría las copas y el mozo se retiró.

—Los dos somos hombres muy ocupados, así que iré al grano —dijo el empresario mientras cogía las bolas de hielo con las manos, echando dos en cada vaso.

El fiscal contuvo su gesto de asombro y repulsión ante semejante barbaridad, ¿cómo podía ser tan ignorante y ordinario? ¿Estaba arruinando uno de los mejores *whiskys* del mundo añadiéndole hielo, que seguro habían hecho con agua del grifo? ¿Se había lavado las manos?

—Ya sabrás que mi chico —añadía Ignacio—, mi Joaquín, se presenta a la alcaldía de la ciudad en las próximas elecciones. No sé si has visto su primera rueda de prensa, lo ha bordado, no sabes cómo se desenvuelve hablando en público... Los mejores colegios y universidades del mundo, todo lo que el dinero pueda pagar, así se fabrica a un líder. ¿Tú qué dices? Seguro que estás de acuerdo, ya sabes por propia experiencia lo que el dinero puede comprar...

—Lo cierto es que no he visto la rueda de prensa —balbuceó mientras recibía la copa, que trataría de beber rápido para que no se agudara con el hielo.

—No importa, haré que algún chico de la empresa te lleve a casa una copia en DVD. El caso es que...

—Perdona que te interrumpa, Ignacio, pero no sé qué podría hacer yo para ayudar a tu hijo. Como fiscal no tengo poder para...

—Tonterías, usa tu imaginación. No se trata de enchufarlo como administrativo en la fiscalía; que el niño tenga empleo, incluso que esté por encima de ti, es algo que puedo conseguir yo solo.

—¿Entonces? No te comprendo.

—Estamos hablando de la cosa más valiosa que existe, lo único que puede derrocar imperios. Me encanta esa palabra, derrocar, la aprendí hace poco y tenía ganas de decirla en una conversación.

Juan Antonio trataba de no expresar lo que le parecía aquel analfabeto que había hecho fortuna a base de arruinar vidas y tener golpes de suerte, además de arrimarse siempre a quienes pudieran hacerle un favor, o devolvérselo... El fiscal odiaba a la chusma, y tenía claro que Ignacio era de la peor calaña, de esa que no sabe que ellos mismos son chusma.

—Pues dime lo que tienes pensado.

—Información, coño, que pareces tonto. La información es poder.

—¿Información? ¿Qué información tengo yo para ayudar a Joaquín?

—¡Joder, parece que estés dormido! ¿Que cojones te pasa hoy? No te recordaba tan inútil. Hablo de los datos policiales que has recibido hace unas

horas. El caso de las putas muertas. No hace ni un mes de los crímenes de ese loco con las embarazadas, los ciudadanos están que saltan a la mínima, así que tenemos la oportunidad de darle la puntilla al alcalde, enviarlo a su tumba. Tumba política, claro.

—Pero Diego no se va a presentar a su reelección.

—Eso no importa, lo harán otros. No quiero ver sociatas ni podemitas en mi ciudad. Ya va siendo hora de tener mano dura y llevar las riendas del país como Dios manda.

—¿El país?

—Ya sabes, se empieza por Huelva... Pero no quiero aburrirte con los detalles. Tú pásame los informes de la policía sobre el caso en cuanto te vayan llegando y estaremos en paz cuando el niño gane las elecciones.

«¿Las elecciones? —pensó el fiscal—. ¿Se refiere a las locales, las autonómicas o las nacionales? ¡Qué hijo de puta! Así es Ignacio, no deja nada claro ni firma ningún contrato; de ese modo te tiene cogido por los huevos desde el mismo momento en que te hace un favor. Seguro que tiene una cámara grabando las conversaciones en este reservado para salvar su culo en caso de que algún escándalo lo salpique. *Si yo caigo, tú caes conmigo* debería ser su lema. Ahora me pide un favor que puede acabar con mi carrera; y por si eso no es bastante grave ya de por sí, no estaríamos en paz solo con el favor, además el niño de los cojones tiene que ganar las elecciones. ¿Informes confidenciales? Eso suena fatal».

—¿Los informes confidenciales del caso? Eso sería un delito, podríamos acabar en la cárcel si se descubriese.

—Coño, Juan Antonio, parece mentira que no sepas que gente como nosotros no pisa la cárcel ni asesinando ante una cámara de televisión. Aunque eso podría cambiar si los sucios comunistas adoradores de negros en patera llegan al poder. ¿No es así?

—Me juego mucho en esto.

—Pues claro, cojones, te juegas tu cargo. ¿Quieres que te recuerde a quién le debes tu puesto y el sueldo que cobras? Y tómate otro *whisky*, joder, que no voy a cobrártelo. ¿Quieres más hielo?

—No, ya tengo suficiente hielo.

La conversación terminó unos minutos después y Juan Antonio abandonó el reservado y la cafetería como un borracho que llega a casa sin saber cómo lo ha hecho, cómo ha recorrido ese trayecto sin que su memoria registrase un solo segundo del mismo. Si el día ya se había vuelto gris y frío cuando recibió la llamada de Ignacio horas antes, ahora parecía la entrada del inframundo. En la calle, el cielo estaba más oscuro que nunca y el viento lo azotó con tanta fuerza

que estuvo a punto de tirarlo al suelo en dos ocasiones mientras caminaba hacia donde creía haber aparcado su coche.

Sentía pánico ante la idea de arriesgar el puesto de trabajo que tanto le había costado lograr. Filtrar información confidencial de tanta gravedad sería rastreable, y más aún si ese descerebrado de Ignacio la usaba para atacar al alcalde y hacer ver que no se estaba haciendo el trabajo adecuado. Eso le afectaría negativamente también, ya que era el fiscal responsable de la investigación.

Jamás podría olvidar que la primera vez que probó el McCallan fue en una situación tan desagradable. Contuvo a duras penas las ganas de vomitar.

Maite Redondo nunca había visto las seis “camas” siendo atendidas a la vez. La urgencia y la gravedad del caso habían provocado que ella y Ramón, el otro forense del Anatómico, recibiesen el apoyo de cuatro colegas más venidos de la provincia. Así que, a una hora inusual para ellos, las seis y media de la tarde, se estaban realizando seis autopsias a la vez en la misma sala. Resultaba de lo más incómodo, a pesar de no estorbarse físicamente ni escuchar el más mínimo susurro, cuando ella y su colega estaban acostumbrados a trabajar en la más absoluta soledad.

El cuerpo que tenía ante sí era el de María José, la última chica en fallecer a manos del perturbado que estuviese haciendo aquella barbaridad. Luego tendría que estudiar y analizar el de una chica muerta unos veinte años atrás, lo que cambiaba casi todo el proceso de observación y toma de muestras. No había tiempo que perder, ni siquiera para tomar el café que necesitaba para sentir cargadas sus baterías.

Los golpes recibidos por el cuerpo habían sido brutales, la violencia con la que se había empleado era mucho mayor que en el caso de María Moreno, si es que eso era posible. El asesino quería terminar rápido, ni siquiera se molestó en desnudarla para violarla. Ocho fuertes golpes, casi todos en la cabeza y con un objeto contundente, una gran piedra según había observado, y su vida había terminado de forma prematura.

Buscar las causas de la muerte, así como tomar muestras de líquidos, sacar órganos para su estudio, etc, se hacía tan inútil en estos casos... Lo único realmente importante era el análisis de su cuerpo y ropa en busca de fibras, pelos, huellas o fluidos dejados por el criminal. Así que dio prioridad a esa tarea, dejando el resto para uno de sus médicos ayudantes.

Treinta minutos más tarde, mientras su ayudante asignado cortaba el tórax y abdomen del cadáver, ella escaneaba una huella para enviar por mail al

comisario. No podía evitar una sonrisa al saber que había contribuido de una forma tan directa con la investigación. Imaginaba a Paco, Marcos, David... a todos formando un estruendo en la comisaría al saber que tenían una huella dactilar del asesino.

Fue a la sala de espera de la UCI, a unos doscientos metros de la morgue, para sacar un café de la máquina y volver dando un breve paseo, no había un minuto que perder en fumar un cigarrillo. Su ayudante estaría a punto de terminar y el trabajo se amontonaba.

No necesitó el despertador del teléfono móvil, unos minutos antes había realizado su función la luz que se filtraba por la persiana a medio cerrar de la ventana de su dormitorio. A pesar del sueño, que no la había abandonado del todo, sonrió al pensar que la noche anterior había sido redonda, menuda toma de contacto con el caso. Sofía Vidal logró entrevistas con compañeras prostitutas de la víctima, una grabación oculta con un proxeneta en su propia casa y había estado presente y filmando mientras la Policía exhumaba más de una docena de cuerpos en la playa. Todo en primicia y maquetado a tiempo para emitirlo a primera hora de la mañana, antes incluso que la descafeinada rueda de prensa que habría dado el comisario.

Ni se molestaría en leer los correos electrónicos de la cadena para felicitarla, pensaba solo en darse una ducha, tomar un café bien cargado y planificar el resto del día y la noche. ¡Qué bien le vendría entrevistar a un policía ante una cámara! ¿Lograría convencer a alguno de ellos a cambio de dinero? Quizá con la cara tapada y la voz distorsionada. Ese pensamiento la hizo sonreír. Cabía una posibilidad, solo tenía que encontrar a un poli que aceptase su oferta.

—¿Ahora te levantas? Son las dos de la tarde. ¿A qué hora llegaste esta mañana? —preguntó su madre.

—No lo sé. ¿Qué importa?

—¿Esta es la vida que vas a llevar a partir de ahora? Pensé que todo se acabaría cuando entrases en un periódico o una cadena de televisión, no que iría a peor.

—Pues ya ves lo que hay. Así que no me des la paliza.

—¿Vas a salir esta noche también?

—¿Por qué no le das la murga a papá? Ayer tuve que pagar su deuda con el bar de abajo. No conseguirá un nuevo empleo si sigue pasando las tardes bebiendo.

—Tu padre no se encuentra bien, le ha afectado mucho el despido de la fábrica.

—A todo el mundo le afecta un despido, pero unos se levantan de nuevo y otros prefieren sumirse en la miseria aún más.

—No hables así de tu padre bajo su techo.

—Las facturas las pago yo, igual que la comida y la hipoteca, así que no me digas lo que puedo o no puedo decir en esta casa.

Su madre rompió a llorar y se marchó de la cocina, dejando a Sofía a solas con su mal despertar, con su café cargado y con la sensación de haber metido la pata hasta el fondo. Odiaba pedir disculpas. Ya lo haría más tarde, quizá. Ahora debía mandar un mensaje de móvil a Edu para pedirle que esa noche hiciera guardia de nuevo ante la emisora de la Policía.

<Quiero cien por noche, o un polvo, lo que tú decidas.> fue su respuesta.

<Olvídalo, no vengas más, ya llamo a otro interesado.> respondió ella.

<Era una broma, joder, por si colaba...>

<En casa a las ocho, y no te paso una gilipollez más en la vida.>

La cadena no estaba tan entusiasmada con los resultados como Sofía había pensado. No esperaba ese golpe de realidad ni bajar los pies al suelo de una forma tan precipitada. Cuando revisó los correos electrónicos, descubrió un malestar por parte de su productor por enviar los vídeos maquetados en lugar de los originales. Ella no podía revelar determinada información, así como citar determinadas fuentes o mostrar la cara de quienes le habían pedido que no apareciese. Podría meterse en un lío y, peor aún, meter a quienes habían confiado en ella. Así se lo expuso al productor en su respuesta, pero no tuvo tanto poder de convicción como esperaba. «Para ser periodista, debes mojarte más, poner toda la carne en el asador. No hay triunfo sin riesgo». Ella leyó dos veces el mensaje y, tras meditarlo varios minutos y esperar a enfriar sus ánimos para no meter la pata, respondió: «que te follen».

Bajó la tapa del ordenador portátil con furia y decidió fumarse un cigarro, ni se molestaría en hacerlo en la ventana, tomó el vaso vacío del café como cenicero y pensó en la forma de solucionar el problema que había surgido ante ella. Ya no hacía los reportajes para su blog privado, había un cliente que pagaba y podía dar órdenes, así que tenía que evolucionar, adaptarse y sobrevivir. ¿Cómo enviar los archivos sin cortar y maquetar pero, al mismo tiempo, salvaguardar la identidad de sus informantes y mantener su culo libre de posibles venganzas? Tendría que cambiar el formato de las entrevistas, lograr que los entrevistados no tuviesen la luz adecuada cuando no querían salir en los vídeos, también pactar que no dijese sus nombres ni otros datos comprometedores.

Esa noche haría la prueba, pondría en práctica su nueva forma de hacer las

grabaciones y entrevistas, siendo más cauta y eligiendo lo que quería grabar antes de hacerlo. Claro que, con todo el jaleo de los correos, aún no había decidido dónde ir ni con quién entrevistarse en solo unas horas.

Se moría de ganas de volver a Madrid, de estabilizarse allí en algún piso o *loft* espacioso y tranquilo en el centro. Dejaría atrás a su familia tradicional y perdedora, aunque les seguiría enviando dinero, y perdería de vista al salido vecino que solo pensaba en meter la polla en sus bragas. Diría adiós a una ciudad que se había abandonado a la costumbre y la derrota de sus habitantes.

No avanzaría nada entre aquellas cuatro paredes, así que se puso el mono de cuero y comprobó el equipo antes de meterlo en la mochila y colocar esta a su espalda. Haría una parada en su cafetería habitual para planificar sus próximos pasos, que incluían la colocación de unos dispositivos electrónicos nuevos, quizá fuesen de ayuda y lograrse dar un paso más en sus investigaciones.

La huella dactilar encontrada por Maite Redondo permanecía fija en la parte izquierda del monitor, mientras en la derecha avanzaban a toda prisa las miles de huellas de los delincuentes fichados con las que era comparada por el programa. Si el criminal estaba en la base de datos, aparecería su identidad en cuestión de minutos, quizás un par de horas como mucho.

David Sobrá, tras su merecido descanso, ocupaba de nuevo su sitio en el despacho, haciendo informes detallados sobre las víctimas encontradas y su vida anterior, que sacaba de los partes de desapariciones presentados por familiares y amigos. Aunque había dos cuerpos que no se correspondían con ninguna denuncia, debían ser de personas sin familia o llegadas a la capital de Huelva desde otros lugares, por lo que debía coordinar la información con el resto del país y con Portugal.

Marcos se había marchado para hablar con el comisario, así que David permanecía solo en el despacho y aprovechó para subir al máximo el volumen los altavoces. La música *dance* de los noventa no era la favorita de su compañero, así que debía escucharla siempre por los auriculares. Le entraron ganas incluso de bailar allí mismo, seguro que de ese modo lograba concentrarse en la investigación. Pocas veces echaba de menos su etapa como gerente de una discoteca, pero en ese momento rememoraba los días en los que era un crío de diecisiete años que trabajaba de relaciones públicas, con el cabello largo, barbilampiño y pesando sesenta kilos. ¡Qué tiempos aquellos!

Marcos entró a la vez que él bajaba el volumen al mínimo.

—¿Alguna novedad?

—Por ahora nada. Pero nos han vuelto a pedir que detengamos a Sofía Vidal.

—¿Por el reportaje de esta mañana?

—Es de suponer.

—Pero no ha hecho nada malo, ha grabado desde la calle y otros sitios públicos como la playa.

—Ya, pero está metiendo mierda, según Paco o los que mandan sobre él, y quieren darle un susto para que controle sus pasos.

—Y luego nos quejamos cuando a los policías nos llaman fascistas — protestó Marcos.

—¿Vamos a buscarla?

—Bueno, te he dicho que nos lo han ordenado, no que vayamos a hacerlo.

—Ya lo imaginaba.

—Por ahora tenemos dos cuerpos identificados, uno desaparecido hace un año y el otro hace tres. Sus familias viven en la capital, así que tenemos que salir a hacer entrevistas y dar malas noticias. Por otro lado, tenemos que localizar a la compañera de María José, a Belén. Si el asesino no la ha matado y enterrado en la playa, debe de haber huido o se ha escondido en algún punto de la ciudad.

—Quizá la tenga retenida o se haya deshecho del cuerpo en otro lugar.

—Eso no tiene sentido, ¿para qué tenerla retenida? Si es una testigo, lo lógico es que se deshaga de ella; y, ¿dónde enterrar el cuerpo con total garantías? Pues donde lleva décadas haciéndolo.

La vivienda de los padres de Silvia Saavedra era un segundo piso sin ascensor en una pequeña barriada de la zona norte, Marcos recordaba la zona porque había vivido cerca de allí cuando fue trasladado desde Sevilla. La madre de la víctima, tras identificarse los inspectores, rompió a llorar a la vez que les pedía pasar al interior. Un llanto gastado por cientos o miles de horas de uso precedió el camino por el estrecho pasillo que recorrieron Marcos y David hasta un salón comedor plagado de fotos de quien reconocían por la ficha policial de desaparición. El reloj de la pared marcaba las ocho y dos minutos de la tarde y las ventanas solo dejaban pasar la oscuridad de una noche prematura.

Dar malas noticias era aún peor que soportar a la turba enfurecida manifestándose en las calles por lo que consideraban malos resultados de sus investigaciones. Marcos recordaba cada rostro deformado, cada llanto brotando espontáneo y cada lágrima de angustia y desolación en el momento de notificar que ya no verían jamás con vida a un familiar. Aunque luego observaba aparecer un sano alivio desde el interior del alma de esos seres queridos, un consuelo a la vigilia, a la incertidumbre por el paradero y el estado de su hijo, esposa o abuelo. La muerte llegaba gélida a ellos, pero tornaba rápida en un abrazo tibio, en el

susurro que corroboraba el fin de la espera. Para aquellos padres, saber qué había pasado con su hija, además de tener un lugar donde poder ir a visitarla, aunque fuese el cementerio, era un alivio comparado con el miedo y desasosiego de las dudas y la débil esperanza.

El padre de la chica, de unos sesenta años, permaneció durante toda la entrevista con la mirada perdida más allá de los visillos de la ventana de su derecha. La madre se repuso con fuerzas e, incluso, les ofreció un café que ellos aceptaron por compromiso.

—¡Qué barbaridad! Aunque, en el fondo, nos lo esperábamos desde que la televisión dijo que habían encontrado todos esos cuerpos de chicas en la playa. Casi les diría que estábamos esperando su visita.

Los policías no dijeron nada, dejaron que la mujer se desahogara.

—¿Cómo... cómo pasó? No, mejor no me lo digan. Prefiero no saberlo.

—Ella se metió solita en aquel mundo —comenzó a gruñir su marido—. Sabíamos que nada bueno podría pasarle.

La mujer se limpiaba las lágrimas. Marcos y David no sabían cómo conducir la situación hacia las preguntas que necesitaban hacerles. Así que optaron por ir directos, terminar cuanto antes y dejarlos a solas para llorar por su pérdida.

—Supongo que les harían todo tipo de preguntas en el momento en que notificaron la desaparición de su hija, pero nosotros tenemos el deber de repetirlas, además de añadir algunas más.

—Lo entiendo, ¿qué quieren saber? —La mujer parecía aliviada, seguramente prefería conversar con los inspectores y ayudar en la investigación a volver a discutir con su marido lo que parecían reproches del pasado. Inútiles ya, salvo para hacerse más daño.

—¿Tenía pareja cuando desapareció?

—No, que yo sepa. Llevaba meses desde que había roto con su anterior novio, Ángel.

—¿Tuvieron una ruptura amistosa?

—Él la dejó por otra, si es lo que pregunta.

—Eso nos es de mucha utilidad. ¿Sabe en qué trabajaba su hija?

—Nos dijo que era azafata, pero siempre trabajaba de noche, nunca comprendimos ese horario tan extraño.

—Era puta —gruñó de nuevo su marido. Ella no lo negó, solo volvió a limpiarse las lágrimas con un pañuelo de papel que ya estaba más que arrugado y consumido en su mano.

Marcos no sabía cómo decirles que era muy probable que estuviesen en lo cierto, ya que sospechaban de la preferencia del asesino por prostitutas, pero decidió no decir nada y seguir con otras preguntas.

—¿Recuerdan si les dijo su hija que se sentía observada, vigilada, perseguida en algún momento?

—No, ¿por qué iba nadie a vigilarla? ¡Ah! Claro, ahora lo comprendo.

—Es lógico que se sienta confusa.

—¿Confusa? Lo que estoy es furiosa. No comprendo que haya locos por el mundo queriendo hacer daño a quienes no conocen, salvajes asesinos y violadores. La gente se está volviendo loca. Dan ganas de no volver a oír las noticias de la televisión nunca más.

—No sabe cómo la comprendo.

—Tenemos esta lista de personas del entorno de Silvia —intervino David—, ¿es correcta? ¿Desearía añadir alguna más?

La mujer la tomó entre las manos y, a pesar del temblor por los nervios, la leyó.

—No. Quiero decir que es correcto, que no añadiría más. Esos eran sus amigos y su exnovio.

—Bueno... esto es algo embarazoso, pero ha comentado usted antes —se dirigía Marcos al marido— que su hija podría ejercer la prostitución. ¿Cómo han llegado a saberlo o sospecharlo? ¿Conocían a compañeras de Silvia? ¿Alguna vez ella les dijo algún dato o comentó anécdotas que pudieran ser relevantes?

—No —fue la respuesta seca de aludido, que giró la cabeza de nuevo hacia la ventana.

—Está bien, pues eso es todo. Nos han servido de mucha ayuda.

La pareja de inspectores abandonaron la vivienda para dejar que dos padres pudiesen descansar en paz tras tres años de incertidumbre sobre el paradero y estado de su hija.

—Podíamos haber echado un vistazo al que fue su dormitorio —dijo David mientras bajaban las escaleras del edificio.

—No encontraremos ninguna pista en ninguno de los dormitorios ni entornos de las víctimas.

—¿Cómo estás tan seguro?

—El asesino las elige en la calle mientras trabajan, no es un amigo, vecino o exnovio. Si lleva décadas matando y no hemos dado siquiera con los cuerpos hasta que un perro ha desenterrado uno por casualidad, es porque se trata de alguien demasiado listo como para matar a una chica con la que esté vinculado.

David no añadió nada. Caía una lluvia muy fina cuando salieron del portal.

—Queda la segunda casa —dijo Marcos al entrar en el coche— y te toca dar la noticia a ti.

El informe enviado por mensajero desde la fiscalía no se hizo esperar más de dos horas. Sobre su mesa de despacho, en la oficina de su constructora, aparecía una serie de datos, casi telegráficos, sobre el estado de la misión que prácticamente toda la policía de la ciudad estaba llevando a cabo con máxima prioridad. Lo que no esperaba Ignacio era leer el detalle de la crueldad con que se había asesinado a cada chica, la fecha aproximada de cada una y el número desorbitado de mujeres encontradas. ¿Qué demonios estaba pasando? Desconocía hasta ese momento la magnitud de los hechos.

Trató de apartar sus pensamientos sobre el suceso para ocuparse de ello más tarde, y centrarse ahora en lo realmente importante: la información que filtraría al gabinete de marketing contratado para su hijo Joaquín. No había un minuto que perder, cuanto antes lanzaran una rueda de prensa de ataque contra la actual administración, más votantes captarían de entre los indignados por la gestión del consistorio. No se trataba de quitar votos al actual alcalde, ya que no se presentaría a la reelección, sino de atraer a los indecisos que no se habían decantado aún por el resto de opciones.

Tardó unos quince minutos, durante los que estuvo subrayando las partes del informe que consideraba más jugosas, en comprender que esa no era su función, que el dinero que pagaba semanalmente al gabinete de marketing debía amortizarse. No se fiaba de enviar por mensajero o fax una información confidencial como aquella, así que se despidió de su secretaria, diciéndole que se tomaba el día libre y le pasase a su teléfono móvil particular solo las llamadas urgentes, y se marchó a toda prisa a su casa. Por el camino mandó un mensaje al director de campaña de su hijo y al mismo para que ambos se reuniesen con él en su casa.

«¿Qué pasará si eligen datos de los que no se haya informado a la prensa? En la Policía comprenderán que ha habido una filtración, claro que debe de haber dos docenas de personas, entre policías, alcalde, concejales, fiscales, secretarías... que puedan haber hablado a cambio de unos euros. No creo que ponga en peligro a Juan Antonio. Bueno, que se joda si es así, está donde está gracias a mi dinero, y poco lo ha agradecido el hijo de puta, ni siquiera me ha invitado nunca a su casa para alguna fiesta formal; ni una postal navideña manda a quien le ha asegurado el sueldo con el que paga su chalé y su puto BMW; tuve que arruinar la carrera de su máximo oponente sobornando funcionarios y creando información falsa sobre su vida privada. ¿Y así es como me lo ha agradecido el muy cabrón?».

Joaquín pareció sorprenderse al ver a su padre llegar tan temprano. Caminaba en ese momento hacia su despacho, colindante al de su padre, cuando

le preguntó qué hacía en la casa.

—¿No tendrías que estar en la constructora?

—Ya hablaremos tú y yo después sobre dónde debe o no estar cada uno. Por cierto, ¿no tienes un teléfono móvil? ¿Sabes para qué se usan? Te he mandado un mensaje hace veinte minutos para decirte que venía y que tenemos una reunión urgente con tu director de campaña.

—No lo he visto.

—¿En serio? No lo habría adivinado. ¡Vístete, coño, aún no son las diez de la noche y ya llevas el pijama puesto!

—¿Qué importancia tiene eso?

—Mucha. Ese director de campaña puede estar mañana trabajando para la competencia, debes dar una imagen impecable. La imagen es fundamental en la vida, más aún en la política. Que te teman, que te respeten, que te valoren, todo depende de la imagen que das, la imagen que ellos tienen y tendrán siempre de ti.

Joaquín, a regañadientes, fue a su dormitorio para ponerse un traje, en ese momento oyó desde la distancia el timbre de la puerta, su director de campaña había llegado.

El mejor local de la ciudad, el único lugar en el que se había sentido cómoda antes de conocer lo que Madrid era capaz de ofrecerle, se veía ahora como un sótano maloliente, pequeño y lleno de una fauna que trataba de aparentar una autenticidad que no lograría alcanzar en toda su vida. A su alrededor observó una extraña mezcla de góticos, con algún que otro metalero, y un grupo de niñas que parecían haberse equivocado de lugar, intentando bailar al son de una canción antigua de Rob Zombie. Sofía Vidal pensaba marcharse en cuanto terminase la cerveza, y no regresar nunca más. Joder, por supuesto que no, menuda fauna... Su reloj estaba a punto de marcar las cuatro de la madrugada y, al menos, se sentía esperanzada con respecto al caso. Había colocado un dispositivo de mapeo digital en el repetidor de internet de la casa de Marcos Navarro. Con un poco de suerte, si el programa lograba descifrar las contraseñas y no había cortafuegos de máxima seguridad, podría acceder al ordenador y el móvil del inspector, también a los dispositivos de Laura, pero eso era secundario en esos momentos. La emisora de la Policía había informado del encuentro de una huella dactilar en el último cadáver y de las fechas aproximadas de la muerte de los cuerpos encontrados, así como algunas identidades ya descubiertas de varias de ellas. Con esa información tendría el reportaje preparado para la cadena antes de las seis de la madrugada. Eso

suponía estar años luz con respecto a la competencia. Si al día siguiente su dispositivo de mapeo registraba información jugosa del inspector, tendría el mayor éxito asegurado entre las manos.

El camarero que le había servido la copa era nuevo, y sus miradas furtivas desde el otro lado de la barra la ponían nerviosa, incluso la sacaban de sus pensamientos para ruborizarla, algo difícil de lograr. No había tiempo para eso, no podía desviarse de su objetivo. El sexo era secundario, además de estar terriblemente sobrevalorado. Pensar con la entropierna solo traía complicaciones a quienes tenían una mente demasiado débil como para poder resistirse a esos impulsos primitivos.

—¿Quieres otra?

El chico se había acercado mucho a su oído para que ella lo oyese bajo la estridente música, tanto que había invadido su espacio vital sin que ella lo notase. Tras el susto, que trató de disimular, respondió con frialdad.

—No.

—Invita la casa.

—No vas a conseguir follarme a cambio de una mierda de cerveza.

—También tenemos *whisky*.

El recepcionista del turno de noche del hotel NH Luz Huelva los observó como si fuesen dos zombis o vampiros escapados de una película de terror y entrando en el vestíbulo del que, seguramente, consideraba *su* hotel. Dicho vestíbulo parecía el de un edificio residencial de lujo en el siglo pasado: voluminosas plantas de interior bajo un techo de más de cinco metros de altura, luz cálida, mármol color arena y sillones rojos de terciopelo. Sofía tuvo el fugaz pensamiento de que aquello no había sido una buena idea. Quiso aprovechar el dinero que tenía y ganaba en la actualidad para ir al mejor sitio de la ciudad, cuando hubiese echado un polvo igual de a gusto en cualquier otro hotel u hostel. Quizá su nuevo trabajo le proporcionase en pocos meses dinero suficiente para comprar un piso en Huelva y ser independiente de su padres cuando bajase desde Madrid, para las vacaciones o simplemente para descansar de la vorágine de una gran ciudad a la que tendría que acostumbrarse. Un piso propio le daría libertad absoluta; tal vez lo comprase en algún pueblo de la costa. Mientras tanto, los hoteles cumplirían su función. Y ya que estaba allí...

—Quiero una habitación.

El recepcionista la observó atónito durante unos largos segundos. Su acompañante, que había dicho llamarse Damián, esperaba a su espalda.

—¿Qué pasa? ¿No sabes hacer tu trabajo?

—Disculpe... esto... la habitación más económica que tenemos disponible conlleva un coste de ciento ochenta y cinco euros por noche, necesitaré sus documentos de identidad si desean reservarla.

—¿Una habitación económica? Mejor dame una *suite*, y haz que suban una botella de algún *whisky* decente con hielo. ¿Qué tenéis aquí?

—A mí me gusta más la ginebra —susurró Damián a su espalda.

—Subid una botella de Hendricks también. ¿Lo has captado o te lo digo más despacio? —apuntó Sofía mientras dejaba su visa oro sobre el mostrador. El recepcionista observaba la tarjeta como si fuera a quemarse por tocarla.

Damián trabajaba con saña la entrepierna desnuda de Sofía sobre una cama de dos por dos metros vestida con sábanas de seda gris. Al otro lado de los ventanales, que ofrecían vistas privilegiadas a la ciudad y a la ría, una breve constelación de farolas eran testigos del fin de un día más.

Odiaba la invasión masculina en su entorno, en su trabajo, en su casa, en su vida; pero ahora gemía de placer ante la invasión de su cuerpo por parte del desconocido que llenaba sus entrañas de un calor bien recibido; que provocaba, paradójicamente, escalofríos que recorrían desde su nuca hasta los dedos de sus pies; estos se movían sin control mientras el orgasmo llamaba a las puertas. ¡Joder, joder, joder, hacía tanto que no se corría!

—¿Cómo te lo trabajas! Te queda bien ese nombre.

—¿Cómo dices?

—Damián. ¿Acaso no sabes lo que significa?

—No, me lo pusieron mis padres. Es un nombre bíblico.

—Ya, ya lo sé. Tus padres no vieron la película de Polanski, por lo que oigo...

Sofía se levantó de la cama y fue a servirse una copa, pero no regresó junto al chico, como él esperaba; en su lugar, salió a la terraza envuelta en un mullido albornoz que había encontrado en el cuarto de baño. Hubiese deseado tener su portátil para descargar las imágenes grabadas esa noche, además de comprobar si su sistema de mapeo había funcionado, pero no tenía a mano el ordenador que monopolizaba su vida. Por primera vez desde hacía años se sentía manca, necesitada de un miembro vital para su existencia. Tras un orgasmo épico, entre sábanas de seda y con unas vistas asombrosas, no podía dar rienda suelta a la creatividad que brotaba de forma espontánea; eso hizo que el momento no fuese tan mágico para ella. Claro que siempre podía repetir con Damián en el futuro.

Se giró hasta observar cómo el chico, aún desnudo y sobre la cama, la observaba incrédulo. Tenía razón el camarero, no había recibido nada a cambio

del fantástico sexo que él le había dedicado. ¿Tendría que cumplir para que aquello acabase en tablas y pudiera repetir? El caso es que, una vez saciada, a Sofía le repugnaba la idea de compensárselo con una mamada. ¿Un polvo? Ni se le pasaba por la cabeza en esos momentos, estaba demasiado cansada.

En la terraza se mezclaban los aromas de las velas encendidas con la brisa salada que transportaba la madrugada.

Qué difícil es calcular el tiempo que uno ha dormido cuando es despertado por la fuerza. Eso pensó Sofía al oír la tos de circunstancia que, sumida en la claridad de una mañana soleada, inundó súbitamente la estancia.

—¡Lárgate! —gritó tras dar una patada con fuerza a Damián.

—¿Qué coño dices? —murmuró él como protesta.

—¡Que te largues a tu casa, joder!

El chico vio al inspector Marcos Navarro sentado en una silla y observándole en silencio.

—¿Quién coño eres tú? ¿Qué haces aquí?

—Vete a casa, no lo pongas difícil —zanjó Sofía la conversación. Damián la miró un instante más, ella se mostraba preocupada y él comprendió que sobraba allí.

Cuando el chico se hubo vestido, y ya se marchaba hacia la puerta de la habitación, se giró para preguntar con la mirada, Sofía respondió con un gesto inequívoco.

Marcos, aún en silencio, observaba las botellas de *whisky* y ginebra sobre la mesa, dos metros a su derecha. Sofía estaba tapada por las sábanas, parecía sentirse vulnerable.

—¿Qué coño quieres?

—Vaya, echo en falta que me llames madero.

—Déjate de gilipolleces. ¿Cómo has entrado y qué quieres de mí?

—Una placa abre muchas puertas, pero una orden de detención consigue mucho más.

—¿Vas a arrestarme?

—Tranquila, hablemos antes de decidir lo que hacer.

—Soy todo oídos.

—Has colocado un rastreador ilegal en mi conexión privada de internet. Eso te llevaría a la cárcel durante ocho años.

—Cinco.

—Pues cinco, aunque no te veo destacar por buena conducta para la reducción de condena.

—¿Cómo lo has detectado?

—Eso no importa, el caso es que me interesa tenerte junto a mí en lugar de tenerte contra mí.

—Trabajo para una cadena de televisión, no colaboro con la pasma, con los fascistas.

—¿Te parezco un facha?

Sofía calló, no pensaba eso de Marcos, pero tampoco quería mostrarse amigable con él. En ese momento le apetecía una copa, pero no quería salir desnuda de debajo de la sábana para servírsela. Era curioso, porque con otra persona le hubiese importado muy poco.

—No me has dicho aún lo que quieres.

—Tu trabajo, tus conocimientos, tu capacidad para estar donde menos se te espera.

—¿Colaborar con la pasma? Joder... necesito una copa.

—¿No prefieres un café?

—No.

Capítulo 5

2008

Las pequeñas luces que observaba a lo lejos eran ventanas, solo podían ser ventanas, se apreciaban tres, pero era imposible, allí no había casas. ¿Podría llegar corriendo si lograba zafarse de la presión de su mano? ¿La oirían si gritaba con todas sus fuerzas? Quizás aquello fuese la casa del tipo. No, imposible, ellos no caminaban en esa dirección. ¡El cuartel de la Guardia Civil! Claro, Ana lo había olvidado por completo. Los nervios por la situación le estaban jugando una mala pasada. Quizás hubiese algún agente por el cuartel y oyera sus gritos, aunque el mar... el jodido mar estaba embravecido y las olas rompían cada pocos segundos con un estruendo que ocultaría cualquier sonido.

En ese momento caminaban sobre una duna de fina y fría arena, ya alejados del camino que conducía a la playa. Desde allí se podía ver la silueta de la torre derruida que daba nombre a la zona, y al fondo la luna creaba destellos de plata sobre un horizonte de crestas de olas, todo lo demás estaba sumido en una sombra gris azulada.

Ana Díaz caminaba a trompicones, con los zapatos en una mano y con la otra aferrada al brazo del chico, aunque no era necesario porque este la tenía asida con fuerza por la cintura. Sentía cómo la arena se colaba entre los dedos de sus pies y a veces pisaba una seca rama o semilla, cuyo pinchazo provocaba un dolor que quedaba oculto tras la ansiedad que crecía en su pecho y pronto acabaría por volverla loca. Necesitaba tomar el control o, al menos, algo del mismo. Sentir que conservaba algo de esperanza. No podía aceptar su final sin luchar por sobrevivir a aquel extraño paseo.

«Por Dios, que haya una casa al final del sendero y este tipo acabe siendo un cliente normal».

—Ya casi hemos llegado.

«¿Cómo? Aquí no se ve ninguna casa. No, por favor, Dios, no me abandones».

—No hay casa ¿verdad? —La pregunta salió de forma espontánea por su boca. Jamás se hubiera atrevido a hacerla si la hubiese pensado un segundo. Las lágrimas comenzaron a brotar sin control y no fue capaz de decir una palabra más.

La mano que asía su cintura comenzó a apretar con más fuerza.

—Solo quiero que nos divirtamos un poco.

—Eso —dijo con un incontrolado temblor de labios— podríamos haberlo hecho en la capital, en mi casa.

—Verás, me gusta hacerlo en la playa. No te lo dije porque temía que no quisieras acompañarme, que te diese miedo.

—Comprenderás que... —Ella miró alrededor, entendiendo que no necesitaba terminar la frase para que él lo comprendiese.

—No tienes por qué preocuparte, no voy a hacerte daño, solo vamos a pasar un buen rato y luego te llevaré a casa. Confía en mí.

Ana no se dio cuenta hasta ese momento, el chico había vuelto a su tono seductor. Su voz era un narcótico y él parecía saberlo, o disfrutaba controlando de esa forma a las mujeres. Claro que ella no bajaría la guardia ni se sentiría segura por unos susurros que calentasen su oído.

«Y si logro zafarme de su mano, ¿hacia dónde podría correr? Seguro que él corre más que yo. Puede que vaya armado. Quizás eso lo haga enfadar y castigarme. ¿Querrá solo sexo? Tal vez sea cierto que tiene ese capricho o manía de hacerlo en la playa. Tal vez estoy formando un mar de una gota de agua. A lo mejor me río por la mañana al pensar en lo aprensiva que me he puesto; claro que no olvidaría esta noche en toda mi vida».

—¿Te parece bien aquí?

—¿Cómo?

—Aquí, en esta zona. Parece que la arena es blanda y no hay suciedad ni nada que pueda pincharnos la piel.

—Pensaba... pensaba que querías hacerlo en la orilla.

—¿Con este frío? ¡No, mujer! Y la marea está subiendo, nos mojaríamos con el agua helada. Me vale con estar en esta zona, sintiendo la arena y oyendo las olas al fondo.

—Vaya, eso me tranquiliza, aunque sigue haciendo mucho frío.

—Tranquila, se te pasará en cuanto comencemos a movernos.

—Claro, tumbate en el suelo y te haré un baile especial mientras me quito la ropa.

—Prefiero que te tumbes tú, ponte boca abajo y déjame hacer.

—No me harás daño, ¿verdad? —comenzó a llorar.

—¿Bromeas? Te trataré como mereces, como a una princesa. Y las princesas no lloran.

2019

23 de enero

Se sentía muy cansado tras el ajetreo de la noche anterior; por suerte, el dolor en el brazo izquierdo no parecía anunciar un infarto, ya que recordaba habérselo golpeado contra la mesita durante el frenesí. Tamara iba a acabar con lo poco que le quedaba de salud. Su secretaria era una fiera en la cama, merecía el sueldo que ganaba, duplicando a licenciados en derecho que habían opositado por una plaza en la fiscalía. Claro que, por lo que le pagaba, más los regalos que recibía, la chica debió comprar hace meses un colchón mejor. Estaban apareciendo las primeras luces del alba al otro lado de la ventana cuando él se levantó y comenzó a estirar su apelmazado cuerpo. No le importaba la calva, ya que muchos actores, cantantes y futbolistas lucían una cabeza bien reluciente, pero su estómago hacía años que había superado con creces la categoría de barriguita incipiente, un estigma añadido por las más de cincuenta primaveras que se gastaba y la afición por la buena comida. Su físico estaba empezando a avergonzarse, y más aún al compararlo con el escultural cuerpo de Tamara, desnuda ante él.

Fue al baño para orinar, luego se lavó las manos ante el abuelo que lo observaba desde el otro lado del espejo.

—¿Tú qué crees? ¿Va siendo hora de empezar a cuidarse, de hacer dieta y ponerse en forma? Supongo que sí, menuda pinta de perdedor tienes —dijo a su reflejo.

Una ducha caliente hizo que recuperase la sensibilidad en todo su cuerpo, así como la capacidad de gestionar su agenda para un día que sería muy duro si la prensa volvía a presionar con preguntas sobre el caso de las mujeres asesinadas. Y hablando de mujeres, ¿le apetecería a Tamara acompañarlo en la ducha y echar un polvo mañanero y rapidito? Le vendría bien rebajar algo de tensión, aunque no tenía mucho tiempo y sería difícil convencerla, la chica solía despertarse de muy mal humor.

Mientras se vestía, recordó extrañado que no había recibido aún noticias de Ignacio desde que hablaron la tarde anterior. Claro que su mujer tampoco lo había llamado para preguntar por su tardanza. Encontrar su teléfono sin batería respondió aquellas dudas. Se maldijo por la torpeza y conectó el cargador antes

de afeitarse, el timbre de varios mensajes y alertas sonaron unos minutos después, en cuanto desbloqueó la tarjeta SIM.

Las llamadas desde la fiscalía podrían esperar unos minutos, las de su mujer no pensaba siquiera responderlas, pero la de Ignacio..., aquella quemaba su vista como si se tratase del anuncio del Apocalipsis. ¿Qué coño querría esa alimaña? ¿Más información? No, ya la tenía toda, así que solo podía llamar para dar más órdenes, para controlar los hilos que movían la investigación.

A pesar del miedo que sentía, logró pulsar las teclas que devolvieron la llamada. Carraspeó para aclararse la garganta durante seis interminables tonos. La voz áspera de su mecenas apareció al otro lado de la línea.

—Por fin doy contigo, necesito un favor.

Casi podía sentir a su futuro hijo moviéndose en el vientre de Laura. Marcos no podía parar de acariciarla mientras ella aún dormía. Ni todos los casos del mundo, ni las medallas o ascensos, lograrían eclipsar esa sensación de felicidad que inundaba sus venas como una droga en ese instante.

Logró quedarse dormido en el acto. El cansancio acumulado pesaba como una gruesa losa de hormigón sobre sus hombros; porque tener un culpable al que señalar, para que descansaran en paz las familias de las mujeres asesinadas, suponía una recompensa demasiado valiosa de cara a su trabajo como para competir con su futuro más querido e inmediato: su familia.

Y la mañana llegó mucho antes de lo esperado.

—Arriba grandullón.

—No, por favor, despiértame cuando hayan descubierto al asesino.

—Marcos...

—Dime —respondió aún medio dormido.

—Al asesino solo puedes capturarlo tú.

Y despertó del todo.

No había nadie a su lado en la cama. La barriguita de Laura, con su futuro bebé, había desaparecido. La ansiedad se extendió por su cuerpo al instante. ¿Era aquella su cama? ¿Dónde estaba la chica? ¿Qué había pasado? Y se tranquilizó despacio, a medida que iba comprendiendo que la pesadilla del día anterior lo había visitado de nuevo.

Se levantó y fue a la cocina, donde encontró a Laura afanándose en preparar café y tostadas con una dulce sonrisa dibujada en los labios. Aquello lo tranquilizó, se mostraba jovial, llena de vida. Se acercó para abrazarla en silencio y no pudo evitar las lágrimas que brotaron de sus ojos.

—¿Has tenido otra pesadilla? —preguntó ella.

—Me conoces mejor que nadie. Soñé que os perdía al bebé y a ti.

—Ven más a menudo a vernos y a pasar la noche a nuestro lado y verás cómo no nos pierdes de vista. Ni siquiera en sueños.

—No te imaginas lo que lucho porque eso se cumpla.

—Sabes que puedes pedirme ayuda cuando quieras, ¿verdad?

—Es algo que debo lograr yo solo. Además, no quiero que vuelvas a poner en peligro tu vida en un caso que debemos solucionar desde la Policía.

Laura no pronunció una palabra más, sirvió el desayuno para los dos y se sentó al lado de Marcos en silencio. Ya llevaba más de un año compartiendo su vida con un policía y había tenido que aprender a mantener las distancias que su trabajo requería, aunque no siempre lograba hacerlo. Así pasaron la siguiente media hora, entre el silencio y las miradas cómplices, hasta que ambos se levantaron para dejar sus vasos y platos en el lavavajillas.

Tanto su presente como su futuro dependían del equilibrio que ese entendimiento había logrado entre ambos. Quizá con el paso de los años se viese deteriorado por el amargor de la distancia crecida entre ellos, pero ahora suponía una vía de escape; la única que les quedaba para mantener su espacio vital al margen de una intromisión que rompiese la pareja.

—Lo cierto —dijo Marcos con un titubeo— es que sí que he pedido ayuda a alguien ajeno a la Policía. No sé si decírtelo, tampoco sé si es la decisión más acertada que he tomado en mi vida, pero... supongo que tendré que esperar hasta ver los resultados.

—¿De qué hablas?

—Sofía Vidal.

—Detesto a esa chica, se salta la ley y la ética a su antojo.

—Eso me recuerda a alguien.

—Yo nunca llegué tan lejos, nunca sobrepasé determinados límites.

—¿Dónde están escritos esos límites? Deberíamos llamar a tus colegas de promoción que fueron testigos en el pasado de tus noticias y métodos, quizá después de hablar con ellos no veas tanta diferencia entre Sofía y tú. Quizá lo que te molesta es...

—¿Qué? Dilo, hay confianza entre nosotros ¿no?

—Pensaba decir que te molesta que haya dado un paso más, que te haya superado en cuanto a meter el hocico donde no se debe. Aunque eso es peligroso.

—No, ibas a decir que me ha superado como periodista. Aunque eso ya lo sabía, no soy idiota.

—¿De qué hablas?

—Yo tuve información privilegiada, tú me dabas esa información. Ella, en

cambio, logra todos sus reportajes y sus investigaciones sin ayuda policial.

—No deberías afirmar eso tan a la ligera.

—¿Qué quieres decir?

—Nos pincha la emisora policial, además de otros métodos que... bueno, ahora no vienen al caso. —Marcos tuvo que omitir que había descubierto el sistema de mapeo en su propia conexión privada de internet.

—Vaya, no es tan lista la señorita Vidal como yo pensaba. Entonces me alegro aún más de rechazar su colaboración para que escribiésemos mi novela juntas.

—Y ahora que lo mencionas, ¿cómo llevas la novela?

—Buena forma de cambiar de tema. Voy por el capítulo seis, ya metida de lleno en la investigación y la persecución del asesino.

—¿Necesitas mi ayuda?

—Me las apañaré por el momento. Tengo tus apuntes y los de los informes que me pasaste, además de la experiencia que viví por mí misma.

—Me alegro. Quiero decir...

—Te he entendido.

Marcos asintió antes de ir a vestirse y partir hacia la comisaría. Laura se quedó en la silla de la cocina, sin decir una palabra más. La confianza entre ambos era tal, que no cabían excusas, disculpas o agradecimientos; solo se profesaban cariño, respeto y apoyo.

Irene bostezaba desde detrás de su mesa en la recepción, el gesto era contagioso y Marcos también se lo traspasó a David Sobrá, que entraba a la vez que él en la comisaría. Navarro fue directo a su despacho y David apareció dos minutos más tarde con su café y dos bollos de chocolate.

—Combustible para el cuerpo, que hoy será otro día duro —dijo con jovialidad. Marcos no respondió—. ¿Estás bien? ¿Has pasado mala noche?

—¿Eh? Disculpa. Sí que estoy bien, he podido dormir un poco. Solo estaba pensando en la programación de hoy. Deberíamos entrevistarnos con las familias del resto de víctimas encontradas en la playa.

—Algunas fueron asesinadas hace muchas décadas, ¿crees que servirá de algo que vayamos a recordar malos momentos ya olvidados?

—Tal vez encontremos alguna pista o indicio en el testimonio de un hermano. No podemos descartar nada. Además, es lo que dicta el procedimiento de cara al informe que debemos presentar al comisario.

—Tienes razón. Reviso el correo, me termino el desayuno y partimos.

—Puedes quedarte aquí si quieres, puedo ir solo o pedir a algún agente que

me acompañe.

—No, descuida, estoy contigo en cinco minutos.

Vale, iré a comentárselo a Paco.

—Creo que no está. Tampoco he visto a Nuria.

—¿Tú crees que...?

—¿**T**ú crees que encontraremos una pista que se les haya pasado a los de la científica?

—No lo sé, pero cuando te sientes estancado en un caso, lo mejor es volver al lugar de los hechos. Y aquí estamos. Quizá demos con algo interesante o nos llegue la inspiración... o nos volvemos a la ciudad y seguimos por otro lado.

Paco Hernández se había sentado sobre la arena y observaba a su alrededor sin prestar atención a nada en concreto, como dejando que el lugar confiara en él poco a poco hasta permitirle conocer sus secretos. Por el momento solo sentía el arrullo de las olas en la playa y la brisa silbando al pasar entre las finas ramas de los matorrales que le rodeaban. A su derecha, a unos doscientos metros, se levantaba la torre de ladrillos derruida, por allí caminaba un vecino paseando a su perro, un hiperactivo labrador blanco. Nuria Carvallo permanecía de pie, esta vez sin uniforme, y miraba en derredor con una mezcla de frío, aburrimiento y la sensación de estar perdiendo un tiempo valioso para investigar en el ordenador de la comisaría.

—No sé, Paco, creo que esta zona no nos diría más que cualquier otra. Lo único que la diferencia con respecto a cien metros más allá o en la otra dirección es que pone los pelos de punta al saber que había más de una docena de chicas enterradas.

—Ese es el punto sobre el que hay que pensar. ¿Por qué las enterraba aquí?

—Está muy alejado de la ciudad y de los pueblos más cercanos. Es una zona oscura en la noche y tiene un acceso desde la carretera principal.

—Pero hay muchos lugares con condiciones similares; caminos abandonados, marismas, zonas de residuos de fábricas; la sierra tiene mil barrancos y pozos... ¿Por qué alguien elige este lugar, a pocos metros de un cuartel de la Guardia Civil y tan cerca de la playa?

—Tal vez trajo por casualidad a la primera aquí, la cosa salió bien y no quiso salirse de la rutina.

—La rutina... interesante palabra. Igual que la casualidad, aunque en este oficio no se debe pensar nunca en ella. Nada ocurre porque sí. Tal vez me equivoque, pero el primer crimen data de mil novecientos ochenta y cuatro. ¿Cómo era esta zona en aquellos tiempos? Quiero un mapa de dos kilómetros a

la redonda, ponte con ello en cuanto regresemos a la comisaría. Quiero saber cómo se accedía al lugar entonces, si estaba ya construido el camping y el cuartel, ¿entendido?

—Claro, en cuanto llegue me pongo con ello.

—Para el asesino, o los asesinos, este lugar es especial, lo intuyo. Y creo que si descubrimos el motivo estaremos cerca de atraparlos.

—¿Crees que puedan ser varios?

—Cuarenta y cinco años matando son demasiados, no recuerdo a ningún asesino en serie que haya estado durante tanto tiempo en activo. No descarto la hipótesis de que haya más de uno y se hayan relevado.

—Eso lo sabremos cuando Maite nos dé los detalles de las autopsias. Si los golpes y la forma de asesinarlas es algo único, casi como una huella dactilar, sabremos si estás en lo cierto.

Paco no añadió nada al comentario de Nuria, tomó un puñado de fría arena y dejó que se le escurriese despacio entre los dedos, el viento de la mañana se llevó el fino polvo hacia el oeste. Cerró los ojos y escuchó el murmullo del mar durante unos minutos más, antes de marcharse hacia el coche.

—Marcos y David están entrevistándose con las familias de las víctimas encontradas, ¿crees que deberíamos ayudarles? —preguntó Nuria, para romper el hielo, cuando iban camino de la capital.

—Yo estoy desentrenado en eso de tener tacto y tú no tienes experiencia. Será mejor no meter la pata, ¿no crees?

—Sí, quizá tengas razón.

—Le pediré a Navarro que te lleve con él la próxima vez, debes ir cogiendo soltura en esas tareas.

—¿Por qué haces esto, Paco? Hay muchos agentes en la comisaría que querrían tener la oportunidad de patrullar contigo, de hacer trabajo de campo y aprender de quien tiene más experiencia. No creo que yo lo merezca más que ellos.

—Cuando llevas décadas en el cuerpo, te das cuenta de que no todos los policías tienen el mismo talento, ni lo más importante: las ganas de trabajar. Aquellos que destacan sobre los demás son los que dedican su vida a un trabajo tan poco agradecido, y peor pagado, como este. Tú has sido de mucha ayuda en casos anteriores, no los habríamos resuelto sin tu esfuerzo y talento, y aún te falta experiencia al otro lado del ordenador. Créeme, no quieras pasarte la vida escondida tras el trabajo de biblioteca, eso te quemará como policía. Debes buscar el equilibrio.

—Agradezco tus palabras, no sabes cómo valoro que pienses eso de mí.

—No te hagas ilusiones, a los buenos policías les pegan un tiro antes de los

treinta y cinco o acaban solos y amargados.

—Eso sobraba.

Encendió la pequeña estufa bajo el escritorio para calentarse los pies, también se había dejado el gorro de lana puesto hasta conseguir entrar en calor. La humedad de la playa aún persistía en los dedos de sus pies. El ordenador arrancó y pudo ver que tenía dos docenas de correos electrónicos pendientes; uno de ellos, el más importante, contenía los detalles de las autopsias de los primeros cuerpos. Maite, como coordinadora del equipo de forenses, había realizado un informe esquemático interminable para relacionar los detalles de cada cadáver; ese detalle era fantástico de cara a establecer coincidencias o buscar diferencias en el modo de actuar del asesino. O asesinos, como sospechaba Paco.

Nuria sonrió al ver impreso todo el cuadro, para lo que necesitó doce folios y despejar su mural de corcho de datos de casos anteriores. Buscar relaciones entre infinitos datos era lo que mejor se le daba, donde destacaba sobre los demás agentes. Tomó varios subrayadores de diferentes colores y se puso a señalar los aspectos más importantes. Media hora después tenía algo jugoso sobre lo que trabajar.

Buscó entre los papeles de la mesa su teléfono móvil y llamó a Marcos.

La llamada de Nuria llegó mientras esperaba a que David comprase una pizza en un restaurante italiano del centro. Se habían entrevistado con los familiares de dos víctimas y hacían una parada antes de ir a por la tercera. Marcos sabía que a su compañero le faltaba una media hora para aparecer, ya que no era la primera vez que iban a esa hora al mismo restaurante. Los coches que pasaban a su lado gritaban insultos por estar interrumpiendo el tráfico, así que el inspector colocó la *seta* azul sobre el techo y el silencio llegó apacible para conversar con Nuria sin problemas.

David regresaba comiendo una porción de pizza de la caja de cartón que portaba en el otro brazo. Parecía un niño el día de su cumpleaños. Marcos lo apremió para que acelerase el paso.

—Has tardado una eternidad, no puedes quedarte a charlar estando de servicio, vamos muy justos de tiempo.

—¿Qué dices? Solo quedan dos familias y es muy temprano.

—No me refería a las entrevistas, tenemos que regresar a la comisaría. Hay un nuevo descubrimiento y todos nos esperan para una reunión de urgencia.

—Cuéntamelo por el camino, yo me terminaré la pizza antes de llegar.

Marcos le puso al corriente mientras conducía y observaba de soslayo a su compañero engullir porciones de una pizza familiar de atún y cebolla. David asentía con los carrillos llenos a cada frase de Marcos. Diez minutos más tarde entraban por la puerta de la comisaría, en la cocina estaban el comisario, Irene y media docena de agentes.

—Tú has abierto el correo de Maite, así que te toca informar a todos —dijo el inspector a Nuria. David servía en ese momento dos tazas de café y extendió una de ellas hacia Marcos.

—Bueno, esto... no es un comunicado muy extenso y casi todos ya conocéis el dato. Nos enfrentamos a un asesino que lleva matando unos diez años, los cuerpos encontrados anteriores a esa fecha fueron asesinados por otra persona.

—¿Se trata de una broma? —preguntó perplejo uno de los agentes—. ¿El asesino está haciendo un relevo del anterior?

—Quizás haya cambiado su forma de matar, si es que se trata de eso en las diferencias que ha encontrado la forense —sugirió otro agente.

—Según el informe —añadía Nuria—, las primeras no murieron a causa de los golpes, sino estranguladas, y no fueron violadas con un pene sino por algo más contundente, Maite sospecha que un palo de madera introducido en la vagina. En cambio, las cuatro víctimas de la última década, exceptuando a María José, fueron violadas por ano y vagina con el pene y usando preservativo; además, recibieron muchos golpes, los más graves, y que causaron sus muertes, fueron ocasionados por una piedra contra el cráneo.

—Pero eso no impide que sea el mismo y que haya cambiado su forma de asesinar.

—Según comenta Maite, está casi segura de que, por el tipo de marcas en la piel, los ángulos desde los que fueron ocasionados los golpes, la intensidad y el número de agresiones, hay demasiadas coincidencias entre los cuatro cuerpos de esta década, igual que entre los anteriores; pero muchas diferencias entre los dos grupos. Asegura que lo apostaría todo a que fueron ocasionados por dos personas diferentes.

—Y aquí es donde surgen las nuevas dudas y debemos hacer una serie de planteamientos —tomó el relevo de la charla Marcos.

—Ahora buscamos a dos asesinos —murmuró un agente.

—Eso es evidente, pero lo importante es responder a estas cuestiones. —Marcos tomó la pizarra y comenzó a escribir—. Necesitamos saber por qué dejó de matar el primer asesino, ¿está muerto, enfermo o cumpliendo condena? Quizá viva en otro lugar y allí esté cometiendo asesinatos. Nuria, revisa la base de datos de todo el país y ponte en contacto con la Europol. Buscamos

desapariciones de prostitutas jóvenes.

—Ahora mismo.

—Más cuestiones. ¿Por qué otro asesino ha tomado el relevo? ¿Se conocen ambos? ¿Qué sentido tiene que el actual siga el macabro legado del anterior? ¿Hay un propósito tras las muertes o solo se trata de mitigar su instinto criminal?

—No comprendo esa última pregunta —interrumpió David.

—Puedes matar porque obtengas un beneficio de ello, económico como una herencia, eliminar a un testigo de otro crimen, usa tu imaginación. Si no existe motivo, entonces se trata de un simple monstruo, simple pero aterrador y despiadado, porque mata por el placer de matar.

El absoluto silencio del lugar solo fue roto por el murmullo de trabajo en la sala contigua y el estruendo de una motocicleta que pasó a toda velocidad por la calle. El caso se estaba complicando a pasos agigantados y la indignación de los ciudadanos daría pronto con una sociedad en contra de la Policía, un freno considerable para avanzar en el caso.

—Estas preguntas deben responderse para llegar al tema principal: ¿quién es el asesino actual y dónde se esconde? Son muchos interrogantes, y serán difíciles de contestar, pero alguno de ellos hará que toda la estructura se derrumbe, que todas las demás respuestas aparezcan de golpe.

—¿Qué sabemos de la huella dactilar? —preguntó Paco para avanzar en la reunión.

—No pertenece a ningún criminal fichado, la hemos enviado a la Europol y la Interpol; ellos se encargarán de distribuirla a países vecinos como Portugal, Francia o Marruecos, por si se tratase de alguien que aparezca en sus bases de datos.

—Ya lo suponía, de lo contrario estaríamos deteniéndolo en estos momentos. Bien, pues todo el mundo a mover el culo. Quiero las entrevistas con los familiares de todas las víctimas, quiero que se identifiquen las dos que faltan, quiero presión sobre las prostitutas para que hablen. Alguna ha tenido que ver algo. ¿Dónde demonios está esa tal Belén?

—Se la ha tragado la tierra, comisario, no hay forma de localizarla.

—Puede que la hayan matado y enterrado en otro lugar, aunque lo más probable es que haya huido de la provincia tras lo que les ha ocurrido a sus dos amigas. Deberíamos seguir centrados en buscarla.

—Enviaré su foto a la prensa y la televisión para que los ciudadanos nos ayuden a localizarla, aunque no tenemos garantías de que haya visto nada. Es lógico que tenga miedo tras lo ocurrido, no creo que se esconda por proteger al asesino, más bien para no acabar muerta como las otras dos.

—Pienso lo mismo, debe de estar aterrada. Creo que si conociese al asesino,

ya habría venido a hablar con nosotros.

—Está bien, de nada sirven las charlas aquí en la cocina cuando hay tanto por hacer. ¡Todo el mundo a mover el culo!

—No te lo vas a creer.

La cara de David mostraba un asombro que Marcos no había visto nunca antes. Ambos estaban en su despacho, a punto de salir para continuar con la investigación. Navarro se giró para ver qué había llamado la atención de su compañero de esa forma y no pudo evitar la exclamación.

—¡Joder!

No podía permanecer más tiempo oculta. Ni debajo de una piedra podría evitar que tarde o temprano alguien la encontrase, que dijeran a Poli o cualquier otro proxeneta dónde estaba. Además, ¿cómo iba a sobrevivir si no tenía dinero? Belén no podía mantener durante más tiempo su situación.

La excusa de haber ido de visita a casa de su hermano no era muy convincente para la única familia que le quedaba en el mundo, y el pueblo de Gibraleón no estaba lo suficientemente alejado de la capital como para poder ocultarse. No tenía dinero para salir del país, ni siquiera a Portugal, y pronto su hermano haría preguntas incómodas o la echaría por ser una boca más que alimentar. Llevaba tres años sin hablar con él, así que no podría reprochárselo.

Candy había desaparecido tras haber visto al asesino de María, eso era mala señal. Cuando descubrieron los cuerpos en la playa, el de Candy entre ellos, supo que el asunto estaba demasiado caliente como para permanecer a la vista de todos. Claro que huir había sido una decisión estúpida. ¿Cómo iba a esconderse de por vida en casa de quien no la soportaría más de tres días seguidos?

Dar el paso y acercarse a la comisaría le había costado un esfuerzo considerable, pero no podía hacer otra cosa. Era pedir protección a la Policía o a Poli, y sabía que el proxeneta se limitaría a cobrar la mitad de su sueldo y hacerla trabajar el doble de tiempo, con la única ayuda de alguno de sus muchachos vigilándola de cerca, algo inútil si el asesino llegaba en forma de cliente, ya que ella no lo conocía. Los policías que las invitaron unas noches atrás a una copa parecían buenas personas, quizá allí tuviese una oportunidad.

—¿Dónde podría encontrar a los inspectores Navarro y Sobrá? —preguntó a la recepcionista. No tuvo que esperar la respuesta, el más grande de los dos, el tal David, apareció para pedirle que la acompañase. De allí se dirigieron hacia un despacho con las paredes de cristal, donde esperaba el otro policía.

La trataban con respeto y atención, eso logró que se sintiese mejor, aunque seguía pensando que de un momento a otro aparecería alguien y se la llevaría a rastras para enterrarla en algún lugar remoto de la playa. Incluso lo había soñado las dos noches anteriores. ¿Quién sabe? Tal vez el asesino era un policía, quizá uno de los dos que ahora tenía delante; ya lo había visto en algunas películas y no sería la primera vez que un policía se convierte en un loco asesino también en la vida real... Tal vez alguno de los que la miraba desde el otro lado del cristal. ¿Por qué el tabique era de cristal? Se estaba poniendo muy nerviosa y Marcos pareció darse cuenta.

—Bajaré las persianas y así tendremos más intimidad. ¿Seguro que no deseas un café?

—No, gracias, ya me está costando dormir por las noches sin tomar café.

—Te hemos buscado por todas partes, ya pensábamos lo peor.

—Lo siento, siento haber desaparecido, tenía mucho miedo. Y sigo teniéndolo.

—¿Sabes lo que le ha pasado a María José?

—¿María José? ¿Candy? Es una de las chicas encontradas en la playa, ¿verdad?

—Siento decirte que sí.

—Ya lo había imaginado cuando vi la noticia.

—¿Hablaste con ella después de que nos entrevistásemos la noche del martes?

—Solo esa noche, mientras regresábamos a casa. Supe que me ocultaba algo, estaba muy distante, no quería conversar sobre el tema. Imaginé que estaba asustada.

—Nosotros sospechamos que no quiso hablar con nosotros, ni contigo, además de darnos un dato erróneo sobre el coche del cliente que se marchó con María Moreno, porque tenía la intención de pedirle dinero a cambio de su silencio. El hecho de que acabase muerta corrobora esa sospecha.

—¡Qué locura! Dios..., ¿sobornarlo? Me muero de miedo solo con la idea de acercarme a un asesino. No sé cómo se le ocurrió esa locura. —Le temblaba la voz, aunque menos que las manos, que ahora frotaba una contra otra sin poder controlarse.

—David, ¿puedes ir a la cocina y traerle una tila?

Marcos se quedó a solas con ella, en silencio para no alterar más sus nervios. El inspector tomó otra silla y se sentó a su lado, pensando en qué decir para evitar que se derrumbase del todo.

—Nos haremos cargo de tu protección. Es más, si no sabes nada, si María José no te contó nada, entonces estás a salvo.

—Pero eso no lo sabe el asesino, ¿quién me asegura que no vaya a venir a por mí?

—Bueno, para eso está la protección.

—No lo comprendes. Necesito trabajar, no puedo quedarme durante meses escondida en casa, no tengo dinero para sobrevivir ni una semana más. No podréis estar vigilando mientras trabajo.

—¿Y si te limitas a hacerlo en el club? Allí hay cámaras y vigilantes de seguridad.

—Pero solo trabajo tres días allí, no será suficiente.

—Bueno, será cuestión de hablarlo con el dueño, deja eso de mi parte.

David apareció con la infusión en una mano y un bollo de crema en la otra.

—Gracias, no tengo apetito, solo tomaré la tila.

—Bueno, el bollo era para mí, pero...

—Le contaba a Belén —interrumpió Marcos—, que nos ocuparemos de su protección y que hablaremos con el dueño del club para que pueda trabajar allí toda la semana. Si no te importa, pide a Paco un dispositivo de vigilancia para ella y que dos agentes de confianza la acompañen a casa y comiencen a protegerla.

David acompañó a la chica después de que esta se despidiese y diera las gracias al inspector. Quince minutos más tarde volvió al despacho.

—¿Te ha contado algo?

—No sabe nada, eso asegura.

—¿La crees?

—Yo no me fío de nadie. Y es sospechoso que haya desaparecido tan de repente si no conoce al asesino. Existe la probabilidad de que María José le contase lo que sabía.

—¿Entonces?

—Entonces la usaremos de cebo.

—¿Cómo vamos a hacer eso?

—Igual que hizo el comisario con Laura en el caso anterior. Tenemos que hacer una filtración a la prensa.

—¿Quieres que el comisario convoque una rueda de prensa?

—No será necesario...

Tras el almuerzo, una llamada telefónica algo incómoda, reunirse con el comisario para ponerlo al corriente de las tareas de cada uno y dejar a Nuria Carvalho encargada de la parte técnica en la comisaría, David y Marcos partieron hacia la zona norte. El reloj del coche marcaba las seis menos cuarto de la tarde

y se adivinaba una noche larga y fría. En el cielo se agotaba el residuo de luz que había dejado el ocaso.

El aparcamiento del club Lady's estaba completamente vacío, pero ya se podía observar en la puerta al mismo guardia de seguridad de la vez anterior, grande como un luchador de sumo y con el mismo esmoquin a medida. Esta vez no necesitaron enseñar sus identificaciones.

—¡Qué sorpresa! —exclamó Luis Mejía—. Es un placer verles por mi local, inspectores. Están invitados a una copa, si lo desean.

—No sé si vas de listo o te estás haciendo el gracioso —respondió David.

—Vaya, no sabía que estaban de servicio. Díganme en qué puedo ayudarles.

—Vamos a tu despacho.

Luis Mejía había cambiado su semblante divertido por una mueca de preocupación que no pasó desapercibida para los inspectores, a pesar de la oscuridad del interior del local. Volvieron al cubículo claustrofóbico donde guardaba los documentos y tenía su escritorio el propietario y gerente del club. David aún recordaba el agobio que sintió la vez anterior. Luis sacó una botella de licor de un cajón del escritorio y se sirvió un vaso sin ofrecer a sus acompañantes.

—Bien, ¿qué queréis? Ya os dije la otra vez todo lo que sabía: nada.

—Venimos a pedirte un favor. —Marcos tomó esta vez la dirección de la conversación—. Se trata de Belén, una chica que trabaja varios días a la semana en tu local.

—Trabajaba.

—¿Cómo dices?

—Lleva unos días sin venir ni dar justificación por su ausencia. Así que no contamos con ella.

—Pues precisamente era ese el favor que queríamos pedirte, que ella pueda trabajar aquí cinco días a la semana.

—¿Y por qué cojones iba a hacer eso? ¿Quiénes os creéis que sois para pedirme un favor?

Marcos miró a su compañero, este bajó la cabeza para no romper en una carcajada. Ya habían hablado durante el camino sobre la posibilidad de encontrarse con esa hostilidad.

—Sofía Vidal.

—¿Quién es esa? ¿Otra puta?

—No, es periodista, seguro que la has visto en la televisión, antes tenía un blog muy interesante.

—¡Joder!, la tía rara esa que se cuele en todas partes. ¿No está detenida? ¿Qué tengo yo que ver con ella? ¡No me jodáis!

—Eso es lo que no queremos, Luis. Pensamos que lo ideal es que sigas colaborando con nosotros como hasta ahora y así no tengamos que joderte enviando a Sofía a la puerta de tu local cada noche, con una escolta policial para que no la toquen tus porteros, y que ella grabe para su programa la cara de cada cliente que aparque su coche ahí fuera.

—Eso... eso es ilegal, eso no se puede hacer.

—Es la calle, Luis, en la calle se puede grabar sin problemas.

—Eso me arruinaría, ya bastante se nota la crisis... No entiendo por qué me hacéis esto.

—Nosotros no te hacemos nada, solo te hemos pedido que tengas en plantilla a Belén cinco días a la semana como detalle hacia nosotros. Para agradecerlos los que hemos tenido contigo.

—¿Vosotros? ¿Qué habéis hecho por mí vosotros?

—Fermín Pérez, el camarero, está fichado por venta de drogas, ¿quieres que le registremos los bolsillos ahora? Vladimir, el portero de la calle, ¿sabías que no tiene licencia para trabajar en ese puesto? Claro que sí, ¿verdad? Y los TC-2

—¿Los TC-2?

—Sí, los formularios de declaración de pagos por las chicas a la Seguridad Social. Resulta que hemos investigado y no están declaradas como trabajadoras eventuales ni el club está pagando la cuota mínima por ellas. Eso es un asunto bien feo, ¿no te parece?

—Joder, joder, joder. —Luis había perdido por completo la compostura y se frotaba el cabello con ambas manos, se veía desesperado.

—Pensaba que serías más amable con nosotros por no cerrarte el local ante tantas infracciones.

—Está bien, está bien. Belén podrá venir todos los días que le dé la gana.

—Eso está mejor. Y ya puestos, ¿no habrás oído nada nuevo sobre el caso de las chicas asesinadas?

—No, ¿por qué iba a oír algo?

—Tal vez porque te dedicas al negocio y las chicas encontradas eran todas prostitutas.

—Hay más de veinte locales como este en la ciudad; además, la televisión dijo que algunos cuerpos eran de los años ochenta. Yo era un niño entonces. ¿Cómo iba a saber que...?

—¿Qué? ¿Cómo ibas a saber qué?

—No es nada, una tontería que dicen las chicas. Estuve hablando con ellas estos días y algunas me contaron un cuento, una superstición.

—¿De qué hablas? —David y Marcos se miraron durante un segundo—. Cuéntanos más.

—No hay mucho más. Hablan de un tipo rico y guapo, con un coche de lujo que se acerca y se las lleva para que nunca regresen.

—¿Alguna ha visto al tipo?

—No, ya digo que es una superstición, las chicas se creen cualquier cosa, y las leyendas que se transmiten de unas a otras calan hondo.

—Leyendas... ¿Podría hablar con ellas sobre el tema? ¿Hay alguna aquí en este momento? ¿Desde cuándo hablan de esa leyenda?

—Es curioso que lo preguntes, porque me dijeron que desde los años ochenta.

—¿**B**aba Yaga? ¡Qué absurdo! —exclamó David cuando ya habían salido del aparcamiento del club Lady's.

—¿No viste las caras de Luis Mejía y de las dos chicas rusas? Ellos creen firmemente en la figura de alguien que surge de entre las sombras y se lleva para siempre a las chicas.

—Pero Baba Yaga en la mitología eslava, según estoy leyendo en internet, es una vieja de nariz azul y dientes de acero, con una pata de hueso. ¿Te lo puedes creer?

—Es un nombre más, solo un apodo hacia alguien o algo que ellos no conocen. Esas chicas desaparecieron un buen día y sus compañeras crearon la leyenda.

—Pues no vas a creértelo, pero resulta que la vieja Baba Yaga rompía los huesos de las víctimas y desgarraba su piel con los dientes, vivía en una casa decorada con cráneos de sus víctimas y se dice que guardaba las aguas de la vida y de la muerte.

—Una figura sanguinaria y feroz que mutila a sus víctimas hasta la muerte, por no hablar de los cráneos y de la presencia del agua.

—¿Crees que...?

—No creo nada, solo busco pistas, indicios, testimonios y capturo al asesino. Un asesino que mata cerca del agua, masacrando a sus víctimas y rompiéndoles el cráneo. Llámalo Baba Yaga o como te dé la gana.

—¿A qué viene ese tono? Pareces enfadado.

—No es para menos, vamos a entrar otra vez en la casa de Poli, y esta vez de noche.

Marcos no tenía del todo claro si pedir refuerzos para entrar en la casa del proxeneta, y arriesgarse a que los agentes pudieran enterarse de su forma de actuar la vez anterior, o no pedirlos y ponerse en peligro, además de a su compañero, ante un tipo imprevisible con el que no debía jugar más de lo

preciso.

El número y aspecto de los matones era el mismo, aunque ahora parecían mostrarse más dóciles ante la presencia de los dos policías. Marcos y David fueron conducidos a la misma terraza, por lo que dudaron de si el tal Poli hacía vida allí, incluso dormir. Se sentaron al otro lado de la mesa y rechazaron tomar una copa.

—Bien, ¿tienes algo para mí? ¿Qué has averiguado? —preguntó Navarro.

—Las putas no han visto ni oído nada, tampoco los chavales que tengo pasando material por las calles. Aunque...

—Aunque qué.

—Hay muchos rumores, tonterías, nada que tenga que ver con... Por cierto, ¿trabajas con la tía rara esa? La periodista que parece un cuervo. Vino aquí y me tocó las pelotas...

—No estábamos hablando de eso ahora. Cuéntame esos rumores, ya decidiré yo si son importantes o tienen que ver con el caso.

—No son más que tonterías que cuentan las mayores, las que llevan más años y tienen la cabeza perdida con tanta droga y palizas. No hay que hacerles caso.

—¿Lo vas a contar o no?

—Algunas hablan de un monstruo, otras, sobre todo las rusas, dicen que es una vieja coja que se lleva a una chica cada uno o dos años y ya nunca regresa.

—Baba Yaga —susurró David.

—¡Coño, eso mismo dijeron! ¡Ay, qué mal fario me viene! —Poli estaba muy asustado y besaba con intensidad las enormes medallas de oro de su cuello, una de Jesucristo y otra de una virgen. Sus esbirros se miraban entre sí o besaban sus propias medallas.

—Es solo una leyenda nórdica —trató de tranquilizarlo Marcos.

—No se puede nombrar la muerte ni la mala suerte en casa, eso las atrae, primo. Perdón, señor inspector. ¿No me digas que es casualidad que hayas oído también ese nombre raro?

—Las chicas que hacen la calle también van a los clubes, los rumores se extienden rápido. Este en concreto ha tenido, además, muchos años para hacerlo.

David contenía la sonrisa al ver las caras de preocupación de los supersticiosos gitanos; aquello parecía haberlos asustado más que ver cómo Marcos sacaba el arma y apuntaba a su jefe la vez anterior. Tal vez porque sabían defenderse en un tiroteo, pero no adivinaban la forma de luchar contra la mala suerte o un ser demoníaco al que desconocían.

—Otras hablaban de un coche negro maligno —dijo Poli sin perder el semblante asustado en la cara.

—¿Y qué más?

—Nada más, un coche bueno, de los caros, negro y que recuerdan siempre pasando despacio por la calle cuando desaparece una puta.

—¿Y ese rumor no será por lo de María Moreno?

—No, dicen que lleva muchos años, desde mucho antes del Euro. Eso dicen ellas, que es el diablo —Poli dibujó una cruz con el dedo en su frente, luego otra en el pecho y besó la medalla con la cabeza de Jesucristo—. Dicen que el diablo se aparece en forma de coche. Que las que se montan dentro ya no regresan. Dicen que es un tributo.

—¿Un tributo? Bueno, en fin, si te enteras de algo más, avísame. Por cierto, la reportera Sofía Vidal sí trabaja apoyando al departamento; no quiero que tenga un problema con los tuyos o vendré a hacerte una visita menos cordial.

Poli no respondió, en ese momento no le importaba nada más que alejar de su vivienda los malos augurios que rondaban por su cabeza. Nombrar al diablo tantas veces y pensar en él podría atraer su ruina. En cuanto se marchasen los policías haría llamar a la Paca, una amiga de su madre que ahuyentaba el mal de ojo y limpiaba las casas de espíritus y agravios. Casi le dio miedo dar la mano a los inspectores cuando se marchaban, quizá fueran ellos los demonios que nunca debieron aparecer por allí.

Nuria Carvalho había hablado con Iván dos horas atrás, su novio se mostró cariñoso y zalamero, como era su costumbre, incluso parecía muy decepcionado por no poder verla esa noche para tomar un café o pasar un buen rato en el piso de él. Claro que su tono se volvió muy diferente al continuar la conversación, ella estaba adiestrada para percibir esos cambios en la voz para los interrogatorios y entrevistas con testigos. Aquel detalle y el hecho de que usase las mismas palabras que la vez anterior: «si no puedo verte, tendré que conformarme con la compañía de mis padres, iré a visitarlos para cenar con ellos y luego volveré a casa a dormir».

¿Por qué usó exactamente las mismas palabras? ¿Por qué le daba tantos detalles? No tenía más que decir que la echaría de menos y punto, no era necesario detallar lo que haría en su ausencia. Aquello olía mal, olía a David Sobrá... El inspector había querido verter mierda sobre su relación, pero ahora la mierda comenzaba a heder más desde el otro lado. Las alarmas en su cabeza se habían encendido, a pesar de no haber sido celosa nunca, y debía comprobar si sus sospechas eran ciertas o no dormiría en toda la noche.

Se quitó el pijama y eligió un pantalón vaquero negro y cazadora de cuero para acompañar el maquillaje oscuro que improvisó en unos minutos. «¿Quién

sabe? Seguro que son imaginaciones mías, pero prefiero ir prevenida y vestida para la batalla por si tengo que levantar la voz o dar una hostia».

Antes de salir de casa, abrió su ordenador portátil y usó su clave de acceso para entrar en la red de la Policía Nacional. En la base de datos de ciudadanos, buscó el nombre y los apellidos de su novio, un minuto más tarde tenía apuntada en el móvil la dirección de sus padres. Hacia allí se dirigió en taxi.

Iván no estaba cenando con ellos como había dicho, eso al menos le dijo una amable señora que sería su madre. Quizá cambió de opinión en el último momento y se quedó en casa para ver una película. Nuria trataba de calmarse y no hacer caso al enfado que cada minuto parecía crecer en su estómago.

El taxi la llevó a la casa del chico, allí nadie respondía al portero automático. Se alegró de no llevar su arma.

«¿Qué hacer ante una situación así? ¿Me vuelvo una histérica celosa y lo persigo por la ciudad? ¿Me marcho a casa a dormir? No lograría pegar ojo en toda la noche. Lo mejor es buscar un punto intermedio, invertir un par de horas en buscarlo y ver si David tenía razón o si me he vuelto paranoica y solo está tomando una cerveza con un amigo en un bar».

Podría haberlo llamado por teléfono para preguntarle qué hacía, pero eso resultaría sospechoso y seguro que lo alertaba en caso de estar haciendo algo inadecuado. No, era mejor usar la cabeza y tratar de localizarlo. Siendo policía, no debería llevarle mucho tiempo, la ciudad era pequeña y había pocos negocios abiertos a esas horas.

El primer destino que visitó fue el Atarazana, el local de copas en el que se conocieron semanas atrás, pero no encontró a Iván en su interior, ni siquiera esperando diez minutos por si estuviese en el baño. Al regresar al taxi vio que la carrera superaba los noventa euros. Por un motivo u otro, aquella noche no la olvidaría durante muchos años. Paró en cuatro locales más en su trayecto hacia el Lancelot, el último sitio que quería visitar por si se cumplían sus peores pronósticos: encontrarlo justo donde David aseguraba haberlo visto con otra chica tres días atrás. No lo localizó en ninguno de esos locales, así que llegó al Lancelot y liquidó la cuenta con el taxista, más de ciento treinta euros. Respiró hondo y entró en el local.

La música estaba igual de alta e incómoda que en los garitos anteriores, pero era pop de los noventa y eso supuso una mejoría. Ya iba siendo hora de tomarse una copa, pues estaba sedienta y pensaba reponer energías antes de regresar caminando a casa. Se dirigió a la barra mientras observaba a todos los que se cruzaba. Era el último lugar en el que podría encontrar a Iván. Bueno, había docenas de locales más, pero no tenía intención de seguir con la búsqueda como una perturbada celosa. Lo más seguro es que el chico estuviese durmiendo en

casa y hubiese una explicación perfecta a que no fuese a cenar con sus padres o no contestase el telefonillo del portero automático.

O no.

La cazadora de piel marrón podría tenerla cualquiera en la ciudad que la hubiese comprado en Zara, pero el cabello castaño, ondulado y algo largo, la forma de moverse al hablar, la fisionomía y movimientos que a todos los policías enseñan a estudiar y analizar, eran inconfundibles. Y la chica a la que hablaba al oído de un modo tan cercano y cariñoso no parecía que fuese su hermana, precisamente. Se acercó despacio, como si no quisiese realmente hacerlo, pero una fuerza en su interior pugnara por conducirla hasta él. ¿Qué le diría? ¿Le preguntaría qué hacía allí? ¿Quién era la chica? ¿Por qué le había mentado?

Tampoco hizo falta.

Ya estaba a menos de dos metros cuando Iván besó en la boca a la desconocida. Nuria sintió un volcán estallando en su estómago. Sí, había sido todo un acierto no llevar el arma consigo esa noche.

Tomó un vaso de tubo de la barra y vació todo el contenido sobre la cabeza del que había sido su novio durante solo dos semanas. Ni siquiera escuchó los quejidos e insultos de quien protestaba por haberle quitado su bebida ni los de los camareros. Vio cómo Iván se estremecía por el frío líquido y los cubitos de hielo que recorrían ahora su espalda mientras él trataba de quitarse la cazadora. Quedó petrificado al ver a Nuria frente a él.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el chico, aún sin saber lo que estaba pasando.

—¿Que qué hago yo aquí? ¿Qué es lo que haces tú con esa cuando dijiste que cenarías con tus padres? ¡Eres un hijo de puta!

—Oye, no te pongas histérica ni me montes un numerito.

—¿Numerito, gilipollas?

—Señorita, tendrá que acompañarnos —escuchó con voz ronca a su espalda.

Nuria no tuvo que girarse para saber que se trataba de uno de los porteros del local. Sacó su placa del bolsillo y se giró con tanta violencia que acabó por golpear con la misma en la cara del pobre empleado.

—Perdona, no quería hacerte daño.

El portero, de casi dos metros de altura, no había parpadeado siquiera, así que no se lo tuvo en cuenta. También influía el hecho de que no podía tocar a un policía sin que las consecuencias fuesen nefastas para él. No tenía ante sí a una chica borracha y descontrolada, como había pensado un minuto antes, así que trató de calmarse.

—¡Me da igual que sea policía —gritaba una chica a menos de dos metros—, me ha quitado la copa, joder!

—Toma, esto cubrirá las molestias. —Nuria puso un billete de veinte euros sobre la barra ante el camarero.

—Una copa no vale tanto.

—Lo sé.

En ese momento tomó otro de los vasos y lo arrojó a la cara de Iván ante la mirada de asombro de todos los que allí la observaban.

Nuria se marchó sin haber descargado toda la adrenalina que acumulaba dentro, pero no podía hacer más sin perder la placa. Mientras salía del bar observó cómo la aplaudían varias personas, sobre todo chicas, incluso la que antes la insultaba por haber tirado su copa.

«Estás de racha, cariño. Este es un hijo de puta y la anterior una loca celosa. No vas a tener una pareja en condiciones en tu puta vida».

Estaba en racha, se sentía mejor que nunca tras los últimos acontecimientos. Sofía Vidal sonreía tras leer los dos mensajes de móvil que Marcos le había enviado unos segundos antes. En el primero le daba carta blanca para hacer lo que considerase oportuno en la búsqueda de información, siempre que tratase de no violar la ley. Pero eso era algo que ya esperaba, una petición demasiado absurda. Lo que la hizo sentirse pletórica fue el segundo:

<El proxeneta Poli, creo que lo conoces, está pidiendo a gritos que lo tengamos bajo estrecha vigilancia. Igual que Luis Mejía, el propietario del club Lady's. Por cierto ¿te has deshecho del equipo de mapeo de líneas telefónicas e internet?>

No había pensado en hacer nada especial esa noche, seguir entrevistando a algunas prostitutas, como mucho; pero ahora tenía un objetivo a cumplir, o mejor dicho dos, y tener el apoyo del inspector de policía al mando del caso le dio mucha confianza. Fue toda una suerte pedir un segundo equipo de puenteados y mapeo cuando comprobó que el primero había funcionado bien.

—¡No volveré muy tarde! —gritó a su madre antes de salir por la puerta de casa. A su espalda llevaba todo lo necesario para lograr su objetivo.

Paró en la cafetería Di Marmo, como solía hacer cada noche antes del trabajo, pidió un café y un bollo relleno de chocolate, cafeína y azúcar para soportar una noche fría por las calles, y repasó todo lo que debía salir bien.

Un escalofrío recorrió su espalda cuando se sentó de nuevo en la moto, sentía una voz gritando desde su interior para que tuviese cuidado. Quizás esta noche fuese la más peligrosa de su vida, incluyendo la que había vivido un mes antes y que deseaba olvidar, a pesar de haberle concedido la vida de triunfo que ahora gozaba. Sacudió la cabeza con fuerza para espantar malos pensamientos y

aceleró su Honda CB125R hasta salir derrapando de la cafetería.

Luis Mejía vivía en un edificio señorial del centro, cerca del ayuntamiento y de la plaza de Las Monjas, como era de esperar para un tipo que trataba de dar una imagen de empresario serio y exitoso pero no dejaba de ser un proxeneta de mierda, explotador de mujeres y gerente de un tugurio de mala muerte en un polígono industrial. Entrar en la finca fue fácil, así como acceder al patio de luces, el lugar donde habían ubicado las conexiones a internet de todos los vecinos del edificio. Sofía emitió un chasquido de decepción, su dispositivo de mapeo quedaría a la vista, aunque puede que nadie lo descubriese en los próximos días, tal vez el portero no se fijase o pensara que era un amplificador de línea de internet nuevo colocado por el propietario, eso le daría muchas horas de grabación, aunque perdiese el dispositivo emisor definitivamente. Un gasto que añadir a la cadena que financiaba sus noticias.

Se ayudó de una linterna pequeña, que sujetaba con los dientes mientras pinchaba los cables del sexto-derecha, y luego salió del edificio tras esperar a que un matrimonio de mediana edad entrase al ascensor.

La casa de Poli sería algo más complicado de conseguir.

La humedad se sentía a pesar del mono de cuero y el casco. Aparcó la moto en pleno paseo de La Marisma, allí le dio veinte euros a una prostituta para que vigilase su bien máspreciado, añadiendo que era amiga de Poli para que tuviese un cuidado extra. Luego se sumergió en la oscuridad del barrio de Santa Lucía, desierto y sumido en las tinieblas en ese momento.

No fue difícil volver a encontrar la casa del proxeneta, era como un castillo enorme y hortera que se alzaba cual atalaya medieval sobre sus dominios. En cuanto llegó a ella pudo ver el cuadro de contadores de luz que tenía en el muro exterior, aunque eso solo fue un falso golpe de suerte, ya que no pudo encontrar la conexión a internet por más que dio dos vueltas al perímetro del muro. Aquello solo podía significar dos cosas, que no disponía de conexión en la vivienda, o que el cuadro de conexiones estaba dentro.

Tardó varios minutos en decidirse a correr semejante riesgo, no le apetecía caer a manos de las navajas de los secuaces de Poli ni de las mandíbulas de los perros que tenía sueltos por el patio, pero tampoco le gustaba que le pusieran trabas a su valía, a su capacidad de cumplir con el trabajo. Subió el muro de un salto y quedó allí a la espera de observar lo que había al otro lado. No se veía ningún perro ni esbirro en esa zona del jardín, y una placa de plástico blanco en la pared mostraba lo que podría ser su objetivo. ¿Cuanto tardaría en saltar de forma sigilosa y colocar el dispositivo? ¿Haría algún ruido? ¿Atraería a los perros o vigilantes de Poli? ¿Sería capaz de lograrlo sin ser capturada?

No había nada que la motivase más que una misión imposible.

Saltó al césped y corrió tratando de no hacer el más mínimo ruido, abrió la tapa de la pared con cuidado. ¡Bingo! Colocó el dispositivo de mapeo en cuestión de segundos y cerró la tapa. Ahora quedaba la parte más fácil: salir de la propiedad.

—¿Quién coño eres tú? ¡No te muevas o te mato!

Tras una cena ligera, vieron la televisión durante media hora y Laura se marchó a la cama. Marcos se quedó en el sofá, bajó el volumen del televisor y leyó los últimos correos electrónicos recibidos. La forense aún no había podido identificar los dos cuerpos en peor estado, los dos más antiguos. Las huellas dactilares encontradas en el cuerpo de María José no habían sido identificadas por la Interpol ni la Europol, tampoco por la Guardia Nacional Republicana de Portugal. Seguían sin tener testigos entre las chicas de la calle. ¿Cómo iba a escaparse impunemente un asesino, o dos, que llevaban matando cuatro décadas y habían sembrado una playa con los cadáveres? No, aquel no podría convertirse en uno de esos casos que se archivan por falta de pruebas.

—Cuando te encuentres en un callejón sin salida, da la vuelta y organiza de nuevo tus pasos —se dijo.

«¿Qué tengo hasta el momento? Un cuerpo encontrado en la playa que ha sido el que ha puesto al descubierto una serie de macabros asesinatos producidos probablemente por dos personas en los últimos cuarenta años; un modus operandi casi perfecto, ya que el asesino es invisible y selecciona a las chicas en un entorno en el que nadie se fija en nadie; una testigo que podría haber solucionado el caso, pero prefirió una alternativa que acabó con su vida y con las posibilidades de resolver los crímenes por la vía rápida; tengo otra testigo pero asegura no haber visto nada; también cuento con una leyenda mitológica rusa y el tiempo en contra. Si dentro de una semana, quizá menos, no tengo resultados, el caso pasará a tener una dotación mínima por parte de la Policía, y esa es la antesala de que quede archivado como no resuelto. Solo se volverá a reabrir si dentro de un año o dos el asesino vuelve a matar, pero eso no lo sabremos si no se descubre el cuerpo».

Apagó el televisor y se tumbó en el sofá, aún sin sueño.

«Así es la Policía. No importa lo grave de un delito o el impacto que ha tenido en tantas familias a lo largo de estos años. Si un caso queda estancado, si no hay pruebas ni testigos, se archiva y se sigue con el siguiente. Como si no hubiese existido, como si esas quince chicas aún siguiesen vivas, como si sus familias no llevaran años llorándolas. Como si el pasado pudiera alterarse. No, no concibo este trabajo de una forma tan fría, no cuando ya te has implicado y

has tenido que dar una mala noticia a unos padres, esperar a que estos dejaran de llorar, más unidos que nunca por tan cruel desgracia. No creo que soporte mucho más tiempo en un oficio que te desgarran lentamente y se va llevando pedazos de tu alma con cada caso. No puedo fabricar esa coraza que parecen tener otros para hacer borrón y cuenta nueva, olvidarme de un caso como quien se olvida de una mala película. Esta ciudad es pequeña, uno acaba encontrándose por la calle a los padres, hermanos y parejas de los fallecidos; ¿cómo iba a poder mirarles a la cara tras abandonar la búsqueda del asesino que les arrebató la vida también a ellos».

—¿Cómo voy a poder dormir o mirarme al espejo cada mañana tras saber que soy un fraude?

No tenía aún sueño, pero comprendió que podría autoflagelarse en la cama de igual modo que lo estaba haciendo en el sofá. Allí, al menos, tendría el contacto con Laura, el aroma de su piel y sus cabellos, y eso lo reconfortaría.

El timbre del teléfono móvil arruinó sus planes. Pensó en no descolgar, pero la insistencia y el estruendo que acabaría por despertar a Laura le hizo pensar que sería una emergencia del trabajo. Claro que no imaginaba ni por asomo que iba a aprovechar el insomnio para vestirse a toda prisa y partir hacia el otro extremo de la ciudad.

Capítulo 6

2008

Ana Díaz ya no siente frío ni humedad, tampoco se advierte cansada y temerosa, incluso parece flotar y estar embargada de una felicidad artificial, pero cálida y reconfortante, en esos momentos. El sonido de las olas se percibe más nítido que nunca, casi como si ella se encontrara en la propia orilla. Al fondo, la luz que emite el pueblo parece intensificarse, cree haber visto personas caminando por las calles, pero eso es imposible desde esa distancia.

Los pequeños restos de la arena no pinchan ya sus pies ni siente las heridas provocadas durante el paseo desde el coche hasta donde él ha... ¿heridas? Sí, ahora lo recuerda. Las heridas no solo están en sus pies, también en la espalda, los brazos; su entrepierna quemaba hace solo unos minutos. Y la cabeza, lo último que recuerda fue el aluvión de golpes que él le propinó en la cabeza.

El sonido del motor la sobresalta, al girarse ve el coche dando marcha atrás por el sendero. Ella no sabe si correr y pedirle que la lleve de vuelta a casa o quedarse allí en silencio para evitar que vuelva a golpearla, es una suerte que no la haya matado. Pero, ¿cómo es posible que no le duela nada cuando ha recibido una brutal paliza? Debería estar llena de heridas, sangrar por cada rincón de su cuerpo. Debería estar inconsciente... No, debería estar muerta.

Camina desorientada cuando el sonido del motor del coche ya se ha perdido en la distancia, el silencio va y viene, oye murmullos, pasos, risas, conversaciones entrecortadas, no sabe qué ocurre. Nadie hay a su alrededor. ¿De dónde provienen esas voces? Se sienta en la arena fría y observa el brillo de la débil luna sobre el mar, apenas logra iluminar las olas que rompen en la orilla. El aire está limpio y fresco, más de lo que había sentido nunca.

¿Qué le está pasando? No comprende lo que ocurre. ¿Cómo va a regresar a su casa?

Cuando era pequeña y sus padres la llevaban a la playa algunos días de invierno u otoño, le gustaba tomar la arena fría con sus manos y dejar que se escapase entre los dedos; se sentía como un reloj de arena dejando pasar el tiempo. Observó la arena fina a su alrededor y trató de coger un puñado, pero no logró hacerlo, sus manos se hundían en el suelo como si no fuesen más que humo, aire, un simple holograma de sí misma. Levantó los brazos hasta tener

ante sus ojos las manos y comprobó que era capaz de ver a través de ellas.

—Pero... ¿qué coño pasa?

¿Qué había ocurrido? ¿Qué había hecho con ella el cliente? ¿Adónde se había marchado? ¿Qué pasaría a partir de ahora con su vida? Se concentró en la cara del tipo y algo extraño sucedió. Ya no había playa, ni mar ni arena, no se oía el viento ni el sonido de las olas. Se encontraba en un gran salón decorado con buen gusto, había bellos candelabros con sus velas encendidas, una gran mesa de caoba con diez sillas alrededor, un mueble cargado de copas de cristal tallado, sobre el suelo una alfombra persa que cubría casi toda la estancia, y ya no pudo ver más porque se encontró con su verdugo mientras este caminaba tranquilamente por el lugar.

—¡Hijo de puta! ¿Adónde crees que vas? ¿Qué haces? ¡No me ignores! ¡Mírame a la cara!

«¿Qué está pasando? No me ve ni me oye, tampoco puedo tocarlo. Solo puedo seguirlo y ver lo que hace. ¿De qué me servirá eso? ¿Esto es lo que me queda por hacer el resto de la eternidad? ¿Observar a mi asesino a cada instante? Ojalá pudiese agarrarlo del cuello, tomar un candelabro y golpearlo en la cabeza con fuerza. Quizá con el paso del tiempo logre hacerlo, tal vez sea cuestión de aprender a controlar esta situación en la que me encuentro».

Ana lo siguió hasta su dormitorio, allí pudo ver cómo se desnudaba y metía toda la ropa, con manchas de sangre, las de ella, en una bolsa de basura. Luego se dio una ducha y se puso un pijama para irse a dormir como si nada hubiese sucedido. ¿Qué clase de monstruo desalmado era capaz de dormirse plácidamente tras la barbaridad que acababa de cometer? Incluso veía una sonrisa en el rostro del chico mientras dormía.

Hubiese llorado si supiera cómo hacerlo, pero se limitó a quedarse allí durante toda la noche, observando a quien le había arrebatado aquello que más valor tenía: la vida, aunque ella no la había valorado hasta ser consciente de que la había perdido. ¿Estaría condenada a vagar flotando alrededor de quien la había matado? ¿Qué dios macabro sería capaz de crear semejante futuro para quienes pasaban al otro lado?

No solo le habían arrebatado la vida, también estaba condenada a añorar todo lo que era importante para ella. Ya no volvería a sentir el aire denso y fresco del amanecer, el calor del sol de primavera, la diversión de un día de playa, el éxtasis de irse de compras en rebajas, probarse ropa sin parar y comprobar que le quedaba de maravilla, el aroma del café antes del primer sorbo, unas risas tras tomar unas copas con las amigas, la mirada y el flirteo de un chico guapo y desconocido, las tardes en casa antes de salir con Verónica hacia el trabajo. Verónica...

El alba despuntaba por el horizonte tras la ventana del dormitorio cuando volvió a sentir un cambio brusco a su alrededor. De repente, ya no estaba junto a su asesino. Los ronquidos de Verónica eran inconfundibles, podría reconocerlos desde kilómetros. Su compañera estaba dormida bajo tres gruesas mantas y con su cabello negro enmarañado sobre la almohada. Le había dicho mil veces que durmiese con el pelo recogido en una redecilla, así no tardaría tanto en peinarlo por las mañanas, pero Vero seguía haciendo lo que le daba la gana.

«¿Qué hago aquí? ¿Qué sentido tiene estar junto a Verónica? ¿Cómo he pasado de la casa de mi asesino a la mía? ¿Cómo lo hice antes, cuando salí de la playa? ¿Basta con pensar en una persona o lugar para que pueda aparecer allí?».

Ana permaneció en la vivienda que compartía con su compañera hasta que esta se despertó y comprobó que se encontraba sola. Ni siquiera la llamó por teléfono para preocuparse. Primero sus padres, ahora su compañera. A nadie le importaba lo que le ocurriese. Quizá estar muerta fuese lo mejor para todos.

Nadie la echaría de menos. Nadie.

2019

24 de enero

La cabeza de la chica subía y bajaba a buen ritmo, se estaba ganando con creces los mil euros que costaba disponer de una modelo profesional durante toda la noche en la *suite* del hotel. Soltó el cigarro que sostenía con una mano y el vaso de licor de la otra para apresar su cabeza cuando notó que llegaba al clímax. Gritó de éxtasis mientras ella trató en vano de resistirse, él no le permitió apartarse hasta haberse saciado. La chica corrió hacia el baño y vomitó en la taza del váter, momento que él aprovechó para tomar el cigarro y la copa de nuevo. Ella aún tosía mientras se enjuagaba la boca en el lavabo. Esperaba que la chica no pensase en un final tan rápido, la píldora azul que había tomado serviría para un segundo asalto, haría que se ganase su sueldo con creces.

—¿Aceptarás ahora una copa? Te sentará bien —le dijo cuando vio que regresaba al dormitorio.

—Está bien, ponme esa copa.

—Hazlo tú misma. Y ponme otra a mí —apuró su vaso y se lo ofreció. Ella fue sumisa, era su trabajo.

—Veo que sigues animado —le dijo a la vez que señalaba su erección.

—No todos los días disfruta uno de una preciosidad como tú.

—Pues espero que sepas que lo de antes te costará un extra de cien euros. Te dije que no te corrieras en mi boca.

—Cariño, será por dinero...

La chica se tomó la copa de dos sorbos, como si tuviese prisa por empezar; tal vez así podría regresar a casa antes. Se tumbó en la cama y comenzó a mostrar sus habilidades. Él estaba encantado, casi no tenía que ejercitarse, ella lo hacía todo, ¡y menuda cabalgada! De pronto, se giró y colocó a cuatro patas; él, al borde de la locura, se puso tras ella y agarró su larga melena para comenzar las acometidas. Sin duda era el mejor polvo de su vida, y estaba aguantando más tiempo que nunca sin correrse.

La chica gritaba, quizás eso hiciese quejarse a los demás inquilinos del hotel. ¡A la mierda todos ellos! Nadie le fastidiaría su momento. Entonces oyó los golpes en la puerta, fuertes y continuados.

—¡Que te jodan! —gritó.

Los golpes se repitieron, esta vez con más fuerza.

—¿Qué coño he dicho? ¡Vete a la mierda!

La puerta se abrió con un estruendo que le heló la sangre. Tras ella apareció quien menos imaginaba.

—Yo... yo puedo explicártelo. Por favor, no me mires así. Sé que te prometí que no volvería a hacerlo, pero no comprendes que necesito... ¡Perdóname! —suplicaba entre sollozos—. ¡No! ¡Déjala en paz! Ella no tiene culpa de nada, no lo pagues con ella, por favor.

La prostituta fue arrastrada fuera de la habitación, lloraba y suplicaba, pero su verdugo no tuvo piedad. Y a él, pasados unos segundos, tampoco pareció importarle su destino.

Y entonces despertó.

El agua fría del lavado no calmaba el calor que emanaba de su interior. Un fuego que creía extinto desde hacía una década estaba surgiendo de nuevo para atormentarlo. Ambos habían pasado por aquello, se habían tratado con un psicólogo y con fuerte medicación, y ahora volvía todo de golpe tras conocer las noticias. ¿Quién estaba detrás de los crímenes ocurridos desde hacía una década hasta ahora? ¿Quién podía conocer su secreto más inconfesable, aparte de un psicólogo que ya había muerto? ¿Qué perturbado había tomado el relevo del horror? ¿Cómo sabía que él usaba a las prostitutas para calmar sus instintos? ¿Y el lugar de la playa donde acababan enterradas?

Incluso sentía el sudor brotar en su piel bajo el agua fría. ¿Y si se daba una ducha helada? Tampoco era necesario pasarse, no quería enfermar de pulmonía. Eran las cuatro de la madrugada y no sería capaz de dormir, así que fue al salón y se sirvió una copa de coñac. El licor abrasaría su estómago vacío, pero necesitaba sentir el sabor y que su mente se nublase tras varios tragos más. Desde hacía unos años no tenía las pastillas por casa, aunque tampoco las necesitaba, no era el instinto de follar salvajemente el que ahora fluía rápido por sus venas, sino el de saber qué demonios estaba pasando.

La casa se veía siniestra en el silencio y oscuridad de la noche, partió del salón hacia el pequeño espacio que usaba de despacho, allí también tenía algunas botellas de licor. Caminó despacio, sin hacer ruido para no despertar a su familia, y cerró la puerta tras de sí cuando llegó a su destino. Encendió la luz y se sentó tras el escritorio, en uno de los cajones tenía *bourbon* o coñac, si no le funcionaba mal la cabeza. Encontró una botella en el tercer cajón, quitó el tapón y olió el contenido, coñac. Ya no tenía el vaso a mano, así que dio un largo trago directo de la botella.

El licor bajó despacio por la garganta, arrasando con los pensamientos agoreros y con las neuronas que aún permanecían despiertas en su mente. Dos

tragos más y sentiría el cálido abrazo del sueño. Mientras eso sucedía, encendió el ordenador y esperó paciente a que cargase el sistema operativo y luego los programas. Dio otro sorbo a la botella antes de ponerse a buscar en las carpetas de fotos de años anteriores. Recordaba haber guardado allí, bajo contraseña, cientos de fotos que él mismo reveló sobre lo que habían hecho a las pobres chicas con las que él se había cruzado en sus momentos de debilidad. Eran el único rastro y prueba del pasado, del rincón de sus mentes que estaba dañado por aquel entonces. Lograron curarse con medicación y sesiones de terapia, pero él guardó las fotos como vestigio de quienes fueron y no volverían a ser jamás. Hacía mucho que no abría aquellas carpetas, por eso tuvo que escribir dos veces la contraseña para lograr abrirlas, casi no recordaba la fecha de su boda.

Ante él apareció el horror, cuerpos inertes sobre la arena, oscuridad ultrajada por un débil flash, sangre y vísceras como testimonios del cruel final de lo que eran las vidas de pobres despojos sociales que habían elegido un camino equivocado. Ya casi había olvidado a algunas, aunque en las fotos no se apreciaba bien la cara por estar tumbadas y con los rostros distorsionados por el dolor y la muerte. ¿Catorce carpetas? Solo debería haber diez. Él vio morir a diez chicas y creo diez carpetas con las fotografías, pero allí había cuatro carpetas más. Las fechas de creación eran de la última década, cuando ya estaban curados. ¿Quién había entrado en su ordenador privado y había colocado aquellas carpetas dentro? Abrió la primera y rompió a llorar. Dio un trago más a la botella y continuó abriendo más carpetas de fotos. Aquello no podía estar ocurriendo. ¿Quién estaba detrás de semejante barbaridad? ¿Ella de nuevo? Eso debía ser... porque la otra opción era imposible... imposible...

Cabezas aplastadas, algunas trituradas por el impacto de grandes piedras, cuerpos azotados hasta deformar sus brazos, entrepiernas sangrando hasta un extremo enfermizo. Las fotos eran de mucha más calidad que las suyas anteriores, eran de una cámara digital y hacían zoom sobre el ano y la vagina en algunas de las tomas. Sintió ganas de vomitar al verlas.

Lloraba sin parar al observarlas.

Alguien más enfermo aún de lo que ellos estuvieron había retomado su ¿legado? Y estaba masacrando a las pobres desgraciadas con las que se encontraba. Pero solo podría tener acceso a su ordenador privado si lo conocía de un modo íntimo, si tenía acceso a su casa. Sus sospechas de días anteriores, cuando conoció las noticias, se habían cumplido.

Dio un último trago a la botella y apagó el ordenador. Salió del pequeño despacho y regresó en silencio a su dormitorio. Su mujer respiraba pausadamente cuando entró, era el único sonido que escuchaba, el único que deseaba oír. El monstruo de su interior había desaparecido con el licor, pero

habían surgido dudas y sospechas que no le permitirían dormir tranquilo esa noche.

Quizá ninguna noche más.

Solo había una persona que podía estar detrás de esos crímenes...

No, eso era imposible.

Y rompió a llorar con las manos taponando con fuerza la boca para que su mujer no lo escuchase.

Hacía frío y la humedad impedía que sintiese los dedos de los pies dentro de sus zapatos. Era demasiado tarde y quería estar en casa acostado junto a su novia, descansando antes del día duro de trabajo que le esperaba al amanecer, pero no podía dejar tirada a una colaboradora a la que había metido en un lío.

Marcos Navarro se bajó de su coche ante la puerta que más miedo le daba, más aún yendo sin David ni haber avisado a la comisaría de sus acciones. Por si todo eso no fuese suficiente, lo que se encontraría al otro lado sería una hostilidad como nunca antes había vivido. La puerta se abrió antes de que él llamase al timbre, uno de los hombres de confianza de Poli lo condujo hasta un salón que nunca antes había visto, allí estaban Sofía Vidal y el proxeneta, este último enfundado en una bata de seda de lo más hortera.

—Por fin, inspector.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Marcos, aunque sabía de sobra lo que Sofía iba a hacer esa noche. Él mismo se lo había sugerido entre líneas.

—Tu colaboradora —hizo hincapié en esa última palabra—, estaba rondando hace una hora por mi propiedad sin haber llamado a la puerta.

Sofía se mostraba asustada, eso era nuevo para él.

—Creo que estamos ante un malentendido, y que todos nos alegraremos tras solucionarlo. La chica tenía orden de controlar la información de las prostitutas y de hablar otra vez contigo, tal vez no usó la vía más diplomática, pero no creo que sea beneficioso para ti que la retengas en casa en contra de su voluntad.

—Mira, primo, yo puedo ser muy tolerante con la Policía si se porta como lo has hecho tú hasta ahora, pero no consiento que nadie entre sin permiso en la casa en la que vive mi familia.

Marcos notó que la mirada y el tono de voz de Poli no se parecían a los sumisos de las veces anteriores, estaba realmente enfadado y sería complicado salir de allí sin usar la imaginación. Sofía había cambiado su semblante, parecía debatirse entre romper a llorar o tratar de partirle la cara a alguien. Marcos nunca lograría entender a aquella chica del todo.

—Vamos a tratar de solucionar este problema entre todos y que podamos

regresar a dormir sin más contratiempos. La chica ha cometido un error que no volverá a producirse. No ha habido daño alguno y por eso no creo que...

—No tan deprisa, aquí nadie se va a su casa sin que yo reciba una compensación. Hablas muy bien, primo, pero eso no me convence.

—Te he dicho que no me llames primo.

El tono de Marcos hizo que Poli cambiase su sonrisa de superioridad por un gesto algo más intranquilo. Sofía esbozó una leve sonrisa.

—Está bien, inspector, pero no puedo dejar ir a la chica así como así. Quiero inmunidad en mis asuntos personales.

—¿Qué crees que es esto? ¿Una película de Will Smith? ¿Piensas que voy a dejarte hacer lo que te dé la gana en la ciudad? No serás tan imbécil como para creerte eso. Ahora mismo esta zona está siendo rodeada por más de veinte patrullas, a una orden mía, o si no aviso por radio en los próximos cinco minutos, entrarán en cada casa, negocio, almacén y garaje del barrio. A los delitos que ya sabes que puedo acusarte, añadiría el de secuestro. Saldrías de la cárcel con canas y un bastón.

—Pero esa chica ha entrado sin mi permiso en mi casa, eso es un allanamiento.

—Ella no ha hecho nada que te perjudique, así que déjate de historias y vete a la cama. Bastante deberías agradecerme que no te lleve al calabozo por haber tenido tan mal gusto al decorar esta casa.

—Esta casa la decoró mi mamá...

—Vamos. —Marcos tendió una mano a la chica, esta la tomó y se levantó de la silla—. Y recuerda ponerme al corriente de lo que te enteres del caso que sigo. ¿Entendido?

—No me jodas, ¿te vas así? ¿Qué sacó yo de todo esto?

—Sigues en libertad, sigues con tus negocios, ¿te parece poco? ¿Quieres ver cómo arruino tu vida y la de tus primos, aquí presentes, con una simple llamada?

—Joder, joder, vete a la mierda. ¡Vamos, fuera de mi casa los dos!

Marcos contuvo la sonrisa mientras caminaba y llevaba de la mano a Sofía, aún sudada y temblorosa. Salieron de la propiedad y entraron en el coche del inspector. Hacía más frío aún, pero la calefacción hizo efecto rápido. La chica parecía abrumada y reacia a mirarle a la cara.

—¿Dónde tienes la moto?

—Cerca, en el paseo de Marítimo, si es que sigue allí.

—Vamos a buscarla.

—Gracias... gracias por venir a por mí.

—Yo te metí en esto.

—Pero debo cuidarme por mí misma. He sido muy torpe, debí esperar a que

fuese más tarde. Me confié tras el buen resultado de entrar en la casa de Luis Mejía.

—¿Colocaste allí el dispositivo?

—La duda ofende, madero.

—Me encanta que me llames madero. Una pena que con Poli no te saliera bien, me hubiera gustado oír sus conversaciones y tener accesos a sus secretos.

—¿Quién te ha dicho que no haya salido bien?

Marcos la miró mientras conducía, Sofía estaba seria y con la mirada al frente, ese gesto suyo de superioridad había aparecido de nuevo.

—Eres toda una caja de sorpresas. Ya me dirás si escuchas algo comprometedor. Espero que me informes a mí antes que a los de la cadena.

—¿Por qué iba a hacer eso? Ellos me pagan.

—Y yo he evitado que te maten, te corten en pedazos y te usen como comida para los peces que bajan por el río hasta la marisma. Si quieres protección policial, debes darme prioridad a la hora de tener algo interesante que contar.

—Te lo has montado bien. Acepto tus condiciones, pero quiero inmunidad si el comisario sigue tras de mí, quiero poder contar la verdad sin que ningún facha de mierda me lo impida. Quiero tu palabra de que puedo decir lo que quiera siempre que sea verdad.

—¿No tienes autocensura?

—¿Qué es eso?

—No me vaciles. Piensa en las familias de las chicas asesinadas, en lo que sentirían al oír detalles de sus muertes. ¿No sufriría tu madre si alguien notificase tu muerte al detalle ante millones de espectadores, con fotos y vídeos del crimen?

Sofía no dijo una sola palabra, permaneció inmóvil a pesar de que estaban justo frente a su motocicleta. Tampoco se bajó del coche.

—¿Lo harás por mí? ¿Me consultarás cada noticia que vayas a dar y las grabaciones que emitirás en tus reportajes? Recuerda que no podré protegerte si incumples la ley ante millones de espectadores.

—Está bien, joder, te avisaré si emito algo fuerte. ¿Es lo que querías oír? ¿Estás contento? ¡Coño!

—Esa lengua.

Sofía no pudo evitar la sonrisa al oír la expresión que su madre solía usar para regañarla por su lenguaje.

—Por cierto, ¿dónde están las patrullas que habían rodeado el barrio?

—¿Qué patrullas?

—¡Joder, estás mucho más loco que yo!

Marcos no pudo evitar la carcajada. Sofía abrió la puerta del coche y se bajó,

pero antes de cerrarla se giró para mirar al inspector con un semblante diferente a todos los que él había visto, entre divertido e inquisidor.

—¿Te apetece follar?

—Gracias por la oferta, en serio, pero solo quiero irme a casa a dormir de una puta vez.

A su derecha, Paco Hernández bostezaba mientras observaba con pesar el montón de papeles y carpetas sobre su mesa. A la izquierda, Irene Macías se mostraba absorta en la pantalla de su ordenador, tenía la mesa de la recepción impecablemente recogida, solo una taza con café además del teclado y ratón. En la taza el eslogan: Odio los lunes y el dibujo de un gatito bostezando. No sería la única cara con muestras de cansancio que vería David esa mañana.

Tras encender el ordenador y quitarse el abrigo, volvió a su ritual de buscar un café y dos bollos en la cocina. Ya regresaba al despacho cuando apareció Nuria Carvallo. Si no fuese por el uniforme impecablemente planchado, cualquiera aseguraría que llegaba de una noche de fiesta salvaje. Tenía su larga y rizada melena castaña muy alborotada y el habitual maquillaje había desaparecido para dar paso a dos oscuras ojeras.

—¿Puedo hablar contigo? —preguntó a David tras llamar a la puerta del despacho.

—Claro, ¿hay alguna novedad en el caso?

—No se trata de eso. Verás, es incómodo para mí, pero necesito decirte que siento haberte hablado como lo hice el otro día. Tú solo tratabas de ayudarme y yo me comporté como una estúpida.

—Una estúpida enamorada. Todos cambiamos nuestra percepción de la realidad cuando estamos enamorados.

—Sí, lo sé. No sé cómo he podido ser tan ingenua y creerme que había encontrado al hombre de mi vida en solo dos semanas.

—Doy por sentado que ha ocurrido algo. Has descubierto...

—Sí, justo en el bar que me dijiste. Se ve que es un tipo de costumbres. Me siento tan idiota, aunque anoche lo pasé fenomenal al tirarle dos copas encima, espero que haya enfermado con pulmonía.

—No debiste hacerlo, rebajarte a su nivel, vales más que eso.

—Eso es más fácil decirlo que hacerlo. Me sentí pletórica en ese momento.

—No lo discuto. Espero que los guardias de seguridad del local te trataran bien.

—Sí, sonreían mientras me acompañaban a la puerta.

—Has dormido poco, ¿verdad?

—¿Se me nota mucho? Me quedé en el sofá viendo la tele y llorando como una imbécil. No he pegado ojo en toda la noche.

—Buenos días, tenemos reunión en la cocina en cinco minutos.—Marcos acababa de llegar y se quitaba el abrigo a toda prisa. David y Nuria dejaron la conversación y se prepararon para lo que el comisario tuviese pensado respecto al caso.

La pizarra blanca estaba llena de apuntes separados por tipos de información. Los nombres de las víctimas y el año de la muerte por un lado; las pistas e indicios por otra; sospechosos abajo del todo.

—Tenemos a una chica muerta, que ha sido la punta de una pirámide compuesta por quince asesinatos en total, que sepamos por ahora, ya que no se descarta que el asesino usara varios lugares para enterrar a sus víctimas. Tenemos al anciano que descubrió el cuerpo de María Moreno, al propietario del club Lady's, donde trabajaban dos de las víctimas, y al proxeneta del barrio de Santa Lucía. Personalmente, me encantaría quitar de la circulación a ese tal Poli, le haríamos un gran favor a esta ciudad y a cientos de familias. Pero es el único fichado de los tres y las huellas encontradas en el último cadáver no concuerdan. Quiero que se les tome las huellas a los otros dos hoy mismo, ya que no tenemos ninguna concordancia con criminales fichados por la Policía Portuguesa ni por la Interpol y Europol.

—Dudo que Poli se manchase las manos por sí mismo, podríamos pedir una orden al fiscal para tomar las huellas de todos sus hombres de confianza —dijo Marcos.

—No creo que sea necesario —interrumpió Nuria—. Ayer busqué en la base de datos a los esbirros de Poli y están todos fichados. Ninguno concuerda. Claro que puede tener gente nueva contratada, matones que estén limpios.

—No, los gitanos no se fían de gente extraña, solo se rodean de familiares y amigos de la infancia. Y en aquella zona tienen todos antecedentes.

—Bien, entonces necesitamos las huellas del dueño del club Lady's, también las de sus guardias de seguridad y camareros.

—Quizás el ordenador encuentre al dueño de la huella antes de que eso ocurra —apuntó David.

—El ordenador está comparando una por una las diez huellas de los cuarenta millones de españoles, eso podría tardar meses. Y no se descarta que pudieran ser huellas de otra persona. Que el asesino llevase guantes pero las huellas se las dejase algún cliente de la prostituta horas antes de la muerte. Prefiero que os pongáis a trabajar cuanto antes en esto. Por cierto, Marcos, ¿qué sabes de la

testigo protegida?

—Iba a hablar de nuevo con ella, no quiero presionarla demasiado para que no se cierre en banda, pero tiene que decir lo que sabe, si es que María José le dijo algo antes de morir.

—No podemos invertir dos parejas de agentes en la protección de alguien que asegura no saber nada. Si no es una testigo, no tiene derecho a ese privilegio.

—Ya tenía pensado entrar por esa vía al hablar con ella. Quizá se asuste al saber que le quitaremos la protección y eso le haga recobrar la memoria.

—¿Qué más tenemos? ¿Nada? Señores, no hemos avanzado en estos días y el asunto pinta muy mal. Si dentro de unos días no hay novedades, el caso se quedará con una dotación de solo dos investigadores.

—Paco, son quince mujeres asesinadas, no podemos archivar el caso sin darle una oportunidad mayor.

—No me jodas Navarro, soy yo el que tiene que hacer malabares para gestionar los pocos recursos humanos y económicos. Tenemos más casos al año de los que podemos gestionar, así que no vamos a perder el tiempo en crímenes de hace cuarenta años.

El comisario era tajante e inflexible en sus decisiones, por ese motivo se zanjó la conversación y los presentes abandonaron la cocina para dedicarse a sus obligaciones. Aunque antes de eso recibieron una visita inesperada.

—¡No me lo puedo creer! —gritaba Irene desde la recepción. Saltó por encima de la mesa y le dio un fuerte abrazo a la inspectora Cristina Collado, que acababa de entrar con su pequeña hija en brazos.

—Había pensado que me vendría bien venir a veros unos minutos, si no estáis muy ocupados.

—Anda ya, no seas boba. ¿Cómo te encuentras? Espero que te incorpores pronto, que no sabes lo aburrido que es el día a día sin poder contarte los últimos cotilleos.

—Ya nos pondremos al día, te lo prometo.

Cristina sonreía de forma forzada, iba sin maquillar, necesitaba teñirse las raíces de su cabello rubio y había perdido mucho peso. La mirada vacía era un claro síntoma de los antidepresivos que necesitaba para mantenerse cuerda. Nuria apareció corriendo para abrazarla, tras ella venían todos los demás policías que se encontraban en la sala. Paco observó el despliegue desde su despacho y a punto estuvo de salir para poner orden y decirles a todos que dejaran la tertulia para después del trabajo, pero se acordó de Fran y del caso del mes anterior. No, no podría ni mirar a Cristina a la cara todavía; así que se ocultó tras una carpeta e hizo como que estaba ocupado leyéndola.

—¿Se puede?

La voz de la chica fue poco más que un susurro, pero perforó con fuerza su pecho al oírla.

—Claro, pasa. ¿Qué tal estás? ¿Te incorporas ya? No ando muy sobrado de efectivos y necesito a mis mejores policías en la calle. —Trató de mostrarse frío, ni siquiera la miró a la cara.

—Sé que lleváis un caso complicado, pero no creo que pudiera seros de mucha ayuda, quizá dentro de un mes o dos.

—Claro... Tómate el tiempo que necesites. —Pasaba las hojas del informe como si realmente las estuviese estudiando. Se hizo un incómodo silencio durante unos segundos.

—¿Sabes? No creo que sea sano que te martirices, tú no tuviste la culpa.

Paco dejó la carpeta sobre la mesa y suspiró hondo.

—Claro que sí, el director de una orquesta tiene siempre la culpa cuando uno de sus músicos no tiene el nivel adecuado. Además, yo le di ese destino a Fran.

—Tú no sabías lo que iba a pasar.

—Eso no es excusa. Un comisario sabe que sus chicos pueden morir si se toman decisiones equivocadas.

—Está bien, nunca ha sido fácil discutir contigo. Supongo que los dos tendremos que dejar pasar el tiempo antes de volver a afrontar el trabajo con una sonrisa.

—Un comisario no se puede permitir ese lujo. Ni sonrisas ni llantos, ni diversión ni depresión. Supongo que lo comprenderás con el tiempo, tienes madera de comisario.

Cristina no dijo una palabra más, se limitó a asentir con la cabeza y marcharse. A Paco le hubiese gustado decirle que su hija estaba preciosa, pero era ya demasiado tarde, la chica se encontraba al otro lado de una puerta de cristal que no se atrevería a cruzar. Cristina se encaminó hacia el despacho de Marcos y David, donde encontró la cara de la moneda. Dentro estaban los inspectores y Nuria deseando abrazarla y hacer que olvidase por unos breves minutos el día a día que, por voluntad propia, soportaba desde la pérdida de su pareja.

Ni recordaba cuándo fue la última vez que encendió la chimenea del salón, quizá no lo hubiese hecho nunca, después de todo, la había colocado allí como mera decoración. Una chimenea de mármol blanco adornada con filigranas bañadas en oro, al igual que mesas, sillas y sofás, para que su madre viese el éxito de su hijo, pero esta no hizo más comentario tras verla que «se pondrá muy sucia cuando encendamos fuego». ¡Joder, para eso estaba la calefacción!

Poli llevaba años sin hacer algo con sus propias manos, así que agradeció el ejercicio de bajar a por leña a la casa de un vecino y encender él mismo el fuego que ahora crepitaba ante él. Se había sentado en un sillón y tomaba el café que uno de sus empleados le había acercado. Era el primer día en meses que no se sentaba en la terraza acristalada, quería cambiar de aires para tratar de buscar la solución a los problemas que habían surgido en el negocio en las últimas semanas.

«No basta con que las putas no quieran trabajar por miedo, ahora tengo que soportar al policía de los cojones y a esa tía rara que se mete en mi casa sin permiso durante la noche. Joder, la cosa se está descontrolando demasiado. Una cosa es castigar a una zorra por pasarse de la raya, y otra diferente que se me meta la policía en la casa a husmear y amenazarme. Esa puta de María debió pagarme por su protección, y la otra no debió ir de lista, no se debe jugar con fuego cuando uno no quiere quemarse».

Las llamas consumían deprisa la seca leña ante sus ojos. Él se bebió de un trago el amargo café e hizo llamar a uno de sus hombres de más confianza.

—¿Sabes por qué confío en ti?

—¿Por que soy tu hermano pequeño?

—La sangre es lo más valioso que existe, no lo olvides nunca.

—¿Quieres que me encargue del policía?

—No digas tonterías. Todo lo que he construido estos años se iría a la mierda si matamos a un policía. Una cosa es castigar a una puta que se lo merece, o hacerla desaparecer, y otra muy diferente si metemos a los maderos en el barrio, registrando, deteniendo, arruinando los negocios. Quiero que busques a alguien al que endosarle el muerto, a algún ricachón que venga a menudo a la calle a aliviarse el cuerpo y que pueda entretener a la policía para que se olvide de nosotros durante unas semanas.

—¿Alguien con dinero? Esos tienen abogados de los caros.

—Ya lo sé, pero eso los hará parecer más culpables.

Su hermano pequeño partió a cumplir la orden y Poli se quedó de nuevo a solas ante el fuego. No era mala idea la de desviar la atención, eso le daría tiempo. Tiempo para que nadie husmease en sus asuntos y que todo volviese a la normalidad. Las putas tenían que empezar a rendir mejores beneficios o habría castigos disciplinarios.

Había esperado hasta una hora prudente, sabiendo que ese tipo de negocios abría sus puertas casi al anochecer. El reloj marcaba las seis en punto y, con la orden del fiscal en el bolsillo de su cazadora, Marcos Navarro se dirigía hacia el

club Lady's para tomar muestras de huellas dactilares y ADN de Luis Mejía y sus trabajadores, además de conversar con Belén sobre el mutismo que había decidido adoptar. David se dirigía en ese momento hacia Mazagón para tomar una muestra de Miguel Hernández.

Mientras Navarro conducía hacia el polígono industrial en el que se localizaba el club, recordó las sensaciones encontradas por la visita de Cristina a la comisaría. Se alegró de verla, y también a la pequeña, pero no pudo evitar indagar a través del triste semblante que ahora destacaba en su cara, sus lánguidos ojos eran una ventana al infierno que estaba viviendo. ¿Qué sería de Laura y su futuro bebé si él muriese en acto de servicio? Con el paso de los años, el oficio de policía se mostraba cada vez menos atractivo. Poco quedaba de la ilusión y las ganas de comerse el mundo que tenía el día en que supo que había aprobado en la academia. Le hubiese gustado llamar a Laura en ese momento para decirle que la quería, pero había llegado al aparcamiento y no debía distraerse de sus obligaciones. Paco cerraría el caso si no avanzaban en el mismo.

—¿A Belén? Claro, pediré a mis camareros que la llamen para que venga al despacho en cuanto aparezca.

Luis Mejía seguía tratando de mostrarse servicial, pero se veía cada vez más cansado con la presencia de la Policía en su negocio y con la sospecha que recaía sobre él. Estaba en ese momento recostado en su sillón, se tomaba una copa tras frotar el interior de sus carrillos con un áspero bastoncillo y pedía por teléfono a uno de sus hombres de confianza que fuesen pasando todos por la oficina para que se tomaran sus muestras y que avisarán a Belén a su llegada.

—No entiendo a qué viene tanta historia. ¿Piensas que pondría en juego mi negocio y mi vida entera matando a una prostituta? ¿Con qué fin? ¿Qué ganaría yo con su muerte?

—Eso podrías decírmelo tú. ¿Tienes clientes que pagan un extra por propasarse con las chicas? No me mires así, los dos sabemos que no eres precisamente una hermanita de la caridad. Aquí vendes sexo, o lo que sea que pidan los clientes. Las mujeres que trabajan aquí tienen los mismos derechos que un simple producto en una fábrica o tienda: ninguno. Haces bien en colaborar, pero no creo que lo hagas lo suficiente. Apuesto a que conoces a un buen puñado de depravados que disfrutan dando una paliza a las chicas. Quizás alguno de ellos decidió dar un paso más y buscar a una chica en la calle para disfrutar de algo más intenso en la playa. ¿Me sigues?

—Aquí no hay nadie que haga esas cosas. Los clientes que vienen son solteros de más de cuarenta años que ven aquí la forma de desahogarse de vez en cuando, otros son casados que no reciben de su mujer lo que les gustaría.

Muchos ni siquiera alternan con las chicas, solo se toman una copa.

—¿Quieres decir que nadie nunca le ha dado un guantazo a una de las chicas?

—En los años que llevo como propietario, solo unas dos veces se fueron de las manos, y fue por haber tomado más alcohol de la cuenta; nada grave ni que hiciera que las chicas tuviesen que ser hospitalizadas, ni mucho menos.

—Eso habría que preguntárselo a ellas, ¿no te parece?

—No creo que ninguna de ellas siga en activo, hace mucho tiempo. Quizás hagan la calle ahora. No sabría cómo localizarlas.

—No me estás siendo de mucha utilidad.

—Bueno, es tu trabajo encontrar al asesino de las putas, no el mío.

—Esa actitud no es la adecuada.

—¿Qué quieres que te diga? Colaboro como puedo, no tengo más información. ¡Joder! ¡No sé a qué viene tanta historia por un puñado de putas muertas! Hay más de trescientas en la ciudad.

Marcos trató de evitar el gesto de repulsión que le provocaba aquel tipo, tan acostumbrado a tratar a las mujeres como objetos que ya no quedaba el más mínimo respeto por los seres humanos que trataban de sobrevivir en su local o en las frías y difíciles calles de la ciudad. Era un candidato perfecto para ocupar el puesto de asesino, y, aun no siendo él, merecía un castigo ejemplar por el negocio que gestionaba. El inspector no comprendía cómo el ayuntamiento concedía licencias a esos negocios, quizá porque los concejales eran asiduos clientes —y con descuento— o porque era una forma de tener a algunas de las chicas alejadas del frío, la lluvia, la presencia de proxenetas como Poli...

—Aún no me explico que no te hayan dado la llave de la ciudad o el título al empresario del año. Qué sensibilidad hay en tus palabras.

—Que te jodan. Estoy harto de veros entrar en mi local para acusarme sin pruebas, para pedirnos muestras de ADN a mí y a mis empleados. No vas inculparme, o a alguno de mis chicos, para resolver el caso por la vía rápida.

—Relájate o tendrás que seguir la conversación en comisaría.

Luis hizo el amago de responder, de seguir dando rienda suelta a sus instintos, pero la cordura regresó a él y se frenó antes de estropear del todo su situación. Marcos le sugirió que se fuese a la calle a respirar algo de aire fresco mientras seguía tomando muestras. Quince minutos más tarde había terminado y tres tímidos golpes en la puerta lo hicieron sobresaltarse. Dio permiso para entrar, pensando que era Luis, pero se equivocó.

—Me han dicho que querías hablar conmigo.

Belén estaba casi irreconocible. Tanto por su cabello rubio, ahora engominado y peinado hacia atrás, como por el maquillaje intenso y por un

vestido muy corto de color rojo que no dejaba mucho a la imaginación.

—No te robaré más tiempo del necesario —respondía Navarro—. Pero tenemos que hablar.

—¿Habéis encontrado al asesino?

—No, pero quizá puedas ayudarnos. Tal vez has recordado algo que antes no me hayas dicho.

—¿Yo? Yo no sé nada, no he visto nada. Fue María José la que... Creo que ya te lo había dicho.

—En ese caso, no podré ayudarte ni protegerte más.

Parecía que hubiese caído de repente un jarro de agua fría sobre la chica, se encogió y comenzó a temblar. En su rostro apareció un conato de súplica que no llegaba a salir del todo por su boca. Parecía a punto de llorar.

—No me estás ayudando, Belén. He interferido por ti ante Luis para que estés aquí, a salvo y ganando más dinero; he hecho que mi comisario te ponga protección las veinticuatro horas del día. No puedo hacer todo eso por alguien que no ha sido testigo de nada. El dinero del contribuyente y los tratos de favor no se pueden desperdiciar así como así.

—Pero yo...

—No, por favor, nada de llantos y súplicas. No eres tan buena actriz. Si no vas a colaborar, estarás sola ahí fuera.

—Espera, espera.

Le temblaba el labio inferior, pero ya no mostraba la misma imagen frágil y desesperada de antes, algo había cambiado.

—Un Audi TT. Eso fue lo que me dijo María José.

—¿Qué has dicho?

—Fue lo único que pude sacarle cuando nos marchamos del bar aquella noche. Que el coche del cliente que se marchó con María Moreno era un Audi TT en lugar del Mercedes SLK que os contó a vosotros. Cuando os oí hablar sobre el coche, pensé que estabais equivocados, luego comprendí que Candy... María José os había mentido por algún motivo.

—Y eso le costó la vida. ¿Cuándo pensabas decírnoslo para colaborar a atrapar a ese cabrón? ¿Acaso te da igual?

—Entiéndelo, el mes pasado fue un desastre y este no ha mejorado mucho la cosa. Tener protección me da seguridad, y trabajar en el club hace que me reponga económicamente.

—¡Joder! No se puede investigar una mierda si la gente no coopera.

—Lo siento, lo siento de verdad, pero tengo mucho miedo.

—¿Miedo? Tu amiga fue brutalmente asesinada, además de María y otras trece chicas más. ¿Qué clase de egoísta eres al pensar solo en el dinero?

—¿Te parece que la vida de alguien que ha elegido este trabajo es fácil? No sabes lo que tenemos que soportar cada día. Por eso aprovechamos cada momento en el que podemos mejorar nuestra situación. Siento haber ocultado lo del coche, pero no sé si alguno de los policías es el asesino, ¿quién me garantizaba que...?

—Está bien —la interrumpió—, entiendo que tengas miedos y dudas, y no vamos a ganar nada perdiendo el tiempo en reproches. ¿Hay algo más que quieras decirme?

—No, eso es todo, te lo juro.

—No te creo, no puedo creerte. Tengo la sensación de que tú eres la llave para abrir de una vez el cuarto de los horrores. No puedo venir a verte cada día para sacarte algo más. Dentro de una semana, tal vez menos, el caso quedará archivado si no avanzamos en él. Entonces estarás sola, en la calle y sin que Luis te contrate aquí como castigo por haber tenido que hacerlo por presión policial. ¿Es lo que deseas?

Belén no respondió, se limitó a mirar el suelo. Marcos sabía que ya no podría lograr más de ella y se marchó del despacho. Atravesó la gran sala del local, sintiendo miradas afiladas a su espalda, y se montó en el coche. No encendió el motor, se quedó allí sentado durante unos largos minutos. Observó la fachada del local, limpia y con un gran neon en su parte más alta, todo un faro de esperanza para los corazones solitarios que lo viesan desde la distancia, un centro de vicio y permisividad para los que pudieran pagarlos. Para alguien que jamás hubiese visto un club de alterne, aquel edificio sería como cualquier otro, ocultando lo que sucede en su interior. Así veía Marcos a Belén, una fachada bonita con su maquillaje y vestido provocativo, pero llena de sucios secretos inaccesibles para el resto.

¿Lograría detener al asesino sin la ayuda de la chica? ¿Sería suficiente la información del Audi TT negro? ¿Sería otro coche falso, como el Mercedes SLK? ¿Acabaría Belén enterrada en la playa tarde o temprano por tratar de extorsionar al asesino?

«A la mierda. ¿Qué importa todo eso? ¿Quién desea, aparte de mí, que atrapemos al que cometió los asesinatos? Ni siquiera las compañeras y amigas de las chicas muertas cooperan para encontrar al asesino. ¿Qué pasa por la mente de estas mujeres? ¿Tanto se han insensibilizado que ya no les importa ni siquiera lo que les ocurra a ellas mismas? ¿Por qué invierto mi tiempo en un caso que nadie parece querer resolver?».

Sacó el teléfono móvil del bolsillo del pantalón y llamó a Laura, necesitaba oír su voz. Necesitaba pedirle perdón por no dedicarle más tiempo que a aquellas personas que no lo valoraban una mierda. Mientras los tonos de la llamada

retumbaban en su oído, sacó su libreta y buscó la página donde tenía apuntados a los sospechosos. Le quitó el capuchón al bolígrafo con la boca y rodeó varias veces el nombre de Luis Mejía.

El ambiente en la cafetería durante la tarde no era de su gusto, nada comparable al que solía disfrutar por las noches, tras la cena en casa de sus padres. Sofía Vidal se sentó en la única mesa que vio libre y, tras pedir un café solo, se lo tomó de un sorbo ante las miradas indiscretas de los que la rodeaban. Seguro que más de uno se levantaba para pedirle una puta foto para el Instagram. La gente ya no tenía vida propia ni modales. Ojalá pudiera marcharse a Madrid esa misma noche, sería capaz de ir en moto y no parar hasta poder quitarse el casco en plena Puerta del Sol y respirar la libertad y el anonimato que la capital le ofrecería al acogerla con los brazos abiertos.

Mientras llegaba su cita, que ya parecía retrasarse demasiado, sacó el teléfono móvil y trató de distraerse, además de crear una barrera invisible para que nadie la molestase ni ella pudiera verlos sentados a unos pocos metros de distancia, demasiado cerca, demasiado ansiosos por acercarse y preguntarle alguna estupidez para hacerse los graciosos.

—¿Eres Sofía Vidal?

—No, su hermana gemela. Piérdete, gilipollas.

El chico regresó a su mesa con el semblante cambiado. ¿Qué esperaba? ¿Dos besos y unas fotos para el recuerdo? La gente había perdido los papeles en los últimos años, ya no quedaba educación alguna. ¿Cuánto coño pensaba tardar...?

—Disculpa.

—No, disculpa tú si te mando a la mierda —dijo antes de levantar la mirada—. ¡Oh! Vaya, perdona.

—No pasa nada. ¿Un mal día?

El inspector Marcos Navarro se sentó a la vez que llamaba al camarero para pedirle un café. A su alrededor, los clientes les observaban atónitos.

—Parece que seamos dos estrellas —dijo él.

—No, el problema es que esta ciudad es como un pueblo lleno de porteras alcahuetas. Has tardado demasiado.

—Son las ocho y cuatro minutos. He llegado cuatro minutos tarde.

—Pues sé más puntual la próxima vez.

Marcos sonrió al ver que la chica tenía una actitud diametralmente opuesta a la percibida la noche anterior, cuando tuvo que ir a salvarla de lo que Poli hubiese querido hacer con ella.

—Vayamos al grano, entonces. ¿Qué tienes para mí? ¿Has recibido algo de

información de los mapeadores de señal?

—Antes de hablar de eso, quisiera saber si la Policía me pagará el equipo que pierda cuando ellos lo descubran. No es barato y me jugaría el cuello al tratar de recuperarlo.

—Los dos sabemos que la cadena te financia, incluyendo una cuenta de gastos para imprevistos.

—Pero esa tecnología la estoy usando para ayudarte en la investigación.

—No me vaciles, tú solo te ayudas a ti misma. La información que obtengas la usarás para tu propio beneficio en los reportajes. Y ahora regresemos a lo importante, ¿tienes algo para mí?

Sofía lo miraba con decepción, había perdido la oportunidad de sacar un beneficio económico extra a la ayuda prestada a los policías.

—No tengo nada relacionado con el caso. Ni el gitano ni el del club han hablado o enviado correos electrónicos sobre los crímenes. He estado buscando por sus carpetas y correos antiguos, pero parece que están limpios. Me refiero al caso, porque luego están pringados hasta el cuello con temas de drogas y trata de blancas, además de evadir impuestos.

—No me vendría mal esa información para meterlos entre rejas unos años. ¿Podrías darme las pruebas de sus delitos?

—Vaya, hemos llegado al punto más caliente de esta conversación. Ya que puedo pasarte un resumen gratis de lo que tengo sobre ellos, pero la versión completa, con detalles escabrosos, te costará una entrevista en exclusiva.

—Creo que los dos sabemos que eso último no va a pasar.

—Joder, me lo debes. Estoy colaborando contigo.

—No hables tan alto.

—Me dan igual estos paletos. Yo quiero mi recompensa por ayudarlos a los maderos. Estoy haciendo como Laura, como tu chica, me comporto contigo y tú me ayudas.

—¿De dónde te has sacado eso?

—Ella no hubiera avanzado tanto en los casos anteriores sin tu ayuda. Yo solo quiero recibir lo mío a cambio de todo lo que estoy dando.

—Te estoy señalando sospechosos, te estoy protegiendo de ellos, no puedo hacer más.

—Eso no es suficiente. Una entrevista es todo lo que te pido, no más de diez preguntas.

—Mi comisario me mataría.

—Tu comisario depende de ti, no haría más que gritarte durante unos minutos.

—No sabes lo fuerte que grita...

—Ja, ja, ja. Deja de tomarme el pelo, necesito tu ayuda como tú la mía. Prométeme una entrevista y te pasaré material suficiente como para que investiguen a esos dos y acaben en la cárcel.

—Deja que me lo piense. Por lo pronto, esta noche quiero que sigas indagando en sus llamadas de teléfono y correos, no se nos vaya a pasar ninguna conversación comprometida respecto al caso.

—Está bien, pero dame una respuesta mañana mismo a lo de la entrevista, necesito progresos para que mi productor esté contento.

—¿Dónde he oído eso antes? Pensaba que había quedado atrás... Dios, qué pesadilla.

Marcos dejó unas monedas sobre la mesa y se marchó. Sofía estaba segura de conseguir su propósito, su instinto le decía que estaba en la senda adecuada.

Hacía más de una hora que se había extinguido toda luz en el horizonte. Desde el balcón de la azotea en su casa se apreciaba el lejano atardecer sobre el mar y él solía subir a veces para contemplarlo antes de la hora de la cena, prefería ese espectáculo en silencio a los gritos que daban los tertulianos del programa del corazón que veía su mujer cada tarde.

La primera vez que vio un atardecer sobre el mar fue en aquel mismo pueblo, Mazagón, tendría unos ocho o nueve años y había ido con su abuelo en un cochambroso autobús de línea desde la capital para coger cangrejos en las rocas del antiguo espigón. En el pueblo no habría más de una docena de casas desperdigadas por entre los pinos y sus dueños se pasaban la mitad del día barriendo la arena que entraba en sus hogares. Ahora el paisaje era muy distinto, la zona estaba llena de urbanizaciones de chalés como el suyo, casas señoriales más cerca de la playa, hoteles y pensiones, todo estaba asfaltado y la calma se había esfumado, sobre todo en verano. Su abuelo y él fueron varias veces a pescar, incluso en pleno agosto, y nunca vieron más de diez personas a lo largo del día.

Tenía hambre, no había merendado y, además, el frío de la noche se resentía en sus huesos castigados por la edad. «Bastante tienes con las caminatas que te das por las mañanas y los paseos para hacer la compra. No quieras abusar o acabarás en una silla de ruedas», le decía su mujer a menudo; pero él no podría vivir como lo hacía ella. Cada vez que la observaba sentada en el sillón del salón durante horas, recordaba a sus padres cuando tenían esa misma edad. No, no podía resignarse a ver pasar los últimos años de su vida ante la televisión, con las piernas bajo una manta y quejándose del frío en invierno y del calor en verano. Sentía aprecio por su mujer, qué remedio, después de tantos años..., pero

detestaba esa actitud de abandono y derrota que adquirirían las personas cuando llegaban a cierta edad. Él había sido siempre muy activo, tanto mental como físicamente, y su forma de pensar y de afrontar la vida no habían cambiado un ápice con el paso de los años, no pensaba rendirse. En absoluto.

—Voy a hacer la cena. ¿Quieres algo en especial? —le preguntó a su mujer desde la cocina. Ya se había quitado la ropa y puesto el pijama y un batín que su hijo le regaló las navidades pasadas.

—¿Qué día es hoy?

—Jueves veinticuatro.

—¿Jueves? Pues toca sopa de ave con fideos.

«¿Toca? ¿Por qué toca? A mi me apetece comer un huevo a la plancha y una pechuga de pavo asada. ¿Por qué debo comer sopa solo porque sea jueves? Detesto las rutinas, salvo cuando me hacen algún beneficio, como caminar».

—Yo voy a hacerme un huevo y algo de pavo al horno.

—Vale, pues a mí la sopa y también pavo.

Miguel Hernández no respondió, se colocó el delantal para no salpicarse el batín ante la vitrocerámica y comenzó a preparar la cena, como cada noche. Su mujer transigía, apagando el televisor, mientras él colocaba los platos y cubiertos sobre la mesa del salón. A cambio de que él cocinase, no se podía ver la televisión durante almuerzos y cenas. Un trato inquebrantable.

—¿Qué has hecho hoy? —preguntó ella.

—Lo mismo de cada día, pasear y hacer la compra.

—Te he visto con el coche.

—Hace tiempo que no conduzco y estaba preocupado por la batería. Si algún día tenemos una emergencia y no arranca, tendremos un problema.

—¿Al final vas a comprar el barco?

—No, ya te dije que era un gasto demasiado importante, nos dejaría la cuenta a cero. Y nosotros no hemos sido nunca amantes de navegar.

—Pero los niños vendrían más días en verano.

—Una razón más para no comprarlo.

—¿Cómo dices?

—Nada, que si los niños quieren un barco para veranear, ya tienen más de cuarenta años y pueden pedir un préstamo para comprarlo. No voy a hacerlo yo para tenerlo amarrado todo el año, pagar para el mantenimiento y la cuota del amarre en el puerto deportivo, además de la gasolina, para que tus hijos se vayan a pasar los días como ricos mientras nos dejan a los críos en casa gritando y rompiendo todo lo que tocan.

—No hables así de los angelitos.

—¿Angelitos? Están muy maleducados. Hoy ya no se educa como antes, los

niños son salvajes sin respeto. Y ya me gustaría ver cómo se las arreglarán cuando tengan que trabajar...

—Estás volviendo a ser un ogro gruñón. Pareces estar enfadado todos los días. Me recuerda la época en la que tuvimos aquella crisis.

—¿Siempre tienes que sacar eso a relucir? ¿Qué tiene que ver aquello con los niños y con nuestros nietos? No voy a comprar un barco y punto.

—¿Lo ves? Gruñón como entonces. ¿No habrás vuelto a...?

—¡No, joder, ya no tengo edad ni fuerzas para esas cosas!

—Me lo prometiste, que ninguna chica volvería a...

—¡Ya me has dado la cena! ¿Estás contenta?

Miguel arrojó la servilleta sobre el plato y se marchó furioso a dar un paseo a la calle. Su perro Roco se alegró de poder terminar los restos de su comida antes de acompañarle.

El enfado le duraría unos días más, no solo provocado por la impertinencia de su mujer, siempre recordando el pasado, cuando ya lo había dejado atrás hacía una década o más, sino también por el inspector que volvió para importunarlo. ¿Una muestra de ADN? ¿Para qué las quería? Él no había hecho nada...

Había llamado a muchos compañeros de trabajo para salir esa noche, pero todos rechazaron la oferta por estar cansados u ocupados, incluso Marcos, que dijo haber dormido poco las noches anteriores y necesitaba recuperarse; además, Laura había perdido las ganas de salir a cenar o de fiesta con el embarazo. Así que David Sobrá se vio cenando con su novia en *Zarate*, un restaurante que se ubicaba cerca del ayuntamiento y frente al *Real Lion*, el bar de copas favorito de la pareja.

—Empiezas por quedarte un fin de semana en casa para descansar, o ver una película en el sofá y bajo una manta, y acabas por envejecer quince años en un mes. No, señor, a mí no me atraparé la edad de esa forma.

—Tú serás un eterno crío toda la vida —dijo Sandra mientras terminaban de cenar.

—La edad se lleva por dentro y acaba por mostrarse en el exterior. Por eso muchos de mis amigos del instituto parecen ahora mi padre. Casados, con hijos, hipotecas, préstamos para el coche, ahorro para las vacaciones... Dentro de unos años más parecerán mis abuelos. Seguro que todos matarían por tener mi tren de vida, o por estar contigo, mi negra guapa.

La chica sonrió mientras jugaba con un mechón de su cabello peinado a lo afro. David levantó la copa de cerveza y ambos brindaron por la segunda oportunidad que se estaban dando. Al cabo de unos minutos, pidieron la cuenta y

se marcharon a tomar una copa al local de enfrente.

—No me has dicho nada sobre el trabajo, ¿cómo lleváis el caso de las chicas de la playa? —preguntó ella.

—Prefiero no hablar de eso. Una de las mejores cosas que tiene salir por la noche de fiesta es poder desconectar de la mierda que uno ve durante el día.

—¿Tan mal os ha ido hoy?

—No, no ha sido de los peores días, pero aun así quiero olvidarme de la comisaría y de los interrogatorios.

—Pues no te será fácil.

—¿Por qué?

—Mira quién viene por ahí.

Nuria Carvalho entró en el local algo desorientada, miraba en todas direcciones antes de decidirse a subir las escaleras de madera que daban acceso al piso superior, donde estaban la barra principal y su compañero David. Este levantó la mano para hacerse ver, ella sonrió y se dirigió hacia él.

—Ya pensaba que ningún compañero vendría a hacernos compañía esta noche.

—Espero no molestar. Si hubiera sabido que esto era una cita de parejas...

—No digas tonterías, siéntate y dime qué quieres tomar, así pido yo otra copa; y ya aviso que será la última, no quiero abusar.

Cuando David regresó, Nuria y Sandra reían a carcajadas.

—¿Me he perdido el chiste?

—Le contaba a tu novia lo estúpida que fui y lo mal que te traté cuando me contaste lo de Iván. Incluso pensé que tratabas de meterte en la relación porque querías algo conmigo. Aún me muero de vergüenza cada vez que lo pienso.

—No hablemos ahora de eso —dijo Sandra—. Brindemos por el futuro. Seguro que pronto encuentras a alguien que merezca la pena de verdad.

—Seguro que sí —añadía David—, eres una mujer muy guapa e inteligente; solo estás teniendo algo de mala suerte.

—Bueno, bueno, estáis haciendo que me sonroje. Vamos a hablar de otro tema o pensaré que estáis tratando de ligar conmigo. Y siento decirte, David, que tu novia tiene más opciones de triunfo.

Los tres rieron y brindaron por el futuro, una hora más tarde se marcharon a casa.

Y es en casa, pero en la suya propia, donde el comisario, Paco Hernández, permanecía a esa misma hora en el salón y bajo la tenue luz de una pequeña lámpara de lectura. Hacía años que no tomaba una copa, salvo en las cenas de Navidad de la comisaría, pero esa noche la necesitaba, aunque no tanto como la segunda que acababa de servirse. La ginebra quemaba su garganta, pero calmaba

los nervios que sentía desde que mantuvo la última conversación telefónica de la tarde en su despacho. ¿Quién se creía que era el fiscal? ¿Qué más da que la orden llegase desde el Ministerio y Juan Antonio solo fuese el mensajero? Seguro que ese inútil había disfrutado de lo lindo. Paco apostaba a que se había ofrecido voluntario para dar la noticia.

En todos sus años de carrera, esta era la primera vez que el Ministerio del Interior se inmiscuía de ese modo tan directo en una investigación, y después de tan solo una semana desde el hallazgo de la primera víctima. Los ciudadanos no admitirían ese ultraje, y él no pensaba cargar con las consecuencias ni las culpas; ni él ni sus muchachos. Necesitaba hablarlo con el alcalde y también con Marcos y David, que eran los inspectores que llevaban el caso. La noche sería larga, no sabía cómo afrontar las próximas horas, ni si tenía que esperar a la mañana siguiente o tomar el teléfono y sacarlos de la cama.

La noche sería muy larga.

Marcos acababa de jugarse el cuello por ella por segunda vez en menos de veinticuatro horas, no podía fallarle. Cuando el inspector le contó lo que ocurría, casi se cayó del sillón de escritorio en el que estaba sentada; aquello era demasiado fuerte. Luego el inspector le preguntó si seguía firmemente los mismos principios que cuando tenía el blog. Ella le juró que podía apostar su vida, incluso su nuevo contrato, por seguir fiel a sus ideales.

Tras colgar a Navarro, marcó el número de su productor e hizo que se despertase de la cama para informarle de una conexión en directo.

—¿A estas horas? No tendremos nada de audiencia.

—Pero seremos los primeros en dar una jugosa noticia sobre el caso.

—¿Tan importante es? ¿De qué se trata?

—El caso está oficialmente cerrado.

—Eso es imposible, solo llevan una semana. No van a archivarlo tan pronto cuando hay quince mujeres asesinadas.

—Ha sido por orden directa del Ministerio del Interior. Alegan falta de pruebas, algunos de los crímenes tienen más de cuatro décadas y necesitan a los inspectores para ponerse al día con otros casos igual de importantes.

—Joder, el Ministerio...

—Es algo muy gordo. Quiero hacer un directo para hacer que este gobierno de mierda se tambalee y tenga que soportar a un país enfadado.

—Tranquila, no te alteres. Ahora no estás haciendo un blog reivindicativo, aquí hay muchos intereses y mucho más dinero aún en juego. Una decisión desde arriba es algo muy serio.

—¿De qué coño hablas?

—El Ministerio es lo mismo que decir el Gobierno. No podemos atacarlo sin tener la información bien atada y estar seguro de que no nos vaya a salpicar luego de algún modo. Tengo mucho aprecio a mi puesto de trabajo, tú deberías hacer lo mismo con el contrato que acabas de firmar.

—¿Dinero, intereses, salpicar? ¡Coño, no estamos en una dictadura!

—Deja de gritar, por favor. No, no estamos en una dictadura, pero en una democracia también hay quien tiene el poder de destrozarse la carrera de un productor, además de la de una reportera, sin pestañear siquiera.

Sofía se frotaba con fuerza la cabeza, caminaba en círculos por su habitación y decidió encender otro cigarro. Le apetecía una copa, pero no tenía alcohol en casa, salvo alguna cerveza de su padre en la nevera. Ella necesitaba algo más fuerte, incluso pensó en ir al garito de Damián para que le diese el aire conduciendo con la moto. Quizá tras un buen polvo se calmase.

—No lo entiendo, la noticia la dirán igualmente otros noticiarios.

—Pero no mencionarán al Ministerio.

—En ese caso, echarán las culpas a la Policía; los ciudadanos pensarán que son los culpables, los que se han olvidado de las familias que buscan justicia.

—Pues como siempre, la Policía está para eso ¿no? ¿Cuántas veces los has culpado tú, cuando no eran los responsables de las noticias que emitías en tu blog? Ellos solo cumplen órdenes, pensaba que estabas al corriente de algo tan básico en esta profesión.

Sofía comprendió en ese momento el error que llevaba años cometiendo. Los maderos no eran unos fascistas de mierda, como había aprendido en su primer año de Universidad, sino marionetas de los verdaderos fascistas; se trataba de monos amaestrados cumpliendo órdenes. No supo en ese momento si los detestaba menos por ello, o aún más por no rebelarse contra un sistema tan corrupto para el país.

—¿Sigues ahí?

—Sí.

—Espero que hayas entrado en razón. No me importa que hagas un directo ni que informes de que el caso se ha cerrado, pero no menciones al Ministerio o sufriremos las consecuencias. Trabajamos para una cadena nacional, recibimos subvenciones que no siempre quedan registradas en los presupuestos. No sé si me explico con claridad.

—Cristalino.

—Bien, me alegro de que comprendas nuestra situación.

—Por cierto.

—Dime.

—Si la cadena consiguiera pruebas de que el presidente del Gobierno o alguno de sus ministros ha cometido un delito o fraude de máxima gravedad, ¿qué haríamos con esa información?

—Bueno, es algo complicado de responder... más aún por teléfono. Pero te doy mi palabra de que usaríamos esa información de la forma más beneficiosa para nosotros. Comprende que nadie velará por nuestros intereses mejor que nosotros mismos.

—Está bien, haré el directo pero sin mencionar al Ministerio.

—Me alegro de saber que has comprendido cómo funciona este trabajo.

Tras colgar el teléfono, Sofía se sentó en el borde de su cama. De toda la conversación, la frase que más había calado en su cabeza era «has comprendido cómo funciona este trabajo». ¿Este trabajo? Estudió periodismo para denunciar injusticias, para luchar contra sistemas corruptos, contra el fascismo que oprime a un ingenuo pueblo que cree aún vivir bajo una idílica democracia. ¿Cómo es que había tardado tantos años en comprender que el periodismo estaba igual de corrompido que el Gobierno? Este último no era más que un amo sentado en su sillón de mando y reteniendo las correas que controlaban a sus perros de presa: policías y periodistas. ¿Quién sabe? Seguro que el perro más grande y fiero también estaba a sus órdenes y a la espera de cumplir su función, la de reprimir cualquier rebelión del pueblo que la policía no lograra: el ejército.

Sofía sintió un escalofrío al pensar en la mentira que llevaba tantos años viviendo, en lo ingenua que había sido. ¿Era Marcos también un perro fiel del sistema? No, no la habría llamado para darle la información y para incitarla a difundirla si formase parte del enemigo. No, Marcos era diferente, por eso le caía bien, por eso le gustaba tanto.

Se vistió a toda prisa, tomó el equipo técnico y se marchó en la moto a toda velocidad hasta la puerta de la comisaría central de la Policía Nacional. Allí colocó la cámara, pequeña pero de última generación, que le habían dado en la cadena, e hizo unas pruebas con el foco y el micrófono antes de pedir paso a los de arriba.

—Buenas noches, soy Sofía Vidal y les traigo un avance sorprendente sobre el caso de las quince prostitutas muertas y encontradas en una playa de la provincia de Huelva. Sé que les va a costar asimilar lo que voy a decirles, pero la realidad es así de cruel en muchas ocasiones. —Hizo una pausa de dos segundos—. ¿Cuánto creen que vale la vida de una prostituta? ¿Menos que la de una chica que trabaje de cajera en un supermercado? ¿Menos que la de una embarazada? ¿Son ciudadanas de segunda o tercera clase? Yo creo que no. Ni ese ni ningún otro oficio hace menos mujer o menos ciudadana a nadie, ni le quita el derecho a la vida. Pero, al parecer, para algunas personas no son más que estorbos, o

basura social; eso es lo que se intuye de la decisión de abandonar el caso. Han oído perfectamente, con solo una semana de investigación, el caso se ha archivado, suspendido, cerrado o como a ellos les guste decirlo. —Otra pausa de dos segundos—. ¿Están viendo lo que tengo detrás, es la comisaría central de Huelva? ¡Qué malos son los policías! ¿Verdad? Pues no imagináis lo equivocados que estáis, ya que ha sido una orden directa desde el Ministerio del Interior. Así funciona este gobierno fascista y manipulador. Así veremos a quince familias que tendrán que enterrar a sus hijas o hermanas y tragarse las ganas de ver un día entre rejas al responsable. Así es como ocurren las cosas, y así es como pienso contarlas, como hacía anteriormente en mi blog. Espero que tengan una noche tranquila, porque yo no podré dormir pensando en lo que estará pasando por la mente de las quince familias afectadas, ni sabiendo que un cruel asesino sigue suelto y con las manos libres para volver a matar a su antojo.

Sofía desmontó todo el equipo para meterlo en la mochila y partió de nuevo hacia su casa. Al entrar en su dormitorio y desnudarse para meterse en la cama, vio que tenía más de veinte llamadas y otros tantos mensajes. La mayoría de amigos que tenían su número de teléfono y querían preguntarle por la conexión para curiosear; tres de su productor, uno de Marcos y otro de Damián. Esos dos últimos eran los únicos que le importaban. Llamó al inspector en primer lugar.

—Eres la mejor —dijo Marcos Navarro como saludo.

—Aún me tienen que cortar unas cuantas veces y caer por barrancos para llegar a eso.

—Lo digo en serio. Laura es buena, pero no hubiera mordido jamás la mano que le daba de comer. Eres la mejor, solo te digo eso.

—¿Solo?

—No te comprendo.

—He perdido mi empleo por decir la verdad, por ayudarte a presionar para que no cierren el caso, a cambio quiero una entrevista tuya en exclusiva, si no te importa que sea para un medio tan cutre como un blog.

—Dicen que tu blog de noticias es el más visto del país.

—¿Eso es un sí? ¿Marcos? ¡Joder, qué cabrón, me ha colgado! ¡¡Eso es un sí!!

Sofía estaba pletórica, aunque sabía que tendría que dar muchas explicaciones el día siguiente y vería roto su contrato con la cadena, su mayor sueño. ¡Que se fueran al infierno! El blog le daba más dinero del que podía gastar y no tendría que recibir órdenes de ningún puto aburguesado vendido al sistema. ¡Cómo le apetecía follar! Tomó el teléfono y mandó un mensaje a Damián.

<Te espero en la puerta del hotel Senator en media hora>

Capítulo 7

Matilde lloró esa tarde al recordar que se habían cumplido once años desde la desaparición de su pequeña. Ana habría sido consciente del deterioro físico de la mujer, ahora casi anciana, si no la hubiese visitado todos y cada uno de esos años. Las fotos sobre la mesita de noche comenzaban a amarillear, Manuel estaba muy calvo y gordo, la casa permanecía igual, como si colocar muebles nuevos o pintar las paredes pudiera llevarse consigo el recuerdo de cuando ella gritaba desde su dormitorio que la dejaran en paz, que quería hacer su vida y que esperaba el momento de mandarlos a la mierda para no regresar.

Ana llevaba once años recordando cada día los momentos vividos en la casa de sus padres adoptivos. Un matrimonio de más de cuarenta años que la recibió con los brazos abiertos, dándole un cariño que ella nunca quiso corresponder. Se sentía una intrusa, encarcelada en contra de su voluntad. Sus padres biológicos habían muerto cuando aún no había cumplido los seis años y ella prefería seguir en el orfanato, o morirse, antes de tener que llamar papá y mamá a aquellos desconocidos; mucho menos besarlos o abrazarlos. Con el paso de los años la relación no mejoró mucho, a pesar del empeño que ellos pusieron, y acabó por marcharse al cumplir los dieciocho para vivir en un piso ocupado con un novio al que se aferró como vía de escape. De allí a hacer la calle solo pasaron cinco meses.

Un tiempo lejano que no se antojaba tanto ahora. Una época de estupidez adolescente de la que se arrepentía hasta llegar a martirizarse como en un castigo dantesco.

Jamás habría imaginado el dolor de unos padres antes la pérdida de lo que más amaban en el mundo. Y ese estaba siendo el justo castigo de Ana: ser consciente desde el otro lado, sin poder interferir, de lo que había despreciado y perdido. Claro que sus padres lo estaban pagando aún más, y sin culpa alguna. Ana parecía condenada a ver cómo se extinguían entre el tiempo y el dolor por culpa de sus malas decisiones.

¡No! Por culpa de un malnacido.

Cada pocas semanas iba a ver a su verdugo, aunque los primeros años lo perseguía a diario, pero sin saber por qué se torturaba observándolo. Ahora solo lo hacía por puro aburrimiento, como las visitas que hacía al inspector encargado del caso. En este momento se encuentra en su dormitorio, observándolo en la

oscuridad mientras duerme abrazado a su chica; sabe que van a tener un bebé y llora desconsolada al saber que ella nunca pudo formar una familia. «Ojalá sea una niña y le aguarde una vida mejor que la mía, ojalá no tome las decisiones equivocadas». Le gustaría posar una mano sobre la tripa de la chica para sentir el feto moviéndose, pero ya no podrá nunca tocar nada, solo observar el paso del tiempo.

La respiración de Marcos y su novia le produce un efecto hipnótico, es mejor que ver a sus padres dormir, ya que roncan y se mueven constantemente. Su verdugo parece un ángel cuando duerme, el muy hijo de puta.

Hace unos días, quizá hayan sido semanas o meses, el tiempo es difícil de medir en su situación, estuvo de nuevo en la playa, fue antes de que sacasen de allí los cuerpos de las chicas, y el suyo propio. Hacía años que no iba, antes disfrutaba viendo el atardecer sobre el mar; observaba la arena y se preguntaba si seguiría tan fría como lo estaba la noche de su muerte. Aquel lugar tiene algo especial para ella, le transmite paz, nunca piensa en el violento final que tuvo allí. ¿Para qué? ¿Serviría de algo?

Le gusta levitar despacio sobre la arena, como si pasease entre los pocos vecinos que se aventuran tan lejos del pueblo, quiere pensar que se sienta sobre las rocas de la torre, que juega con algún perro a tirarle un palo, que conversa con quien solo va allí a meditar o hacer ejercicio. Se siente viva en aquel sitio, a pesar de ser el lugar en el que, hasta hace solo unos días, se descomponía lentamente su cadáver.

Cada una de las veces que ha ido a la playa en esos once años, ha pensado en lo poco que se valora lo que se tiene a mano. No solo por disfrutar de un paraíso como el que contemplaba durante amaneceres y ocasos, sino también por sus padres, biológicos y adoptivos; el último recuerdo de ir con estos últimos a la playa data de la época en que iba al instituto, tendría no más de quince años y prefirió escuchar música y leer una revista de moda a estar con ellos en la orilla, bañarse o jugar al parchís bajo la sombrilla. Matilde siempre llevaba ese juego, pero ella decidió aquel día que era muy aburrido. Un juego de viejos o de niños pequeños.

Darí­a lo que fuese por volver a estar con ellos, por pasear, darles la mano y que oyeran su voz. Decirles un tímido te quiero y quedarse dormida en el sofá de casa con la cabeza apoyada en el regazo de su madre mientras su padre veía un partido de fútbol.

Observó otra vez a Marcos y a su chica, extendió una mano despacio, hacia la tripa de ella, pero no logró más que atravesarla como si fuese humo.

Ojalá pudiese llorar, eso la haría sentirse bien consigo misma.

25 de enero

Destellos de fuego comenzaron a recorrer el cielo sobre los edificios. Sofía Vidal sonreía al mirar hacía arriba y ver cómo el alba daba paso con premura al amanecer mientras ella disfrutaba del momento. Calles desiertas para sentir el olor del húmedo invierno sin contaminación de tubos de escape. El suave ronroneo de su moto como único sonido. Recuerdos muy frescos, unos de lucha, otros de indignación, el resto de sexo desenfrenado. No tenía prisa, era mucho mejor dejarse llevar por las sensaciones durante el trayecto hacia su casa, atesorarlo en sus recuerdos.

Aún sentía el calor en la entrepierna, Damián se había entregado a fondo. Lo que no comprendía, quizá nunca lo hiciese, es por qué había pensado en Marcos mientras se lo montaba con el camarero. El inspector iba adoptando un cariz similar al que ocupó durante años su pareja: Laura Moreno; aunque no era solo admiración lo que sentía por él, por su forma de trabajar y de ser, sino también por lo que lograba despertar en sus instintos más primarios, esos a los que nunca daba importancia pero lograban explotar en su interior cuando ya llevaba demasiado tiempo ocultándolos. Debía apartarlo de sus pensamientos, aunque no sabía cómo. Decidió parar en una churrería cercana a su casa para llevarles unos churros a sus padres; no quería imaginar la cara que pondrían al despertarse, ir a la cocina y encontrarlos sobre la mesa. Estarían fríos para entonces, pero lo que importaba era el detalle.

No pudo evitar comerse uno mientras subía por las escaleras hasta la segunda planta. El aceite del paquete de papel en el que iban envueltos había manchado su cazadora, ahora brillaba como si se hubiese mojado bajo la lluvia. En su garganta parecía aún más pringoso, pero el sabor lo compensaba; y sintió reponer sus fuerzas de un modo milagroso.

—¡Joder con la comida basura! Menos mal que esta noche he quemado con creces las calorías que ahora estoy comiendo.

Devoró otro churro y se marchó al dormitorio. No había dormido lo suficiente tras el encuentro con Damián y sentía el cuerpo pesado. Antes de despedirse de una jornada inolvidable, miró el reloj del teléfono móvil, donde había más de sesenta mensajes y otras tantas llamadas perdidas, eran las siete y tres minutos de la mañana.

Debió bajar la persiana, porque la luz del sol que entraba por la ventana hizo que se despertara cuando estaba soñando algo maravilloso. Marcos era su pareja y Damián un amante casual que le brindaba noches esporádicas de sexo salvaje cuando el inspector se quedaba a trabajar en la comisaría durante la madrugada. Aunque no todo era tan idílico, también se veía despedida del trabajo, el blog había sido secuestrado por el gobierno y se dedicaba a ser ama de casa, cuidando a dos hijos que no sabía muy bien cómo habían aparecido.

Se quitó las legañas de los ojos y estiró su cuerpo con tanta fuerza que oyó dos crujidos en la espalda. Como solía hacer cada mañana, se puso el albornoz a modo de bata sobre el cuerpo desnudo y fue a desayunar, aunque antes entró en el cuarto que usaba de centro de operaciones cuando vivía del blog. ¿Quién sabe? Quizá regresase a él ese mismo día. Abrió la tapa del ordenador portátil y actualizó las estadísticas del último post subido: más de nueve millones de visitas y cincuenta mil comentarios. No estaba nada mal. Ahora comprendía que su productor la hubiese llamado tantas veces al móvil.

Se dirigió a la cocina, no quedaba ni rastro de los churros. Tampoco pensaba comérselos. El reloj del microondas marcaba las once y cuarto. Por algún extraño motivo, no se había fijado en la hora en la pantalla del móvil ni en la del ordenador. Se preparó un café bien cargado y se sentó allí mismo a tomarlo, en silencio. Pensó que quizá debiera llamar a Marcos, pero se sentía algo incómoda tras el sueño y los deseos sentidos en los últimos días. Así que optó por la opción que mejor le sentaría tras reponer fuerzas con la cafeína: llamar a su productor y cagarse en sus muertos.

—¿Te parece bien lo que nos acabas de hacer?

—Que te follen. ¿Pensabas que llamaba para recibir la reprimenda como una chica buena o para disculparme? Ayer me la intentasteis jugar, no me vengas de víctima, sería la situación más irónica y de vergüenza ajena de mi vida.

—No podíamos dejarte entrar en directo. No me fío de ti.

—Es mutuo.

—Esa emisión en tu blog ha sido tu condena. Lo sabes ¿verdad? El contrato está roto.

—Me parece bien, me quedaré con el equipo técnico a modo de finiquito.

—¿Finiquito? ¿Estás de broma?

—También puedo convocar a la prensa del resto de canales y contarles con todo lujo de detalles nuestra conversación de anoche. La protección al gobierno cuando los intereses son altos. ¿La recuerdas?

No hubo respuesta, había colgado. Sofía emitió una sonrisa amarga. Había

sido fiel a sus ideales, como se prometió a sí misma y también a Marcos, pero acababa de perder el contrato con el que había soñado desde que decidió crear su blog de noticias. «Ni una semana has durado, puedes estar contenta», pensó.

Mientras se vestía en el dormitorio, volvió a usar el teléfono.

—Pensé que me llamarías más tarde. ¿Cómo estás?

—He tenido días mejores —respondió Sofía al inspector.

—Lo que hiciste anoche no pienso olvidarlo. Te concederé esa entrevista en exclusiva, aunque Laura me haga dormir en el sofá durante una semana.

Sofía disfrutó ante la idea de que Marcos hiciese por ella lo que nunca había hecho por Laura Moreno. Aunque, ciertamente, lo que más la satisfacía de ese comentario era la idea de que Laura se enfadase. Tuvo la repentina fantasía de entrar en casa del inspector y consolarlo mientras estaba castigado en el sofá del salón, follárselo a sabiendas de que pudiera pillarles Laura, dormida al otro lado de una pared. Sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos y se centró en la conversación.

—No me vendría mal que esa entrevista fuese hoy mismo, esta tarde, para que me dé tiempo a pensar y redactar las preguntas. ¿Podría ser en la comisaría?

—Dudo de que puedas pasar de la recepción sin que Paco ordene que te detengan, está deseando tenerte un par de días en el calabozo para compensar lo del último caso.

—Está bien, lo haremos en la playa.

—¿La playa?

—Allí mataron a las chicas, ¿no?

—¿Iremos hasta Mazagón? Eso nos llevará mucho tiempo, no sé si dispondré de...

—No, joder, nos vale con alguna más cercana, la Punta del Sebo, mismamente, así se verá el monumento a Colón de fondo. Quedará muy castizo.

—Como tú quieras, te lo debo. Por cierto, ¿cómo se lo han tomado en la cadena? ¿Vas a tener problemas?

—Eso ya se acabó, vuelvo al blog.

—Vaya, siento oír eso.

—Ganaré más dinero y no tendré jefes. Además, no vuelvas a sentir lástima por mí, lo detesto.

—Está bien, entonces me alegro por ti. Ahora tengo que dejarte, me están esperando para una reunión.

—Espera, antes de colgar me gustaría preguntarte sobre el caso. ¿Qué pasará ahora? En el supuesto de que no lo archiven.

—Que atraparé a un asesino de mujeres, quizá a dos.

—¿Dos?

Cambiaba los canales del televisor y, sin importar cuál fuese, nacional o autonómico, allí estaba omnipresente la cara de esa vampiresa, gótica o lo que cojones fuese. Tras tantas décadas en el cuerpo lidiando con compañeros, superiores y subordinados inútiles, con casos imposibles, con criminales de la peor calaña, iba a ser una cría de veinte años con la cara llena de alambres la que le provocase un infarto.

Desde que el fiscal lo llamase en la madrugada, supo que contarle a Marcos la noticia del cierre del caso provocaría una reacción en cadena que arrasaría incluso con puestos de trabajo. Bueno, una prejubilación no le vendría mal. Miraba por la ventana, hacía un sol de justicia aunque el viento soplaba helado; quizás con un buen chaquetón y un gorro de lana pudiera aguantar tres o cuatro horas pescando en la zona de Isla Canela.

—Paco, ¿estás bien? —Marcos había irrumpido en su despacho sin llamar o, al menos, el comisario no lo había oído.

—Mejor que nunca, ¿no se me nota?

—Llevas toda la mañana cambiando cada cinco segundos de canal.

—Es adictivo. Creo que, si aguanto una hora más, acabará por gustarme esa chica. ¿Cómo se llama la gente que se viste así? ¿Góticos?

Marcos no respondió, observaba al comisario mientras seguía con la mirada fija en la pantalla del pequeño televisor de su despacho, cambiando una y otra vez.

—Si te sirve de algo —dijo por fin el inspector—, la chica sabía que emitir la noticia sería su suicidio profesional a solo una semana de haber entrado en ese trabajo. He hablado con ella hace dos minutos y me ha confirmado su despido.

—Pues se está dando un buen baño de masas. No creo que le falten oportunidades en otras cadenas a partir de hoy. Por cierto, es curioso que no consigas encontrar y detener a la chica, a pesar de habértelo pedido tres veces en el último mes, pero luego hablas con ella por teléfono a menudo. Incluso hizo la conexión anoche desde la misma puerta de este edificio.

—Sí, es muy curioso. Debe ser porque es muy escurridiza.

Paco le miró por primera vez desde que habían comenzado la conversación. No le gustaba que usasen el sarcasmo, a pesar de que era un recurso suyo bastante habitual.

—No me esperes para la reunión, tengo que partir para el ayuntamiento, allí tendré que soportar el enfado del fiscal, las preguntas del alcalde, que no podré responder; quizás incluso llamen del Ministerio para cortar alguna cabeza.

—Lo siento Paco, siento que esto te dé quebraderos de cabeza, pero es

nuestro trabajo y no podemos consentir que nos digan cómo y cuándo hacerlo. Una chica de veinte años nos ha dado una lección esta noche sobre lo que son principios.

—Sí, lo sé. En fin... —suspiró hondo, Marcos nunca le había visto tan derrotado.

—¿Quieres que luego quedemos para tomar una cerveza y charlar?

—No, tienes un caso del que ocuparte. Serás un buen comisario, aunque no apostaría porque durases mucho en el cargo. —Marcos sonrió—. Vamos, te están esperando.

—Sí, es cierto. Luego te llamaré para contarte cualquier evolución.

—Marcos —le dijo antes de que el inspector cerrase la puerta.

—¿Qué?

—Encuentra a ese cabrón.

Los inspectores y agentes destinados al caso sabían que aquella podría ser la última reunión al respecto. De hecho, oficialmente el caso estaba cerrado, aunque todos confiaban en que la presión de los medios hiciese cambiar de idea al Ministerio y les diesen un mayor margen de tiempo, aunque solo fuese ese mismo día. No hubo tiempo para bromas ni charlas sociales. Llevaban desde las ocho de la mañana organizando el trabajo y haciendo comprobaciones en el sistema, ahora tocaba salir a la calle y buscar una prueba, un testigo, se conformaban con un indicio que los colocase en la senda.

—Somos un sabueso que ha perdido el rastro de su presa, aunque eso no es lo más preocupante. Nuestro amo, ya sin ganas de encontrarla, comienza a tirar de la correa para regresar a casa. Yo quiero hincarle el diente al animal que ha cometido esos asesinatos. Quizá sean dos. Si abandonamos el caso, la imagen que daremos a la población será pésima, de desamparo e ineficacia. No me importa mucho lo que piensen otros de mí, pero sí quiero que se haga justicia y que las familias de las chicas sepan que el asesino o asesinos están entre rejas.

»Las huellas dactilares sobre el cuerpo de María José no se corresponden con ninguno de nuestros tres sospechosos ni de sus personas de confianza. Eso puede significar dos cosas: o el asesino es alguien que aún desconocemos o las huellas son de algún pobre diablo que contrató los servicios de la chica antes de que ella se encontrase con su asesino.

—Según el informe, las huellas estaban por el cuello, el pecho, las muñecas y las piernas de la chica —apuntó un agente.

—Las huellas que dejaría un asesino al forcejear no son muy diferentes a las que dejaría un amante tras un rato de desenfreno —le respondió Marcos. Claro

que, teniendo que improvisar al deshacerse de la testigo, pudo cometer un error fatal y olvidar los guantes; cosa que dudo si es alguien inteligente y metódico.

—O no.

—¿Cómo dices?

—Has dicho antes, o has dado a entender, que un tipo que practica sexo con una prostituta se comporta como lo hacemos nosotros con nuestras parejas. — Los presentes sonrieron y un murmullo creciente se apagó en cuanto Marcos tosió para poner orden—. Quiero decir que las prostitutas de la calle suelen hacer *trabajos* muy rápidos en el propio coche del cliente, casi no se quitan la ropa y logran su objetivo en pocos minutos.

—Te entiendo, sería extraño que quedasen tantas huellas por todo el cuerpo desnudo de la chica. Eso nos dejaría una única opción, que el asesino es alguien que aún no hemos descubierto. Alguien que se oculta en el anonimato y que observa lo que pasa desde su televisor. Pues no le daremos el gustazo de que se sienta impune. Apuesto a que volverá a matar, si no lo ha hecho ya, y a crear otro cementerio en otra playa o lugar que tarde cuarenta años en descubrirse.

—Tú mandas —dijo David.

—Irene, quiero que llames a Maite al hospital y que te confirme después de estos días de análisis y pruebas que sigue pensando en dos asesinos, y que te dé su opinión personal sobre las huellas. Quiero saber qué piensa sobre la localización y la presión de cada una. Luego elabora un informe y adjúntalo al listado de prostitutas que tenemos fichadas. Quiero que cada uno de los que estáis aquí, y de los agentes que quieran sumarse para ayudar, tengan una copia de ese informe y se repartan las direcciones donde vive cada una de las prostitutas. Iremos a verlas para informarles de que no abandonamos el caso, que investigaremos durante nuestro tiempo libre si fuese necesario, que las protegeremos y atraparemos al asesino; luego quiero que consigáis el máximo apoyo de ellas, dadles el teléfono para que informen de cualquier Audi TT negro que vean por el paseo Marítimo.

—¿Confías en la información de Belén? —le preguntó David.

—Estaba muy asustada al pensar que íbamos a retirarle la protección y que dejaría de trabajar en el club. Creo que lo del coche fue sincero. Una pena que no desembuchara más, apuesto a que sabe algo sobre el asesino.

—Podemos traerla e interrogarla.

—Se cerraría en banda, no lograremos nada con presión. No se trata de una universitaria, una ama de casa o una administrativa que haya sido pillada mientras robaba en un supermercado. Estas chicas han vivido en pocos años un infierno que las hace invulnerables a cualquier presión que ejerzamos sobre ellas, aunque estemos diez o doce horas interrogándolas. Centraos en poner de

nuestro lado a las chicas y creo que lograremos avanzar más deprisa.

—Yo me pondré a buscar los usuarios de Audi TT negros u oscuros que haya en la provincia —dijo Nuria.

—Gracias. El tiempo apremia, moved el culo. Quizá nos corten las alas antes de terminar nuestro turno.

En la cocina había más de veinte policías, más otros diez que observaban desde detrás de la puerta abierta. Muchos de ellos estaban de vacaciones pero se habían presentado voluntarios para ayudar. Y seguían llegando más por la puerta a medida que avanzaba la mañana. Irene pensó que necesitaría recargar de papel la fotocopidora para hacer tantas copias.

El griterío era ensordecedor, y eso que los ventanales de su despacho tenían un grosor considerable. Al otro lado de los visillos se observaba una turba furiosa, más aún que en las manifestaciones que tuvo que soportar un mes atrás, cuando le estalló en la cara el caso del asesino de embarazadas. Entendía que el pueblo se indignase o preocupase por casos de tanta gravedad, pero no cabía en su cabeza aquel ensañamiento que estaba recibiendo por algo de lo que no era responsable. Si el Gobierno, a través del Ministerio del Interior, había tratado de cerrar el caso, ¿qué tenía eso que ver con él? Ni siquiera militaba en ese partido político. ¿Por qué no se manifestaban dos calles más allá, justo en la sede del partido?

¿Cuántos días le quedaban para terminar el mandato? Seguro que eran demasiados.

Diego Murillo se ocultó una vez más tras los visillos, amparado en la oscuridad del despacho, y observó cómo estaban montando una tarima y colocando altavoces. No, no podía ser... al fondo de la plaza había una furgoneta negra que reconoció en el acto. «No se atreverá a... Claro que sí, maldita sanguijuela. No imagino el futuro que le depara a esta ciudad si semejante estafador coloca a su hijo como alcalde». Diego se apartó de la ventana y se sentó en el sillón ante su escritorio, abrió un cajón y sacó una caja de ansiolíticos, tomó dos pastillas y trató de relajarse antes de la reunión que mantendría con el fiscal encargado del caso y el comisario.

Sin poder evitarlo, llegó a su mente el recuerdo de su primer día de mandato. Habían pasado menos de cuatro años, pero parecía haber sucedido varias décadas atrás. Una de las primeras personas que entró en su recién estrenado despacho fue Ignacio...

La sonrisa estúpida que provoca el éxito está fusionada a su cara de un modo que no logra comprender, pero no le importa. Es su día y solo puede pensar en los aplausos, vítores y felicitaciones que llegan en un volumen tal, que no puede asimilar, mucho menos responder a todos los que han tenido el detalle. Piensa en su mujer, está a su lado cuando saludan juntos desde los ventanales del ayuntamiento. Se ve tan feliz, es lo que ella quería, y quizás él también; por fin va a dirigir el destino de la ciudad hacia el éxito y la prosperidad que merece. Los ciudadanos tendrán motivo de orgullo y felicidad por la mejora que observarán en breve en su calidad de vida, en el bienestar que marcará un hito en la ciudad, hasta convertirla en un referente de trabajo, clima sostenible y destino turístico internacional. Va siendo hora de barrer en condiciones la suciedad que se observa y la que otros han ocultado bajo la alfombra de la corrupción.

En ese momento suena el interfono. Aurora, su nueva secretaria, le comunica que tiene una visita. Ya le habían dicho que tendría que recibir a ilustres ciudadanos, algunos de ellos habían colaborado con su campaña de forma desinteresada.

«¿Qué le vamos a hacer? —pensó—. Es una tarea más del cargo, hay que ser agradecido con los buenos ciudadanos».

Lo que no había imaginado es que fuese el constructor y empresario Ignacio de los Santos el que entrase el primero en su despacho, un fiel colaborador del gobierno anterior, corrupto donde los hubiera. El símbolo de la decadencia y el primer saco de basura que se había prometido sacar del ayuntamiento.

—Pero mira qué sonrisa, cómo se nota que eres el hombre del momento. — El único que sonríe es Ignacio, lleva un maletín negro en su mano izquierda y tiende la derecha hacia el alcalde. Este la acepta tras dudar unos segundos. Un caballero nunca deja de lado la educación.

—No comprendo tu visita. Eres amigo íntimo del anterior alcalde y has financiado su campaña. Una campaña llena de mentiras sobre mi persona.

—¡Coño, Diego! Ya sabes cómo es la política, todo es un circo de cara a los votantes, se les da la carnaza que quieren ver y oír. Y que sea amigo de Pedro no quiere decir que no pueda serlo también de ti. Soy el empresario que más trabajo da en la ciudad...

—Y el que menos impuestos pagaba.

A Ignacio no parece molestarle tanto la interrupción como que haya usado el verbo en pasado. ¿Se le ha acabado la buena racha? Ni por asomo, un tiburón de los negocios, como se define a sí mismo, siempre lleva la carta ganadora entre las manos. Nunca mejor dicho.

—El tema impuestos es peliagudo, cualquier empresario te podrá decir lo que supone el castigo por intentar crecer, prosperar y ayudar a tu comunidad.

Para poder dar empleo a todos los habitantes que ahora tengo en la constructora, el hotel y otros negocios menores, he tenido que llegar a acuerdos con alcaldes anteriores, lo reconozco. Piensa por un instante: si hubiese pagado un treinta y cinco por ciento de impuesto de sociedades todos estos años, el número de empresas y empleados que tengo sería la mitad, o menos. Lo he reinvertido todo para crecer y dar empleo. Lo que no recauda el estado y la comunidad con mi impuesto de sociedades, lo hace con la renta y la seguridad social de los empleados que se han incorporado a mis empresas, por no hablar de que ahora ya no están cobrando el subsidio de desempleo del estado.

—Es una forma interesante de verlo; claro que olvidaste decir que tu fortuna se ha multiplicado por diez.

—Solo soy un hombre de negocios hecho a sí mismo. Un ejemplo para las generaciones venideras. Con más empresarios como yo, la ciudad y la provincia prosperaría.

—Con empresarios como tú, esta ciudad lleva estancada varias décadas. Empresarios cuyo objetivo principal es enriquecerse, el único diría yo. Esos trabajadores tuyos tienen condiciones precarias y muchos no lo denuncian por miedo al despido o a otras represalias peores. No me trates como a un imbécil, te conozco mucho mejor de lo que piensas.

El alcalde está ganando la partida, lleva una escalera. Ignacio tendrá que sacar ahora la carta que le dé el póker.

—No nos andemos con rodeos. Hemos empezado con mal pie, pero siempre se puede rectificar y convertir nuestra relación en algo provechoso para ambos. Y para el pueblo también, claro. —Puso el maletín sobre la mesa del escritorio que los separaba, despacio, luego lo acercó hacia el alcalde.

—¿Qué es esto?

—Los dos sabemos que pasar noches en vela para luchar por un futuro mejor, para conducir este barco por un mar en tempestad, conlleva muchos esfuerzos y sacrificios; incluso se pierde salud. Esto es un regalo, sin condiciones, solo un detalle para que se haga más llevadero; así compenso el haber financiado la campaña de Pedro y no la tuya. Después de todo, ningún buen político debería tener esa miseria de sueldo que tenéis. Yo gasto más en puros al mes de lo que ganarás en un año.

—¿Me estás sobornado? —Diego Murillo abrió el maletín. Dentro había diez fajos de billetes de cincuenta euros sobre otros diez fajos más: un millón de euros.

—Date un capricho, cómprate un barco de esos que parecen una mansión por dentro, invierte en ladrillo ahora que los precios están por los suelos. No sé, como si te quieres comprar un deportivo de esos de los futbolistas, yo tengo

nueve. No, tengo diez, creo.

—¿Te has vuelto loco? Esto es un soborno, podrías ir a la cárcel.

—Para, para, no vayas tan deprisa. Yo no te he pedido nada a cambio, solo te acabo de hacer un regalo. ¿Alguien ha oído lo contrario? —preguntó mirando en todas direcciones, aunque allí estaban los dos solos.

—Llévate el dinero y no vuelvas a entrar en este edificio.

—¡No me jodas! ¡Pareces nuevo, coño! No hay político en este país tan tonto como para rechazar un regalo así, o para no querer la amistad de quien da trabajo a tantos votantes.

—¿Ahora me amenazas? ¡Fuera de mi despacho, no te lo repetiré! —Se había puesto de pie y señalaba con ira la puerta.

Ignacio de los Santos acababa de perder la primera partida de póker de su vida. Los cuatro ases que sacó de la manga no pudieron nada contra la escalera de color del alcalde, el muy estúpido era de los honrados. «Durarás poco — parece pensar—, porque no pienso renunciar a los tratos de favor».

Diego vio cómo el recuerdo de aquel día se esfumaba en cuanto, al otro lado de la plaza del ayuntamiento, aparecía Joaquín de los Santos, hijo de Ignacio, y comenzaba a dar un mitin. El populismo barato daría sus frutos en solo unos minutos. Una suerte que había convocado a más de cien policías locales para contener el más que seguro disturbio que se generaría tras las mentiras e incitaciones del candidato a la alcaldía.

Entonces volvió a pensar que tendría menos canas, menos estrés y más dinero si hubiese aceptado el maletín aquella noche. Y no era la primera vez que pensaba en el error cometido; en los errores cometidos; en la ciénaga en la que se había metido.

—¡Qué asco de política!

Paco Hernández y Juan Antonio Millán estaban discutiendo a voces. Llevaban quince minutos en el despacho del alcalde mientras este seguía observando la plaza al otro lado de las ventanas. Su experiencia como empresario, y luego en ese mundo de plástico y excrementos que llaman política, le recomendaba esperar hasta que los demás se calmasen o despedazasen entre ellos. No tendría tanta suerte de que ocurriese eso último.

—¿Os dais cuenta? Ese niño me está acusando de hacer algo que, en realidad, ha hecho su partido político. Así funciona esto.

—¿Qué dices? —respondió el comisario. Ni él ni el fiscal le habían prestado

atención.

—Nada, que debemos dejar de tirarnos mierda unos a otros. El Ministerio presiona para cerrar el caso, los ciudadanos quieren todo lo contrario. Nosotros tres hemos jurado hacer lo mejor para el pueblo, no atender a partidos políticos, así que analicemos la situación, busquemos opciones y actuemos en consecuencia.

—Bueno, yo creo que, ya que dependemos del Ministerio, deberíamos atenernos a las órdenes que nos dan. Somos empleados y debemos seguir el organigrama, la cadena de mando. Ellos, desde ahí arriba, tienen una visión más imparcial. ¿No os lo parece?

—¿Dónde ha sido, Juan Antonio? ¿En las oficinas de la constructora, en alguna *suite* del hotel o en la cafetería a la que suele ir a almorzar? ¿Dónde te ha dado las órdenes y las instrucciones a seguir Ignacio de los Santos?

—Pero, ¿qué coño...?

—Cuidado con lo que dices. Mi cargo no depende de ti como el tuyo depende de Ignacio, que fue quien financió tu campaña para ser fiscal del distrito. No nos tomes por estúpidos, intelectualmente no te lo puedes permitir. Ignacio está a punto de conocer la sentencia del Tribunal Supremo por malversar fondos, sobornos y chantajes, impago de impuestos, prevaricación con el anterior alcalde... No te interesa que se descubra tu relación con él. —Paco les miraba con asombro, en silencio—. No estamos aquí para hablar de chanchullos ni favores, por eso no te voy a consentir que te pongas a dinamitar la reunión para llevarla hacia los intereses de ese delincuente.

Juan Antonio se había sonrojado hasta tal extremo, que nadie se hubiese extrañado si le hubiera explotado la cabeza. Comenzó a titubear:

—Yo... yo no quería...

—Me da igual lo que quisieras, pero lo estabas tratando de hacer. Ignacio se aferra a un clavo ardiendo, conseguir que su hijo se proclame alcalde en las próximas elecciones le daría un soplo de aire fresco y una posibilidad de eludir la cárcel si Joaquín se confirma como una pieza clave del partido de cara al futuro. Todo eso de ahí fuera —se oía la voz del candidato gritar por el micrófono y los aplausos y vítores de los ciudadanos— es una pantomima para lograr sus objetivos. Y no voy a permitir que los delirios de grandeza de un paleta con ínfulas de Alejandro Magno pasen por encima de los intereses de la ciudad. Quiero al asesino de las prostitutas entre rejas y quiero que tú interfieras ante el Ministerio para que así sea.

Paco miraba fijamente al fiscal, que seguía rojo de ira o vergüenza y se había encogido en la silla hasta casi desaparecer. Nunca había imaginado que el alcalde tuviese las pelotas de ese tamaño. El comisario trató por todos los medios

de no sonreír.

—Está bien, haré lo que me pides.

—Pues ya sabemos todos lo que tenemos que hacer. Quiero al culpable detenido esta misma semana.

Detestaba conducir el coche que su asesor de campaña había alquilado para él, era tosco, grande, poco lujoso, nada deportivo... Un Mercedes clase C era una mierda comparado con lo que solía manejar; el garaje de su padre estaba surtido con lo mejor del mercado. «Debes dar una imagen seria; la gente sabe que eres adinerado, así que no los insultes llevando un Citroën, pero tampoco hagas ostentación con un Ferrari», le dijo para zanjar la conversación.

Tras entrar en el terreno de la finca, aparcó frente a los garajes y se encaminó hacia el edificio principal del complejo. Se moría de ganas de ducharse y ponerse una ropa más cómoda. Los trajes a medida le daban urticaria. La corbata era un yugo que no podía soportar. Maldijo a su sastre, que seguro le hacía los cuellos de las camisas más estrechos para fastidiar. Pasó ante varios miembros del servicio doméstico sin responder a sus saludos y cerró la puerta de su dormitorio tras llegar a él. ¡Por fin!

Un pantalón vaquero azul, un polo blanco y una cazadora náutica azul marino. Cambió los mocasines italianos por unas deportivas, el cabello engominado por algo más juvenil y despeinado, y ya se veía listo para dar una vuelta por la ciudad. Quizá llamase a Sara, una chica con la que había pasado buenos momentos la semana anterior. No quería quedarse en casa, así que cualquier plan, incluso ir a dar una vuelta solo, era mejor que soportar infinitos informes sobre sondeos, audiencia, intenciones de votos recabados por encuestas y un largo etcétera de aburridos agentes de *marketing* contratados por su padre.

Joaquín de los Santos ya había cumplido con su labor, había acusado al alcalde de paralizar un caso policial cuando, en realidad, había sido frenado por el partido que ostentaba el poder desde Madrid, el suyo propio. Los ciudadanos eran tan estúpidos, tan fáciles de engañar, de provocar para que cambiasen todos sus ideales e, incluso, se enfrentasen a la policía, que casi sentía lástima por ellos. Un rebaño fácil de conducir, como solía decir su padre. Ahora le tocaba el turno a la diversión, algo que se acabaría cuando fuera alcalde en unos meses, ya no digamos tras ascensos políticos en futuros años; demasiados ojos puestos sobre un rostro conocido. El tiempo apremiaba y las hormonas no estarían ahí siempre para indicarle el camino más divertido.

¡Mierda!

—¿Pero qué tenemos aquí? Si es el hombre del año, el político favorito de

España.

Su padre aparecía en el peor momento, eufórico, quizá por el licor que seguro había tomado, y deseoso de compartir con él triunfos aún no logrados. Los planes de diversión a corto plazo se habrían de posponer; suerte que no había enviado aún el mensaje a Sara.

—¿Has visto la intervención? —Joaquín trataba de fingir entusiasmo—. Habría más de diez mil personas en la zona, todos vitoreando mi nombre y luego yendo a pedir la dimisión del alcalde.

—Bueno, según sondeos muy fiables, eran unos dos mil, pero saldrá en toda la prensa, incluso nacional. Estoy muy orgulloso de ti. Por cierto, ¿qué haces con esa ropa? ¿Vas a salir?

—Tenía pensado dar una vuelta.

—No puedes dejarte ver ahora. Mírate, cualquiera diría que eres un actor que ha interpretado un papel y vuelve luego a su personalidad real. Deben pasar unos días para que las calles se calmen y puedas salir sin llamar la atención.

—¿Es una broma? Me dijiste que tendría que controlar mis movimientos tras ganar las elecciones. Aún faltan meses para eso.

—¿Eres estúpido? ¡Joder! No creo haber educado a un hijo tan idiota. ¿No ves lo que se está cocinando en las calles? ¿Tengo que hablar contigo sobre esos crímenes de la playa? ¿Es eso? Somos esclavos de nuestras acciones, así que debes permanecer en casa hasta que tu pueblo se calme. Solo saldrás si es para incitarlos más aún.

—Pensaba que tras el mitin...

—Lo has hecho de lujo —cambió Ignacio su tono de voz, ahora más condescendiente—, pero es solo el principio. Te auguro un futuro de éxitos y una escalada política sin final. La idea de contratar un logopeda para quitarte el acento dará sus frutos; el partido está encantado con tu forma de actuar, con la imagen que das y con el entusiasmo que provocas con cada rueda de prensa o mitin.

—Pero yo...

—Nada de yo, tú te debes a la familia. Yo te hice tal como eres y debes obedecerme. ¿Quién te ha brindado un camino de rosas sin espinas ante tus pies?

—Esa frase suena como si la hubiera escrito el director de campaña.

—¿Y qué cojones importa eso ahora? Obedece y punto. Luego iré a tu cuarto para que me des una explicación sobre otro asunto importante. Pero antes de eso, tendrás que volver a ponerte un traje, te maquillarán y peinarán, y harás una entrevista que nos proporcionará más difusión aún.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. ¿Tienes algo mejor que hacer?

—Nada, nada. Voy a cambiarme.

La maquilladora que llamó a la puerta de su dormitorio, tras cambiarse de ropa, no se parecía en nada a la chica joven y guapa de la última vez, con la que tuvo un momento más que divertido tras su intervención televisiva. Parece que su padre había interferido en eso y le había quitado una distracción más, o diversión, como Joaquín prefería llamarlo. En su lugar, había una abuela entrada en carnes y con el pelo teñido con mechas que estaban pasadas de moda en los años noventa. En fin, tendría que ser profesional y dar esa entrevista antes de poder salir a hurtadillas de casa y divertirse con Sara en algún garito de los que tenían zona exclusiva para celebridades. Quizá reservase todas las habitaciones del ático de algún hotel de lujo para darse un homenaje bien merecido, así contentaría a su padre con la discreción.

¿Quién demonios era esa chica que acababa de entrar en su dormitorio sin permiso? ¿Qué era todo eso que llevaba en la cara? ¿Y esa ropa? ¿Se trataba de una broma? Entonces recordó que le habían hablado de una reportera de la ciudad, con aspecto siniestro, que había logrado más de cien millones de visitas en sus reportajes. Su padre le dijo que era un ejemplo a seguir, una chica sin recursos ni contactos, solo con talento, que había logrado un contrato millonario en un canal nacional.

Lo cierto es que para Joaquín no parecía gran cosa tras verla entrar en su dormitorio, solo un cuervo desubicado en una cueva desconocida y a plena luz del día. El caso es que, mirándola mejor, no se diferenciaba mucho de una palomita despistada y bajo un montón de betún y metal. Quizás si...

—¿Eres la reportera?

—No, el repartidor de pizzas, ¿habías pedido una familiar de peperoni con extra de queso?

Joaquín no supo qué responder, quedó con la boca abierta mientras la chica comenzaba a montar un trípode y luego una cámara con micrófono sobre él, sin prestarle la más mínima atención. A veces se agachaba, dejando ver un trasero que no estaba nada mal. Debajo de tanto maquillaje y *piercings* había un físico que parecía esperar a ser descubierto. ¿Era la falta de sexo? ¿Tal vez la presión de su padre? ¿La posible cancelación de la cita con Sara? ¿Cómo podía ver apetecible al engendro vampírico que tenía ante él? El caso es que no tenía mal cuerpo bajo aquella ropa extraña y medias rotas; y su cara parecía bonita y simétrica bajo la sombra de ojos y lápiz de labios negros; la docena de *piercings* por todas partes parecía una tortura macabra.

—¿Cómo te llamas?

—¿Es a mí?

—Claro, estamos los dos solos ¿no? —La pobre maquilladora no pudo

sentirse más ninguneada.

—Sofía, Sofía Vidal. Pensaba que te habían avisado. Llamé a un tío estirado y medio marica que parecía encantado con la idea de que te hiciese una entrevista.

—Ese es mi director de campaña. Ni siquiera recuerdo su nombre.

—Ja, ja, ja. Yo tampoco —añadió Sofía.

Joaquín, como era habitual en lo que a chicas se refería, ya tenía su objetivo casi alcanzado. Solo le quedaban unas miradas cómplices, un par de comentarios inteligentes y algún piropo cálido y algo guarro para lograr saciar sus ganas de irse a la cama desfogado. Quizá no saliese del todo mal la tarde.

—Es un privilegio que hayas accedido a la entrevista, a pesar de que ya no trabajo para la cadena, pero mi blog garantiza un número de visitas que te compensará con creces, te lo aseguro. —La chica parecía azorada, incluso tratando de ser complaciente.

A Joaquín le gustó la situación, despidió a la maquilladora para quedarse a solas con la reportera y así conocer más sobre lo que harían esa noche.

¿Maíz? Ella no había comido maíz desde hacía años. ¿Qué era entonces aquello que había en el vómito del fondo del váter? ¿Y qué importancia tenía? Al menos esta vez había logrado llegar al baño a tiempo. Se levantó y refrescó su cara en el lavabo; había llorado con el esfuerzo. Tras secarse y lavarse los dientes, observó su rostro en el espejo, no se le notaban los dos kilos que había ganado. Todos decían que era poco peso, pero aún no llevaba más de dos meses embarazada, ¡qué manía con engordar! Casi detestaba hablar con su madre para evitar que le diese mil consejos sobre lo que debía hacer y comer, además de prohibiciones absurdas.

Laura Moreno no estaba muy convencida en esos momentos de que la idea de tener un hijo hubiera sido una decisión acertada. «Ya se te pasará ese pensamiento. Cuando tengas a tu bebé en brazos, olvidarás todos los malos momentos del embarazo», le dijo su hermana Mariola el día anterior. Aunque ella no estaba tan segura de que los problemas terminasen tras el parto, luego llegarían las noches sin dormir por el llanto, los cambios de pañales, paseos, baños del niño, visitas al pediatra... y tener que dar el biberón cada tres horas, porque tenía completamente decidido que optaría por esa opción en lugar de darle el pecho. Era demasiada responsabilidad, teniendo un trabajo como el suyo, el alimentarse en cantidad y calidad suficientes para que el bebé comiese sano. Odiaba a las madres que defendían el pecho como lo mejor de lo mejor cuando ellas tomaban alguna copa de alcohol y comían comida basura a diario.

Sí, las vacunas y demás que le transfiere la madre al bebé, pero también la contaminación, estrés, colesterol... No, los biberones tenían justo los nutrientes que necesitaba el niño y sin añadidos dañinos ni porquerías.

—Joder, solo llevo dos meses embarazada y ya soy como esas madres que tanto detesto: las que solo tienen a su hijo como tema de conversación. Me muero de ganas de trabajar. Y ahora que Marcos está con un asunto tan jugoso, podría haber aprovechado para hacer algunos directos.

Necesitaba centrarse en el futuro, en la vida que llegaría tras el parto, en organizar sus tareas para compaginar la maternidad con los reportajes de las tardes para su programa. Claro que las dudas sobre dicho futuro no paraban de crecer en número e intensidad. No sabía si podría proteger a su bebé mientras crecía y hasta hacerse un hombre o una mujer, ni si sería capaz de educarlo de la forma adecuada, transmitirle los valores que consideraba importantes para la vida. ¿Estaría ahí cuando la necesitase o sería como Marcos, una madre ausente por centrarse en el trabajo? ¿Estaba Marcos preparado para ser padre?

—Voy a volverme loca.

Decidió centrarse en la novela, que ya tenía completamente estructurada. Solo había llegado en el borrador al primer acto de la historia, pero teniendo claro lo que debía escribir en cada capítulo, era más fácil avanzar cada mañana. Las tardes las dedicaba a corregir cada avance, justo tras dormir una breve pero reparadora siesta en el sofá del salón.

El móvil vibró sobre la mesa, en la pantalla se podía leer otro mensaje, el enésimo, de su productor sobre la posibilidad de cubrir el caso de las prostitutas halladas muertas en la playa, o tal vez los disturbios que se estaban originando en la calle. Ya le gustaría a ella responder que sí. Suspiró al observar cómo la pantalla del teléfono volvía a apagarse. Debía ser fuerte y lograr cumplir, por primera vez, su promesa a Marcos. No volvería a poner en peligro su vida ni a inmiscuirse en los asuntos de la policía. Eso lo dejaba ahora en manos de Sofía Vidal, allá ella con las consecuencias.

Pensar en Sofía le provocaba cada vez más malestar. Primero fue una fan, como muchas chicas que estudiaban periodismo en Andalucía, más aún si eran onubenses como ella; luego se convirtió en una chica pesada que se acercaba mientras trataba de trabajar para el programa; el mes pasado dio un paso más y logró meterse en la investigación policial, sin ayuda alguna, hasta un nivel que Laura no hubiese conseguido nunca. Cuando más tarde le pidió hacer el libro a medias, la rechazó sin saber muy bien los motivos, simplemente no quería trato con ella. Ahora había logrado, en tiempo récord, un nivel y alcance periodístico que parecían imposibles para ningún reportero. La conexión delante de la comisaría para hablar del Gobierno, emitida con censura en la cadena y, a la vez,

sin cortes en el blog, le hubiera dado un premio Pulitzer en Estados Unidos. La chica no se había hundido por el rechazo en su colaboración, todo lo contrario, había logrado avanzar hasta dar pasos de gigante y posicionarse contra el Gobierno mismo. Le daba rabia reconocerlo, pero Laura sentía envidia ante el talento y la autodeterminación de su rival.

¿Estaría Marcos ayudándola? ¿Recibiría apoyo de la Policía y del alcalde como ella misma disfrutó hace un mes? No lo parecía. En su lugar, se mostraba como un perrito abandonado en mitad de una calle y bajo la lluvia.

El inspector Marcos Navarro no podía creer lo que había oído unos minutos atrás. Aún se mostraba muy impactado, al igual que su compañero David Sobrá, sentado en el asiento de al lado de su coche, mientras conducía hacia el Paseo Marítimo. Un largo y triste silencio se extendió hasta poder pronunciarse.

—No me lo puedo creer. Incluso llegué a pensar que era una broma de Nuria.

—Yo también, pero ella no bromearía con ese tema y menos aún en este momento.

—Ya lo sé. ¿Cómo es posible...? ¿Quién tiene acceso al sistema interno de la Policía para borrar una huella dactilar y poder borrarla también del cadáver que se encuentra en el Anatómico Forense?

—Alguien con mucho dinero o con mucho poder, que viene a ser lo mismo.

—Sin duda. Creo que vamos a descartar la búsqueda a través del Audi TT para hacerlo por el poder adquisitivo de los ciudadanos.

—Creo que, sin tener las huellas, serviría de poco —apuntó Marcos.

—Ya lo sé, trataba de ser sarcástico. Vamos a atrapar a ese cabrón aunque sea lo último que hagamos.

—La única parte positiva, si es que se puede sacar una, es que hemos reducido de tres a dos los posibles asesinos.

David lo miró sin entender a qué se refería.

—Quiero decir —añadía Marcos— que Miguel Hernández, el abuelo de Mazagón que descubrió el cuerpo de María Moreno, no cuadra con el perfil como los otros dos.

—¿Qué tienen de poderosos los otros dos?

—¿Sexo y drogas? Seguro que cuentan con políticos, empresarios, incluso policías, entre sus clientes habituales. Los enganchados al sexo y a la coca, harían cualquier cosa por tener un trato de favor con su proveedor, o por evitar que fuese detenido y diese sus nombres.

David no respondió, a pesar de no estar de acuerdo del todo con la apreciación de su compañero. Aún les quedaba una bala en el cargador y debían

agotarla antes de rendirse. Estaban llegando a la zona donde trabajaban las víctimas pasadas y las posibles futuras del asesino, o asesinos. Allí debían recabar más información de la que ahora tenían. Elegir a la chica adecuada sería lo difícil.

Marcos señaló con el dedo a una muy jovencita que parecía asustada o pasando frío, estaba en ropa interior a pesar de la baja temperatura. David asintió y frenó justo ante ella. La chica, como una actriz sin formación pero con el talento que otorgaba el hambre, se irguió y caminó contoneándose con una dulce sonrisa hasta llegar a la ventanilla, tras la que aguardaba Marcos.

—¿Cuánto?

—Diez por una mamada y veinte por un completo. Os hago rebaja si queréis hacerlo por separado, pero no si pensáis follar los dos a la vez.

—Veinte.

—¿Veinte? ¿Quieres un completo mientras tu amigo mira?

—Veinte por unos minutos de tu tiempo, sin tener que trabajar y dentro del coche, con la calefacción.

—¿Sois policías?

—Somos los que queremos capturar al asesino de las quince chicas, y quizá de vosotras si no lo atrapamos.

—No... no sé...

—No tengas miedo. Ni Poli, ni ningún otro proxeneta o compañera tendrá en cuenta que has hablado con nosotros. Te garantizo, además, que ninguna lo sabrá. ¿No quieres que lo capturemos? Entra en el coche y seguimos hablando, así nadie te acusará de nada.

—¿Quién me dice que no sois los asesinos?

—Te podemos enseñar las placas —dijo Marcos mientras enseñaba la suya.

—No hace falta, ya te conozco de la tele. Pero eso no quita que seas el asesino.

—Te entiendo, entonces te daré algo mejor que la placa. Toma la llave del coche. —Y se la tendió tras apagar el motor—. No podremos ir a ningún lado si tú tienes la llave.

La chica dudó durante unos segundos, tenía las llaves en la mano y los chicos parecían de fiar.

—¿Podemos hablar aquí? —preguntó mientras miraba en todas direcciones. A su alrededor ya se concentraba una fauna considerable de clientes y compañeras de profesión.

—Donde tú quieras. Pensé que estarías más cómoda sin las miradas de tus compañeras, quizá en alguna cafetería de la calle de al lado.

—Me siento más segura aquí.

—Perfecto.

La chica abrió la puerta trasera del coche y se sentó tras David. Al otro lado de las ventanillas se reproducía el ritual de cada jornada: la oscuridad de la noche propiciaba la salida de crápulas noctámbulos en busca de unos instantes de cariño a precio razonable.

Esa primera chica no aportó nada a los inspectores, tampoco la segunda, pero, cuando ya comenzaban a darse por vencidos y pensar que la noche sería tan estéril como las anteriores, dieron con una que confirmó haber visto un Audi TT negro la noche de la muerte de María Moreno. Marcos le preguntó el motivo de que estuviese tan segura del modelo de coche y color, ella respondió que había tenido un novio cuyo objetivo principal en la vida era comprarse ese coche, tenía pósteres en su casa y un fondo de pantalla en el móvil con él. «Estoy segura, María se montó en un Audi TT negro con los cristales tintados esa noche», añadió.

—¿Por qué no lo mencionaste cuando toda la policía de la ciudad comenzamos a investigar el caso?

—Tres días antes me detuvieron dos agentes y no fueron muy amables, ya me entiendes. Los polis no suelen venir con esa sonrisa y modales que traéis vosotros, nos tratan peor que los chulos y clientes.

Marcos sabía que era inútil seguir esa conversación, los agentes solían ser bruscos en todas sus detenciones para evitar ataques o que los delincuentes abusaran de su confianza. Claro que eso era difícil de explicar a quienes sufrían ese trato. Lo mejor sería volver a conducir la conversación hacia donde le interesaba.

—¿Estás segura de que no recuerdas ni un solo número o letra de la matrícula? ¿No sabes de nadie que pueda conocer al dueño del coche? No imaginas lo importante que sería.

—Ya te he dicho todo lo que sé. Aquí hay extranjeras que nunca se suben en un coche negro, especialmente las rusas, ucranianas, rumanas... Tienen pánico, son muy supersticiosas. Pero no sé nada más.

—Está bien, te agradecemos que nos hayas ayudado.

—¿Vais a atraparlo? ¿Al asesino? Dicen que es inmortal, aunque las rusas se meten de todo y no saben de lo que hablan.

—No hagas caso a las rusas. Nadie es inmortal.

Cuando la chica salió del coche, Marcos puso rumbo al club Lady's, aunque detestaba tener que enfrentarse de nuevo a la versión refinada de proxeneta que era Luis Mejía. No veía en él más honor, clase ni razón de existir que en Poli.

Quizá viviese en el centro, donase dinero a la beneficencia, fuese a misa los domingos y vistiese ropa a medida, pero vivía igualmente de explotar a seres humanos. David notó su malestar desde el primer momento.

—Deja que hable yo.

—No le tengo miedo, solo asco —gruñó Marcos—. De todas formas, puedes asumir la responsabilidad cuando deseas, ya no estás a mis órdenes, eres un inspector como yo.

—Aunque tenga el mismo rango, uno debe saber cuándo dejar que lleve la iniciativa el que tiene más talento.

—No digas eso, no te menosprecies. Y dejemos el tema de conversación, quiero llamar a Nuria para ver si ya tiene un listado de usuarios de Audi TT negros en la provincia.

La suboficial tenía un listado demasiado largo, preguntó por la posibilidad de descartar modelos antiguos o de propietarios que viviesen muy lejos de la capital, pero Marcos desechó esa idea y le pidió que se la pasase al móvil. Aparcaba frente a la puerta del prostíbulo cuando el teléfono anunció la llegada del mensaje.

La entrada al local y la recepción por parte de los trabajadores, además de la del propio Luis Mejía, fue la que esperaban. Marcos deseó no tener que entrar jamás en un sitio así, además de alegrarse por el material que Sofía Vidal estuviera obteniendo de pinchar ilegalmente el teléfono y la conexión a internet del propietario. Aunque fuese por una simple evasión de impuestos, podría usar esa información para notificar a Hacienda, la Seguridad Social o el Departamento de Inmigración y poner entre rejas durante unos años a Luis Mejía, además del resto de propietarios de clubes de la ciudad, que caerían por efecto dominó.

—No te sientas tan protagonista de la película, no hemos venido a hablar contigo. Quiero que llames a Belén.

—Creo que ahora se encuentra en uno de los cuartos con un cliente —respondió Luis.

—Bien, pues no tenemos tiempo para esperar a que un putero se sacie; regálale una copa o una botella de champán por las molestias.

—¿Qué molestias?

—Estas.

David se encaminó al pasillo donde se encontraban los cuartos y fue abriendo las puertas una tras otra, lo seguían Marcos y Luis, este último muy enfadado y tratando de impedirles irrumpir en los dormitorios.

—Pondré una queja en Asuntos Internos, no tenéis autorización para hacer esto.

—Está bien, luego te daremos los números de placa, pero lárgate y no molestes.

—¿Quién coño os creéis que sois? Puedo hacer que os echen del cuerpo por este procedimiento.

Marcos se dio la vuelta y se encaró con él.

—Adelante, hazlo. ¡Vamos! ¿Qué haces aquí amenazando en lugar de hacerlo? Si vas a tu despacho para llamar desde ese teléfono, aprovecha para ir ordenando las declaraciones de impuestos, las de pagos de seguridad social de las chicas y demás trabajadores, las facturas de compra de suministros y todo lo relacionado con esta fabulosa actividad legal que regentas, y aún así te garantizo que no podrás evitar varias condenas que sumarán más de quince años en la cárcel. ¿Crees que no sé cómo llevas el negocio y todos los apaños que haces para maximizar beneficios?

—Es un farol, lo dices para asustarme. Crees que todos los empresarios de la noche somos corruptos, pero te equivocas.

—Ángeles Millás.

—¿Ángeles? ¿De qué hablas?

—De la contable a la que hace cuatro días le enviaste un correo notificándole las cifras alteradas de venta de alcohol para pagar menos impuesto sobre sociedades.

—¿Me... me has pinchado el teléfono o el correo electrónico?

—Yo no, pero puedo hacer que todas tus conversaciones desde hace años y los correos acaben donde no te interesan... Y a ellos no les importará cómo se han obtenido. Los fraudes fiscales y contra el Estado no requieren un proceso limpio de toma de información. ¿No te lo habían dicho?

Luis Mejía parecía a punto de sufrir un ataque al corazón. Marcos hizo un gesto con la mano para que se marchase de allí y él obedeció sin pronunciar palabra alguna. Parecía haber menguado unos centímetros y veinte kilos de peso, le faltó hacer una reverencia antes de desaparecer por el pasillo.

David dio con la chica tras la novena puerta. El cliente no parecía muy reacio a permitir que le interrumpiesen, aun viendo las placas de los policías, pero accedió a recoger su ropa y marcharse cuando David se bajó la cremallera del pantalón y le dijo que iba a participar en el juego buscando un agujero donde meterla. Belén contuvo la risa hasta que se quedó a solas con los inspectores, luego estalló en una carcajada.

—¿Ibas a romperle el culo? —preguntó a David mientras se vestía.

—Claro que no, pero él no podía saberlo.

—Estáis locos.

—No tenemos tiempo para sutilezas —interfirió Marcos—, ahora mismo

vamos contra reloj. Además, no hemos venido a charlar contigo. Se acabó el juego, Belén.

La chica cambió radicalmente el semblante. Trató de usar en ese momento su experiencia para controlar la situación, pero la cara de Marcos no dejaba lugar a dudas, llegaba el momento de contarle todo.

La voz de su amiga y compañera sonaba como un remedio milagroso y calmante, la necesitaba a su lado aunque no quería decírselo para no meterle presión, bastante tenía Cristina con lo que le había tocado lidiar. Nuria Carvalho pensaba que no podía haber peor tragedia para un policía que perder a su pareja en acto de servicio. Que le hubiese ocurrido a una de las mejores de la comisaría era un agravante para el buen rollo que se respiraba allí.

—He visto en la televisión que os están jodiendo desde arriba.

—No lo sabes bien, Paco está como un fantasma deambulando por la zona, tanto en aspecto como en los lastimeros aullidos que emite.

—¿En serio?

—No te imaginas lo que le está costando ir contra las presiones del Ministerio. Parece haber envejecido quince años en un día.

—Siento no poder ayudaros en un caso tan complicado.

—No digas tonterías, nos las apañamos perfectamente sin ti. Te podría decir que progresamos más deprisa sin tu ayuda.

—¡Qué gilipollas eres!

—Ja, ja, ja. Pues no me provoques.

—Entonces cambio de tema. ¿Cómo vas con tus conquistas? ¿Hay algo nuevo que contar?

—Nada, nadie me quiere. Tendré que salir a la calle con una teta fuera de la camisa para que se fijen en mí.

—Ja, ja, ja. Esa es una frase mía, te cobraré derechos por el uso. Además, si la teta es tuya, más que fijarse en ti, provocarás que los pobres desgraciados tengan un accidente de tráfico multitudinario.

—Calla, no me hagas reír, ni hablar de ese tema, que bastante tengo con Irene diciéndome todos los días que encontraré al hombre o la mujer de mi vida tarde o temprano. ¡Coño! Yo quiero conocerlo ya.

—Pero si el hombre de tu vida trabaja ahí a tu lado, es Marcos y te mueres de ganas de meterte en su cama.

—¡Zorra, que estamos hablando por el manos libres! ¿Estás loca?

—¡Lo siento, lo había olvidado!

—Te voy a matar, hay dos agentes que me miran ahora y seguro que lo han

oído —susurró.

—Perdona, perdona, perdona...

—Te juro que no vuelvo a llamarte nunca más.

—No, que Irene me cuenta solo cotilleos y rumores, prefiero una dosis de realidad como la tuya.

—Pues no pienso decirte una palabra más sobre ningún tema sentimental. Solo voy a hablar del caso. Así que, cambiando de conversación, busquemos un Audi TT negro nuevo o el modelo anterior. ¿Qué te parece?

—Que debéis buscar a un futbolista, torero o imbécil que se compra un coche ridículamente pequeño pero con un gran motor para compensar por el rabo que no tiene entre las piernas.

—Lo que yo pensaba. ¿Quién se lo dice a Marcos? ¿Tú o yo?

—Déjate de bromas. ¿Habéis cotejado las huellas encontradas con los dueños de los Audi TT negros de la provincia?

—Las huellas fueron borradas de la base de datos.

—¿En serio? Bueno, pero tendrás una copia.

—Sí, pero carece de validez oficial de cara a un juicio porque no la hice ante notario.

—¿Y eso impide encontrar al asesino?

—¡Joder, joder, joder!

Nuria se despidió de la inspectora Cristina Collado, prometiéndole que la informaría de cualquier novedad, sobre el caso o sobre su desastrosa vida amorosa, y buscó la copia de las huellas para cotejar con las que tenía del DNI de los usuarios de Audi TT negros de la provincia. No tardaría mucho, eran solo cuarenta y tres coches.

—Marcos, ¿te pilló en mal momento? Has tardado mucho en contestar.

—No, es que conducía, y aún trataba de reponerme de tener que soportar a Luis Mejía. Dime si tenemos algo nuevo.

—He cotejado las huellas, se trata de una copia sin validez oficial, con las del archivo de DNI de la ciudad. Tenemos una coincidencia.

—Sorpréndeme.

—De eso se trata, de que será una sorpresa.

¿Qué estaba pasando con su vida? Cada año... cada mes se veía más mayor y menos capaz de seguir adelante con las ganas, el esfuerzo y el talento necesario. Paco Hernández se había preparado tanto para su jubilación que había

dado por sentado que ya no podría hacer nada positivo en los casos difíciles que demandasen su ayuda.

«Necesito ser mejor policía para ayudar, no ser un estorbo, un simple jefe gruñón e inútil que no aporta nada, solo empeora con su malhumor el buen flujo de trabajo de sus compañeros».

El reloj marcaba casi la hora de marcharse; solo tenía que apagar el ordenador, el teléfono móvil y partir hacia su casa, pero no le apetecía hacerlo. No se trataba de un enfado con su mujer, no era nada personal, sino la sensación de que podía aportar más, pero aún no lo había logrado hacer. ¿Estaba oxidado? Sin duda, pero... ¿Cuánto? La información llegaba a él a través del ordenador como lo hacía con los encargados del caso. Ahora mismo tenía un listado de propietarios de Audi TT negro de la provincia ante sus ojos. La hora de cerrar pasó y él continuó revisando los nombres. Quizá el instinto de buen policía apareciese de nuevo, tal vez no se hubiese muerto, solo permanecía aletargado.

Y vio el nombre como si se tratase de la luz de un faro en mitad de una tempestad.

Toda su carrera apareció ante él como una película resumida y sin anuncios publicitarios, con cada caso, cada asesino o secuestrador, cada víctima, cada familiar lloroso ante la mala noticia, todos ellos observando desde la distancia y juzgando su valía y experiencia.

Marcos era un buen policía, también otros como Cristina, David o Nuria, pero él llevaba la batuta del director, era el que más condecoraciones tenía, el que debía solucionar aquel embrollo de una vez por todas. O, al menos, descartar sospechosos. «Todos mis cachorros estaban en el colegio aprendiendo a escribir o en el instituto metiendo mano a sus novias cuando yo ya resolvía crímenes. Tengo que volver a encontrar el ritmo». Tomó su abrigo y salió hacia el aparcamiento a por su coche particular, ni se molestó en pedir uno oficial. Iría a la casa de un sospechoso que debía descartar a toda costa. No, no podría tratarse de él. Y el interrogatorio no debía gestionarlo de un modo tan desastroso como el del teniente de la Guardia Civil, un fallo más y su cabeza rodaría la primera.

Hacía frío en la calle, demasiado, y la humedad atacaba sus rodillas. Al comprobar su arma, antes de encender el motor del vehículo, recordó que no había notificado a Fernando, el recepcionista del turno de noche, hacia dónde salía; tampoco tenía importancia, iba solo a hacer unas preguntas rutinarias. No se apreciaba mucho tráfico, casi todos los ciudadanos estarían cenando en sus casas; su mujer ya se había acostumbrado a que él llegase cada día a una hora distinta.

Una pena que Nuria ya se hubiese marchado a casa, le gustaba su compañía y sentir que la ayudaba en su progreso como policía.

Quince minutos después estaba ante la cancela de acceso a la finca. Aparcó justo al lado del intercomunicador y enseñó la placa a la vez que se identificaba. La puerta metálica se abrió sin que nadie respondiese al otro lado. Paco observó que el interior de la finca estaba bien iluminado, entró y se dirigió a la puerta de la vivienda. Cuando se bajaba del coche, su móvil comenzó a sonar. ¿Su esposa impacientándose? No, se trataba de Navarro, seguro que quería insistir en lo de tomar una cerveza. No era tiempo de conversaciones lastimeras, sino de volver a sentirse un policía.

Cuando el director de campaña de Joaquín de los Santos accedió a la entrevista con el máximo candidato a la alcaldía, Sofía Vidal vio abrirse una puerta importante hacia su futuro tras el batacazo del despido en la cadena. Ya haría la de Marcos Navarro en otro momento. Ahora debía ser mordaz con sus preguntas, pero con el tacto adecuado para no espantar al entrevistado y convertir una oportunidad en otra losa más sobre su maltrecho currículum. Los temas a tratar eran la contaminación, el desempleo y la fuga de estudiantes y trabajadores a otras provincias con más oportunidades laborales, además de la corrupción política y la gestión del turismo. Las preguntas no eran incisivas, pero todas tendrían una réplica final algo más embarazosa de responder por el entrevistado. Todo salió a pedir de boca, tuvo tacto y evitó que la incomodidad visible de Joaquín aumentase hasta convertirse en un cerrojo a la entrevista.

Tras terminar la última pregunta, aún no había hecho más que apagar la cámara y el micrófono, Joaquín le propuso tomar algo; contaba con un mueble bar en su propio dormitorio, que más bien era una gran *suite*. Alcohol, música, susurros e invasión de su espacio vital. En pocos minutos, el ambiente se cargó hasta extremos asfixiantes para la chica, que no sabía cómo salir de allí sin enfadar al tipo y que se negara a firmarle los derechos de emisión. Pidió que firmase antes de empezar las preguntas, pero su director de campaña le pidió cautela hasta ver qué preguntas podría añadir a las planificadas y aceptadas.

Joaquín se había quitado la corbata y la americana y desabrochado los tres primeros botones de la camisa. Ahora estaba de pie justo tras ella.

—No sé por qué te vistes y maquillas así, supongo que para llamar la atención y destacar, o para dar una imagen original, pero intuyo que bajo ese extraño vestido hay un cuerpo bastante potable.

«¿Potable? Este imbécil no puede ser más patético, ¿qué pretende con ese juego de seductor de pacotilla? ¿Qué le vomite encima? ¿Le funciona esto con las mujeres? ¡Puto cerdo baboso!».

—Me temo que te estás equivocando. Yo he venido aquí a hacer una

entrevista... ¡Tío, quita la mano de ahí ahora mismo!

«Con tacto, Sofía. No le insultes o le des una hostia o nos quedamos sin entrevista».

—Por favor, quiero marcharme —añadió.

Joaquín subía su mano derecha por debajo del vestido, recorriendo el interior del muslo de la chica, mientras con la izquierda atraía su cuerpo tras haberla aferrado por el hombro. Estaba muy excitado y susurraba todas las obscenidades posibles a su oído. Estaba decidido a darse un homenaje sin importar la decisión de ella. Si no podía salir para echar un polvo con Sara, se contentaría con añadir a su colección de conquistas a esa extraña reportera que parecía resistirse un poco. «¡Cómo les gusta a las mujeres hacerse las difíciles para luego bajarse las bragas en un santiamén!», pensó.

Sofía no había sucumbido a sus ojos azules ni a sus obscenidades susurradas, más bien sentía náuseas ante el aliento de Joaquín a escasos milímetros de su cara, también por sentir sus pegajosas manos entrando donde no habían sido invitadas. El olor a *whisky* en los susurros haría que odiase ese licor en adelante. Aunque solo podía pensar en ese momento en zafarse de sus manos y llegar a la puerta. Si lograba abrirla, se sentiría a salvo. En la casa habría personal de servicio, asesores de marketing y los padres del tipo. Ni por asomo pensaría que él seguiría en su empeño de llevarla a la cama de una forma tan forzada ante testigos. Permanecían de pie junto a la cama y ella se resistía con todas las fuerzas para que no la empujase sobre ella, estaría perdida si se le echaba encima. Sentir la erección de Joaquín apretada contra su trasero le provocaba náuseas y escalofríos. No podría resistirse mucho más ante alguien más fuerte y decidido.

—¡Suéltame, joder!

Joaquín se apartó un metro de ella y la observó atónito, como si no comprendiese que la chica pudiera no estar jugando sino realmente decidida a no sucumbir a sus encantos. ¿Estaba loca? Claro que sí, no había más que observar su aspecto. ¿Qué chica rechazaría a un tipo tan guapo, millonario, futuro político de éxito...? Se limpió la boca con la manga de la camisa, tenía saliva por haber estado lamiendo su cuello.

—¿Estás de broma? ¿Qué coño te pasa? Es solo un polvo, ¿cuándo te ha follado alguien mejor que yo? —Y se acercó con decisión para culminar lo que antes había empezado.

Sofía, que solo veía una oportunidad de salir airoso de una segunda tentativa, le propinó un rodillazo en la entrepierna. Joaquín cayó al suelo entre gritos ahogados, tenía las manos en sus testículos y comenzó a llorar a la vez que la insultaba.

—¡Te arrancaré el corazón, pedazo de puta, y te lo enseñaré mientras aún vives!

Joaquín logró ponerse en pie y caminar hacia el baño de la *suite*, momento que aprovechó ella, aún muerta de miedo, para recoger todo el equipo y ponerse la mochila a la espalda. Justo cuando iba abrir la puerta, vio el portátil de Joaquín sobre un escritorio a la izquierda. Aquello le dio una idea magnífica.

Al salir con la moto de la propiedad, creyó ver el coche del comisario aparcado en la fachada.

«Putos fachas de mierda, tienen a la policía comprada».

Capítulo 8

La negativa de Belén a colaborar con los inspectores había sacado de quicio a Ana. Si los fantasmas fuesen como en las películas, toda la estancia se habría visto inmersa en una locura de sábanas flotando, la cama temblando y las luces parpadeando sin cesar. Ana Díaz había gritado con todas sus fuerzas los insultos más graves que conocía mientras era testigo de una escena inverosímil. Belén seguía fiel a su mutismo a pesar de que Marcos la presionaba con quitarle la protección y los favores de Luis Mejía. ¡Maldita estúpida! Se merecía el final que habían corrido sus compañeras por imbécil. Solo tenía que dar un nombre, el nombre del asesino que vio aquella noche fatídica en la que murió María. Si es que lo había visto, y su intuición le decía que sí.

Cuando los inspectores se marcharon, Ana permaneció un tiempo más en la habitación. Observó cómo Belén, recostada sobre el mullido cabecero de la cama, se encendía un cigarro y apuraba la copa de su cliente, parecía preocupada. «Una pena no poder leer el pensamiento de los vivos», pensó Ana. Aunque no sería difícil adivinar lo que pasaba por la mente de la chica en esos momentos. Su vida peligraría si hablaba, claro que sería estúpido pensar que el asesino pudiera acabar con ella como si la vida real fuese una película de mafiosos. La protección de la policía sería más que suficiente, aunque, por otro lado, también se expondría a la opinión pública, con todo lo que eso conlleva en la profesión. Ana, cuando trabajaba en la calle, sentía pavor ante la posibilidad de que un familiar, antiguo compañero de instituto o vecino de sus padres la viese ejerciendo la prostitución, ya no digamos sus propios padres adoptivos; muy pocas chicas son capaces de no sentir la vergüenza que ello supone. Belén saldría en todos los noticiarios del país, además de programas de tertulias y variedades, durante meses. Su foto expuesta por doquier para contentar al público más morboso.

Tumbada sobre la cama, el temblor de la mano que sostenía el cigarro certificaba lo que Ana había pensado.

«Todo sería más fácil sin hubieras pronunciado el nombre del asesino, pero... ¿sería capaz de hacerlo yo si me encontrase en tu situación?».

Es cómodo tomar una decisión cuando uno se encuentra al otro lado del mundo de los vivos, cuando ya nada puede pasarle, cuando ya se ha pasado por las manos de un verdugo y no se ansía más que justicia. Venganza. Pero Belén

no estaba en esa situación, tenía miedo a posibles represalias. Estaba sola, como lo había estado Ana antes, y era complicado enfrentarse al mundo sin apoyos que garantizaran la victoria. Los policías desaparecerían en cuanto tuviesen una declaración firmada o se hubiese celebrado el juicio, luego Belén tendría que afrontar un futuro incierto.

Dejó a la chica para saltar hacia el lugar en el que se encontraba el asesino: su despacho. Tenía puesta música Heavy Metal mientras revisaba unos informes, de vez en cuando dejaba de leer para centrarse en oír los acordes de guitarra. Habían pasado once años pero Ana seguía viéndolo con el mismo aspecto, quizá debido a que lo visitaba cada día desde entonces.

Tras su asesinato, tardó casi dos años en cometer otro. Aquel día Ana iba dentro del coche mientras él buscaba en el paseo de La Marisma a la víctima elegida. El lugar no había cambiado mucho, pero echó en falta a una docena de chicas y había otras que Ana no reconoció. Se preguntó si cuando ella trabajaba allí percibía el rápido ir y venir de sus compañeras. Por contra, prefirió obviar la miseria y decadencia que antes nunca percibió, el hedor a fracaso, a conformismo, a muerte en vida; y no solo en aquellas que alquilaban cuerpo y alma a cambio de una propina, sino también en los que sacaban la cartera para desahogarse por su propia desdicha.

El Audi TT negro se paró ante una joven que parecía menor de edad, morena de cabello pero blanca de piel, era de las nuevas. Trató de mover su estrecha y huesuda cadera mientras se acercaba al coche. Ana gritó con todas sus fuerzas para que se marchase. Unos minutos después ya había montado y el coche desaparecía entre las sombras al final de la calle.

El trayecto le trajo muchos recuerdos ya casi olvidados en esos dos años. Podría haberse teletransportado a la playa, ya que sabía que era el destino que seguiría el asesino, pero no podía alejarse del coche en esos momentos, no quería dejarla sola a ella. Lloró al pensar en lo que estaría pasando por la cabeza de la pobre niña; su vida habría sido un calvario para haber acabado tan joven haciendo la calle, pero terminarla tras una sádica violación y una paliza de muerte no era la mejor forma de mejorar su situación.

Ana creyó percibir frío, olores y otras sensaciones, aunque no del mismo modo que cuando estaba viva. Eso sí, no le cupo duda que percibía con nitidez el miedo por el recuerdo de su experiencia al contemplar el horror desde un plano diferente. Tuvo que apartar la mirada ante los forcejeos y gritos de la chica, ante los golpes y vejaciones, ante el final provocado por un brutal golpe de una piedra sobre su cráneo. Las lágrimas, que pensaba no tendría por ser un fantasma, se extendieron durante toda la noche, más allá del momento en que el sádico asesino enterraba a su nueva víctima, más allá del amanecer incluso. Ana vio

pasear a los vecinos más madrugadores por la playa, sin que supieran el horror que aguardaba bajo la arena a pocos metros.

«¿Por qué yo estoy aquí, viéndolo todo, siendo testigo sin poder interferir, y las demás chicas asesinadas no me acompañan?», se preguntó aquella noche. Con el paso de los años fue comprendiendo que, o bien ella era un caso excepcional, o cada persona que fallece y se convierte en fantasma pasa a vivir en un plano único, en una especie de frecuencia en la que solo pude ver a los vivos, nunca a otros fallecidos. Incluso comenzó a ver algo de lógica en ese planteamiento, ya que habría a su alrededor miles o decenas de miles de fantasmas por cada ser vivo.

Ana siguió observando a su asesino, ahora tocaba una guitarra eléctrica invisible mientras tarareaba los acordes. Se veía feliz, el muy cabrón.

26 de enero

¿Quién podría dormir en un momento así? Era muy temprano y la situación vivida con Joaquín de los Santos no invitaba a disfrutar de una apacible noche. Tampoco tenía que maquetar la entrevista para subirla al blog, ya que no había obtenido el permiso firmado. ¡Hijos de puta! Todo el trabajo para nada. Y daba las gracias de haber podido salir de allí sin ser violada por aquel desgraciado. Ojalá le hubiese reventado un testículo con el rodillazo.

Cuando montó en la moto y logró salir del lugar, solo pensó en la suerte de haber escapado; luego, a medida que se acercaba a casa, en el fiasco por no haber logrado la entrevista y en el descenso de visitas del blog por no tener nada que contar; pero aparcó la moto justo en la puerta de su edificio y le llegó la inspiración. Sí, sería una buena jugarreta para ese cabrón, seguro que tenía secretos inconfesables en aquel ordenador portátil de su dormitorio.

Aceleró para girar en redondo y poner rumbo hacia el centro.

El mapeador que había colocado a Luis Mejía ya había cumplido su función. Tenía pruebas suficientes para que Hacienda y la Seguridad Social le cerrasen el local y lo pusieran a la sombra durante años. Así que podría entrar de nuevo en el edificio y retirarlo de la caja de distribución de líneas de internet. Sería algo infinitamente más sencillo que arriesgarse a saltar de nuevo la tapia del chalé de Poli. Aquel dispositivo lo daba por perdido.

¿Sería fácil burlar la seguridad de la mansión de Joaquín de los Santos y su familia para colocarles el mapeador? Seguro que no, pero había aprendido a esperar a que fuese de madrugada y no había visto perros guardianes ni mucha vigilancia física cuando estuvo horas atrás. Tomaría todas las precauciones posibles, merecería la pena joder a ese cabrón después de lo que intentó hacerle. Contaba con que la vigilancia se centrara en las puertas de acceso a la vivienda y que la luz artificial de la finca se redujese a medida que avanzaba la noche.

Debería llamar a Marcos para contarle lo que había pasado y lo que iba a hacer en unas horas, pero sabía que el inspector no aprobaría su intento de venganza, mucho menos hacia quien sería alcalde en pocos meses. Sería la forma más rápida de frenar su carrera. Quizá no, Marcos era un tipo idealista, como ella, y tal vez quisiera detener a Joaquín por acoso e intento de violación. Claro que eso sería la palabra de él contra la de ella, un exitoso e influyente

político contra una reportera que nadie respetaba ni como persona ni como profesional. No, no metería a Marcos en esa tesitura.

Llegó con la moto a la puerta de la finca y aminoró la marcha para buscar un fallo de seguridad en el perímetro. Eso sonaba en su mente a película de espías. Debía buscar una zona donde el muro no fuese muy alto para escalarlo, ni tuviese muchas cámaras apuntando en su dirección. Vio un lugar interesante, ya que estaba oculto bajo la vegetación de un gran árbol que pedía a gritos ser podado, la densa vegetación de sus ramas serviría para ocultarla a los ojos curiosos. Aparcó la moto y comprobó que llevaba en la mochila el mapeador y la herramienta multiusos que servía como destornillador de infinitas puntas. Trepó por la pared de la forma más sigilosa que pudo y, al llegar arriba y poder respirar hondo, pensó en lo diferente que era el oficio de periodista a como se lo vendían a los incautos estudiantes en la Universidad.

Allí permaneció durante una hora, sin emitir sonido alguno, aunque tampoco pudo evitar que sus pensamientos más agoreros la visitasen. ¿Qué pasaría si fuese descubierta? Marcos no podría llegar como el séptimo de caballería de nuevo. La familia de Joaquín no era como el proxeneta Poli. ¿Y si le pegaba un tiro alguno de los vigilantes que estaba por la zona? No quería morir tan joven y con tantas cosas por conseguir. De repente llegó una sonrisa espontánea, estaba husmeando y arriesgando su vida como lo había hecho Laura Moreno en los casos anteriores. Era su turno, el de demostrar que ella también valía para ser la número uno. Nadie recordaría a Laura tras aquel reportaje que ella concedería, junto a Marcos, sobre la corrupción política de un violador en potencia.

Tan entusiasmada estaba con la idea, que saltó al césped de la vivienda sin casi plantearse las consecuencias. Quedó durante unos segundos en silencio y agachada en las sombras. Ninguna alarma sonaba, ni se oían perros o vigilantes aparecer. Corrió hacia el lateral de la vivienda en el que se apreciaban las cajas con los contadores de luz y las conexiones de teléfono e internet. Debía darse prisa, ya que uno de los focos alumbraba la zona. Abrió la caja con rapidez, tornillos Phillips, qué aficionados, y empalmó los cables de internet y el teléfono con los del mapeador. Cerró la tapa de la conexión y se giró para regresar al lugar desde el que había venido, entonces oyó el disparo y se tiró al suelo, muerta de miedo.

Tanto los noticiarios como los detallados informes del fiscal apuntaban a una testigo que podría solucionar el caso y dar con el asesino, por no hablar de huellas por todo el cuerpo de la última víctima. Eso no era viable. Demasiados errores en el procedimiento habían ocasionado una reacción en cadena que podía

conducir a la debacle, a la ruina total. No, no, no podía ocurrir. Si el dinero y la inteligencia servían para algo, era para solucionar los problemas derivados de un mal paso; claro que aquello era más bien un tropezón.

Tardó pocas horas y media docena de llamadas de teléfono en hacer desaparecer las huellas digitales del archivo de la Policía y en borrarlas del cuerpo y los archivos del Anatómico Forense, además de conocer los datos de la testigo: nombre, apellidos, dirección, amistades conocidas, detenciones... Una fortuna debería pagar por esos favores, pero para eso estaba el dinero, para garantizarle seguridad, inmunidad.

Cogió uno de los coches del garaje, uno que jamás antes había conducido y con los cristales completamente negros. Un sexto sentido le llevó a hacerlo. ¿Qué importaba? Debía eliminar cualquier rastro que condujese hacia él o su legado. Los errores del pasado no podían llegar ahora para atormentarlo y echar por tierra todo aquello que había levantado con sus propias manos. ¿Qué se había creído aquella zorra de mierda? Ser testigo de un momento de debilidad de un buen hombre no le daba permiso para mancillarlo luego con un chivatazo a los policías. No consentiría que nadie lo apresase cuando tenía tantas cosas buenas que hacer por el mundo.

Detectó a la chica caminando por una calle céntrica, la siguió a pesar de los molestos pitidos de los coches que iban detrás de él. Menos mal que no entró en ningún comercio, autobús o taxi, todo lo contrario, en un callejón desierto, un atajo hacia donde fuera que se dirigía. No podía acceder con el coche al estrecho sendero, así que frenó, apagó el motor y se bajó para seguirla a pie. Se sentía muy nervioso, ni siquiera tenía claro que se atreviese a cumplir con el plan, jamás había arrebatado una vida antes... Los nervios, a medida que caminaba tras ella, fluían como lava incandescente desde su estómago. El eco de sus pasos, al igual que los de ella, inundó las altas paredes de edificios que se elevaban a su alrededor.

La chica se detuvo de improviso, él se ocultó rápido entre las sombras de la noche y se mantuvo a la espera, algo asustado, desentrenado. Y volvió a seguirla en cuanto ella retomó la marcha hacia su destino, aunque esta vez caminando más despacio, como sabiendo que algo peligroso se encontraba a su acecho.

—¿Quién anda ahí? ¡He llamado a la policía! ¡Llevo una navaja!

El miedo de la chica, más que patente en sus palabras, le hizo sentirse fuerte, poderoso. Sí, claro que podría acabar con ella, si lo habían hecho *ellos* antes y tantas veces, ¿por qué él no iba a ser capaz? Claro que no podría cometer ningún error, ya bastantes quebraderos de cabeza habían provocado los descuidos en la playa. No podría dejar testigos, ni huellas, tendría que ser todo rápido, hacerlo como si se tratase de un simple robo en una callejuela. Un heroinómano o

ladronzuelo que apuñala a quien pretende robar. Sería fácil. Rápido y fácil.

—uuuuUUUUMMMMmmmmuuuuu —se atrevió a pronunciar, desde un volumen muy bajo hasta subir lentamente e inundar por completo la oscuridad y el silencio con un macabro sonido gutural que helaría la sangre de cualquier persona de bien.

Ella quedó paralizada durante unos segundos, luego comenzó a correr como si la vida le fuese en ello. Se dirigía de nuevo hacía su casa, pero optando por calles más transitadas.

Aquello había sido estúpido. Tras dejarse llevar por el éxtasis de la situación, ahora tendría que matarla en su casa, y eso podría significar complicaciones.

La siguió desde la distancia, asegurándose de que no podría verlo. La noche lo amparaba, pero un grito o acusación más alta de lo normal lo pondrían al descubierto, y sería su fin. Más de cuatro décadas de inmunidad perdidas ante una mala acción. ¿Cómo dar ejemplo a su sucesor si era tan torpe como para dejarse descubrir por un ser tan inferior? Un mero cervatillo asustado en una noche de gloriosa cacería.

Así que aquella era la testigo que aparecía en los informes... No podía ser más sencillo para él. Acabaría con la amenaza que se cernía sobre «ellos» en menos tiempo del que un policía se zampaba un donut.

—Zorrillaaaaaaaaaaaaa, estoy a tu espaldaaaaaaaaa. —Se sorprendió al oírse a sí mismo pronunciando esas palabras mientras la chica empezaba a correr como si fuese perseguida por una manada de leones hambrientos. Sonrió al sentirse como un guepardo joven, a pesar de los años que había pasado desde la última vez que estuvo tan cerca de una prostituta... años de psicólogo necesitó para dejarlo atrás definitivamente.

Belén trataba de llegar a su edificio con el tiempo suficiente para abrir la puerta y cerrar a su espalda antes de que aquella bestia la alcanzase. La calle se hacía más larga y sombría a cada paso, a cada jadeo, a cada lamento y esfuerzo final por lograr la salvación. No pudo creer en su suerte al lograr cumplir el objetivo. Se sentó en el suelo del portal y comenzó a llorar, ¿o era risa lo que salía de su garganta? Estaba eufórica.

Se giró. Al otro lado de la puerta no se veía a nadie en toda la calle. Se encontraba a salvo por fin.

Él observaba desde la distancia cuando la chica comenzó a subir las escaleras del edificio. Le había dado tiempo de volver al coche y esperarla en el lugar al que sabía que regresaría. Los oscuros cristales le proporcionarían seguridad mientras esperaba el momento adecuado. Entonces iría tras ella como el monstruo despiadado en que se había visto obligado a convertirse.

Mientras esperaba, observó el salpicadero del coche, era el último modelo,

todo lleno de pantallas digitales. El Audi TT que usaba él era muy diferente en aspecto y sensaciones de conducción. ¿Cuándo lo vendió? No, no lo vendió, lo dejó abandonado y sin matrículas diez años atrás a las afueras de la ciudad. No le parecía casual que el nuevo asesino hubiera elegido el mismo coche, después de todo, también usaba casi el mismo procedimiento y la misma zona para trabajar y ocultar los cuerpos.

No quiso pensar en ese momento en su sucesor, las distracciones se pagaban caras cuando uno tenía a toda la policía persiguiéndole. Aquella puta podía identificar al nuevo asesino, y eso llevaría a la policía directamente hacia los suyos. Todos caerían. No podía permitir que su legado se derrumbase tras tanto esfuerzo, menos aún cuando lo único que se interponía entre la paz y el infierno era una sucia ramera.

¿Qué es eso? Una patrulla de policía aparecía por la calle, frenó ante la puerta del edificio y uno de los agentes se bajó a toda prisa. Tras hablar unos segundos por el portero automático, la puerta se abrió y el policía pasó al interior.

«Estúpido, es una testigo protegida, tiene escolta. ¿Dónde estaba esa patrulla antes? Seguro que se despistaron cuando ella salió a dar un paseo. He estado a punto de cometer una locura. ¡Espera! Si la chica ha sido testigo y sabe algo sobre el asesino, ¿por qué aún no ha sido arrestado? ¿Por qué no ha dicho nada? ¡Joder, es un señuelo! Es el cebo para cazar al asesino y yo he picado como un principiante. Debo largarme de aquí ya».

David Sobrá y Marcos Navarro necesitaban una orden para poder entrar en la casa de uno de los sospechosos que aparecían en el listado de propietarios de Audi TT. Conocían las consecuencias que tendría un nuevo error como el del teniente de la Guardia Civil, más aún cuando el caso estaba oficialmente cerrado. El comisario no atendía al teléfono de su despacho ni al móvil, y el fiscal se negaba rotundamente a conceder la orden. Solo podrían irrumpir en la vivienda si eran invitados por los propietarios, que no era el caso, o si tenían pruebas de que se estuviese cometiendo un delito en su interior, así que permanecían tras la cancela metálica de la finca a la espera de localizar a Paco o marcharse a casa y regresar cuando el fiscal fuese presionado para conceder la orden.

—¿Las doce de la noche? Ya sé que son las doce, pero no me creo que estén ya acostados, todas las ventanas de la casa se ven encendidas. No me puedo creer que nos hayan dado esa excusa para no concedernos una entrevista de solo un par de minutos.

David golpeaba nervioso el salpicadero del coche. A su lado Marcos se

mostraba calmado y no quitaba ojo a la mansión, que se veía a unos ochenta metros tras la cancela metálica. Deberían marcharse a casa o a la comisaría, pero algo, quizá su sexto sentido, los retenía a la espera de... ¿de qué? Se preguntaba David. Su compañero no le respondía, pero confiaba en su instinto.

En la calle hacía tanto frío que los cristales se empañaron al instante, Marcos frotaba la mano contra el parabrisas cada minuto para poder seguir viendo el interior. Al menos no llovía. Durante el último caso que resolvieron, hacía casi un mes, pasaron una semana de pesadilla bajo un aguacero que inundó las zonas bajas de la ciudad y sumergió gran parte de la marisma.

—Son más de las doce y no creo que nadie duerma en esa casa. Siguen todas las luces encendidas —murmuró Marcos.

—Es él, seguro. Es él.

—Joder, pues estoy rezando para que te equivoques, menuda publicidad para la ciudad. Hay mucha gente que confía y depende de... ¿Qué ha sido eso?

—¿El qué?

—¡Apaga la música!

—No he oído nada.

—¡Silencio!

Tras unos largos segundos, Marcos le dijo a su compañero que había creído oír un disparo.

—Yo no oí nada. Quizá fue tu mente, que quiere tener una excusa para entrar ahí.

—Es posible, no levantemos la voz. Ojalá hubiera traído los prismáticos.

—Tenemos una cámara de vigilancia con infrarrojos en el maletero.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Que tiene zoom.

—¡Tráela, rápido!

David regresó al coche tras un minuto hurgando entre los trastos que acumulaba en el maletero de su coche. La bocanada de aire helado que entró en el coche desempañó todos los cristales. Marcos encendió la cámara y puso el zoom óptico al máximo para observar la fachada.

—¡No me jodas!

—¿Qué pasa?

—¡Hay que entrar! Ponte el cinturón.

David casi no logró hacerlo a tiempo de que Marcos embistiera la cancela metálica, destrozando el frontal del coche, y acelerase por la rampa de subida.

—¡Ten el arma preparada!

—¿Qué has visto?

—Mira —dijo señalando el coche personal del comisario.

El disparo había sonado con claridad, provenía del interior de la casa y había tomado por sorpresa a Sofía Vidal hasta el extremo de que casi le hizo perder el equilibrio y caer del muro. Todo el frío que sentía se había esfumado. ¿Qué hacer ahora? Arriesgarse a entrar para grabar lo que estuviese ocurriendo o llamar a la policía y mantenerse a salvo desde la distancia? No lo pensó un segundo, eligió lo que hubiera hecho Laura en su lugar.

Esa segunda vez que saltaba no tuvo tanta suerte y se torció el tobillo izquierdo al caer sobre el césped desde tanta altura. No lo sentía roto, pero se inflamaría en unas horas y le impediría escalar el muro para salir por el mismo lugar. Por suerte, no había caído de espalda sobre la mochila, donde llevaba el equipo electrónico. Sacó la cámara, la encendió y puso el modo nocturno, ya que no podría colocarle el foco de luz.

—Aquí Sofía Vidal para *Sofía News*, acabo de oír un disparo que provenía del interior de la mansión del constructor y empresario Ignacio de los Santos, padre del candidato a la alcaldía de Huelva, Joaquín de los Santos. Me encontraba en los alrededores de la finca tras haber realizado una entrevista con el candidato. Ahora procedo a entrar de nuevo con cautela para saber qué ha ocurrido. —Sofía había susurrado la entrada de su nuevo reportaje a la vez que se enfocaba a sí misma sin soltar la cámara de la mano. Tras ello, comenzó a caminar despacio hasta la casa. El pie le dolía mucho al apoyarlo, pero haría el esfuerzo de soportarlo. Todo fuese por una buena noticia. Necesitaba más que nunca un suceso que la colocase de nuevo en el candelero.

Se apoyó en la pared del testero sur y desde allí se encaminó hacia la parte trasera, la que daba a la piscina. La fachada principal estaba descartada, sería mucho más complejo encontrar una puerta o ventana abierta en la zona más protegida. Sentía la respiración y sus pulsaciones al límite, el frío había desaparecido y ya no le preocupaba cojear con el pie dolorido. Solo estaba asustada ante la idea de no poder correr si era atacada por vigilantes o perros.

Llegó a la zona de la piscina, que tenía el agua limpia y focos encendidos en su interior a pesar de los meses que faltaban para el verano. Bajo un voladizo de hormigón blanco, había mesas y sillones de mimbre para que una veintena de personas pudieran tomar café, además de una gran cama balinesa al fondo. Allí había menos luz y no se oía absolutamente nada. Tanteó cada una de las cuatro ventanas y la gran puerta abatible. No había forma de entrar. Quizá saltase la alarma si rompía un cristal.

No le apetecía nada volver a entrar en la casa en la que fue acosada sexualmente dos horas atrás, pero allí había ocurrido algo grave. No es frecuente

que en un hogar se escuchan disparos, salvo que se trate del de Poli o gentuza de su calaña. Quizá estuviese ante la noticia de su vida y no pensaba arruinarla llamando a la policía, aunque se sentiría más cómoda si Marcos estuviese allí con ella.

«No, él me obligaría a salir del recinto. Me impediría entrar con él. ¿Qué es eso?».

Vio una pequeña puerta al fondo; antes le había pasado desapercibida al ser blanca sobre una pared del mismo color. Debía de tratarse de la puerta de los baños para los que disfrutaban de la piscina y el jardín. Probó suerte. También cerrada. Se fijó en el pomo, era muy diferente a los de ventanales y puertas de cristal, uno convencional y redondo con cerradura estándar. Sofía dudaba de que hubieran conectado aquella mierda de puerta a la alarma de la casa, así que probó suerte con su juego de ganzúas; no había otro punto para acceder a la casa, si es que esos servicios conectaban con el interior de la vivienda, ya que sería poco útil que solo se pudieran usar esos inodoros, duchas y lavabos desde fuera de la casa.

¡Bingo!

Tras entrar, encendió una pequeña linterna que le permitió ver otra puerta al fondo. La suerte la acompañaba, por el momento. No había cerrojo ni cerradura, el pomo giró sin problema y ella empujó despacio. La puerta se mostraba pesada y rozaba al abrirse, como si no lo hiciera desde hacía años o hubiese un mueble taponándola desde el otro lado.

Comprobó que se trataba de la segunda opción, alguien había colocado un mueble camarero al otro lado y tuvo que arrastrarlo para poder abrir del todo y pasar a un gran salón que tenía las luces encendidas a pesar de estar desierto.

«La suerte sigue de tu lado, aprovéchala, como hiciste en el caso de las embarazadas». Ese pensamiento no le infundió mucha seguridad, ya que entonces estuvo acompañada de Marcos y de otros policías.

Caminó de forma sigilosa hasta el centro de la estancia, desde allí decidiría si buscar tras la puerta de la derecha o de la izquierda. No oía voces que la orientasen, pero sentía la presencia de quienes moraban la casa. Entonces fue cuando oyó los pasos acercándose apresuradamente, dio un salto y se refugió tras un gran sofá. Al caer mordió su mano derecha para impedir el grito por el dolor que sentía tras caer sobre el pie dañado. Si seguía así, acabaría por romperlo del todo.

Desde su posición pudo ver a un tipo enorme y vestido de negro, con el semblante asustado y corriendo para atravesar el salón de un extremo al otro. Sofía tuvo la seguridad de que no se habría percatado de su presencia aunque hubiera estado tumbada sobre el sofá. Allí había ocurrido algo grave y solo tenía

que tratar de seguir al guardia de seguridad, chófer o lo que fuese, para encontrar el origen de la noticia. Su pie no le permitiría seguir el ritmo, pero ya usaría la intuición.

«¿Me pegarán un tiro si me descubren aquí y soy testigo de un crimen?».

Un escalofrío recorrió su espalda al pensar en eso, pero no impidió que se levantara y saliera tras el tipo de negro. El esfuerzo al caminar cojeando comenzó a agotarla y el jadeo del esfuerzo podría ser oído. Por no hablar de que la descubriría cualquiera que apareciese tras una puerta del pasillo por el que avanzaba. ¿Qué haría? ¿Cómo justificaría su presencia en la casa, en ese punto de la misma, cuando hacía más de dos hora que se había marchado? Podría decir que se había olvidado parte del equipo y había vuelto. Claro que los de seguridad sabrían que mentía, que no había cruzado de nuevo la puerta de acceso a la finca.

Subía a duras penas por unas escaleras forradas con la misma moqueta que había en el pasillo, cuando pensó que confiar exclusivamente en la buena suerte no era lo más inteligente que había hecho en su vida; podría meterse en un lío, y allí no podría salvarla Marcos como en la casa de Poli. El influyente empresario no se dejaría amilanar por un inspector. No lo haría por nadie.

¿Dónde se había metido el tipo al que seguía? Ya no percibía pasos ni voces, volvía a estar perdida en un laberinto de pasillos, escaleras y puertas vacías. Ni por asomo podría comenzar a abrir las mismas para ver quién estaba en el interior. Solo podía permanecer quieta y en silencio hasta que oyese algo, y rezando para que no apareciese nadie que la descubriese. Aunque en ese momento solo lograba oír su respiración y los latidos de su corazón en el cuello. El pie estaba tan hinchado que parecía a punto de hacer estallar la bota, quizá tuviera que cortarla para poder sacarlo sin romperse los huesos o desmayarse de dolor.

¿Susurros? ¿Qué había sido eso? ¿Quizá un gemido? Sí, justo unos metros más allá. Ya no podía apoyar el pie y daba pequeños saltos con el otro. Agarró el picaporte de la puerta y comenzó a abrir muy despacio, un resquicio de un centímetro bastó para observar a cuatro personas al otro lado. No, eran cinco, en el suelo había otra persona.

«No puede ser...».

Veinte minutos antes:

Paco Hernández no tuvo que llamar al timbre de la puerta principal, allí aguardaba una doncella lista para abrir y acompañarlo al despacho de Ignacio de los Santos.

—Siento decirle que el señor Don Ignacio no se encuentra en la casa.

- Creo que ha habido un malentendido.
- ¿No viene a ver al señor?
- Bueno, sí, pero a su hijo. Busco a Joaquín.
- Está bien, acompáñeme.

Paco caminó durante unos minutos por la enorme mansión, subió a la segunda planta y esperó en el pasillo a que el candidato deseara recibirlo. Aquel pequeño espacio, seguro que jamás usado, tenía sofás, muebles y otros elementos de decoración que costaban más que todos los de su casa juntos. Siendo amante de la pesca y teniendo un pequeño barco, conocía los grandes yates que había en el puerto. Tanto Ignacio como su hijo contaban con dos palacios flotantes de más de veinte metros de eslora. ¿Qué les llevaba a seguir trabajando, a seguir prosperando, a querer tener más dinero del que podrían gastar? Paco nunca había sido tan ambicioso.

- ¿Comisario? ¿Ha ocurrido algo?

Joaquín aparecía enfundado en un batín de seda azul marino con sus iniciales bordadas en oro de forma discreta a la altura del pecho. Debajo llevaba un pijama del mismo tejido pero en un azul muy claro. Esgrimía una cercana sonrisa y susurraba en lugar de hablar. Terminó las preguntas con una mirada intrigante.

—Nada grave, solo una comprobación rutinaria que decidí hacer yo mismo debido a la hora que es. No le molestaré más de unos minutos.

- Pues adelante, por favor, dígame en qué puedo ayudarle.

—Hemos comprobado que es propietario de un Audi TT de color negro desde hace dos años, antes tuvo otro del mismo color durante ocho años.

- Me gusta ese coche, por eso lo renuevo cuando cambia el modelo.

—Es curioso, toda la ciudad recuerda haberle visto conduciendo varios Ferrari rojos, algún Porsche gris, un Bentley amarillo, pero nadie recuerda haberlo visto en un Audi TT negro, y eso es más extraño aún si es y ha sido usuario de dos en los últimos diez años.

—Bueno, no sé lo que la gente recuerda o lo que ve cuando salgo a conducir, supongo que se centran en los modelos más llamativos y de colores estridentes, pero tengo más coches aparte de esos que mencionas, Paco. Puedo tutearte, ¿verdad?

—Supongo que sí, serás el alcalde en unos pocos meses y estaré a tus órdenes indirectas.

- Perfecto, Paco, pongámonos cómodos.

Joaquín puso una mano sobre el hombro del comisario y lo dirigió hacia el rincón del dormitorio en que tenía una pequeña sala de estar. Le dijo que estarían allí más cómodos y le ofreció asiento y una copa. Paco miró su reloj y pensó que

un *whisky* le sentaría bien cuando ya no estaba oficialmente de servicio, tampoco interferiría mucho una sola copa en su conducción de camino a casa.

—Pues dime lo que deseas saber —añadía Joaquín tras acercarle la copa. Se había servido otra para él y ahora tomaba asiento frente al comisario en otra de las elegantes butacas forradas de seda blanca; una hora antes había estado grabando su entrevista con Sofía Vidal en el mismo lugar.

—Verás, como te he dicho, es algo rutinario, queremos traer a la científica para analizar el coche, lo haremos con todos los modelos de la ciudad.

—¿Tengo pinta de asesino?

—Yo no he dicho...

—Entenderá que mi posición actual, y también la futura, dependen de la imagen que se proyecte de mí —sonreía seguro de sí mismo—. Y que entren en la casa un par de coches llenos de policías para registrar y analizar mi coche podría arruinar mis opciones de ganar las elecciones a la alcaldía; le recuerdo que suele haber periodistas en la puerta de casa durante el día. Nos encontramos en plena campaña y todo puede irse a traste por una inspección de rigor, a la vez que sin fundamento.

—En realidad, quería decirle...

—Por favor, Paco, vamos a trabajar muy pronto codo con codo, por el bien de esta ciudad y de nuestros vecinos. Quiero estar disponible para cooperar en todo momento con lo que el Cuerpo de Policía considere necesario, pero comprenda que dudar de la palabra y la dignidad de un ciudadano ejemplar no es la mejor forma de comenzar nuestra relación.

—En realidad, si me permite hablar, quería decirle que en ningún momento he dicho que la investigación de su coche estuviese relacionada con un asesinato.

Joaquín sonrió, miró al suelo y, cuando quiso replicar la acusación, ni él ni Paco pudieron reaccionar. El vaso de cristal tallado que sostenía el comisario se rompió en mil pedazos al ser atravesado por una bala.

Nuria no solía participar en las operaciones de campo, salvo cuando Paco o Cristina se lo habían pedido alguna que otra noche en los casos anteriores. Mejor así, ya que se sentía fuera de lugar y casi desnuda en cuanto se separaba de su ordenador. En su escritorio, entre datos, páginas o bases para buscarlos y hojas de cálculo para fabricar relaciones entre ellos, era donde se sentía fuerte, útil. Esta noche quiso aprovechar que no tenía sueño ni acusaba el cansancio de la jornada, así que cambió de idea antes de llegar a su casa y se decidió a regresar a la comisaría para invertir unas horas más y adelantar trabajo, deseaba recabar toda la información posible sobre el propietario del Audi TT cuyas huellas

coincidían con las halladas sobre el cuerpo de María José. Si se confirmaban las sospechas, la ciudad sufriría una crisis económica y política sin precedentes.

«¿Joaquín de los Santos? Es imposible, todo lo que aparece en la base de datos sobre él está limpio, ha llevado una vida ejemplar. Su padre es un empresario corrupto y manipulador, lo peor de la ciudad, pero el chico no se ha visto inmerso en negocios sucios ni tiene antecedentes, ni una multa de tráfico o pelea. Es el soltero de oro. ¡Dios mío, si hasta me ha gustado siempre! Debe de ser un error. Claro que... ¿quién podría hacer desaparecer las huellas dactilares de la base de datos? ¿Quién tiene poder en la ciudad para entrar en nuestros archivos y eliminar pruebas criminales, además de hacerlo en el Anatómico Forense para eliminar registros y limpiar con alcohol la piel de un cadáver?».

Miró el reloj en la esquina de la pantalla, era muy tarde, pero no lo pensaba por irse a casa, sino por el tiempo que había pasado desde que Marcos le dijo que iría a charlar con Joaquín de los Santos. El comisario también había desaparecido y no atendía al teléfono, quizá se hubiera ido a casa, ya que en recepción le confirmaron que no había sacado ningún coche oficial.

Llamó al móvil de Marcos y espero cinco tonos, seis, siete... Nada, no cogía la llamada. ¿Habría logrado hablar con el sospechoso? Seguramente sí, o no estaba en casa y lo había dejado para la mañana siguiente. Pero era tan extraño que no cogiese la llamada; Marcos siempre respondía.

¿Qué hacer? La incertidumbre no le permitía relajarse, no lograría dormir esa noche hasta saber qué había sucedido.

«¿Me marcho a casa? ¿Qué haría Cristina en mi lugar? Ella no tendría dudas, decidiría la opción adecuada. ¿Qué digo? Cris tomaría su arma y saldría a toda velocidad hacia la casa del sospechoso. Ella no habría dado el dato a Marcos hasta asegurarse de llegar antes que él a su destino».

Nuria apagó el ordenador, tomó el abrigo y el bolso del perchero y fue decidida hacia el registro de vehículos.

—Quiero un coche oficial.

Miguel, el sargento a punto de jubilarse que se encargaba de asignar vehículos y tomar las armas para gestionar su mantenimiento, la miró como se mira a un niño pequeño que exige un caramelo a sus padres.

—¿Vas en asunto oficial? ¿En qué caso?

—No me jodas, sabes que estoy con *El pico del loro*.

—Pero no haces trabajo de campo. ¿Quién autoriza tu coche?

—No me jodas, Miguel. Marcos y el comisario no responden al teléfono y ¡necesito el puto coche ya! No pienso pagar un taxi de aquí a Bellavista. ¿Crees que te pido el coche para irme de fiesta después de llevar aquí catorce horas seguidas?

—Vale, vale, no te pongas así. ¿Estás con la regla?

—Miguel, tengo prisa, pero mañana regreso y te doy una hostia.

Le arrebató la llave del coche de la mano y salió corriendo hacia el aparcamiento subterráneo, ni siquiera firmó el recibo que Miguel puso ante ella. Minutos después ya enfilaba el largo puente que comunica la ciudad con Bellavista, Corrales y las playas del oeste, justo al otro lado de la ría y la marisma.

Cada minuto sentía crecer la angustia, algo le decía que había salido demasiado tarde.

—¿Qué coño has hecho?

—Solucionar el problema, ¿no te das cuenta de que tú mismo te has delatado?

—Mamá, pero ese arma... ¿Cómo has podido?

—¿Por un hijo? ¿Por mi único hijo? No pienso permitir que te metan veinte años en la cárcel, no, ni por unas putas ni por prenderle fuego al mundo.

Joaquín no era capaz de mover un músculo, su dócil madre siempre había permanecido tras un velo de amabilidad, dulzura, fragilidad, a veces distancia. Ahora empuñaba un arma y acababa de matar al comisario de la Policía Nacional sin parpadear. ¿Y como sabía ella que...?

—¿Cómo sabías que era yo el que...?

—Una madre siempre sabe dónde está su hijo y lo que está haciendo — susurró con una sonrisa amarga, como si hubiera leído su pensamiento.

—Bueno, no es el momento de hablar de eso.

—Lo sé. Tenemos que hacer desaparecer el cuerpo y el coche. Llama a los muchachos de tu padre.

—¿Está papá en casa?

—Olvida a papá y mueve el culo.

Toda la casa se iluminó en cuanto Joaquín le dijo al jefe de seguridad que tenían una seria emergencia. Las doncellas y cocineros se escondieron en sus dormitorios, como habían aprendido durante varios simulacros, y los agentes contratados para la seguridad abandonaron sus puestos en el exterior para cumplir las nuevas órdenes. Dos de ellos debían ir a los aposentos de Joaquín para retirar un cuerpo, otro debía hacer desaparecer el coche del comisario. El resto protegería a la familia y evitaría que nadie pudiese entrar en la finca durante el proceso, y tampoco cuando limpiasen los restos de sangre del suelo.

Como si hicieran aquello muy a menudo, cumplieron las órdenes sin pestañear y a toda velocidad. Joaquín sirvió dos vasos de licor y extendió uno a

su madre, esta lo rechazó. La mujer se mostraba tan fría que su hijo casi no lograba reconocerla. Pasaron a la alcoba de ella para no molestar a sus empleados.

—Aún no logro comprender cómo has sabido que yo...

—Yo sé todo lo que ocurre en esta casa, además de lo que haces fuera, o lo que hacía tu padre hace unos años. No habéis sido tan cuidadosos como creéis.

—Pero nunca has dicho nada, no nos has... no me has reprendido por mis acciones.

—¿Cómo podría yo...?

El jefe de seguridad irrumpió en la estancia sin pedir permiso, en una situación tan extrema, esa formalidad sobraba.

—Los dos inspectores que llegaron tras el comisario.

—¿Qué pasa con ellos? Les dijisteis que volviesen mañana, ¿verdad? —preguntó Joaquín.

—Sí, pero han decidido entrar.

—¿Cómo entrar? La puerta...

—Han atravesado la puerta con el coche. Podemos abatirlos.

—Joder, ¿matar a más policías? No, seguro que en la comisaría ya han dado aviso y pronto rodearán la zona.

—Aún no se aprecia que venga nadie, podemos abatirlos e improvisar. E incluso podemos activar el plan de fuga que planificó su padre.

—¿Huir al extranjero? No, no, no, esto no puede estar pasando.

—Acaba con ellos si es necesario —ordenó su madre.

—No, no le hagas caso. Obedece mis órdenes. —Joaquín estaba fuera de sí, pero aún trataba de salir victorioso sin que hubiese más muertes.

—Lo siento señor, en caso de ausencia de su padre, ella tiene el mando.

—¿Cómo dices? Mi padre ha delegado en mí...

—En caso de emergencia —interrumpió el jefe de seguridad—, es su madre la que ostenta el segundo puesto en la cadena de mando.

—¡Putos exmilitares y vuestra jerga! ¿Dónde está mi padre? ¿Por qué no ha regresado aún?

—No tenemos noticias de él.

—¡No servís para nada!

El jefe de seguridad no siguió con la conversación. Cerró la puerta a su espalda y ordenó por el intercomunicador de su oído que había que acabar con los intrusos.

—¡Cuidado, van armados y son muy peligrosos! —añadió.

Sofía volvió a cerrar la puerta con el mismo sigilo que la había abierto. El temblor en el cuerpo tras ver al comisario agonizando, malherido, provocó que se olvidase del reportaje y del tobillo torcido. ¿Cómo podría salir de allí y salvar su vida? Si habían disparado a un comisario, ¿qué harían con una periodista que se había colado con una cámara de vídeo en la mano?

La moqueta del pasillo amortiguaba sus pasos, pero no era invisible, en cualquier momento aparecería un tipo de seguridad como el que había seguido antes y le dispararía. Estaba muy asustada y decidió probar suerte con una puerta varios metros más allá. La suerte seguía de su lado, estaba abierta. Se sorprendió al comprobar que era una biblioteca, no imaginaba encontrar miles de libros en la casa de Ignacio de los Santos, un tipo que presumía de haber levantado un imperio casi sin saber leer.

¿Por qué todas las luces de la casa estaban encendidas? Supuso que habría alguna alarma, algún protocolo había encendido la luz en todas las estancias para hacer visible a cualquier intruso. Ella lo era. Aquel lugar no le confería mucha seguridad, pero estaría bien para grabar un poco, contar lo que había visto hasta ese momento, que no era poco, y buscar algún sillón tras el que esconderse.

—Buenas noches. Bueno, no sé lo que digo, estoy muy nerviosa. Sigo en la mansión del empresario Ignacio de los Santos, padre del candidato a la alcaldía. He logrado entrar a través de los aseos de la piscina y, tras seguir a un miembro de seguridad de la casa, he podido ver el cuerpo agonizante de Paco Hernández, el comisario de la Policía Nacional, parecía haber recibido un disparo en el pecho o el estómago. Os muestro el lugar en el que me he refugiado, es la biblioteca de la casa. No tengo ni idea de si podré salir de aquí con vida.

No se le ocurría nada más que decir, así que apagó la cámara y se refugió tras un sillón que tapanía su cuerpo si alguien entraba desde la puerta. Necesitaba calmar sus nervios. Respiró hondo varias veces y tomó su teléfono móvil para llamar a Marcos, no logró contactar con él. Luego pensó en llamar a sus padres, pero eso no serviría de mucha ayuda en su situación. Se decidió por llamar al 112, de allí le pasaron con la policía.

—Dígame su nombre y la emergencia por la que llama.

—Me llamo Sofía Vidal y estoy en la casa de Ignacio de los Santos, el número doce de la avenida Descubridores en Bellavista. Acabo de ver al comisario Paco Hernández agonizando tras ser disparado. Por favor, que vengan todas las patrullas. Temo por mi vida. ¿Me está escuchando?

—Menuda película se ha montado, señorita. ¿Está aburrida en casa y no se le ha ocurrido nada mejor que hacer?

—Mira, imbécil, mi DNI es 442365861J y esto es una emergencia. ¿Grabáis

las conversaciones? Pues más te vale mover el culo porque tu comisario podría morir mientras hablamos.

La llamada finalizó tras esas últimas palabras, lo que hizo que Fernando, recepcionista del turno de noche de la comisaría, comenzara a sospechar que quizás esa historia tan extraña pudiera tener algo de razón. Se levantó de la mesa y fue a hablar con el sargento Hector García.

—Tengo una llamada extraña, una chica joven y muy alterada dice haber visto cómo disparaban al comisario.

—¿Estás de broma?

—Eso pensé yo, pero ha dado todos sus datos y la dirección. Además, he llamado a casa del comisario y su esposa dice que aún no ha regresado, a pesar de que se marchó de aquí hace ya bastante tiempo.

—Apostaría a que es una broma, pero si ha mencionado al comisario... Consulta el nombre de la denunciante y su DNI, si concuerdan, dímelo en el acto para enviar una patrulla al lugar.

Sofía solo podía oír el sonido de su respiración. La biblioteca estaba completamente insonorizada por los miles de libros que forraban las estanterías de las paredes, desde el suelo hasta el alto techo. ¿Qué estaría ocurriendo ahí fuera? ¿Por qué Marcos no contestaba al teléfono? ¿La Policía enviaría a alguien? ¿Llegarían a tiempo de sacarla de allí sana y salva?

El momento ocurrido un mes atrás, cuando lograba la grabación más importante de su carrera, la que había abierto las puertas de un contrato que no supo mantener más de una semana, llegó nítido a su memoria. Entonces estuvo arropada por tres policías, ahora estaba sola y la situación era mucho más peligrosa. Se golpeó la cara con furia por haber sido tan estúpida.

—La suerte no dura para siempre —susurró.

—¿Quién anda ahí?

«Mierda».

Marcos y David esperaban una acogida calurosa tras haber entrado sin permiso en la finca, y más aún habiendo atravesado la cancela de seguridad con el coche, lo que no habían imaginado es que los recibirían tres matones a balazos.

Cuando el cristal delantero estalló bajo el estruendo de los disparos, Marcos

giró bruscamente, el vehículo salió del camino y chocó contra un árbol. Los inspectores se bajaron a toda prisa y se parapetaron tras el coche, que sufría en ese momento una lluvia de impactos. Los tres agentes de seguridad, que hacían oídos sordos a los gritos de alto el fuego de los policías, recargaban pistolas y escopetas para seguir disparando sin cesar.

—Estos cabrones no han cometido ningún error —dijo David—, saben lo que hacen. Van a matarnos.

—Están locos, ¿creen que podrán salir de la ciudad sin que las patrullas los detengan?

—No hemos avisado por radio, no teníamos orden para entrar ¿recuerdas?

—Lo sé, pero los disparos deben de oírse desde las casas vecinas.

—Eso espero, porque algo grave ha pasado ahí dentro. No creo que Paco esté tomando el té con los dueños de la casa mientras esos tres no disparan a discreción.

—Hay que darse prisa. ¿Estás listo?

Tras asentir David, se giraron a la vez y dispararon dos veces cada uno, de un modo pausado y preciso, y volvieron a escudarse tras el coche.

—Has visto dónde están ¿verdad?

—Sí.

—Pues ahora vamos a tratar de hacer blanco.

—Nos vendría bien la ayuda de Cristina y su récord de tiro.

—Te equivocas, ese récord lo batió Jorge.

David no respondió, se levantó durante un segundo y disparó otras dos balas. Solo llevaba encima un cargador extra y aquellos tipos parecían contar con munición infinita. Se oyó un grito de dolor. David aseguraría que le había herido en el hombro. Era el turno de Marcos, que acertó en el pecho a otro de los agentes de seguridad.

—Uno herido, quizá no pueda disparar; otro muerto, estoy seguro. Vamos a salir ahora los dos a la vez y nos ocupamos del tercero. Está justo tras el gran macetero blanco, a la izquierda de la puerta principal.

David asintió con la cabeza, contaron hasta tres y dispararon tres veces cada uno. Abatieron al agente, pero una bala rozó el cuello de Marcos y comenzó a sangrar de forma abundante. David, ahora sin el peligro de que le disparasen, abrió el maletero del coche, sacó un botiquín y una escopeta de cartuchos.

—No te muevas, es solo un rasguño pero sangra mucho. Esto escocerá —David puso alcohol en la herida ante el gruñido de Marcos. Luego vendó todo el cuello para contener la hemorragia—. Solo tenemos ocho cartuchos para la escopeta.

—Cogeremos la munición de esos tres, incluso sus armas. No sabemos

cuántos más habrá dentro ni cómo reaccionarán, pero apuesto a que no de un modo diferente.

—¿Deberíamos esperar refuerzos?

—No sabemos cuánto tardarán, y Paco podría necesitar ayuda.

—¿Qué es eso?

Un coche entró a toda prisa desde la calle. Los inspectores no sabían de quién pudiera tratarse ni qué intenciones tendría, así que se escondieron tras el coche de nuevo y apuntaron con sus armas. El coche frenó ante ellos y apagó las luces, luego se abrió la puerta.

—¡La caballería!

—¿Qué coño está pasando aquí? —preguntó Nuria muy excitada ante la visión del coche de Marcos completamente lleno de agujeros y los tres cuerpos de los guardias de seguridad en el suelo, uno de ellos gemía de dolor.

—Es largo de contar. ¿Llevas chalecos antibalas en el maletero?

—Espero que sí, todos los coches oficiales llevan cuatro.

No solo encontraron los chalecos, también una escopeta y más cartuchos. Se dieron toda la prisa posible, en el interior no se observaba ningún movimiento. Esa era una muy mala señal.

—¿Adónde vas? —preguntó David a Nuria.

—Voy con vosotros.

—No tienes experiencia en este tipo de situaciones. Ahí dentro puede haber una docena de tipos esperando, quizá no salgamos con vida.

—No me vengas en plan macho protector. No voy a dejaros entrar solos.

—Lo siento Nuria, te necesitamos aquí fuera —zanjó Marcos—. Quiero que coloques el coche a modo de barrera en la puerta de entrada, no dejes salir a nadie ¿me has entendido? Olvida el manual, el procedimiento y la academia, si alguien trata de huir y va armado, o si trata de embestir el coche con otro vehículo, vacíale el cargador; ni se te ocurra gritar chorradas como «alto, policía» o «está detenido, échese al suelo con las manos a la espalda». ¿Me has comprendido? Dispara a matar antes de que lo hagan ellos, es una orden.

—No me siento cómoda dejando que...

—Te necesito cubriendo la huída y gestionando el dispositivo de ayuda cuando lleguen las patrullas.

—Está bien, vale, lo comprendo. Tened cuidado. —Eso último fue un susurro.

David colocó unas esposas al guardia herido, no se fiaba de que pudiera alcanzar un arma y dispararles, a pesar de los gritos de dolor que daba por la herida del hombro. Marcos entró primero en la casa, a su espalda oía el coche de Nuria maniobrando para volver a la puerta de acceso a la finca. Los inspectores

no sabían dónde estarían esperándolos, y aquel lugar era enorme y lleno de muebles tras los que esconderse. Estaban expuestos, los chalecos antibalas no impedirían un disparo a las piernas o peor, a la cabeza.

Con las pulsaciones al máximo, temblor en las rodillas y respiración entrecortada, pasaron del gran recibidor al salón principal, de más de cien metros cuadrados. Allí no había nadie tampoco.

—Van a escapar por detrás, embestirán el coche de Nuria.

—¿Huir por carretera? No lo creo, es arriesgado aunque ahora no haya mucho tráfico. ¿Qué es eso?

—Parece un helicóptero.

—¡Mierda!

Los inspectores salieron de la casa y observaron sobre sus cabezas cómo el helicóptero abandonaba el lugar.

—Si llamamos a la central y pedimos un helicóptero, aparecerá cuando estos ya hayan llegado a Marruecos.

—Ese helicóptero es de corto alcance —Nuria aparecía junto a ellos—. Solo es capaz de recorrer unos ciento cincuenta kilómetros. Es de los que se usa para moverse por grandes ciudades con tráfico.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque tú me pediste que lo investigara todo sobre Joaquín, y yo extendí la búsqueda a su padre. Tranquilos, no saldrá de la provincia. Y los que vayan dentro estarán detenidos en solo veinte minutos.

David y Marcos se mostraban intrigados ante la sonrisa que la suboficial esgrimía.

Cuando sonó el teléfono con tanta insistencia a esa hora de la madrugada, a Laura casi le dio un ataque de nervios. La llamada urgente a la pareja de un policía a esas horas solía significar la peor noticia de todas, la llegada del infierno en vida. Rompió a llorar al oír la voz de Marcos al otro lado del teléfono, se dejó caer de nuevo en la cama y le dijo que le había dado un susto de muerte.

—Bueno, solo tengo un rasguño en el cuello.

—¿Te han herido? —volvió a incorporarse como si tuviese un resorte en la espalda.

—Ha estado cerca. Estoy por buscar la bala y llevármela de recuerdo.

—No digas estupideces. Voy para allá.

—No, quédate en casa. Además, estoy en Bellavista.

—Son solo veinte minutos.

—¿Laura? ¿Laura?

Ya había colgado. Quince minutos después llegó a la zona, cuyas luces parpadeantes de coches patrulla y ambulancias se podían ver desde kilómetros, desde antes del puente, y tuvo el recuerdo de los reportajes de crímenes del último año. Ahora sentía ansiedad por saber que Marcos estaba herido, pero también algo de alivio al no verse envuelta de forma directa en el peligro.

Aparcó el coche donde pudo y un agente le permitió el paso, aún no había llegado la prensa y la zona estaba sumida en un silencio absoluto. Demasiado silencio. ¿Qué había pasado para que los policías tuvieran semblantes tan apesadumbrados? Laura corrió hacia la casa, un agente le dijo donde podría encontrar a Marcos y ella trató de orientarse por los pasillos. Por fin lo encontró. Nuria lloraba en brazos de David, que por primera vez no exhibía su sonrisa burlona. Marcos se levanto y fue a abrazarla.

—¿Estás bien?

—Sí, no debiste venir.

—¿En serio? ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? Contádmelo o me dará un infarto.

—Es Paco, lo han matado.

—¿Paco? ¿Qué Paco? ¿El comisario? No, no puede ser.

Laura nunca había tenido una especial relación con el comisario. Más bien era Paco el que no soportaba que la reportera metiese la nariz en investigaciones oficiales. A pesar de ello, había un aprecio mutuo y ambos habían reído y contado anécdotas en las fiestas y eventos de la comisaría, incluso bailaron juntos varias veces en las dos últimas cenas de Navidad. Ahora ya no volverían a verlo, ni a oír sus gruñidos, pero eso a la chica no le importaba, solo pensaba en lo cruel e injusta que es la vida. Paco había estado contando los días que restaban para jubilarse desde hacía unos años, quería ir a pescar en su pequeño barco, llevar a sus nietos, disfrutar de unos años de paz tras la vorágine que había supuesto su vida de policía. No se merecía ese final.

—¿Pero cómo ha sucedido? ¿Vino con vosotros?

—No, él llegó antes, no dijo dónde iba ni pidió que lo acompañase otro policía. No sabremos qué sucedió hasta que interroguemos a los detenidos.

—¿Los habéis capturado?

—Justo cuando iban a huir en su avión privado. Ahora estarán en la comisaría con una legión de abogados con trajes a medida.

—Siento frivolizar, pero me alegro de que *mister sonrisa* no vaya a ser el alcalde de la ciudad.

—Laura...

—Inspector —un agente de uniforme les interrumpía—. Hemos encontrado

algo, ¿puede acompañarme?

Capítulo 9

La sensación es terriblemente agri dulce para Ana Díaz. La captura de su asesino ha provocado que llorase de felicidad, aunque lamenta mucho las muertes que ha ocasionado el desenlace de la historia. Aún le cuesta creer todo lo que ha vivido en tan pocos minutos, la locura que ha estallado en esa casa cuando menos lo esperaba.

Se encontraba con Joaquín cuando llegó el comisario. Antes de eso, el asesino estaba nervioso, Ana no sabía el motivo, acababa de aparecerse en su habitación y desconocía lo que había sucedido antes. Su madre, que para ella es lo más parecido a una bruja con una suave y mullida piel de madrastra Disney, llegó para preguntarle si cenaría en casa. Joaquín respondió que tal vez, luego se dio una ducha, se masturbó y se puso un pijama. Ana iba a marcharse, aunque no sabía adónde, lo mismo le daba estar en un sitio u otro, su no existencia se limitaba a observar. Entonces un sirviente de la casa informó de la visita inesperada del comisario. «Esto puede ser interesante», se dijo la chica, y decidió quedarse.

Ninguna película de acción que hubiese visto era comparable a ese momento que acababa de vivir, bueno, de observar. La zorra de la madre matando al comisario, todos locos corriendo por la casa, la reportera de aspecto raro cojeando por los pasillos, el tiroteo de la entrada tras atravesar la cancela con el coche. En su mente parecían horas cuando solo habían sido diez minutos o menos.

¿Se hará justicia ahora? ¿Podrá ir a alguna especie de paraíso o infierno si su verdugo paga por su muerte? No, eso sería absurdo. Algo que solo ocurre en las películas para plañideras. Estará siempre vagando por la ciudad, ya lo ha asumido. Ana no sabe si su mente se deteriorará con el paso de años y siglos, o se extinguirá cuando lo haga el planeta. Tal vez entonces viva un extraño infinito en el que tampoco podrá volverse loca porque no tiene un cerebro que pueda dañarse. Solo pensamientos.

Hasta ese momento contaba con ideas, sed de justicia, pasaba los días en el lugar de su muerte o en casa de su asesino, del inspector o quien le resultase interesante. ¿Dónde estaría dentro de cien años? ¿Y de mil? La vida... el alma inmortal no le parecía tan buen regalo ahora como cuando estaba viva.

«¿Qué clase de sádico ha diseñado esto?»

Se aparece en la comisaría, están llegando Joaquín, sus padres y cinco miembros de seguridad, todos esposados. Los policías permanecen serios, ella sonríe. Ojalá haya terminado todo, pero algo le dice que aquello no es el final, que no será tan fácil encerrar a un miserable tan poderoso.

¿Qué pruebas tendrá la policía contra él? Esa será la clave.

Ana se aproxima hasta quedar a solo unos centímetros de Joaquín, lo observa fijamente a los ojos. No estaba tan cerca desde que él la asesinó. Puede ver su confianza y seguridad a través de las pupilas, está tranquilo, sabe que saldrá de allí esa misma noche. No, no es el final, quizá nunca llegue el castigo que merece.

La rabia hace que Ana trate de golpearlo, de arañarle la cara y sacarle los ojos, pero sus manos atraviesan el cuerpo de Joaquín como si fuese humo. Llora y grita de impotencia. Entonces observa que él se estremece, se le ha erizado la piel de todo el cuerpo y se muestra intranquilo.

—¿Qué ha sido eso? ¿Te molesta que esté tan cerca? ¿Te produce escalofríos que atravesase tu cuerpo con el mío? Pues no sabes lo que me divierte saberlo... Vas a pasar el resto de tus días sumido en un frío inquieto que no te abandonará hasta que vea tu cuerpo entrando en la tumba.

31 de enero

Había llovido durante toda la noche, por eso la ciudad mostraba un amanecer ceniciento sobre el cementerio de Nuestra Señora de la Soledad. Aún no se había secado el agua y los charcos se acumulaban por cada calle, ofreciendo un olor a tierra mojada muy acorde al paisaje de nichos y tumbas de piedra gris reluciente. Las flores puestas por familiares días antes se habían desecho y un viento gélido silbaba al atravesar los recovecos del lugar. Los cipreses del fondo bailaban una danza macabra,

Un grupo de unas veinticinco personas oían el discurso entrecortado por el llanto de la madre de la fallecida. Entre ellos se abrazaban y consolaban. En la pared se apreciaba el nicho aún sin la placa de mármol. El ataúd de brillante caoba permanecía en el suelo ante ellos. A unos cincuenta metros de distancia observaban la escena Marcos y Laura. No se habían acercado para no romper la intimidad ni hacer recordar a familiares y amigos el momento trágico. Su presencia no sería bienvenida y la pareja lo comprendía.

Media hora más tarde la zona quedó desierta y el cuerpo de Sofía Vidal ya pudo descansar tras un muro de ladrillo, a la espera de que colocasen la placa definitiva. En el suelo quedaron apilados los ramos y coronas de flores, algún empleado los tiraría luego a la basura; el más ostentoso de ellos era de un canal de televisión, aunque ningún representante del mismo se había acercado al cementerio. Comenzaba a llover de nuevo y Marcos abrió su paraguas. Laura permanecía aferrada con fuerza a su brazo, impactada por el final que había tenido la chica; había jugado con fuego y no pudo evitar quemarse. Un destino que la propia Laura burló con suerte en dos ocasiones anteriores.

—No permitas que vuelva a trabajar en sucesos —murmuró. Marcos le respondió con un abrazo.

Abandonaron el camposanto y entraron en el coche, el único que quedaba en el aparcamiento. Marcos arrancó el motor y encendió la calefacción pero no se marcharon.

—Nunca olvidaré lo que le ha pasado a Paco —comenzó a susurrar el inspector—, pero menos aún el final que ha tenido Sofía.

—Es triste que...

—Déjame hablar por favor, necesito soltarlo. —Laura le miró, el inspector

estaba llorando—. Ha sido todo culpa mía, yo le pedí que me ayudase en la investigación, comprometí la seguridad de un civil en un caso policial. Le prometí una entrevista exclusiva que nunca llegamos a realizar y ella tenía que acometer escuchas ilegales de los sospechosos.

Laura escuchaba en silencio, comprendía el pesar de Marcos por haber metido a la chica en el caso; pero también sabía que una reportera ávida de progreso decidía por sí misma, aunque lo hiciese bajo la adrenalina y el velo sobre los ojos que implicaba pensar en los resultados. Laura estuvo a punto de morir en dos ocasiones y lo hizo bajo su propia responsabilidad, no podía culpar a nadie por ofrecerle la posibilidad de participar. Aunque eso era algo que Marcos ahora no estaba preparado para escuchar ni comprender.

Le dio un abrazo y le dijo que el tiempo lograría hacerle ver la realidad. Al cabo de unos minutos salieron del cementerio y regresaron a casa.

—¿Qué pasará con Joaquín? —preguntó Laura desde el salón. Marcos estaba preparando un almuerzo rápido en la cocina.

—Quedará exculpado.

—¿En serio?

—No hay pruebas. Las armas con las que mataron a Paco y a Sofía tienen huellas de los agentes de seguridad muertos, todo muy conveniente. El padre, Ignacio, se reunió con ellos en el aeródromo, descubrimos la llamada telefónica con la que fue avisado. Pero no hay más pruebas. Las huellas del cuerpo de María José fueron eliminadas. Hay un agente en la comisaría que les ayudó, pero será prácticamente imposible descubrir quién, ya que todos tenemos acceso al sistema.

—¿Cómo los atraparon en el aeródromo?

—Nuria. Una vez más logró descifrar las claves. Le dije que investigase a Joaquín, que hiciese un informe lo más detallado sobre su vida, y acabó por hacerlo de toda la familia. Descubrió que tenían un helicóptero pequeño en la casa, un avión privado en un aeródromo en dirección a la playa y dos barcos en el puerto. Nuria, antes de salir hacia la casa para ayudarnos, llamó a la Policía Local y la Guardia Civil para pedirles que custodiasen tanto los barcos como el aeródromo; se aseguró de que no pudieran escapar.

—Esa chica vale su peso en oro.

—Sí, habrá que tenerla en cuenta para los próximos casos.

Laura puso dos emparedados de salmón y queso sobre la mesa, Marcos apagó el televisor y comenzaron a almorzar en silencio. Hasta que Laura explotó.

—¡No me puedo creer que vayan a librarse de los crímenes que han cometido!

—El dinero siempre decanta la balanza hacia quien lo posee; si además tienen poder político e influencias, no hay opciones de triunfo contra ellos. Nunca confesarán ningún crimen, su legión de abogados no les permite hablar con la policía sin colocar cada palabra que responde en sus bocas.

—Quizás haya que sacarlos de esa zona de confort.

—¿Confort? Incluso han denunciado al Departamento para que les paguen la reparación de la casa. Los desperfectos suman más de un millón de euros.

—Al menos, me alegro de que Joaquín se haya retirado de la campaña por la alcaldía.

—Tranquila, ya regresará. El ciudadano olvida deprisa. Si salen exculpados de esta, en menos de dos años volverán a las andadas, y con más fuerzas, porque irán de mártires contra lo que ellos llamarán “un sistema corrupto que lucha contra su honestidad”.

—Pues habrá que evitarlo.

—¿Se puede saber cómo se podría hacer?

—Usando el cerebro.

—No me gusta esa sonrisa tuya, hace mucho que no la veía y ahora me da escalofríos.

Tres meses habían pasado desde los entierros del comisario y la reportera Sofía Vidal. Durante ese tiempo, se hizo un homenaje en el ayuntamiento a la figura de Paco Hernández y varios reportajes en televisión comentaron la breve pero intensa vida de la joven reportera, mostrando especialmente las grabaciones del caso que la hizo famosa la Navidad de 2018. El acusado de los crímenes de las prostitutas, Joaquín de los Santos, fue puesto en libertad sin cargos por falta de pruebas, así como su padre. El nuevo comisario de la Policía Nacional, Marcos Navarro, se juró a sí mismo que invertiría hasta el último de sus días en esclarecer las muertes de sus dos amigos, aunque no había avanzado en dicha tarea desde entonces.

En la comisaría, un viernes de abril a las ocho menos cinco de la tarde se daban cita Marcos, David, Nuria y dos docenas más de policías que se agolpaban frente al gran televisor que el comisario Navarro había instalado esa semana en lo que antes era la cocina, ahora convertida en gran sala de reuniones.

—¿Vamos a ver un partido de fútbol? ¿Juega hoy el Madrid? —preguntaba un agente desde el fondo, un compañero lo hizo callar.

—No queda nada para la entrevista —dijo Nuria. Marcos no prestó atención,

solo observaba la pantalla.

El programa especial de Canal Sur había sido anunciado desde hacía tres semanas y a todas horas. Otros canales nacionales habían pedido el derecho a poder emitirlo y media España estaba a la espera de oír las declaraciones de quien había vivido en primera persona los sucesos más mediáticos del año, aunque no se trataba de Laura Moreno.

La reportera, presentadora durante ese programa especial, apareció en pantalla con su cabello largo y castaño impecablemente peinado en ondas y un maquillaje que suavizaba las redondeces que el embarazo estaba provocando en su cara. Un primaveral vestido malva, elegante aunque muy amplio, trataba de ocultar su barriga de embarazada de casi seis meses. La chica sonrió a cámara cuando la pequeña bombilla se puso verde y el regidor en el plató le hizo la señal convenida.

—Buenas tardes, gracias a todos por estar ahí y acompañarnos en esta entrevista que tanto esfuerzo nos ha costado organizar. Demos las gracias por ello, además de un fuerte aplauso, a la cadena y también a Rocío Arcos, nuestra protagonista. Buenas tardes Rocío.

—Buenas tardes, Laura, encantada de conocerte por fin —respondía la madre de Joaquín de los Santos. Se mostraba tranquila, sonreía de forma serena y tenía las palmas de las manos hacia abajo y sobre la rodilla de una pierna. Había atendido con esmero a las clases de los profesores de protocolo contratados por su marido.

—El placer es mutuo. Antes de comenzar la entrevista, quisiera informar a todos los televidentes sobre la cantidad de labores benéficas que organizas y cómo te vuelcas en el bienestar de tus conciudadanos. —Laura enumeró la mayor parte de las donaciones a ONG y las recogidas de alimentos y subastas benéficas que había presidido su entrevistada. La mujer asentía con modestia.

—Todo lo que hagamos por sacar de la pobreza a familias y a niños sin hogar es poco, además de los niños enfermos, angelitos...

—Es maravilloso que haya gente como tú, siempre dispuesta a ayudar y compartir las riquezas que posee.

Rocío no respondió, se limitó a mantener la sonrisa calmada.

—Por cierto, han pasado ya tres meses, mucho tiempo para algunas personas, pero quizá no demasiado para olvidar lo vivido cuando irrumpieron en tu casa y luego detuvieron a toda la familia. ¿No es cierto, Rocío? Aquello debió de ser una pesadilla. —Laura se inclinó hacia ella y colocó una mano de apoyo sobre las de la mujer.

—Bueno, imagínate lo que supone estar una noche en tu casa, con tu hijo, y que irrumpa la policía rompiendo puertas y disparando sin parar. Gracias a Dios

que tenemos y teníamos entonces un buen equipo de seguridad. Nos destrozaron la casa, obligándonos a tratar de ponernos a salvo con el helicóptero. ¡Qué locura! Aún tengo pesadillas con aquella noche.

—Ya me imagino. Debió de ser traumático.

—Y nadie nos ha pedido perdón, al contrario, nos trataron como a delincuentes, como si fuésemos asesinos. El mundo se está volviendo loco, Laura. No sabes el miedo que tengo desde entonces. Suerte que nuestros abogados actuaron rápido y pudimos regresar a casa al día siguiente. Aún hoy andamos de trámites y juicios contra la Policía.

—No te preocupes, Rocío, verás cómo pronto se hace justicia.

La mujer sonrió a la vez que ladeaba la cabeza en un gesto amable y cómplice. Laura miró durante un instante, casi imperceptible, a la única puerta de entrada y salida del plató, percibiendo la señal convenida con el guardia de seguridad. Luego continuó con la entrevista:

—¿Has visto las noticias de hoy? La delincuencia aumenta cada año, es una locura. Y cada vez de un modo más salvaje y estremecedor. No sabemos adónde vamos a llegar a este ritmo...

—Antes no ocurrían estas cosas, es una barbaridad. La televisión, los videojuegos, los socialistas con su permisividad, todos están destruyendo el mundo.

—Qué desastre. Gente que roba, otros estafan a Hacienda, borrachos y drogados que atropellan mientras conducen sus coches, por no hablar de los asesinos. Incluso niños asesinados por sus propios padres. Qué locura, Rocío.

—Sin duda, y será para ti, ahora que estás embarazada, un tema muy sensible. Cada vez hay más peligro en las calles. —Rocío comenzaba a preguntarse el por qué se estaban saliendo del guión fijado. Aquellas preguntas no aparecían en el contrato que habían firmado. ¿Dónde estaba su abogado? No lo veía tras los intensos focos de las cámaras.

—Asesinos como el que acabó con esas pobres prostitutas de una forma tan cruel y luego las enterró en la playa.

—¿La playa? ¿Prostitutas? —Rocío se mostraba despistada, pero también algo irascible—. Las prostitutas son otro cáncer para el pueblo, para los hombres, para los maridos... para los hijos en algunos casos.

—¿Cómo dice? Solo son pobres mujeres que tratan de ganarse la vida, aunque su oficio no sea reconocido. Cumplen una labor social y...

—¿Labor social? —Interrumpió con una sonrisa de incredulidad—. Labor social hacemos quienes nos preocupamos de ayudar a los necesitados con donaciones a la Iglesia y a las organizaciones que de forma tan altruista se vuelcan en ellos.

—Bueno, no todo es comer o tener ropa para abrigarse. También existen otras necesidades que esas mujeres cubren, cierto es que muchas veces se ven empujadas a ello por su situación, pero...

—Provocan enfermedades, incitan a hombres casados, les lavan el cerebro.
—La mirada de Rocío estaba prendida de ira.

—Quizá solo se dedican a dar cariño, el que no reciben sus clientes por no tener pareja o no sentirse felices con ellas.

Rocío comenzó a mirar asustada a su alrededor, no lograba encontrar a su abogado. Quería salir de allí corriendo, pero sus modales, los que había creado, cuidado y perfeccionado durante toda su vida, no le permitían dar por perdida aquella conversación.

—El cariño deben darlo las esposas; y los maridos deben contentarse con lo que reciben. El sexo es algo sobrevalorado, es una mera herramienta para procrear. También un arma que el diablo esgrime para atacar a los que son débiles de mente. Para eso están sus mujeres, para eso estamos nosotras, para luchar contra el diablo y contra los demonios que envía para perturbar a nuestros maridos.

Laura había perdido el hilo del guión que pensaba seguir en la entrevista, improvisaba ahora que Rocío se mostraba participativa. Un sexto sentido le decía que iba a sacar todo aquello que había previsto cuando un mes y medio atrás comenzó a solicitar una entrevista de tipo social a la madre de Joaquín de los Santos. Las grabaciones obtenidas por el mapeador que Sofía Vidal había colocado en la caja de conexiones de teléfono e internet de la mansión habían revelado secretos inconfesables, pruebas que no tendrían validez en un juicio por la forma ilegal de obtenerlas; pero suficientes para provocar una encerrona. El abogado de Rocío Arcos aporreaba la puerta para volver a entrar tras salir un segundo y atender una llamada, pero el guardia de seguridad no se lo permitiría mientras durase la entrevista.

—¿Cree que el diablo envía a esos demonios? ¿Cree que los demonios son pobres chicas que se ganan la vida de esa forma tan dura? ¿No cree que esos demonios enviados por el diablo son en realidad los asesinos que acaban con ellas, con su juventud, ilusiones y su futuro?

—¿Futuro? ¿Qué futuro espera a esas rameritas? ¿Contraer sida y pegárselo a sus clientes? No, quien acaba con ellas es un ángel enviado por Dios. —Rocío, estaba muy alterada, miraba en todas direcciones y frotaba su manos con tanta fuerza que parecía que se partiría los dedos.

—No existen los ángeles, Rocío. Solo los policías se ocupan de protegernos.

—¿Los policías? ¿Ángeles? Los policías son inútiles que no saben dónde buscar el mal. Ellos atacaron a mi niño por cumplir los deseos del Señor...

Laura vio que se frenaba tras esas palabras. ¡No!, debía ser rápida y provocar que lo soltase todo.

—Tu niño hizo lo que le ordenó Dios, limpiar de pecado la ciudad, acabar con los demonios, ¿verdad, Rocío?

—Sí, sí, eso hizo. Tú lo sabes, lo has comprendido. Mi niño acabó con esas rameras para que no propagasen el pecado.

—Igual que lo había hecho desde los años ochenta su padre, tu marido.

—¿Ignacio? Ja, ja, ja —la carcajada hizo que Laura se sobresaltase—. Ignacio nunca ha sido un enviado de Dios, solo un débil fantoche manipulado por esas rameras. Tuve que hacerlo yo, fui yo quien acabó con cada puta que osara acostarse con él. Yo tomaba el mismo coche que usaba él para buscarlas en la calle y darles su merecido.

—¿Estás diciendo que mataste a las prostitutas desde 1984 hasta que tu hijo tomó el relevo?

—Sí, lo merecían, propagadoras de pecado, enfermedades y rupturas matrimoniales. Pero yo no supe que mi pequeño había comenzado a hacer lo mismo hasta hace tres años, no sabía que él continuaba mi legado, mi misión. Ese viejo policía vino a casa a hacer demasiadas preguntas. ¿Quién se creía que era? Nadie va a encarcelar a mi niño.

—¿Paco? ¿El comisario? Por eso Joaquín lo mató.

—No, lo hice yo. —Un gesto de cansancio apareció por su rostro—. Siempre tengo que encargarme de todo en la casa, de velar por la familia y protegerlos. Mi niño estaba presente cuando yo solucioné el problema. Ese comisario no debió presentarse durante la noche en una casa decente para... ¿dónde estoy? ¿Qué está pasando aquí?

—Rocío, acabas de confesar ser la autora de los crímenes y también has inculpado a tu hijo.

—¿Yo? Yo no sé qué hago aquí...

La puerta se abrió por fin y el abogado entró gritando.

—¡Haré que cierren esta cadena! ¡Todos los presentes irán a la cárcel por la coacción que acaban de protagonizar! ¡No consentiré que se culpe a mi cliente, claramente aún afectada por los sucesos de hace tres meses, por crímenes no cometidos!

—No, Pedro, ya es tarde para eso... —Rocío se derrumbó sobre la butaca, perdiendo la pose rígida y estudiada—. Ya es tarde para evitar lo que tarde o temprano iba a saberse. No puedo más, no puedo contener más lo que llevo dentro.

—¡Cállate, joder!

—¡No, cállate tú! He hecho lo que creía oportuno para mantener la familia

unida, primero matando a las putas que Ignacio prefería meter en la cama cuando mi cuerpo tras el embarazo ya no lo excitaba, luego haciendo oídos sordos a los crímenes del niño.

—Mejor callaos los dos, estáis detenidos. —La inspectora Cristina Collado procedía a colocar las esposas a Rocío y su abogado—. Tenéis derecho a guardar silencio, cualquier cosa que digáis podrá ser utilizada en vuestra contra ante un tribunal de justicia, tenéis derecho a un abogado, si no os lo podéis permitir, se os asignará uno de oficio...

—¿Estás loca? ¿Sabes lo que voy a tardar en hacer que te suspendan de empleo de por vida? ¡Voy a acabar contigo a todos los niveles, voy a destruirte y también a tu familia! —gritaba el abogado a la inspectora.

—¿Te he dicho que tienes derecho a guardar silencio? Estás metiendo la pata ante cámaras de televisión que siguen emitiendo en directo.

—Antes de terminar la conexión —añadía Laura con una sonrisa triunfal y los ojos bañados en lágrimas— quiero dedicar este programa a la memoria de quince chicas inocentes que se encontraron con el diablo, además de a Paco Hernández, un grandísimo policía al que la ciudad de Huelva le deberá eternamente su buen trabajo y dedicación; y, especialmente, a la de Sofía Vidal, que demostró ser la mejor periodista del país en solo unos meses de trabajo. Dondequiera que estéis, siempre se os recordará.

Fundido en negro.

En la comisaría todos gritaban de júbilo. La sorpresa fue mayor porque casi nadie sabía lo que iba a ocurrir, ya que Marcos lo comentó solo a David, Nuria e Irene, para evitar una filtración. Aún no habían averiguado qué policía destruyó las pruebas contra Joaquín y querían evitar que todo el plan se malograra. Marcos se sentía orgulloso del buen trabajo realizado en conjunto con Laura, que había tenido la idea de la entrevista tras saber que contaban con pruebas inculpatorias en las grabaciones de Sofía. Lo que nadie imaginaba es que el asesino anterior, el que no había violado a las prostitutas, era la madre de Joaquín.

—¡Qué guapa sale Cristina en la tele! —gritó Nuria—. Bueno, Laura también.

Nuria y David se abrazaron. Marcos seguía con gesto serio observando la televisión. Hasta que se giró y dijo:

—La patrulla de incógnito que tenemos frente a la puerta de la casa de Joaquín e Ignacio. Llamad para que entren con la orden de detención. Enviad dos patrullas más por si hubiese problemas.

—Si estaban viendo la televisión, es posible que vuelvan a intentar escapar.

—Pues no les será fácil, tengo agentes custodiando el avión y sus dos barcos, además de otros posibles aeródromos y puertos.

Dos horas más tarde:

—Has tardado mucho, pensé que regresarías a las nueve más o menos. — Marcos preparaba la cena cuando Laura apareció por la puerta.

—He estado hablando con los productores. Me han preguntado cuándo regreso al programa y qué tal va la publicación del libro. Luego he saludado a viejos compañeros de la cadena.

—Ya lo imaginé. ¿Hablaste con Cristina?

—Imposible, detuvo a Rocío Arcos y regresó a Huelva en un furgón blindado. Yo he vuelto en el mismo coche que me puso la cadena para ir a Sevilla.

—Espero que no te hayas agotado mucho.

—Aún no estoy en la fase final del embarazo, así que lo llevo bien. Ahora me daré una ducha y en veinte minutos cenamos.

Dos candelabros con velas encendidas, que solo usaban para las cenas de Navidad, les separaba en esos momentos. Comían en silencio, felices y calmados tras tres meses de planificación, espera, investigación y desasosiego. Por fin había terminado todo, habían logrado que se hiciese justicia y que las muertes del comisario, de Sofía y de las chicas asesinadas y enterradas en la playa, fuesen castigadas. Tanto Marcos como Laura suspiraban cada pocos minutos, ambos sumidos en pensamientos y recuerdos que ahora podían tener sin la sensación de haber fallado a quienes no merecían un final como aquel.

—Hace tres meses —rompió Laura el silencio— me dijiste que con dinero, influencias y poder, lo más seguro es que esa familia se escapara de la cárcel. Tenías razón. ¿Crees ahora que volverán a librarse del castigo?

—No lo creo. Una confesión de múltiples asesinatos en directo hace que los amigos de la familia se aparten de ellos como si estuviesen apestados. Nadie los apoyará, se quedarán solos y, sabiendo que presionando a la madre de Joaquin en un interrogatorio lo volverá a confesar, calculo que pasarán mucho tiempo en la cárcel.

—Eso espero, porque son personas poderosas y centrarán su ira sobre nosotros. No quiero encontrarme dentro de pocos años a esa loca asesina por la calle mientras paseo con nuestra hija.

Marcos sintió un escalofrío al pensar en esa situación, o en las represalias que trataría de tomar Ignacio de los Santos al ver cómo su mujer y su hijo

entraban en prisión y él era abandonado por todas sus influencias, además de ver quebrar sus empresas, el imperio que tanto le había costado levantar. Tendría que vigilar sus pasos de por vida, como si su nuevo puesto de comisario no le supusiera ya demasiadas obligaciones... Lo más importante sería proteger a Laura y a la pequeña Sofía cuando naciera.

3 de febrero de 1972

Como cada jueves de la semana desde que ella podía recordar, la niña caminaba hasta el punto de la playa en el que se ubicaba el puerto de pesca. Era un trayecto largo y hacía mucho frío y viento, el alba había aparecido tan gris como las altas olas que rompían a pocos metros de la orilla. Los restos de la Torre del Loro marcaban su destino, como un faro en la noche. Su padre salía a faenar cada domingo por la noche y regresaba los jueves con la captura; tanto él como sus compañeros la saludaban con efusividad al ver a quien ya consideraban casi parte de la tripulación. Algunos la llamaban talismán, ella sonreía porque sabía el significado de esa palabra. La tormenta de los días anteriores había sido muy fuerte y la pequeña caminaba con miedo, aunque solo un poco. «No hay que pensar en el diablo para que este no aparezca», le decía una vecina.

Su madre murió de una fuerte gripe el invierno pasado y, desde entonces, ella se hacía cargo de la casa, a pesar de sus nueve años. Decidió dejar la escuela, haciendo oídos sordos a las protestas de su padre, para limpiar, cocinar y tenerlo todo listo cuando él regresaba tras pasar casi toda la semana en el mar. Era toda una mujer responsable a su corta edad. «Un peso demasiado fuerte para tus pequeños hombros», le decía a menudo su padre.

Cada jueves por la mañana, saltaba de alegría al reconocer el barco desde la distancia, esperaba paciente y luego brincaba y lloraba ante los minutos que precedían el reencuentro familiar. Su padre solía regalarle una talla de madera que realizaba por las noches antes de dormir, a veces un caballo, otras una muñeca; el motivo no importaba, solo el detalle. Era un pescador que, tras catorce horas luchando contra el mar, las redes, los peces... lograba sacar tiempo para acordarse de ella y tallar un nuevo muñeco para su pequeña mujercita.

Las horas pasaban, el cielo seguía gris, el mar enfurecido, la arena fría. No se observaba nada desde la distancia. El estómago le dijo que había llegado la hora

del almuerzo. ¿Se habría equivocado? Quizá fuese miércoles. No, imposible, ella contaba los días en su mente y en el calendario de la cocina como si fuese la llegada de su cumpleaños o la Navidad.

El cielo fue perdiendo su luz poco a poco, ya casi no podía ver el mar y se sentía muy débil y cansada. Jamás había abandonado la espera de su padre y no lo haría ese día. Su mente buscó excusas a la tardanza. Quizás encontraron más peces que en otras ocasiones y por eso regresaban más tarde. Menuda alegría se llevarían todos al ver que ella había aguantado y les esperaba a pesar de la demora. Como siempre al lado de la torre.

Despertó en su cama, estaba aún algo desorientada y no sabía cómo había llegado allí. Se sentía muy débil y la frente le ardía. Tosió sin poder evitarlo, el sonido era como un crujido de cristales, el dolor también. Quiso llamar a su padre, pero no hizo falta, lo vio entrar por la puerta de la habitación.

—Por fin, ya te has despertado, pensábamos que no sobrevivirías. Pasaste todo el día y la noche en la playa hasta que te encontramos de casualidad. —Esa no era la voz de su padre.

—¿Quién eres? ¿Dónde está mi padre?

—Tranquila pequeña. Soy Carmelo, tu vecino, mi mujer ha estado cuidando de ti. Llevas dos días dormida.

—¿Dos días? ¿Y mi padre?

—Aún estás muy débil, debes comer o esa pulmonía acabará contigo.

—Pero ¿y papá? ¿Dónde está?

Aún pasaron muchos días hasta que ella, sobreviviendo como el milagro que pocos vecinos, incluyendo al médico del pueblo, auguraron, pudo levantarse de la cama y comenzar a hacer su vida. Claro que jamás volvió a ser la misma.

Cada mañana, sin importar si era verano o invierno, si llovía o hacía un calor de justicia, caminaba hacia la Torre del Loro, rezaba durante media hora, llorando con la vista puesta en el mar que le había arrebatado todo lo que tenía, y regresaba a casa, donde se fue haciendo adulta con la ayuda de sus vecinos.

Cada mañana, como si un resorte la impulsara, recordaba aquel fatídico día en que perdió todo lo que le quedaba. Familia, calor, esperanzas, cariño... Y sentía la necesidad de ir al lugar que antes era paraíso y ahora significaba un infierno de pensamientos encontrados.

«¿Fue culpa mía? ¿Hice algo malo? ¿Regresarás algún día si me porto bien?».

Cada mañana, con el paso de los años y hasta hacerse mujer, Rocío Arcos regresó al lugar que había convertido en templo de rezos para preguntar por qué había tanto mal en el mundo y, en cambio, Dios la había castigado a ella en lugar de a los pecadores.

«No puedo esperarte más, perdóname por marchar a la capital con mi futuro marido. Donde quiera que estés, papá, quiero que sepas que siempre te esperaré, que este lugar será especial y que sepultaría aquí a miles de pecadores, si fuese necesario, por volver a tenerte conmigo».

Agradecimientos

Quisiera usar esta sección para despedirme de personas que ya no volverán a formar parte de mi presente; en cambio, quedarán arropadas por el cálido y dulce recuerdo de los buenos momentos que hemos pasado juntos. Esas personas se llaman: Marcos Navarro, Laura Moreno, David Sobrá, Nuria Carvallo, Diego Murillo, Irene Macías y Maite Redondo.

Todo ser que no evoluciona tiende a extinguirse, y yo no pienso ver morir esta saga de novela negra por no haber sabido adaptarme a los gustos cambiantes de vosotros, los lectores, en vuestra continua demanda de algo nuevo y fresco cada día. Como lector, odio las sagas de diez o más novelas con una estructura, entorno y personajes idénticos; llega un momento en que la trama se hace repetida, aunque sea fantástica y original.

Los personajes que conocéis, con los que habéis compartido cuatro historias apasionantes, no van a regresar, al menos con tanto protagonismo. Es momento de dar paso a otros que os resultarán, como mínimo, igual de fascinantes, así como los nuevos escenarios en los que se desarrollará Amurao a partir de su quinta entrega. Por cierto, ¿eres un buen policía? ¿Descubres a los asesinos y secuestradores antes de que lo haga Marcos Navarro? Entonces habrás comprobado que no me despido de la inspectora Cristina Collado. ¿El motivo? Sigue leyendo.

Cuando ideé esta saga de novelas negras quise hacerlo de un modo más original, además de seguir rindiendo homenaje a la fortaleza de la mujer, como sucede en la mayoría de mis novelas. Así nació Cristina Collado, una de las pocas protagonistas policías del noir actual. Anna-Maria Mella no cuenta porque la protagonista de la saga Aurora Boreal (Åsa Larsson) es la abogada y fiscal Rebecka Martinsson.

¿Por qué no ha sido la protagonista desde el principio?, te preguntarás. Pero ¿quién dice que no lo haya sido? No quise que apareciese ya como inspectora en la primera entrega, y con casos sobre sus hombros, con la pérdida de su pareja en las pesadillas, con la conciliación familiar, etc. Cristina debía hacerse policía ante los ojos de los espectadores, ganando en experiencia y demostrando su valía con cada caso. No sé si habré logrado mi objetivo, si la saga seguirá cosechando éxitos con las siguientes entregas, pero soy fiel a mis principios, y también a las promesas que hago a los personajes que creo. A los que ya lo intuyeran, habiendo leído entre líneas, os felicito. Al resto os pido la oportunidad de demostrar que las siguientes entregas pueden ser aún mejores. Te garantizo que

las mejores historias están por venir, ni te imaginas cuál es la trama para Amurao 5, será un salto de calidad considerable. Y si no te asusta que la protagonista de una novela sea una chica, dale la oportunidad a algunas de mis novelas, verás cómo se convierten en parte de ti para siempre. También puedes seguir con mi otra saga de novela negra: **Alfil**, donde el asesino en serie es el protagonista.

El otro lado del Retrato: Acompaña a Ivette en la búsqueda de su madre biológica por el París de Baudelaire. Una frenética aventura con intriga, suspense, persecuciones, traiciones... para lograr acceder a una sociedad secreta centenaria y exclusiva. Primera entrega de la Trilogía de la Madre.

Herencia de Cenizas: Homenaje a los clásicos inmortales de las hermanas Brönte y de Charles Dickens. Elizabeth Heep (Lizzie) te contará su vida llena de altibajos en la Inglaterra victoriana. Sonrisas e infortunios por igual en una historia que jamás olvidarás.

El corazón del último ángel: Audrey viaja a Roma para cumplir la última voluntad de su madre, lo que no imagina es que ella será la clave para poner fin a una guerra en las sombras que ya ha durado más de la cuenta. Segunda entrega de la Trilogía de la Madre.

Wanda y el robo del Cristal: Comienzo de una saga de fantasía original, sin elfos, orcos ni nada que antes hayas visto. La vida de la joven Wanda dará un vuelco tras una mala decisión, y descubrirá que su futuro estaba marcado desde su nacimiento. Acompáñala en el viaje más asombroso que pudieras imaginar.